



Stunning

A PRETTY LITTLE LIARS NOVEL

Sara Shepard

Índice

Sinopsis	Capítulo 21
Epígrafe	Capítulo 22
Capítulo 1	Capítulo 23
Capítulo 2	Capítulo 24
Capítulo 3	Capítulo 25
Capítulo 4	Capítulo 26
Capítulo 5	Capítulo 27
Capítulo 6	Capítulo 28
Capítulo 7	Capítulo 29
Capítulo 8	Capítulo 30
Capítulo 9	Capítulo 31
Capítulo 10	Capítulo 32
Capítulo 11	Capítulo 33
Capítulo 12	Capítulo 34
Capítulo 13	Capítulo 35
Capítulo 14	Capítulo 36
Capítulo 15	Capítulo 37
Capítulo 16	¿Qué pasa después?
Capítulo 17	Próximamente
Capítulo 18	Sobre la Autora
Capítulo 19	Créditos
Capítulo 20	



Sara Shepard

Stunning
A PRETTY LITTLE LIARS NOVEL

Para Caron

3

Bookzinga

Traducciones asdf



Sara Shepard

Stunning
A PRETTY LITTLE LIARS NOVEL

Epígrafe

No es tan importante quién comienza el juego, pero sí quién lo termina

—John Wooden.

Bookzinga

Traducciones asdf



Sinopsis

En Rosewood, Pennsylvania, cuatro chicas increíblemente hermosas son atormentadas por un pasado muy feo. Spencer, Aria, Hanna y Emily sólo quieren olvidar a Alison DiLaurentis, su ex mejor amiga que trató de arruinarles la vida. Pero alguien se niega a dejar morir su memoria. A aún está ahí, acechando en las sombras y excavando en los nuevos secretos de estas lindas mentirosas.

Emily se reconecta con un antiguo amor, a pasitos de bebé. Pero, ¿se dirigirá hacia el amor verdadero o a otro paquete de angustia? Spencer aprende acerca de los altibajos de la vida del campus en un viaje a Princeton. Aria está viendo un nuevo lado del papá de Noel, y podría abrir una brecha entre ambos. Y, para bien o para mal, Hanna está poniéndose en contacto con su A interior.

Secreto a secreto, mentira a mentira, las chicas se enredan en una red peligrosa. A sabe acerca de todo, desde sus más pequeñas transgresiones hasta el incidente terrible en Jamaica. Pronto A tendrá municiones suficientes para apretar el gatillo y terminar con las Lindas Mentirosas de una vez por todas...



Prólogo

Un fardo de secretos

Traducido por Dani

Corregido por Sara, Eve, Verónica y Caamille

¿Alguna vez has hecho algo tan vergonzoso, tan escandaloso, tan no extraño en *ti* que te gustaría desaparecer? Quizás te escondiste en tu habitación todo el verano, demasiado mortificada como para mostrar tu rostro. Quizás les rogaste a tus padres que te dejaran cambiarte de escuela. O quizás tus padres ni siquiera *sabían* tu secreto, se lo escondiste a ellos, también. Tenías miedo de que pudieran mirarte y saber que habías hecho algo horrible.

Cierta chica linda en Rosewood acarreó un secreto por unos largos nueve meses. Huyó de todo y de todos, excepto de sus tres mejores amigas. Cuando todo terminó, juraron que nunca le dirían a nadie.

6

Pero estamos en Rosewood. Y en Rosewood, el único modo de mantener tus secretos a salvo, es no tenerlos...

Ese verano en Rosewood, Pennsylvania, un pintoresco, y saludable suburbio aproximadamente a veinte minutos de Philadelphia, había sido uno de los más calurosos de la historia. Para escaparse del calor, la gente acudía en grupo a la piscina del club de campo, se reunía en el local Rita para comprar helados extra grandes de frutilla, y se sumergían en la poza de los patos en la granja orgánica de queso de Peck, a pesar del rumor de décadas de antigüedad de que un cadáver había sido encontrado allí. Pero para la tercera semana de agosto, el clima de repente cambió. "Un congelamiento nocturno en mitad del verano," así lo llamaban las noticias locales, porque la temperatura bajó hasta ser congelante unas cuantas noches seguidas. Los chicos usaban sus polerones, y las chicas vestían sus nuevos jeans Joe para regresar a clases y sus chalecos acolchados. Unas cuantas hojas en los árboles cambiaron a colores rojos y dorados por la noche. Era tan duro como si La Parca hubiera venido y hubiera tajado la estación y se la hubiera llevado lejos.

En una fría noche de jueves, un Subaru viejo pasó por una oscura calle en Wessex, un pueblo no muy lejos de Rosewood. El reloj brillante de color verde en el tablero decía 1:26 AM, pero las cuatro chicas dentro del auto estaban muy despiertas. En realidad,



eran cinco chicas: las mejores amigas, Emily Fields, Aria Montgomery, Spencer Hastings, Hanna Marin... y una pequeña bebé sin nombre a quien Emily había parido ese día.

Pasaron casa tras casa, mirando los números en los buzones. Cuando se acercaron al número 204, Emily se enderezó.

—Detente —dijo por encima de los llantos de la bebé—. Ésa es.

Aria, que estaba usando un jersey de Fair Isle que se compró cuando estaba de vacaciones en Islandia el mes pasado, unas vacaciones que no soportaba recordar, giró el auto hacia la entrada.

—¿Estás segura? —Miró la modesta casa blanca. Tenía un aro de basquetbol en el estacionamiento, un gran sauce llorón en el pasto, y animados parterres de flores bajo las ventanas frontales.

—He visto esta dirección en el formulario de adopción un millón de veces. —Emily tocó la ventana—. Dos, cero, cuatro, Ship Lane. Aquí es definitivamente donde viven.

El auto se quedó quieto. Incluso la bebé dejó de llorar. Hanna miró a la infante junto a ella en el asiento trasero. Sus pequeños y perfectos labios rosados estaban cerrados. Spencer miró a la bebé también, luego se dio vuelta, incomoda. Era obvio lo que todas estaban pensando: ¿Cómo podía haberle sucedido esto a la dulce, obediente y pequeña Emily Fields? Habían sido las mejores amigas de Emily desde sexto grado, cuando Alison DiLaurentis, la chica más popular de Rosewood Day, la escuela privada a la cual asistían, las reclutó en su nuevo grupo. Emily siempre había sido la chica que odiaba a la gente que hablaba mal, quien nunca iniciaba una pelea, quien prefería camisetas sueltas antes que faldas apretadas, y chicas antes que chicos. Las chicas como Emily no se embarazaban.

Habían pensado que Emily estaba haciendo un programa de verano en Temple, parecido al que Spencer estaba haciendo en Penn. Pero luego, una por una, Emily les dijo la verdad: Se estaba ocultando en la habitación de su hermana en Philly porque estaba embarazada. Aria, Spencer, y Hanna, todas reaccionaron de la misma manera cuando Emily les dijo las noticias: boquiabiertas, sin palabras y totalmente en shock. *¿Desde hace cuánto lo sabes?* Preguntaron. *Me hice una prueba de embarazo cuando regresé de Jamaica,* respondió Emily. El padre era Isaac, un chico con el que había salido el invierno pasado.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó Spencer tranquilamente. Un reflejo en la ventana llamó su atención, y se sintió avergonzada. Pero cuando se dio la



vuelta para mirar a la casa frente a ellas, una igualmente modesta casa de ladrillos, no había nadie mirando.

—¿Qué otra opción tengo? —Emily giró el brazalete de goma color rosa del Hospital Jefferson alrededor de su muñeca. El equipo médico ni siquiera sabía que se había ido, los doctores querían que se quedara un día más para poder monitorear la incisión de la cesárea. Pero si se quedaba un minuto más en el hospital, su plan no funcionaría. Era imposible que le diera la bebé a Gayle, la saludable mujer que le había pagado una gran suma de dinero, así que le dijo a Gayle que había atrasado dos días la hora de su cesárea. Luego le solicitó ayuda a sus amigas para escaparse del hospital, poco después de que la bebé nació. Todas tomaron parte del escape. Hanna devolvió el dinero de Gayle. Spencer distrajo a las enfermeras mientras Emily cojeaba hasta la salida. Aria trajo su Subaru e incluso encontró un asiento de infantes para el auto en una venta de garaje. Y tuvieron éxito: se escaparon sin que Gayle se enterara y se llevara a la bebé.

De repente, como si estuviera planeado, el celular de Emily sonó, rompiendo el tenso silencio al interior del auto. Lo sacó de la bolsa plástica en que el hospital había puesto su ropa y miró la pantalla: *Gayle*.

Emily hizo un gesto de dolor y presionó IGNORAR. El teléfono se quedó quieto por un momento luego sonó una vez más. Gayle otra vez.

8

Hanna miró el celular cautelosamente.

—¿Podrías responder eso?

—¿Y decir qué? —Emily presionó IGNORAR una vez más—. ¿“Lo siento, Gayle, no quiero darte mi bebé porque creo que estás loca”?

—¿Pero esto no es ilegal? —Hanna miró la calle de arriba a abajo. No había un auto a la vista, pero aún se sentía nerviosa—. ¿Y si te denuncia?

—¿Por qué? —preguntó Emily—. Lo que hizo Gayle fue ilegal, también. No puede decir nada sin incriminarse a ella misma.

Hanna se mordía la uña del dedo pulgar.

—Pero y si la policía se entera de esto, ¿qué pasa si investigan otras cosas? Como... ¿Jamaica?

Una palpable tensión se propagaba en el auto. A pesar de que siempre estaba en sus mentes, las chicas se habían prometido no volver a hablar sobre Jamaica. Se suponía que iba a ser una escapada para olvidar a la Verdadera Ali, la diabólica chica que mató a su hermana gemela, Courtney, la Ali que conocían y querían. El año pasado la Verdadera Ali regresó a Rosewood y trató de hacerse pasar ante las chicas como su



vieja amiga, pero fue después cuando reveló que era la nueva A, el tormentoso mensajero de las chicas. Había matado a Ian Thomas, el rompecorazones de Rosewood Day y sospechoso en el primer asesinato, y a Jenna Cavanaugh, a quien las chicas y Su Ali habían dejado ciega en sexto grado. El plan maestro de la Verdadera Ali era asesinar a las cuatro chicas. Las llevó a su casa familiar en Poconos, las encerró en un dormitorio, y prendió un fósforo. Pero las cosas no salieron como lo había planeado. Las chicas escaparon, dejando a la Verdadera Ali atrapada en la casa cuando esta explotó. A pesar de que sus restos nunca fueron encontrados, todos estaban seguros de que estaba muerta.

Pero ¿lo estaba?

El viaje a Jamaica había sido una oportunidad para que las chicas siguieran con sus vidas y profundizaran su amistad. Sin embargo, una vez que estuvieron allí, conocieron a una chica llamada Tabitha, que les recordaba a la Verdadera Ali. Sabía cosas que sólo Ali podría saber. Sus gestos eran escalofriantemente como los de Ali. Lentamente, se convencieron de que *era* la Verdadera Ali. Quizás había sobrevivido al incendio. Quizás había venido a Jamaica para terminar con las chicas como lo había planeado.

9

Sólo había una cosa que hacer: detenerla antes de que se vengara. Justo cuando la Verdadera Ali estaba a punto de empujar a Hanna por el balcón del techo, Aria intervino, y fue Ali la que cayó. Su cuerpo se desvaneció antes de que las chicas bajaran a la playa a ver lo que habían hecho. Probablemente se la había llevado la marea. Las chicas vacilaban entre el alivio de que Ali se había ido para siempre... y el horror de que habían matado a alguien.

—Nadie nunca sabrá sobre Jamaica —refunfuñó Spencer—. El cuerpo de Ali se fue.

El teléfono de Emily sonó otra vez. *Gayle*. Un beep sonó después. *Seis nuevos mensajes de voz*, anunciaba la pantalla.

—Quizás podrías escucharlos —susurró Hanna.

Emily negó con la cabeza, sus manos temblaban.

—Pon la llamada en altavoz —sugirió Aria sugirió—. Escucharemos contigo.

Poniendo su labio inferior dentro de su boca, Emily hizo lo que le dijeron y puso el primer mensaje. “Heather, es Gayle.” Una animada voz se estrepitó en el auto. “No me has devuelto las llamadas en días, y estoy preocupada. ¿No tuviste a la bebé unos cuantos días antes, o sí? ¿Hubo complicaciones? Llamaré a Jefferson para asegurarme.”



—¿Quién es Heather? —susurró Spencer nerviosamente.

—Es el nombre falso que le di a todos este verano —dijo Emily—. Incluso postulé a mi trabajo usando una identidad falsa que compré en South Street. No quería que nadie hiciera la conexión de que era la mejor amiga de Alison DiLaurentis. Alguien le podría decir a la prensa que estaba embarazada, y luego mis padres se hubieran enterado —miró su celular—. Dios, se oye realmente molesta.

El segundo mensaje de Gayle siguió. “Heather, es Gayle otra vez. Está bien, llamé a Jefferson, ahí *es* donde anotaste tu cesárea, ¿cierto? Nadie en el equipo me quiere decir lo que ocurre. ¿Podrías por favor contestar tu teléfono y decirme dónde diablos estás?”.

Los tonos del tercero y el cuarto mensaje aumentaron en intensidad y frustración. “Está bien, estoy en Jefferson ahora”, dijo Gayle en el quinto mensaje. “Acabo de hablar con un auxiliar y no tienen registros de nadie llamada Heather en la sala de maternidad, pero luego describí como te veías y dijo que *estás* aquí. ¿Por qué no me llamaste? ¿Dónde carajos está la bebé?”.

—¿Cuánto apuestan a que *sobornó* al auxiliar? —murmuró Emily—. Mala idea el registrarme bajo mi verdadero nombre para despistar a Gayle. —Registrarse bajo Emily Fields había sido un riesgo, a pesar de que Emily tenía una casilla postal en Philly como su dirección y planeaba usar sus ahorros de niñera para pagar la cuenta del hospital, ¿y si, por alguna razón, sus padres llamaban a Jefferson y averiguaban que había estado allí? Pero ya que Gayle sólo la conocía como Heather, usar su nombre real parecía un modo fácil de perderla.

Para el sexto mensaje Gayle se había enterado. “Esto fue un montaje, ¿cierto?” gruñó. “Tuviste a la bebé y te fuiste, ¿o no? ¿Fue esa tu intención todo el tiempo, perra? ¿Planeaste estafarme desde el comienzo? ¿Crees que le doy cincuenta mil dólares a cualquiera? ¿Crees que soy una idiota? Voy a *encontrarte*. Voy perseguirlos a ti y a la bebé y luego lo lamentarás”.

—Wow —suspiró Aria.

—Oh mi Dios. —Emily cerró su celular—. Nunca debí haberle prometido nada. Sé que lo devolvimos, pero nunca debí haber tomado su dinero en primer lugar. Está loca. *Ahora*, ¿ven por qué hago esto?

—Por supuesto —dijo Aria tranquilamente.

La infante comenzó a lloriquear, Emily le hizo cariño en su pequeña cabeza, y luego, reuniendo coraje, abrió la puerta del auto y salió al escalofriante aire.

—Hagámoslo.



—Em, no. —Aria abrió su puerta del auto y tomó a Emily del brazo justo cuando Emily se caía contra el costado del auto, claramente adolorida—. El doctor dijo que no debías hacer esfuerzo, ¿recuerdas?

—Necesito llevarle el bebé a los Bakers. —Emily apuntó atontadamente a la casa.

Aria se detuvo. Una bocina de camión sonaba a la distancia. Por encima del sonido del motor del auto, pensó que había oído una breve y aguda risa.

—Bien —aceptó Aria—. Pero yo la llevaré. —Tomó el asiento de la bebé del asiento trasero. El olor a talco de bebé la recibió, creando un nudo en su garganta. Su padre, Byron, y su novia, Meredith, acababan de tener un bebé, y amaba a Lola con todo su corazón. Si miraba mucho tiempo a esta bebé, la amaría de igual forma.

El teléfono de Emily sonó otra vez, y el nombre de Gayle apareció en la pantalla. Lo dejó en su bolsa.

—*Vamos*, Aria.

Aria levantó el asiento de la bebé más arriba, y ambas chicas se tambalearon por el jardín delantero. El rocío humedecía sus pies. Apenas alcanzaron a pasar por alto un aspersor de agua asomándose por el pasto. Cuando subieron al pórtico, notaron una animada mecedora y un plato de perro de cerámica que decía BIENVENIDOS GOLDEN RETRIEVERS.

—Aw. —Aria lo apuntó—. Los golden retrievers son geniales.

—Me dijeron que tienen dos cachorros de golden retriever —dijo Emily—. Siempre he querido uno de esos.

Aria miró como un millón de emociones pasaban por el rostro de su amiga en medio segundo. Se acercó y tomó la mano de Emily.

—¿Estás bien? —Había tanto que decir, pero no habían palabras con que decirlo.

Luego la expresión de Emily se fortaleció otra vez.

—Por supuesto —dijo entre dientes. Tomando un largo suspiro, tomó la silla de la bebé y la puso en el pórtico. La bebé gemía. Emily miró por encima de su hombro a la calle. El Subaru de Aria estaba en la cuneta. Algo pasó entre las sombras cerca de los setos. Por medio segundo, pensó que era una persona, pero luego sus ojos se desenfocaron. Probablemente eran las drogas que aún corrían por su sistema.

A pesar de que hizo que su incisión doliera como el infierno, Emily se agachó, puso una copia del certificado de nacimiento de la bebé, y la carta que escribió poco antes de



irse a hospital, y la puso encima del asiento. Con suerte, la carta explicaba todo. Con suerte, los Baker entenderían y amarían a esta bebé con todos sus corazones. Besó la frente de la bebé, luego pasó sus dedos por sus increíblemente suaves mejillas. *Es para mejor*, una voz en su interior decía. *Lo sabes*.

Emily presionó el timbre. En segundos, una luz se prendió, y dos diferentes pasos se oyeron al otro lado de la puerta. Aria tomó la mano de Emily, y se tambalearon hacia el auto. Una silueta se veía en la entrada, primero mirando afuera, y luego mirando el asiento de bebé abandonado... y a la bebé al interior.

—Conduce —dijo Emily.

Aria se adentró en la noche. Cuando dio vuelta a la primera esquina, miró a Emily en el espejo retrovisor.

—Está bien.

Hanna puso su mano en el brazo de Emily. Spencer se dio vuelta y apretó su rodilla. Emily colapsó y comenzó a llorar, primero tranquilamente, y luego en grandes y fuertes gritos ahogados. Los corazones de todas estaban rotos por ella, pero nadie sabía qué decir. Éste era otro devastante secreto en una larga lista de secretos que tenían que guardar, junto con Jamaica, la experiencia del casi-arresto de Spencer por posesión de drogas, lo que le pasó a Aria en Islandia, y el accidente de auto de Hanna ese verano. Al menos A se había ido, se habían asegurado de eso. Lo que habían hecho podría haber sido terrible, pero al menos nadie lo sabría jamás.

Sin embargo, no deberían estar tan seguras de eso. Después de todo lo ocurrido, deberían aprender a confiar en sus premoniciones, y tomarse en serio esas risas y sombras fantasmas. Alguien *estaba* allí esa noche, después de todo. Mirando. Analizando. Planeando.

Y ese alguien sólo estaba esperando la oportunidad para usar todo esto en contra de ellas.



Capítulo 1

Reunidos, y se siente tan bien

Traducido por Dani

Corregido por Sara, Verónica y Nanis

En una fría tarde de sábado a comienzos de Marzo, Aria Montgomery estaba sentada en la mesa de caoba en la casa de su novio Noel Kahn. Sonrió cuando Patrice, el chef privado de la familia, le sirvió un plato de ravioli con aceite de trufa. Noel estaba sentado junto a ella, y el Sr. y la Sra. Kahn estaban frente a ellos, defendiéndose de los tres poodles estándar ganadores-de-premios de los Kahn, Reginald, Buster, y Oprah. Noel le puso su nombre a Oprah cuando era pequeño porque estaba obsesionado con el programa de entrevistas.

—Qué bueno verte, Aria. —La Sra. Kahn, una imponente mujer con amistosas arrugas alrededor de sus ojos azules y diamantes en sus dedos con el valor de centenas de miles de dólares, le dio a Aria una genuina sonrisa. Los padres de Noel habían entrado a la casa momentos antes de que la cena estuviera servida—. Te has convertido en una extraña.

—Bien, agradezco estar de vuelta —dijo Aria.

Noel apretó la mano de Aria.

—Yo también agradezco que estés de vuelta. —La besó en la mejilla.

Un cosquilleo subió por la columna de Aria. A pesar de que el jugador de lacrosse, conductor de Range Rovers, típico Rosewood Noel Kahn no era exactamente el tipo de Aria, se la había ganado lentamente. Aparte de una breve ruptura unas cuantas semanas atrás, habían estado saliendo por casi un año.

Desde que volvieron, habían estado compensando el tiempo perdido. La noche del lunes, fueron al juego de los Philadelphia Flyers, y Aria realmente se interesó, celebrando mientras el equipo anotaba gol tras gol. El martes, fueron a una película indie francesa que Noel dijo que era para dejar pensando, a pesar de que Aria estaba segura de que sólo lo decía para ser simpático. El miércoles, jueves y viernes, estuvieron en la casa de Noel, merendando en el sofá y viendo *Lost* en DVD, y más



temprano ese día habían ido a caminar con raquetas para nieve luego de una extraña tormenta de nieve.

Patrice apareció otra vez con ensaladas, y los Kahn levantaron sus copas.

—Por mi guapo marido —dijo la Sra. Kahn.

—Por la más bella mujer en el mundo —replicó el Sr. Kahn.

Noel pretendió vomitar, pero Aria dijo “*Awww*” apreciativamente. Había conocido a los Kahn durante el año en que salió con Noel, y parecían ser una pareja que se comunicaba muy bien y aún planeaban sorpresas románticas para el Día de San Valentín. Los padres de Aria nunca fueron así, lo cual probablemente era el por qué estaban divorciados. Aria le había dicho a Noel justamente ayer lo suertudo que era de tener padres que aún se amaban, y él dijo que también lo creía. Los chicos pueden ser muy densos a veces, pero Aria estaba feliz de que su novio reconociera una buena relación cuando la veía.

La Sra. Kahn bebió un sorbo de su vino.

—¿Qué hay de nuevo, Aria? ¿Estás emocionada por la candidatura a senador del padre de Hanna?

14

—Definitivamente. —Aria enterró el tenedor en un ravioli—. Y es divertido ver a Hanna en todos esos comerciales de TV. —Sinceramente, era un alivio ver cualquier comercial que no fuera el de la *Pequeña Linda Asesina*, la película hecha para TV sobre Aria, Hanna, Emily, y Spencer, y su dura experiencia con la Verdadera Ali. Parece que la estaban retransmitiendo el otro día.

—Hay una gran fiesta de recaudación de fondos para el Sr. Marin el próximo fin de semana —dijo Noel masticando.

—Oh, sí, nosotros iremos, también —dijo la Sra. Kahn.

El Sr. Kahn se limpió la boca.

—De hecho, no puedo. Tendrás que ir sola.

Su mujer parecía sorprendida.

—¿Por qué no?

—Tengo una cena de trabajo en la ciudad. —El Sr. Kahn de repente se puso muy interesado en su BlackBerry, el cual estaba junto a su plato—. Apuesto que ustedes chicos están emocionados por el Crucero Ecológico que viene —añadió, cambiando el tema—. Tu madre me contó sobre eso, Noel.



—No puedo esperar —dijo Noel entusiasmado. En unas pocas semanas, la mayoría de los de último grado en Rosewood Day iban en un crucero a un montón de islas tropicales. Era parte de un viaje de último año, parte excursión científica, y Aria estaba emocionada de que ella y Noel estarían juntos para cuando llegara el viaje. Pasar horas bañándose al sol junto a él sonaba como el paraíso.

La puerta frontal se abrió, y hubo pasos en el pasillo.

—¿Hola? —Sonó una voz con un acento familiar.

—¡Klaudia! —La Sra. Kahn se levantó a medias de su asiento—. ¡Estamos aquí!

Klaudia, la estudiante de intercambio de Finlandia que había estado quedándose con los Kahn por poco más de un mes, entró al comedor. Como era usual, usaba un pulóver ultra corto y apretado al cuerpo que mostraba sus enormes pechos y minúscula cadera. Botas-más-arriba-de-las-rodillas acentuaban sus delgadas y largas piernas. Su cabello rubio-blanco caía sobre sus hombros, y sus voluptuosos labios delineados-color-frambuesa estaban cerrados.

—¡Hola, Noel! —Meneó sus dedos. Luego su mirada fue hacia Aria, y la sonrisa se puso agria—. Oh. *Tú*.

15 —Hola, Klaudia —dijo Aria en una voz entrecortada.

—¿Quieres cenar, Klaudia? —preguntó la Sra. Kahn ansiosamente—. ¡Está delicioso!

Klaudia arrugó su nariz en el aire.

—Yo bien —dijo en su forzado inglés simple. Aria sabía por hecho que hablaba el inglés perfectamente, pero ponía acto de inocente-pequeña-niña-extranjera porque la ayudaba a salirse con la suya en todo tipo de cosas—. Yo ya comer con Naomi y Riley. —Luego dio una vuelta y subió las escaleras.

Tan pronto como se cerró la puerta, Noel le dio una mirada exasperada a sus padres.

—¿Por qué sigue aquí? ¡Dijeron que iban a llamar al programa de intercambio y enviarla a casa!

La Sra. Kahn hizo un sonido con su lengua.

—¿Aún estás molesto porque tomó prestada tu chaqueta?

—No la *tomó prestada*. —La voz de Noel se elevó—. La *robó*.

—*Shh*. —La Sra. Kahn miró al tejado—. Te oiré.



Aria fijó su vista en su plato, sintiendo una secreta avalancha de triunfo. No hace mucho, Aria había estado segura de que Noel quería acostarse con Klaudia, ¿quién no? Se veía como una chica de comercial de cerveza, y para colmo era diabólica y manipuladora. Aún peor, Noel no le creyó a Aria cuando le dijo que Klaudia estaba loca, sólo pensaba que era una dulce, desafortunada estudiante de intercambio quien necesitaba mimos y protección de la Grande y Malvada América. Fue tan satisfactorio cuando Noel fue con Aria la semana pasada y dijo que Klaudia no era para él definitivamente. Estaba loca, y estaba haciendo todo lo que pudiera para enviarla de vuelta a Finlandia.

Las cejas de la Sra. Kahn se arrugaron.

—Klaudia es una invitada en nuestra casa, Noel. No podemos simplemente echarla.

Los hombros de Noel se desmoronaron.

—¿Estás poniéndote de su parte en vez de la mía?

—Sólo trata de llevarte bien con ella, cariño. Es una excelente experiencia cultural el tener a Klaudia en la casa.

—Como sea. —Noel dejó su tenedor—. ¿Sabes qué? No tengo hambre.

—Noel —protestó la Sra. Kahn, pero Noel ya estaba a medio camino de la puerta.

Aria también se levantó.

—Gracias por la cena —dijo incómodamente. Trató de llevar su plato a la cocina, pero Patrice, quien estaba esperando obedientemente en la esquina, lo tomó de sus manos y le indicó que saliera.

Aria siguió a Noel arriba por las escaleras y en la sala de estar del segundo piso, la cual tenía una enorme TV de pantalla plana y cinco consolas de videojuegos diferentes. Noel tomó dos Sprites del mini refrigerador del rincón, se echó encima del sillón y miró enojado la TV cambiando los canales.

—¿Estás bien? —preguntó Aria.

—Simplemente no puedo creer que no me escuchan sobre ella. —Noel apuntó con el dedo pulgar en dirección del cuarto de Klaudia al otro lado del pasillo.

Aria quería decir que no hace mucho, Noel no le creyó a *ella* sobre Klaudia, pero probablemente no era el momento adecuado.



—Sólo quedan pocos meses antes de que se vaya a Finlandia, ¿cierto? Quizás puedas simplemente ignorarla. Y, de todos modos, ahora que le gusta alguien más, quizás te deje solo.

—¿Te refieres al Sr. Fitz? —Noel levantó una ceja—. ¿Estás bien con eso?

Aria se hundió en el sofá y miró por la ventana a la casa de invitados en el patio trasero de los Kahn. La semana pasada, mientras ella y Noel habían terminado, Ezra Fitz, el profesor-slash-novio de Aria, había vuelto a Rosewood con la esperanza de recuperarla. Todo había salido como la fantasía que corría por la mente de Aria constantemente desde que Ezra se fue de la ciudad, hasta que, inesperadamente, el sueño se puso agrio. Ezra no era el chico que recordaba, sino que era alguien que estaba necesitado e inseguro. Cuando Aria no pudo darle el potenciador de ego a Ezra que necesitaba, se fue con Klaudia. La semana pasada, Aria los atrapó besándose en una sala de abrigos en una fiesta del elenco de la escuela para la producción de *Macbeth*. Desde ahí, Klaudia había presumido fuertemente de que ella y Ezra habían salido en sexys citas por Rosewood y que estaban mirando apartamentos en Nueva York, donde Ezra vivía.

—No me importa que Klaudia y Ezra estén juntos —dijo, sinceramente—. Estoy contigo.

17

Noel bajó el control remoto y acercó a Aria. Sus labios se encontraron en un beso. Noel presionó sus manos por los lados de su rostro, luego tocó su cuello y hombros. Sus dedos rozaron el tirante de su sostén, y pudo saber que él quería más. Se separó suavemente.

—No podemos. No con tus padres abajo.

Noel protestó.

—¿Y?

—Pervertido. —Lo golpeó juguetonamente, pero también sintió una angustia de deseo. Ésa era otra cosa que había cambiado: desde que volvieron, se acostaron por primera vez. Ocurrió sólo unos pocos días atrás en el dormitorio de Noel en una tarde lluviosa, y fue todo lo que Aria pudo haber esperado, tierno, lento, impresionante. Se susurraron cuánto se importaban el uno al otro, y después, Noel le dijo que había sido muy especial. Aria estaba agradecida de haber esperado. Lo hicieron por el motivo correcto, amor.

Noel se apoyó atrás en sus codos, y la examinó.



—No dejemos que nadie se meta entre nosotros otra vez. Ni Klaudia, ni Ezra, ni nadie.

—Trato. —Aria masajéo el antebrazo de Noel.

—Lo digo en serio. —Noel se enderezó y la miró a los ojos—. Quiero que seamos completamente honestos el uno con el otro. No más secretos. Por eso es que mis padres siguen juntos, no se ocultan nada. No quiero que nosotros nos ocultemos nada tampoco.

Aria parpadeó fuertemente. ¿Qué diría si le dijera lo que hizo en Islandia el verano pasado? ¿Qué diría si le dijera que ella y sus viejas amigas empujaron a la persona que pensaron que era la Verdadera Ali por el techo en Jamaica, solo para después enterarse que de hecho era una chica inocente llamada Tabitha Clark? ¿Qué diría sobre el Nuevo A, el mensajero anónimo que había comenzado a atormentar a Aria y a sus amigas con sus peores secretos?

¿Y quién *era* el nuevo A? La ex-amiga de Spencer, Kelsey Pierce, había tenido mucho sentido, había estado en Jamaica en el receso de primavera, y Spencer la inculpó por posesión de drogas el verano pasado. Pero cuando confrontaron a Kelsey en la Reserva en el hospital mental Addison-Stevens, parecía realmente no saber sobre Tabitha o A.

18

Y luego estaba la inscripción en la banca que vieron afuera del hospital. TABITHA CLARK, QEPD, decía, con una lista de las fechas en que Tabitha fue paciente en la Reserva. Coincidían con las fechas en que la Verdadera Ali estuvo allí también, claramente Tabitha y la verdadera Ali se conocían.

—¿Hola? ¿Aria?

Noel la estaba mirando curiosamente.

—Te desapareciste. ¿Todo está bien?

—Por supuesto —mintió Aria—. Yo... yo sólo estaba pensando en lo increíble que eres. En cuán completamente de acuerdo estoy con ser honesta contigo todo el tiempo.

El rostro de Noel se relajó en una sonrisa. Levantó su Sprite.

—Genial. ¿Así que no más secretos?

—No más secretos. —Aria levantó su Sprite también, y tocaron las latas tal como los Kahn hicieron el brindis en la cena—. A partir de ahora.



Bueno, así que “a partir de ahora” era un poquito tramposo. Pero los horribles crímenes que Aria había cometido estaban en el pasado, y necesitaban quedarse lejos de eso, para siempre.



Capítulo 2

El nuevo reto de Spencer

Traducido por Dani

Corregido por Maju, Verónica y Nanis

Esa noche, una delgada mujer en jeans negros ajustados, proponía a Spencer Hastings y a su familia cuatro trozos de torta en una bandeja de plata.

—Bueno, tenemos chocolate con cubierta de café, esponja de vainilla con crema de limón, torta de chocolate con Frangelico liqueur, y zanahoria. —Las puso en la mesa.

—Se ve delicioso. —La madre de Spencer tomó su tenedor.

—Estás tratando de poner gorda a mi futura esposa, ¿cierto? —bromeó el Sr. Pennythistle, el nuevo prometido de la Sra. Hastings.

Dio como resultado una risa educada. Spencer agarró fuertemente su propio tenedor de plata, tratando de mantener una sonrisa en su rostro a pesar de que pensaba que el chiste fue bastante patético. Estaba con su mamá, su hermana, Melissa, el novio de Melissa, Darren Wilden, el Sr. Pennythistle, y la hija del Sr. Pennythistle, Amelia, en Chanticleer House. La Sra. Hastings y el Sr. Pennythistle habían escogido la mansión de piedra con sus enormes jardines privados para su futura boda en verano.

Amelia, quien era dos años menor que Spencer, e iba a St. Agnes, la altiva escuela de la Avenida Principal, tentativamente tocó la torta de zanahoria con su tenedor.

—Las tortas de la Pastelería Sassafras son más bonitas —dijo, arrugando su nariz.

Melissa tomó un bocado y se emocionó.

—Podrán ser más bonitas, pero la cubierta de crema de limón es como el paraíso. Como dama de honor, voto por que vayamos por ésta.

—No eres la única dama de honor. —La Sra. Hastings apuntó con su tenedor hacia Spencer—. Spencer y Amelia también pueden votar.

Todas las miradas se dirigieron a Spencer. No estaba realmente segura de por qué su madre estaba pasando por todo lo de las campanas nupciales y silbidos, incluyendo el



comprar un vestido de Vera Wang con una cola de tres metros de largo, armando una lista de invitados de más de trescientas personas, y cargando a Spencer, Amelia, y Melissa con los deberes de las damas de honor, los cuales hasta ahora habían incluido el entrevistar organizadores de bodas, hacer borradores de los anuncios para el *New York Times* y el *Philadelphia Sentinel*, y escoger las bolsas de regalos perfectas para la recepción. Había días en que Spencer pensaba que su mamá se iba a despertar y darse cuenta que haberse divorciarse del padre de Spencer había sido un error. Está bien, así que su papá había tenido una aventura con Jessica DiLaurentis y secretamente había sido padre de gemelas, Courtney y Alison. Pero de todos modos, ¿todo esto para una segunda boda?

Spencer cortó un perfecto rectángulo de la torta de chocolate Frangelico, cuidadosa de no dejar ninguna migaja en su nuevo vestido de Joie.

—Ésta está muy bien —dijo.

—Las grandes mentes piensan igual. Ésa es mi favorita también. —El Sr. Pennythistle limpió su boca—. He querido decírtelo, Spencer. Estuve en contacto con mi amigo Mark, quien es un productor de grandes obras no-de-Broadway. Estaba muy impresionado con tu papel de Lady Macbeth y le gustaría que audiciones para una de sus próximas obras.

21

—Oh. —Spencer suspiró, sorprendida—. Gracias. —Le sonrió. En una familia de gente destacada, era lindo ser notada.

Amelia arrugó su nariz.

—¿Es el mismo Mark que produce teatro dinner¹? ¿No son sus obras usualmente sobre batallas medievales? —Se rió rencorosamente.

Spencer entrecerró los ojos. ¿Muy celosa? A pesar de que Amelia había vivido en la casa de los Hastings por unas cuantas semanas, sus interacciones consistían mayormente en ataques de perra, gruñidos de una palabra, o miradas furiosas desde el frente de la mesa en la cena. Spencer una vez tuvo una relación entre hermanas como esa con Melissa. Ella y Melissa finalmente hicieron las paces; no necesitaba otro adversario familiar que tomara su lugar.

Amelia aún estaba mirando a Spencer.

—Por cierto, ¿has oído sobre Kelsey últimamente? Ella, como que, se esfumó de la faz de la tierra. Mi grupo de orquesta tiene un violinista menos.

¹ **Dinner Theater** es un tipo de teatro donde sirven la cena y luego se representa una obra. No existe término en español.



Spencer puso otro bocado de torta en su boca para evitar responder. La vieja amiga de Spencer del programa de verano de la UPenn ahora estaba en la Reserva en el hospital mental y centro de rehabilitación de Addison-Steven para superar su abuso de drogas, y era en parte por culpa de Spencer. Spencer había inculcado a Kelsey el verano pasado por posesión de drogas e hizo que la enviaran al centro de detención juvenil. Cuando resurgió recientemente en la vida de Spencer, Spencer había pensado que Kelsey era la nueva A, exigiendo venganza.

Ahora sabía que Kelsey no era A, ella y sus amigas recibieron un mensaje de A mientras Kelsey estaba en la Reserva, en donde no permitían teléfonos. Pero, ¿quién más podría saber tanto sobre todas ellas?

—No he oído nada de Kelsey —dijo Spencer, lo cual era cierto. Miró disimuladamente a Darren Wilden, quien estaba sumergiéndose en un trozo de torta de chocolate. A pesar de que había sido el investigador jefe del caso del asesinato de Alison DiLaurentis, ya no era policía. Pero Spencer se sentía ligeramente incómoda en su presencia. Especialmente ahora que estaba guardando nuevos y peligrosos secretos.

La mesera reapareció y sonreía esperanzadamente.

—¿Están bien las tortas?

22

La Sra. Hastings asintió. Melissa movió su tenedor en el aire, su boca estaba llena de comida. Mientras la mesera se alejaba, Spencer miró a su alrededor, el gran comedor. Las paredes estaban recubiertas de piedra y el piso era de mármol. Enormes buqués florales estaban en pequeños nichos junto a las ventanas del-piso-a-la-pared. Afuera, un enorme laberinto de setos se estiraba hasta tan lejos como el ojo podía ver. Había unas cuantas otras personas comiendo en el comedor, la mayoría eran viejos hombres conservadores, probablemente haciendo tratos de negocios. Entonces, fijó su mirada en una alta mujer, de cuarenta-y-algo con cabello rubio-ceniza, ojos gris metal y una frente de botox. Cuando vio a Spencer mirándola, rápidamente centró su atención en el menú en sus manos.

Spencer miró a otro lado también, sintiéndose nerviosa. Desde que A reapareció, no podía quitarse la sensación de que estaba siendo observada donde quiera que fuera.

De repente, el iPhone de Spencer soltó un *bloop*. Lo sacó e inspeccionó la pantalla. *¡Recordatorio de la Cena de Princeton!* decía la línea del asunto. Spencer presionó ABRIR. *¡No lo olvides! ¡Estás cordialmente invitada a la cena de honor de todos los admitidos en las postulaciones adelantadas de Princeton en Pennsylvania y Nueva Jersey!* La cena era el lunes por la noche.



Spencer sonrió. Amaba la correspondencia de Princeton, especialmente ya que su futuro allí había parecido tan incierto la semana pasada, A le envió una carta diciendo que Spencer no había sido admitida después de todo, y Spencer se había quemado las pestañas tratando de probar que valía la pena hasta que se dio cuenta de que la carta era falsa. No podía esperar hasta Septiembre, cuando podría comenzar en algún lugar nuevo. Ahora que había una nueva A, Rosewood se sentía más que nunca como una prisión.

La Sra. Hastings miró a Spencer con curiosidad, y Spencer le mostró la pantalla de su teléfono. El Sr. Pennythistle la miró también, y luego tomó un trago del café que la mesera acababa de servirle.

—Realmente disfrutarás Princeton, harás unos contactos geniales. ¿Planeas unirte a un Eating Club²?

—¡Por supuesto que lo planea! —respondió Melissa casualmente—. Apuesto que ya tienes tus tres favoritos elegidos, ¿cierto, Spence? Déjame adivinar. ¿Club Cottage? ¿Ivy? ¿Qué más?

Spencer jugueteaba con el servilletero de madera junto a su plato, sin responder inmediatamente. Había oído de los Eating Clubs, pero no había averiguado cuidadosamente, había estado demasiado ocupada estudiando palabras de vocabulario, voluntariado para un trillón de actividades de servicio comunitario, y siendo la presidenta de varias organizaciones de su escuela sólo para *entrar* a Princeton. Quizás eran como el club de comida de Rosewood Day, un grupo de chicos que iban a restaurantes elegantes, tenían fiestas de revisión de *Mejor Chef*, y usaban los hornos de la clase de economía del hogar para cocinar *boeuf bourguignon* y *coq au vin*.

Wilden entrelazó sus dedos sobre su estómago.

—¿Alguien se molestaría en aclararme lo que es un Eating Club?

Melissa se veía un poco avergonzada por su novio, de muy buen gusto, estudiante de de la Ivy-League, Melissa y el trabajador Wilden venían de mundos muy diferentes.

—Los Eating Clubs son como sociedades secretas —le explicó en una voz ligeramente de patrocinadora (la cual Spencer no hubiera soportado si *ella* fuera el novio de Melissa)—. Tienes que competir para entrar en el proceso, que se llama bicker. Pero una vez que entras, es como popularidad instantánea, amigos instantáneos, y toneladas de beneficios.

² **Eating Club:** fundación Estadounidense (S.XIX) de las universidades americanas que permiten a los estudiantes disfrutar comidas y discursos. Últimamente el sistema se ha reemplazado por las fraternidades, pero hoy en día los eating club se mantienen en unas cuantas: Princeton, Davidson, Mount Olive y Reed College.



—¿Cómo un frate? —preguntó Darren.

—Oh, *no*. —Melissa parecía apaleada—. Primero, los Eating Club son mixtos. Segundo, tienen mucha más clase.

—Puedes llegar muy lejos si eres miembro de un Eating Club —añadió el Sr. Pennythistle—. Tuve un amigo que estaba en el Club Cottage, y a un antiguo alumno que fue del Club Cotagge quien trabajaba en el senado le dio un trabajo, sin hacerle pruebas.

Melissa asintió emocionada.

—Lo mismo pasó con mi amiga Kerri Randolph. Pertenecía al Gorro y Túnica, e hizo una práctica con el equipo de diseño de Diane Von Furstenverg sólo por contactos del Eating Club. —Miró a Spencer—. Tienes que hacerles saber que estás interesada desde antes. Conozco gente que comenzó a engatusar los Eating Club cuando estaba en primer año de *secundaria*.

—Oh. —Spencer de repente se sintió nerviosa. Quizás era un grave error el que no se haya metido en los Eating Club desde antes. ¿Y si cada estudiante de admisión adelantada ya había engatusado al Eating Club de su elección, y, como en un elaborado juego de sillitas musicales, se quedaba sin asiento cuando la música se detenía? Se suponía que se sintiera agradecida por ir a Princeton, *punto*, pero así no era como funcionaba. No podía simplemente ser una antigua estudiante común. Tenía que ser la mejor.

—Sería estúpido el Eating Club que no me invite —dijo, poniendo un largo mechón de su cabello rubio detrás de sus hombros.

—Absolutamente. —La Sra. Hastings palmeó el brazo de Spencer. El Sr. Pennythistle dijo un “*Mm-hmm*” de apoyo.

Cuando Spencer se sentó otra vez, una aguda, y afilada risa hizo eco en las murallas. Se puso tensa y miró a su alrededor, el vello de sus brazos estaba de punta.

—¿Oyeron eso?

Wilden dejó de tomar café y miró alrededor de la sala. Las cejas del Sr. Pennythistle se arrugaron, luego chasqueó la lengua.

—Malas ventanas. Sólo es una corriente de aire.

Luego todos volvieron a comer como si nada estuviera mal. Pero Spencer sabía que ese sonido no era de una corriente de aire. Era la misma risa que había estado oyendo por meses. Era A.



Capítulo 3

El chico que se escapó

Traducido por Dani

Corregido por Maju, Verónica y Nanis

Hanna Marin y su hermanastra, Kate Randall, estaban sentadas en una larga mesa en el corredor central del centro comercial King James. Mostraban grandes e irresistibles sonrisas que decían somos-lindas-y-lo-sabemos a todos los que pasaban.

—¿Estás registrada para votar? —le preguntó Hanna a una mujer de mediana edad que cargaba una bolsa de la tienda de queso artesanal ¡Quel Fromage!

—¿Quiere venir al encuentro de Tom Marin en el ayuntamiento de la ciudad el martes en la noche? —Kate le pasó un flyer a un tipo usando una credencial de Banana Republic.

25

—¡Vote por Tom Marin en las próximas elecciones! —vociferó Hanna a un grupo de abuelas fashion que miraban el ventanal de Tiffany.

La multitud estaba muy calmada, y Kate se volvió hacia Hanna.

—Deberías haber sido animadora.

—Nah, ser animadora no es mi estilo —dijo Hanna ágilmente.

Eran las siete en la noche del sábado, y estaban tratando de fomentar interés por la campaña presidencial del Sr. Marin. Estaba aumentando en las encuestas, y se esperaba que el encuentro y recaudación de fondos en el ayuntamiento que iba a realizar la próxima semana le diera una ventaja sobre su opositor, Tucker Wilkinson. Hanna y Kate eran las voces juveniles de la campaña, poniendo feeds en Twitter y organizando flash mobs.

Kate jugueteaba con la gran chapa de VOTE POR TOM MARIN que usaba en la solapa de su ajustada chaqueta.

—Por cierto, vi otra foto de Liam en el diario esta mañana con alguna zorra en South Street —susurró—. Parece que ha ganado peso.



Normalmente, Hanna habría pensado que la mención de su hermanastra sobre Liam, un chico que había dejado como idiota a Hanna una semana atrás, solo era para hacerla sufrir, especialmente ya que Liam era el hijo de Tucker Wilkinson. Pero sorprendentemente, Kate había estado siendo muy simpática. Había dejado los sarcásticos comentarios de soy-mejor-que-tú en la mesa de la cena. Dejó a Hanna usar primero el baño tres mañanas seguidas. Y la noche anterior, trajo el nuevo álbum de LMFAO, diciendo que pensaba que a Hanna le gustaría. Hanna tenía que admitir que la nueva Kate era genial, pero en realidad nunca se lo *diría* a Kate.

—Quizás está comiendo por el estrés de que no estoy respondiendo sus llamadas —dijo Hanna riendo—. Me ha dejado un montón de correos de voz.

Kate se acercó.

—¿Qué crees que Tom hará con lo que le contaste?

Hanna miró ausentemente a un grupo de chicas de séptimo grado reunidas afuera de Sweet Life, una tienda de dulces gourmet. Luego de enterarse de que Liam era un grande y gordo mentiroso, le contó a su padre un montón de chismes jugosos y dañinos sobre el papá de Liam.

—No lo sé —respondió—. No estoy segura de que la política sucia sea su estilo.

—Qué mal. —Kate juntó sus labios y puso sus manos sobre el montón de flyers frente a ella—. Ese idiota se merece hundirse.

—¿Y dónde están Naomi y Riley esta noche? —Hanna estiró sus largas y delgadas piernas bajo la mesa, impaciente por cambiar el tema—. Pensé que siempre pasabas los sábados con ellas. —Naomi Zeigler y Riley Wolfe eran las mejores amigas de Kate. Fueron las mayores enemigas de Hanna cuando era la mejor amiga de Mona Vanderwaal, la chica que resultó ser la primera A.

Kate se encogió de hombros.

—De hecho, estoy tomándome un poco de tiempo sin Naomi y Riley.

—¿En serio? —Hanna se enderezó interesada—. ¿Por qué?

Kate le pasó un flyer a una chica universitaria que usaba una chaqueta de cuero.

—Nos peleamos.

—¿Por qué?

Kate tosió incómodamente.



—Em, sobre el Eco Crucero que viene. Y sobre ti, de hecho.

Hanna arrugó su nariz.

—¿Qué cosa sobre mí?

—Olvidalo. —Kate miró a otro lado—. No importa.

Hanna estaba a punto de presionar a Kate por más detalles cuando su padre apareció desde el patio de comidas con un contenedor de cartón de lattes de Starbucks y una bolsa de variados muffins.

—Chicas han hecho un increíble trabajo —dijo, poniendo una mano sobre el hombro de Kate—. He visto toneladas de personas con flyers. Apuesto que tendremos una gran concurrencia en el encuentro en el ayuntamiento el martes. Y Hanna estoy recibiendo un montón de retroalimentación positiva sobre el comercial. Quizás te pida que grabes otro. —Guiñó el ojo.

—¡Por supuesto! —dijo Hanna animadamente. En los seis años desde que su padre se divorció de su madre, se mudó de la casa, y olvidó que Hanna existía, había anhelado su aceptación, tratando mucho de lograr que la notara. Desde que le fue bien en los grupos de discusión, ha sido una estrella a sus ojos. Su papá le pedía su opinión sobre estrategias de campaña, y de verdad *quería* estar cerca de ella.

27

Luego el Sr. Marin se dio la vuelta y tomó el hombro de una mujer tras él. Hanna esperaba ver a Isabel, la nueva esposa de su papá y la madre de Kate, pero era una alta e imponente mujer en sus cuarenta. Usaba un precioso abrigo de pelo de camello y altas, puntiagudas botas de Jimmy Choo.

—Damas, ella es la señorita Riggs —dijo—. Se acaba de mudar a Rosewood, y prometió una gran donación a la campaña.

—Te lo mereces, Tom. —La voz de la Srta. Riggs era muy refinada, como la de Katharine Hepburn—. Necesitamos más gente como tú en Washington.

Miró a las chicas, dándole la mano a Kate, luego a Hanna.

—Te encuentro muy familiar —dijo, mirando a Hanna de pies a cabeza—. ¿Dónde te he visto?

Los labios de Hanna tiritaron.

—En la revista *People*, probablemente.

La Srta. Riggs sonrió.



—Dios, ¿por qué?

Las cejas de Hanna se levantaron. ¿En serio esta mujer no sabía?

—*People* hizo un perfil de Hanna —dijo el Sr. Marin—. Su mejor amiga era Alison DiLaurentis. La chica asesinada por su hermana gemela.

Hanna se retorció en su asiento, no quería corregir a su papá en los detalles. Técnicamente su mejor amiga había sido *Courtney* DiLaurentis, la chica que se hizo pasar por Alison cuando Alison fue forzada a tomar el lugar de Courtney en el hospital mental. Pero era muy complicado acostumbrarse al hecho.

—Sí oí algo sobre eso. —La Srta. Riggs miró a Hanna con piedad—. Pobrecita. ¿Estás bien?

Hanna se encogió de hombros. Estaba algo bien... y algo mal. ¿Podrías alguna vez superar algo como eso? Y además estaba la nueva A en la escena. A sabía sobre Tabitha, sobre las fotos obscenas de Hanna con Patrick, el fotógrafo que le prometió que la haría una modelo pero sólo quería meterse en sus pantalones, y sobre su encuentro amoroso con Liam. Cualquiera de esas cosas podría arruinar su vida, y la campaña de su padre. Gracias a Dios A no sabía sobre el accidente en el que estuvo el verano pasado.

28

La Srta. Riggs miró su reloj.

—Tom, vamos tarde a nuestra charla de estrategias.

—Adelántate, estaré allí en un segundo —dijo el Sr. Marin. La Srta. Riggs se despidió de las chicas, y luego fue en dirección de El Año del Conejo, un exclusivo restaurant Chino. El Sr. Marin se quedó ahí, mirando a Hanna y a Kate hasta que la Srta. Riggs estaba a una distancia segura—. Sean buenas con la Srta. Riggs, ¿está bien? —murmuró.

Hanna hizo una mueca.

—¡Fui buena!

—Siempre soy buena, Tom —añadió Kate, parecía ofendida.

—Lo sé, lo sé, chicas, sólo manténganlo así. —Los ojos del Sr. Marin estaban muy abiertos—. Es una gran filántropa y una gran influencia. Necesitamos sus fondos para poner al aire nuestros comerciales a través del estado. Podría hacer la diferencia entre ganar y perder.



Su padre fue deprisa hacia la Srta. Riggs, y Kate fue hacia el baño. Hanna miraba a la gente pasar otra vez, molesta de que su padre la hubiera sermoneado como si fuera una traviesa de seis años. ¿Desde cuándo Hanna necesitaba una lección sobre ser buena con los donantes?

Una figura emergió de Armani Exchange, y Hanna miró. Hanna vio el ondulado cabello del chico, su mentón cuadrado, y su gastada y esbelta chaqueta de cuero. Algo en su interior se retorció. Era su ex, Mike Montgomery. Lo había evitado desde la fiesta del elenco de *Macbeth* unas cuantas semanas atrás, donde le había pedido que lo recibiera de vuelta y lo rechazó. Pero se veía completamente delicioso esta noche.

Hanna lo llamó, y Mike miró y sonrió. Mientras caminaba hacia ella, Hanna se ajustó su blusa punteada de seda para que un poquito del tirante de su sostén se viera y rápidamente revisó su reflejo en la parte de atrás de su iPod. Su cabello castaño estaba brillante y lleno, y su delineador de ojos estaba perfecto.

—Hey. —Mike apoyó sus codos en la mesa—. Haciendo campaña, ¿eh?

—Sep. —Hanna cruzó coquetamente sus piernas, con un zumbido nervioso en su estómago—. Estás... ¿comprando? —Quería golpearse por sonar tan patética.

Mike levantó la bolsa de A/X.

—Me compré un sweater negro que tú y yo vimos hace un tiempo.

—¿El ajustado? —Hanna enrolló un mechón de cabello en su dedo—. Ese te quedaba muy bien.

Dos hoyuelos aparecieron en ambos lados del rostro de Mike cuando sonrió.

—Gracias —dijo tímidamente.

—¿Mike?

Mike saltó, como si lo hubieran atrapado. Una delgada chica con largo cabello marrón, cara ovalada, y grandes ojos como de muñeca se paró tras él.

—¡Allí estás! —gorjeó.

—¡Oh, hola! —La voz de Mike elevó su tono—. Eh, Hanna, ¿conoces a Colleen? ¿Mi... novia?

Hanna se sintió como si Mike la hubiera pateado en los pechos. Por supuesto que conocía a Collen Bebris, habían ido a la misma escuela por años. Pero era su... ¿novia? Colleen era una de esas chupamedias que trataban de ser la mejor amiga de todos. Alguna vez, Colleen hizo su meta personal el ser mejor amiga de Hanna y Mona, a



pesar de que era dos años menor y ridículamente ñoña. Hacían que Colleen tomara apuntes en latín I por ellas mientras se saltaban la escuela para ir de compras, llevaban sus ropas a la lavandería, y acampaban frente a la tienda Apple todo el fin de semana para no tener que esperar en la fila por el último iPod. Eventualmente, Colleen entendió la señal y comenzó a juntarse con los chicos del Festival de Shakespeare. Pero siempre tenía una gran sonrisa para Hanna y Mona en los pasillos, diciendo “¡Beso, beso!” cada vez que pasaba. Mona solía codear a Hanna y murmurar: “¡No, no!”

—Qué bueno verte —dijo Hanna tensamente. De repente se sintió rara, le puso un flyer a Colleen en la cara—. Vota por Tom Marin.

—Oh, Hanna, no tengo edad para votar. —Colleen sonaba muy desilusionada, como si Hanna no estuviera simplemente tratando de romper el hielo—. Pero tu papá es genial. Ese tipo Wilkinson parece un idiota, ¿no crees? Y su hijo es todo un jugador.

Los ojos de Hanna se expandieron. ¿Cómo sabía Colleen que Liam era un jugador?

Colleen tocó el brazo de Mike.

—Deberíamos irnos. Nuestras reservas para cenar son a las siete y cuarto. —Colleen le sonrió a Hanna—. Tenemos reservas en Rive Gauche esta noche. Es una tradición de los sábados. Amo absolutamente el *moules frites*.

—Leí que *moules frites* están cargadas con los peores tipos de grasa. Pero tú no pareces realmente preocuparte por ese tipo de cosas —dijo Hanna dulcemente a Colleen. Luego miró enfáticamente a Mike. Siempre había querido ir a Rive Gauche cuando salían, pero Hanna se negaba porque Lucas Beattie, su ex, trabajaba allí. Rive Gauche era *el* lugar para reunirse *de* Rosewood Day, aunque Hanna odiaba la idea de que la elite de la escuela viera a Mike Montgomery y Colleen juntos. Salir con Mike automáticamente haría que Colleen estuviera *in*, y no se lo merecía.

—Nos vemos después —dijo Mike, sin captar el sarcasmo de Hanna, o su frustración. Mientras se alejaba, con la mano entrelazada con la de Colleen, Hanna sintió una extraña sensación de pérdida y anhelo. No se había dado cuenta de lo lindo que era el trasero de Mike. O lo atento que era con sus novias. Todo de una vez, extrañaba todo sobre él. Extrañaba los viajes de compras donde se sentaba pacientemente afuera del probador y criticaba los atuendos de Hanna, los lujuriosos comentarios que hacía sobre las chicas Kardashian cuando miraban sus shows en E!, y cómo dejó una vez que Hanna lo maquillara, se veía sorprendentemente bien con delineador. Hanna incluso extrañaba el estúpido llavero de Hooters que colgaba del cierre de su mochila. Sus momentos con Liam podrían haber sido eléctricos e intoxicantes, pero con Mike había sido tonta e inmadura y completamente ella misma.



De repente, le llegó tal como un alarmante mensaje de A: Quería de vuelta a Mike. Incluso se podía imaginar el tipo de nota que A escribiría para la ocasión:

El pasto siempre es más verde, ¿o no, Hannakins? ¡Parece que estás tan out como los jeans de piernas anchas de la temporada pasada!



Capítulo 4

Un paseo por la tierra de los recuerdos

Traducido por Dani

Corregido por Verónica y Nanis

La siguiente tarde, la madre de Emily Fields se apoderó del volante del Volvo de su familia y salió de la universidad de Lyndhurst, donde Emily acababa de competir en el encuentro de finales de natación del año. Las ventanas del auto estaban empañadas, y la mezcla de aromas a cloro, shampoo UltraSwim, y el latte de vainilla de la Sra. Fields flotaban en el aire.

—Tu estilo mariposa se ve muy bien —dijo la Sra. Fields efusivamente, palmeando la mano de Emily—. El equipo de la UNC estará emocionado de tenerte.

—Mm-hmm. —Emily corrió sus dedos por el interior afelpado de su chaqueta de natación. Sabía que debería estar emocionada por la beca de natación para la Universidad del Norte de Carolina del próximo año, pero únicamente estaba aliviada de que esta temporada de natación se hubiera acabado. Estaba exhausta.

Sacó su celular y revisó la pantalla por la onceava vez ese día. *No hay nuevos mensajes.* Apagó su celular, luego lo prendió otra vez, pero el buzón seguía en blanco. Hizo clic en la aplicación para el horóscopo diario y leyó Tauro, su signo. *Hoy brillarás en el trabajo,* decía. *Prepárate para las sorpresas que se vienen.*

Sorpresas... ¿cómo buenas sorpresas o malas sorpresas? Toda una semana había pasado sin siquiera una nota de la Nueva A. Y no había habido amenazas, nada de burlas de lo que Emily y las otras habían hecho en Jamaica, nada de “tsk, tsk” por creer que Kelsey Pierce, una chica que a Emily le había gustado, fuera la persona tras ellas. Pero la ausencia de A era incluso más espeluznante que una lluvia de mensajes sobre sus más oscuros secretos. Emily no podía evitar el imaginarse a A esperando y planeando un nuevo asalto, algo peligroso y devastador. Le temía a lo que podría ser.

La madre de Emily se detuvo en una señal de pare en un pequeño plan de viviendas. Modestas casas estaban enmarcadas por viejos robles, y había un aro de basquetbol al final de un pasaje sin salida.



—Ésta no es la ruta usual que usamos para ir a casa —murmuró. Miró el GPS—. Me pregunto por qué esta cosa me envía a estos caminos. —Se encogió de hombros y siguió conduciendo—. Como sea, ¿has estado en contacto con alguna de las chicas del equipo de UNC? Sería bueno comenzar a conocerlas.

Emily pasó sus manos por su húmedo cabello rubio-rojizo.

—Oh, sí. Debería hacerlo.

—Algunas de ellas viven en residencias “limpias”, ya sabes, donde fumar, el uso del alcohol, y la actividad sexual son mal vistos. Deberías solicitar una de sus habitaciones. No querías perder tu beca de natación por pasar mucho en fiestas.

Emily evitó quejarse. Por supuesto que su súper-conservativa madre querría que viviera como una monja en la universidad. A comienzos de esa semana, cuando se enteró de que Kelsey, la chica con la que se había estado juntando, tenía problemas con las drogas, interrogó a Emily imaginándose que Emily también usaba drogas. Emily estaba sorprendida de que su mamá no le hubiera pedido que orinara en un frasco para un test de drogas.

Mientras la Sra. Fields parloteaba sobre las residencias limpias, Emily tomó su celular otra vez y bajó por los mensajes anteriores que había recibido de A, terminando en el último:

Busquen todo lo que quieran, perras. Pero NUNCA me encontrarán.

Hundió su estómago. De cierta forma, casi deseaba que A simplemente expusiera todo sobre ellas y acabara con esto, la culpa y las mentiras eran muy horribles para soportarlas. También deseaba que A se revelara como la persona que sabía que era, la Verdadera Ali. Sus amigas podrían no creerlo, pero Emily sabía en el fondo de sus huesos que Ali había sobrevivido al incendio en la casa en Poconos. Después de todo, Emily le había dejado un camino para escaparse a Ali, abriéndole la puerta antes de que la casa explotara.

Las piezas estaban comenzando a encajar. Ali y Tabitha estuvieron en la Reserva al mismo tiempo, y quizás esa era la razón de por qué Tabitha estaba actuando tan parecido a Ali en Jamaica. Quizás las dos habían trabajado juntas de algún modo, quizás Ali se había puesto en contacto con Tabitha luego de escapar del incendio en Poconos. Quizás Ali incluso envió a Tabitha a Jamaica para arruinar la mente de las chicas y volverlas locas.

Todo el asunto rompía el corazón de Emily. Sabía, lógicamente, que su atormentadora no era *Su* Ali, la chica que había adorado por años, con la que pasó un montón de tiempo, y a quien besó en la casa del árbol de los DiLaurentis al final de séptimo



grado. Pero no podía evitar afligirse por ese momento el año pasado cuando la Verdadera Ali volvió, se hizo pasar por Su Ali, y besó a Emily con tanta pasión. Parecía tan... *genuina*, no como una loca.

—Sabes, podrías apuntarte para un lugar en la residencia limpia ahora —decía la Sra. Fields mientras subía una cuesta junto a un gran patio de una escuela. Muchos adolescentes estaban sentados en los columpios, fumando cigarrillos—. Me encantaría tener esto terminado antes de que tu padre y yo vayamos fuera de la ciudad el miércoles. —El Sr. y la Sra. Fields iban de viaje a Texas por el sexagésimo quinto aniversario de bodas de los abuelos de Emily, dejando a Emily sola en la casa por primera vez en su vida—. ¿Quieres que llame a la oficina de vivienda estudiantil mañana y pregunte?

Emily se quejó.

—Mamá, no sé si quiero...

Se desconcentró, de repente notando dónde estaban. SHIP LANE, decía un letrero verde de la calle. Adelante había un familiar rancho blanco pequeño con persianas verdes y un gran pórtico frontal. Era en ese mismo pórtico en el que ella y sus amigas habían dejado cierto asiento para bebé, meses atrás.

34

—Detente —dijo.

La Sra. Fields apretó el freno.

—¿Qué ocurre?

El corazón de Emily latía tan rápido que estaba segura de que su mamá podía escuchar cada válvula abriéndose y cerrándose. Esta casa había aparecido en los sueños de Emily casi cada noche, pero se había prometido nunca volver a conducir por aquí otra vez. Parecía extra-raro que el GPS las hubiera guiado por aquí, casi como si el aparato supiera que esta casa guardaba dolorosos recuerdos. O quizás, pensó temblorosamente, era alguien más quien sabía, alguien que de algún modo había programado el GPS.

A.

De todos modos, ahora que estaba aquí, no pudo alejar su mirada. El plato de perro que decía BIENVENIDOS GOLDEN RETRIEVERS ya no estaba en el pórtico, pero la mecedora seguía allí. Los arbustos en el patio delantero se veían un poco demasiado crecidos, como que no habían sido podados en un tiempo. Las ventanas estaban oscuras, y había un montón de periódicos atados en el piso, una señal segura de que la familia estaba de vacaciones.



Todo tipo de recuerdos volvieron a Emily, espontáneamente. Se vio a ella misma tambaleándose abajo del avión desde Jamaica, con náuseas, mareada y exhausta. Se había imaginado que sólo era por algo que había comido en el resort, pero con el pasar del tiempo, los síntomas empeoraron. Apenas podía mantenerse despierta en clases. No podía retener la comida. Ciertas cosas, como el café, queso, y flores, olían horrible.

Luego, una semana después, estaba cambiando de canal y encontró el final de un episodio de *True Life* en MTV sobre chicas que habían estado embarazadas en la secundaria. Una chica se había sentido mal por meses pero pensó que era mononucleosis; para cuando se hizo un test de embarazo, ya tenía cuatro meses. Mirándolo, una luz se prendió en el cerebro de Emily. Al día siguiente, condujo a una farmacia a unos cuantos pueblos de distancia de Rosewood y compró un test de embarazo. Asustada de que su madre pudiera encontrar la evidencia, se hizo el test en un frío, húmedo y oscuro baño en un parque local.

Dio positivo.

Se pasó los siguientes días con un aturdimiento horroroso, sintiéndose confundida y perdida. El padre tenía que ser Isaac, su único novio de ese año. Pero sólo habían tenido sexo *una vez*. Ni siquiera estaba segura de que le *gustaran* los chicos. Y, ¿qué rayos iba a decirles a sus padres sobre esto? Ellos nunca, jamás la perdonarían.

35

Cuando su mente se aclaró, comenzó a hacer planes: se escaparía a Philly ese verano y se quedaría con su hermana Carolyn, quien estaba haciendo un programa de verano en la Universidad de Temple. Usaría blazers y blusas anchas para ocultar que había ganado peso hasta que la escuela se terminara. Vería a un doctor en la ciudad y le pagaría en efectivo para que sus citas no aparecieran en la cuenta de seguros de sus padres. Contactaría una agencia de adopciones y haría arreglos. E hizo todas esas cosas, así fue como conoció a los Bakers, quienes vivían en esa misma casa.

Luego de que Emily llamó a Rebecca, la coordinadora de adopciones, y le dijo que había tomado la decisión, tomó el SEPTA hacia Nueva Jersey para visitar a Derrick, su amigo de Poseidon, el restaurant de pescado en Philly donde trabajaba como mesera. Derrick era el único amigo en quien había confiado todo el verano, sus suaves ojos y sencillos modales la calmaban. Fue su sabio consejero, su roca, y le contó casi todo sobre ella, desde su sufrimiento con A hasta su capricho con Maya St. Germain. A veces, Emily lamentaba que fuera la única que le contaba cosas, no sabía mucho sobre él, pero Derrick simplemente se encogía de hombros y decía que su vida era aburrida en comparación con la de ella.

Derrick trabajaba como jardinero en una gran casa en Cherry Hill los fines de semana y le dijo a Emily que lo encontrara allí. Era el tipo de mansión con portón metálico, una casa para invitados en la parte de atrás, y una entrada de autos, larga y



serpenteante hecha de empedrado azul en vez de asfalto. Derrick dijo que los dueños no se molestarían si hablaban en el gazebo, y allí fue donde Emily le contó las noticias. Él escuchó pacientemente y la abrazó cuando terminó, lo cual la hizo llorar. Derrick era alguien enviado del señor, había aparecido justo cuando lo necesitaba, escuchando todos sus problemas.

Mientras hablaban, la puerta trasera de la mansión, la cual daba a un espléndido jardín con una grande y rectangular piscina, se abrió, y una alta mujer con corto cabello rubio y una larga y empinada nariz salió. Notó a Emily inmediatamente y la miró de los pies a la cabeza, desde su cabello con frizz hasta sus grandes senos y su enorme estómago. Un pequeño y atormentado chillido salió de su boca. Atravesó el patio y se acercó a Emily, mirándola con una expresión tan triste que hizo que el corazón de Emily se partiera.

—¿Cuánto tienes? —preguntó suavemente.

Emily se encogió de miedo. Ya que era una adolescente, la mayoría de las personas desviaban sus ojos de su embarazo como si fuera un gran tumor. Era extraño escuchar que alguien sonara tan realmente interesado.

—Um, como siete meses y medio.

36

La mujer tenía lágrimas en sus ojos.

—Eso es precioso. ¿Te sientes bien?

—Supongo. —Emily miró cautelosamente a Derrick, pero él sólo se mordió su labio inferior.

La mujer extendió su mano.

—Soy Gayle. Esta es mi casa.

—Yo soy, eh, Heather —respondió Emily. Era el nombre falso que le había dado a todos ese verano, excepto a Derrick. *Heather* incluso estaba en su chapa con nombre en el restaurant. La delgada, pre-embarazada Emily estaba por todo el internet, conectada a la historia de Alison DiLaurentis, y Emily ya se imaginaba un ítem sobre su embarazo ilícito en un blog de chismes local, seguido por una horrorificada llamada de sus padres.

—Eres tan afortunada —murmuró Gayle, mirando amorosamente al estómago de Emily. Casi se veía como si quisiera acercarse y tocarlo. Luego, la sonrisa de Gayle se transformó en un ceño fruncido, y las lágrimas bajaron por sus mejillas—. Oh, Dios



—dijo, luego se dio vuelta y corrió tambaleándose al interior de la casa, cerrando fuertemente la puerta.

Emily y Derrick estuvieron en silencio por un momento, escuchando el sonido de una cortadora de pasto en la casa de al lado.

—¿Hice algo para ponerla triste? —preguntó Emily preocupada. La mujer parecía tan frágil.

Derrick rodó sus ojos.

—Como sea. No te preocupes.

Así que Emily no se preocupó. Poco sabía que unas pocas semanas después le estaría prometiendo su bebé a Gayle... y luego retractándose.

Los furiosos mensajes que Gayle dejó el día que Emily puso a la bebé en la entrada de los Bakers pasaron por su mente. *Voy a encontrarte. Voy perseguirte.* Afortunadamente, nunca lo hizo.

—Emily, cariño, ¿estás bien? —preguntó la Sra. Fields, alejando los pensamientos de Emily.

37

Emily se mordió fuertemente el interior de su mejilla.

—Eh, conozco a la chica que vive aquí —dijo incómoda, sintiendo cómo sus mejillas aumentaban de temperatura—. Creí haberla visto en la ventana, pero supongo que no. Ya podemos irnos.

La Sra. Fields echó un vistazo al terreno.

—Oh Dios, el pasto se ve horrible —murmuró—. Nunca venderán esta casa con tanta maleza.

Emily entrecerró los ojos.

—¿A qué te refieres con vender la casa?

—Está en venta. ¿Ves?

Apuntó a un letrero en el patio delantero. EN VENTA, decía, con una foto del agente inmobiliario y un número de teléfono. Un globo de exclamación en la parte superior derecha decía ¡ENTRÉGA RAPIDA! Y ¡DUEÑOS REUBICADOS! Y ¡COMPRELA AHORA! También había un anuncio de que harían un puertas abiertas el próximo sábado desde el medio día hasta las cuatro.



Un sentimiento de enfermedad pasó rápidamente por el cuerpo de Emily. Con sólo saber que esa casa estaba ahí, que su bebé estaba cerca, la hacía sentir reconfortada y aliviada, podía cerrar sus ojos e imaginarse dónde estaba su bebé todo el tiempo. Pero los Bakers no estaban de vacaciones, se habían mudado.

Su bebé se había ido.



Capítulo 5

Las cosas que descubres en la sección de producción...

Traducido por Dani

Corregido por Verónica y Nanis

A^l día siguiente, el timbre sonó en la clase de Historia del Arte, y los veintidós estudiantes se levantaron en masa.

—¡Lean el capítulo ocho para mañana! —dijo la Sra. Kittinger tras ellos.

Aria guardó sus libros en su mochila y siguió a la multitud por la puerta. Tan pronto como estuvo en el pasillo, miró su celular, el cual había estado pestañeando por toda la última hora. *Nueva Alerta de Google para Tabitha Clark*, decía la pantalla.

39

Su estómago se revolvió. Había estado siguiendo las noticias relacionadas con Tabitha, leyendo cuentas de amigos despojados, parientes en duelo, y padres enojados protestando por los viajes alcohólicos del receso de verano. Hoy, había otra historia en un periódico. El encabezado decía PADRE DE ADOLESCENTE MUERTA EN EL RECESO DE VERANO DEMANDA AL RESORT JAMAQUINO QUE LE SIRVIÓ ALCOHOL A SU HIJA.

Cliqueó en el link. Había una foto del padre de Tabitha, Kenneth Clark, un alto hombre con gafas, quien era un magnate de las industrias. Quería castigar duramente el alcoholismo en adolescentes y castigar a los bares que servían a los bebedores menores de edad.

—Me gustaría saber cuál era su nivel de alcohol en la sangre cuando falleció —dijo. También había una cita de Graham Pratt, quien era el novio de Tabitha cuando murió—. Creo que es muy posible que el resort The Cliffs le haya servido, a pesar de que estaba notoriamente borracha.

Wow. ¿Y si la familia y amigos de Tabitha de algún modo se enteraban de que Tabitha *no había* muerto por sobredosis de alcohol? La garganta de Aria se sentía seca, y su corazón comenzó a latir fuertemente. Era suficientemente difícil pasar un día sin pensar en la chica inocente cayendo a su muerte, apenas dormía por las noches, y no estaba comiendo mucho. Pero si el padre de Tabitha se enteraba, si la policía lo



conectaba con ellas, si las vidas de las amigas de Aria estaban arruinadas por algo que técnicamente *ella* hizo... bueno, no sabía cómo seguir con su vida.

—¿Aria?

Aria se dio vuelta y vio a Emily tras ella. Estaba usando una chaqueta del equipo de natación de Rosewood, jeans ajustados negros, y su redonda, plácida, y pecosa cara era de curiosidad.

—Um, hola. —Aria guardó su teléfono en su bolsillo. No tenía sentido mostrarle esto a Emily y preocuparla por algo que probablemente no era nada—. ¿Qué ocurre?

—Me preguntaba si vas a ir al encuentro en el ayuntamiento del papá de Hanna el martes. —Emily se movió del camino mientras algunas personas del equipo de natación pasaban—. Me preguntó si iría.

—Sí. —Aria ya le había dicho a Hanna que asistiría a los eventos políticos de su padre—. ¿Nos sentamos juntas?

—Eso sería bueno. —Emily le sonrió llorosamente a Aria, y Aria reconoció esa sonrisa inmediatamente. Antes, cuando eran parte del grupo de Ali, Aria había apodado como la sonrisa de Igor de Emily. La había visto en la cara de Emily un montón desde que Su Ali desapareció.

40

—¿Qué pasa, Em? —dijo Aria suavemente.

Emily miró sus zapatillas New Balance color gris. Tras ella, un grupo de chicos de segundo año se empujaban jugueteando. Kirsten Cullen miró la vitrina de los trofeos, arreglándose el brillo labial.

—Pasé junto a esa casa en Ship Lane ayer —dijo Emily finalmente.

Aria parpadeó, recordando el significado de Ship Lane.

—¿Cómo fue?

Emily tragó saliva.

—Había un letrero de SE VENDE en el jardín, y la casa parecía vacía. Se *mudaron*. —Su mandíbula temblaba como si fuera a llorar.

—Oh, Em. —Aria puso sus brazos alrededor de su amiga. Las palabras no podían describir lo en shock que se sintió el verano pasado cuando Emily le dijo que estaba embarazada. Llamó de la nada a Aria y le rogó que no le dijera a las otras. *Lo tengo bajo control*, dijo. *He escogido una familia para la bebé cuando nazca. Sólo tenía que decírselo a alguien.*



—Desearía saber por qué se fueron —murmuró Emily.

—Tiene sentido, ¿no crees? —preguntó Aria—. Quiero decir, ellos de la nada tuvieron un bebé. Probablemente parecía extraño para los vecinos. Quizás se mudaron para evitar preguntas.

Emily lo consideró.

—¿A dónde crees que fueron?

—¿Por qué no tratamos de averiguar? —sugirió Aria—. Quizás el corredor de propiedades sabe.

Los ojos de Emily se iluminaron.

—El letrero de SE VENDE decía que había un puertas abiertas este fin de semana.

—Si quieres compañía, iré contigo —se ofreció Aria.

—¿En serio? —Emily parecía aliviada

—Por supuesto.

41

—*Gracias.* —Emily puso sus brazos alrededor de Aria otra vez y la apretujó fuertemente. Aria también la abrazó, afortunadamente eran unidas otra vez. Habían pasado tanto tiempo evitándose, avergonzadas por los secretos que compartían, pero no les hizo muy bien. Era mejor luchar contra A juntas. Además, Aria extrañaba tener buenas amigas.

El celular de Aria sonó, y Emily se fue, diciendo que tenía que ir a clases. Mientras pasaba por el pasillo, Aria miró la pantalla y frunció el ceño. *Llamada de Meredith.* Era inusual que la prometida de su padre la llamara.

—¿Aria? —dijo Meredith cuando Aria contestó—. Oh mi Dios, estoy tan agradecida de encontrarte. —De fondo, la hija de Meredith y Byron estaba lloriqueando. También había sonidos de frascos chocando y vidrios destrozándose—. Realmente necesito tu ayuda —continuó—. Quiero recrear este plato de pasta tan impresionante que comimos en un restaurant Italiano en Philly para tu padre esta noche, pero acabo de ir a Fresh Fields, y no les queda tatsoi. El Fresh Fields de Bryn Mawr tiene, pero no puedo ir ahora, Lola está molesta y no quiero empeorarlo llevándola en público. ¿Puedes ir por mí después de la escuela?

Aria se apoyó en la pared y miró ausentemente a un poster recordándole a los de último año que se inscriban para las excursiones por la orilla de la playa en el Eco Crucero.



—¿No puedes hacerlo mañana? —Bryn Mawr no quedaba exactamente cerca.

—De verdad lo necesito esta noche.

—¿Por qué? —preguntó Aria—. ¿Byron tiene visitas de profesores o algo?

Meredith hizo un sonido de incomodidad.

—Olvidalo. No importa.

Ahora Aria estaba curiosa.

—En serio. ¿Cuál es la ocasión?

Otra larga pausa. Meredith suspiró.

—Está bien, es el aniversario de nuestro primer beso.

Aria sintió náuseas.

—Oh —dijo rencorosamente. Sus padres aún estaban casados cuando Byron y Meredith se dieron su primer beso.

—¡Tú preguntaste! —protestó Meredith—. ¡No quería decirte!

42

Aria puso su mano desocupada en el bolsillo de su blazer. Si Meredith realmente quería ocultárselo, entonces, ¿por qué llamó a Aria en primer lugar?

—¿Aria? —La voz de Meredith sonó por el teléfono—. ¿Estás ahí? Mira, lo siento por decírtelo. Pero de verdad *necesito* tu ayuda. ¿Puedes hacer esto por mí sólo esta vez?

Lola comenzó a llorar aún más fuerte, y Aria cerró sus ojos. A pesar de que no apoyaba este aniversario, mientras más estresada estuviera Meredith, más sufriría Lola. Decirle que no, probablemente iría a Byron también, y jamás vería el final de esto.

—Está bien —dijo mientras sonaba el segundo timbre—. Pero tienes que decirme qué es el tatsoi.

Unas cuantas horas después, Aria entró al Fresh Fields de Bryn Mawr. La ciudad estaba a unos dieciséis kilómetros de distancia, tenía una pequeña y liberal universidad de las artes, un teatro de arte que producía innovadoras obras, y un viejo hostel con un letrero que decía GEORGE WASHINGTON DURMIÓ AQUÍ. Los autos en el estacionamiento del negocio estaban tapados de calcomanías suplicando a la gente



para que SALVE A LAS BALLENAS, VUELVE VERDE, VIVE EN PAZ, y MATA TU TELEVISOR.

Luego de pasar por las puertas automáticas del negocio y entre al menos treinta barriles de aceitunas, se dirigió hacia la sección verde del departamento de producción. Aparentemente, el tatsoi era como la espinaca. Por qué Meredith no podía simplemente *usar* espinaca para la estúpida cena de vamos-a-celebrar-nuestra-aventura estaba más allá de sus conocimientos.

Todo el asunto ponía delicada a Aria. Había sido la que encontró a Byron y a Meredith besándose en un callejón en séptimo grado. Byron le rogó que no le dijera nada a Ella, y a pesar de que Aria quería decirle, pensó que guardando el secreto de su papá, sus padres seguirían juntos.

Por mucho tiempo, Su Ali fue la única que sabía sobre los coqueteos de su papá, y Aria deseaba que no lo supiera. Ali solía molestarla con eso todo el tiempo, preguntándole si Byron había tenido aventuras con otras chicas, también. Cuando Ali desapareció, Aria en parte se sintió aliviada, al menos ya no la podía molestar con el secreto. Pero eso era guardar el secreto sola, también. Trató de enterrarlo profundamente, diciéndose que estaba haciendo un sacrificio por su familia. De todos modos, al final su sacrificio no importó. A le reveló la aventura a Ella, y sus padres se separaron.

43

Aria pasó una balanza colgando y la tocó suavemente con sus dedos. Quizás no valía la pena lamentarse por esto. No era como si Byron y Ella fueran la pareja perfecta tampoco, incluso mucho antes de Meredith. No eran para nada como, digamos, los padres de Noel. Nada como lo que Aria quería que fueran ella y Noel.

Pasó un montón de protuberantes berenjenas, moradas oscuras y grandes, y fragantes tarros de albahaca Tailandesa y menta de manzana, y una muestra de acelga salteada Suiza de una mujer con un delantal de Fresh Fields. Al final del pasillo, había un pequeño tarro lleno de cosas verdes marcado TATSOI. Aria tomó una bolsa plástica del dispensador y comenzó a llenarla. Por el rabillo de su ojo, notó a una mujer junto a los tomates reliquia. Usaba un vestido estilo Pucci con un estampado de remolino, y piel bronceada, cejas abundantes, y un montón de maquillaje. Había algo en ella que hacía que Aria recordara al papá de Noel. Esta mujer podría ser su hermana.

Cuando Aria se acercó, considerando preguntarle de dónde sacó ese vestido, Ella lo hubiera amado, la mujer se dio vuelta, revelando más de su rostro. Algo de repente se puso agrio en el interior de Aria, y se fue por la esquina. Luego de un momento, miró a escondidas el rostro de la mujer y suspiró de asombro.

La mujer no era la hermana del Sr. Kahn. Ella era el *Sr. Kahn*.



Capítulo 6

Spencer está dentro

Traducido por Dani

Corregido por Verónica y Nanis

Esa noche, poco después de las seis, Spencer entró a Striped Bass, un restaurant en la calle Walnut en Philadelphia. El lugar tenía altos tejados que provocaban eco, el piso de madera de cerezo brasileño estaba pulido hasta brillar, y había columnas corintias por el perímetro. Grandes luces en forma de barril colgaban sobre las cabezas, garzones daban vueltas alrededor de mesas blancas enmanteladas, y el aire olía a mantequilla derretida, pez espada al grill, y vino tinto.

CENA DE BIENVENIDA PARA LA ADMISIÓN ADELANTADA DE PRINCETON decía un pequeño letrero justo pasando el stand del jefe de cocina, apuntando a una pequeña sala a la derecha. Adentro, treinta chicos de su edad estaban alrededor de las mesas. Todos los chicos estaban vestidos con kakis, camisas, y corbatas, y tenían esa ligeramente nerd y súper-confiada mirada que cada mejor alumno de la clase que Spencer haya conocido tenía. Las chicas usaban sweaters, faldas hasta las rodillas, y recatados tacones altos de algún-día-me-uniré-a-una-firma-de-abogados. Algunas de ellas eran flaquísimas y parecían modelos, otras eran más gorditas o usaban lentes de marcos oscuros, pero todas se veían como que habían sacado un 4.0 en el GPA y puntaje perfecto en el SAT.

Una TV iluminada arriba del bar principal captó la mirada de Spencer. ESTE VIERNES, UNA REPETICIÓN DE *PRETTY LITTLE KILLER*, un banner anunciaba en letras amarillas. La chica que hacía de Alison DiLaurentis apareció, diciéndole a las actrices de Spencer, Aria, Hanna, y Emily que quería que fueran mejores amigas otra vez.

—Las he extrañado a todas. —Sonrió con afecto—. Las quiero de vuelta.

Spencer se dio vuelta, el calor subía a su rostro. ¿No era momento de que ya dejaran de mostrar ese estúpido documental? De todos modos, la película no contaba toda la historia. Dejaba fuera la parte sobre las chicas pensando que la Verdadera Ali había aparecido en Jamaica.



No pienses en Ali, o Jamaica, se regañó Spencer silenciosamente poniendo sus hombros derechos y marchando hacia el comedor. La última cosa que necesitaba era volverse loca, al estilo de Lady Macbeth, en su primera fiesta formal de Princeton.

Tan pronto como pasó por la puerta doble, una chica rubia y de amplios ojos violeta le sonrió enormemente.

—¡Hola! ¿Estás aquí por la cena?

—Sí —dijo Spencer, enderezándose—. Spencer Hastings. De Rosewood. —Rezaba para que nadie reconociera su nombre, ni notara que una versión de veintitantos años de ella estaba en la TV de la sala.

—¡Bienvenida! Soy Harper, una de las embajadoras estudiantiles. —La chica buscó entre un montón de credenciales y encontró una con el nombre de Spencer escrito en mayúsculas—. Oye, ¿conseguiste eso en la Conferencia de Liderazgo de D.C. hace dos años? —preguntó, mirando el llavero plateado con forma del monumento de Washington que colgaba de la gran cartera de cuero de Spencer.

—¡Sí! —dijo Spencer, agradecida de haber puesto el llavero en el cierre en el último minuto. Había esperado que alguien lo reconociera.

45 Harper sonrió.

—Tengo uno de esos en alguna parte. Pensé que sólo le decían a universitarios que fueran.

—Normalmente es así —dijo Spencer con timidez actuada—. ¿También estuviste allí?

Harper asintió animadamente.

—Fue genial, ¿no crees? Conocer a todos esos senadores, hacer todas esas reuniones falsas de la ONU, a pesar de que esa cena de inauguración fue medio... —Harper se fue quedando callada, haciendo una cara extraña.

—¿Rara? —se arriesgó Spencer, riendo—. Hablas sobre ese mimo, ¿cierto? —Los coordinadores del evento habían contratado un mimo como entretenimiento. Él se pasó toda la cena pretendiendo que estaba atrapado en una caja invisible o paseando a su perro imaginario.

—¡Sí! —Harper se rió—. ¡Era tan raro!

—¿Recuerdas que el senador de Idaho lo *amó*? —Spencer se rió nerviosamente.



—*Totalmente.* —La sonrisa de Harper era acogedora y genuina. Su mirada se movió a la credencial de Spencer—. ¿Vas a Rosewood Day? Una de mis mejores amigas fue allí. ¿Conoces a Tansy Gates?

—¡Estaba en mi equipo de Hockey de pasto! —dijo Spencer, emocionada por otra conexión. Tansy era una de las chicas que había hecho la petición a Rosewood Day para que dejara a las de séptimo grado entrar al equipo universitario junior, con la esperanza de que Spencer fuera escogida. En vez de eso, Ali fue escogida, y Spencer fue relegada al patético equipo de sexto grado, que dejaba a cualquiera jugar.

Luego Spencer miró a la credencial de Harper. Listaba las actividades en las que estaba involucrada en Princeton. Hockey de pasto. El *Diario Princetoniano*. Al final, en pequeñas letras, estaban escritas las palabras *Silla de Discusiones, Eating Club de Honor*.

Casi jadeó. Había hecho un montón de investigaciones sobre los Eating Clubs desde que fue tomada por sorpresa en la degustación del pastel. El de Honor mixto, el cual presumía jefes de estado, líderes de compañías importantes, y grandes literarios como alumnos, estaba en la cima de su lista de debo-unirme-a. Si Harper era de Discusión, eso significaba que estaba a cargo de escoger nuevos miembros. Definitivamente era la persona que tenía que conocer.

46

De repente alguien comenzó a aplaudir en la parte frontal de la habitación.

—¡Bienvenidos, futuros estudiantes! —gritó un larguirucho tipo con cabello crespo rubio-rojizo—. Soy Steven, uno de los embajadores. Vamos a comenzar la cena, así que, ¿podrían todos tomar sus asientos?

Spencer miró a Harper.

—¿Nos sentamos juntas?

La cara de Harper cambió de golpe.

—Me encantaría, pero nuestros asientos están asignados. —Apuntó a la credencial de Spencer—. Ese número en tu credencial es la mesa en la que estás. ¡Pero estoy segura de que conocerás gente genial!

—Sí —dijo Spencer, tratando de esconder su decepción. Y entonces, antes de que pudiera decir algo más, Harper se alejó.

Spencer encontró la mesa cuatro y se sentó frente a un chico asiático con cabello puntiagudo y lentes angulares quien estaba pegado a la pantalla de su iPhone. Dos chicos con chaquetas iguales de Pritchard Prep estaban conversando sobre un torneo de golf en el que habían competido el verano pasado. Una chica flaca que usaba un



traje sastre estaba gritándole al celular sobre vender stock. Spencer levantó una ceja, preguntándose si la chica ya tenía un trabajo. Estos chicos de Princeton no perdían el tiempo.

—*Hola.*

Un chico con barba de chivo, cabello café desordenado, y ojos dormilones miró a Spencer desde el asiento adyacente. Sus pantalones grises de tela tenían el borde deshilachado, y olía como el enorme bong que Mason Byers trajo de Ámsterdam.

El chico drogata estiró su mano.

—Soy Raif Fredricks, pero la mayoría me llama Reefer. Soy de Princeton, así que tengo ganas de ir a la universidad comunitaria del lugar. Mi gente me ruega que no vaya, pero es como “¡Por supuesto que no! ¡Necesito libertad! ¡Quiero hacer mis rondas de batería a las cuatro de la mañana! ¡Quiero tener juntas de protesta durante la cena!”.

Spencer parpadeó ante él. Lo dijo todo tan rápido que no estaba segura de haberlo captado todo.

—Espera. ¿*Tú* vas a Princeton?

Reefer, Dios, qué estúpido sobrenombre, sonrió.

—¿No es por eso por lo que todos estamos aquí? —Su mano aún estaba estirada frente a Spencer—. Eh, normalmente ésta es la parte donde la gente se da la mano. Y tú dices: “Hola, Reefer, mi nombre es...”.

—Spencer —dijo Spencer aturdida, estrechando la enorme palma de Reefer por medio segundo. Su mente daba vueltas. Este chico pertenecía a una loma de hierba en Hollis con todos los otros chicos que se graduaban de sus escuelas secundarias en medio del montón. No parecía como el tipo que agonizaba por exámenes avanzados y se aseguraba de haber hecho suficientes horas de servicio comunitario.

—Entonces, Spencer. —Reefer se apoyó en el respaldo y miró a Spencer de arriba abajo—. Creo que es el destino que nos hayamos sentado juntos. Pareces entenderlo, ¿sabes? Pareces no ser una prisionera del sistema. —La codeó—. Además, eres totalmente linda.

Ew, pensó Spencer, volviéndose a la dirección opuesta expresamente y pretendiendo estar enamorada con la ensalada de escarola que los meseros estaban sirviendo. Sólo ella tenía la suerte de estar sentada junto a este perdedor.

Reefer no captó la señal de todos modos. Se acercó, tocándole el hombro.



—Está bien si eres tímida. Mira: estaba pensando en ir al Salón de la Independencia y revisar el rally de Occupy Philly después de esto. Se supone que será realmente inspirador.

—Eh, no gracias —dijo Spencer, molesta por lo alto que este tipo estaba hablando. ¿Y si todos pensaban que eran amigos?

Reefer se metió un poco de escarola a la boca.

—Tú te lo pierdes. Toma, en caso de que cambies de opinión. —Rasgó un trozo de papel de un bien gastado cuaderno de espiral en su bolso, escribió algo, y se lo pasó a Spencer. Ella le echó un ojo a las palabras. *Qué largo, y extraño viaje ha sido. ¿Ah?*

—Jerry es mi gurú —dijo Reefer. Luego apuntó a un grupo de dígitos bajo la cita—. Llama cuando sea, día o noche. Siempre estoy en pie.

—Eh, gracias. —Spencer guardó el papel en su cartera. Notó a Harper mirándola desde el otro lado de la habitación, se encontraron sus miradas, y le hizo una mirada de *Oh-mi-Dios-creo-que-él-es-desagradable*.

Afortunadamente, Steven, el otro embajador, comenzó a hablar, y su largo discurso fortalecedor-de-ego sobre cómo todos en la sala eran maravillosos e impresionantes y probablemente cambiarían el mundo algún día porque fueron a Princeton tomó el resto de la hora. Tan pronto como los meseros limpiaron los postres, Spencer se levantó de su asiento tan rápido como sus modeladas-por-el-hockey-sobre-pasto piernas pudieron llevarla. Encontró a Harper junto a la urna de café y le sonrió ampliamente.

—Veo que conociste a Reefer. —Harper guiñó el ojo.

Spencer arrugó su rostro.

—Sí, qué afortunada soy.

Harper la miró de una forma indescifrable, luego se acercó.

—Escucha, sé que es de último minuto, pero, ¿tienes planes para este fin de semana?

—No lo creo. —Además de ayudar a su mamá a más degustaciones para la boda. ¿Acaso una segunda boda realmente necesitaba una torta y una torre de Cupcakes?

Los ojos de Harper brillaron.

—Genial. Porque tengo una fiesta y me encantaría llevarte. Creo que realmente te llevarías bien con mis amigos. Podrías quedarte conmigo en una gran casa en la que vivo en el campus. Conocer un poco las cosas.



—Suenan maravilloso —dijo Spencer rápidamente, casi como si, si se quedara quieta un milisegundo, Harper cancelaría su oferta. La *gran casa en el campus* era la casa de Honor, como Silla de Discusión, Harper podía vivir allí.

—Genial. —Harper tocó algo en su teléfono—. Dame tu email. Te enviaré mi número e indicaciones de dónde encontrarme. A las seis.

Spencer le dio su dirección de email a Harper y su número de teléfono, más temprano que tarde, el email de Harper apareció en su inbox. Cuando lo leyó, casi dijo wow en voz alta. Como era de esperar, Harper le había dado las indicaciones hacia la Casa de Honor en la Avenida Prospect.

Salió de la habitación, caminando en el aire. Mientras pasó la puerta giratoria hacia la calle, su celular, el cual estaba en su cartera, sonó. Cuando lo sacó y vio la pantalla, su corazón cayó de golpe como una piedra. *Nuevo mensaje de texto de Anónimo.*

¡Hola Spence! ¿Crees que tus amigos universitarios te aceptarían en su Eating Club si supieran sobre tu apetito por asesinato? ¡Besos! —A



Capítulo 7

Hanna se evapora

Traducido por Dani

Corregido por Maju y Nanis

La noche siguiente, Hanna estaba de pie afuera de la sala de casilleros de los chicos, estirando su vestido, que abrazaba sus curvas, el cual se había puesto luego de la campana final. A su alrededor, los estudiantes se amontonaban para alcanzar sus camiones, corrían a actividades, o subían a sus autos para dirigirse al centro comercial King James.

El celular de Hanna sonó, y rápidamente le bajó el volumen. Era otro mensaje de Isabel, recordándole a Hanna que esté en el encuentro de su papá en el ayuntamiento esa noche un poco antes para que conozca a algunos de los donantes. *Duh*, como si ya no lo supiera. Ella ayudó a *organizar* toda la cosa. Y estaría allí cuando llegara. Lo que estaba haciendo era la única cosa en su mente en ese momento.

50

Los aromas a calcetines sucios, y spray corporal AXE se esparcieron por el pasillo. Voces amortiguadas y el sonido de duchas silbando hacían eco. Ocurría que los chicos de atletismo interior habían entrado de un riguroso entrenamiento de carreras de sprint³ alrededor del estacionamiento cubierto de hielo. También ocurría que Mike estaba en el equipo de atletismo interior para mantenerse en forma para lacrosse. La Operación Traer a Mike de Vuelta estaba a punto de comenzar.

La puerta azul se abrió, y dos chicos de segundo año usando chaquetas de atletismo emergieron, mirando extrañados a Hanna mientras pasaron. Los miró de vuelta, luego se centró en la puerta otra vez.

—Fue un genio del gimnasio el que introdujo la clase de baile del caño —dijo el intermediario soplón de Mason Byers—. ¿Han visto a las chicas que la toman?

—Amigo, ni siquiera me hagas empezar —respondió James Freed—. No pude entrenar la última vez que estuve ahí, sólo las miré todo el tiempo.

—Esa chica con la que Mike está saliendo la toma —dijo Mason.

³ Carreras de sprint: carreras de corta distancia a máxima velocidad.



Hanna frunció el ceño. ¿Colleen hacia el baile del caño ahora? Para un show de talentos de octavo grado, Colleen se había vestido en un traje Latvio y bailó los pasos de sus ancestros nativos. Hanna y Mona se rieron de ella por meses luego de eso.

—Lo sé. —James hizo un raro gruñido masculino—. Sin duda que él lo hace con ella.
—Él se rió—. ¿Sabías que Bebris significa *castor* en Latvio?

Espera. Los chicos no acababan de decir que Mike lo estaba *haciendo* con ella, ¿o sí? Hanna sintió una punzada de dolor. Ella y Mike no lo habían hecho, y habían salido por más de un año.

Dos chicos más emergieron de la sala de casilleros, y Hanna se asomó adentro. James y Mason no estaban a la vista, pero Mike estaba en su casillero. Estaba de pie en bóxers, su cabello negro estaba húmedo, y apelmazado contra su cabeza, había pequeñas gotas de agua en sus hombros. ¿*Siempre* había sido así de musculoso?

Hanna volvió a su lugar. *Es momento*. Caminó y entró a la sala llena de humo. Nunca había estado al interior de la sala de casilleros de los chicos antes, y estaba decepcionada de darse cuenta de que no era tan diferente del de las chicas, además de suspensorios tirados en el piso de uno de los pasillos. La sala olía a talco y a calcetines sudados, y el basurero estaba rebosante con botellas vacías de Gatorade.

51

Caminó de puntillas por el piso de cerámicas grises hasta que estaba a sólo unos pies de Mike. En su espalda, estaba la cicatriz en forma de luna creciente que se hizo cayendo de su bicicleta cuando era chico. Se habían mostrado el uno al otro todas sus cicatrices una tarde en la casa de Hanna, hasta bajándose la ropa interior pero sin ir más lejos. De cierto modo, Hanna había estado muy asustada de tener sexo con Mike, nunca había dormido con nadie antes, y parecía algo tan importante con él. Y a pesar de cómo Mike siempre estaba hablando de lo loco por el sexo que era, Hanna se preguntaba si también habría estado un poco asustado.

Hanna estiró sus brazos y puso sus manos sobre los ojos de Mike.

—Boo.

Mike saltó, pero luego se relajó.

—Heeey —dijo—. ¿Qué estás *tú* haciendo aquí?

En vez de decir algo, Hanna comenzó a salpicar la parte de atrás del cuello de Mike con pequeños besos. Mike se le acercó, su piel desnuda se sentía tibia en contra de su delgado vestido. Él se dio vuelta y pasó sus dedos por los largos rizos de Hanna. De repente, abrió sus ojos y miró.



—¡Hanna! —Mike tomó la toalla de la banca y cubrió su torso desnudo—. ¿Qué rayos?

Hanna tomó la cuerda del collar que Mike había usado desde que su familia volvió de Islandia y lo acercó.

—No seas tímido. Sólo sigue el juego. ¿No es ésta una de tus fantasías sexuales?

Mike se alejó de ella, sus ojos muy abiertos.

—¿Perdiste la cabeza? —No estaba mirando el vestido ajustado ni sus tacones súper altos que hacían que sus tobillos dolieran. En vez de eso, la estaba mirando como si estuviera siendo locamente inapropiada—. Debes irte.

Hanna se puso rígida.

—Parecía gustarte unos pocos segundos atrás.

—Eso es porque pensé que eras otra persona. —Mike se pasó una camiseta por la cabeza y se puso su pantalón.

Hanna se apoyó contra los casilleros, sin moverse.

52

—Mira, Mike, te quiero de vuelta, ¿está bien? Las cosas se acabaron conmigo y mi novio. Sé que me quieres de vuelta también. ¡Así que deja de actuar como un idiota y ya bésame!

Lo finalizó con una pequeña risita para que no sonara tan agresiva, pero Mike simplemente la miró en blanco.

—Me escuchaste en el centro comercial la otra noche, ahora tengo una novia.

Hanna rodó sus ojos.

—¿Colleen? *Por favor.* ¿No recuerdas cómo se mojó la cabeza en el baño Viejo Fiel cuatro veces en sexto grado? Y Mike, es una geek de teatro. Estás tirando abajo completamente tu popularidad al salir con ella.

Mike cruzó sus brazos.

—De hecho, Colleen tiene un agente para sus asuntos de teatro. Ha estado en audiciones para cosas grandes en TV. Y no me importa la popularidad.

Sí, claro.

—¿Es fácil o algo? —Hanna estaba sorprendida por lo amargada que sonaba.

La cara de Mike se endureció.



—Me gusta, Hanna.

La miró fijamente, y las nubes en la cabeza de Hanna comenzaron a tomar altura. Mike no estaba saliendo, y acostándose, con Colleen porque ella quería, sino porque a le importaba.

Alguien se rió desde cerca de los lavabos, y Hanna espió a James y Mason escondiéndose tras el muro, escuchando cada palabra. Puso sus brazos alrededor de su cuerpo, de repente sintiéndose expuesta. Se estaban riendo de ella. La torpe Hanna, lanzándose a su ex. La torpe Hanna, dejándose como idiota. Podría ser gorda otra vez, con cabello café-popó y frenillos en sus dientes. La última gordita, fea perdedora a quien nadie quería.

Sin otra palabra, se dio vuelta y salió de la sala de los casilleros, sin siquiera detenerse cuando su tobillo se torció. *Esto no está ocurriendo, esto no está ocurriendo*, se repetía silenciosamente una y otra vez. No había modo de que hubiera sido vencida por alguien tan tímida como Colleen.

Cerró de golpe la puerta de la sala de casilleros y emergió al silencioso pasillo. De repente, una nueva risa se escuchó por el pasillo, de tono agudo, y aún más siniestra que la de los chicos. Hanna se congeló y escuchó. ¿Estaba loca, o eso sonaba como la risa de Ali? Ladeó su cabeza, esperando. Pero así de simple, el sonido desapareció.



Capítulo 8

Hola, mi nombre es Heather

Traducido por Dani

Corregido por Verónica y ladypandora

Esa noche, Emily entró al Rosewood Arms, un hotel cercano a Hollis que era medio B&B⁴ pintoresco, medio resort elegante. La vieja mansión fue una vez propiedad de un magnate de los ferrocarriles y cada habitación estaba decorada con ebanistería antigua de valor incalculable y unas cuantas cabezas de ciervos, de bisontes y de leones. Una de las alas la habían convertido en un spa. El viejo garaje del magnate, el cual solía albergar docenas de carruajes de primera línea y antiguos autos de carrera, ahora era el salón de banquete.

Esa noche en particular, el espacio había sido alquilado para la reunión del ayuntamiento del Sr. Marin. Había largas hileras de sillas frente a un escenario. Un único micrófono estaba en el centro del escenario y había pancartas proclamando mensajes como TOM MARIN POR EL CAMBIO y PENNSYLVANIA NECESITA A MARIN. Era raro ver el rostro del padre de Hanna en carteles de campaña. Emily seguía pensando en él como el hombre que retó a Ali por lanzarle un chicle por la ventana de su auto. Más tarde, Ali les hizo ponerse en círculo y llamó al padre de Hanna el *Sr. Idiota*, incluso Hanna, quien lo hizo con lágrimas en los ojos.

Emily escaneó la multitud. Había gente que no había visto en años, la Sra. Lowe, su antigua profesora de piano, cuyo rostro angular siempre hacía a Emily recordar a un galgo, estaba bebiendo de una taza térmica de Starbucks en el rincón. El Sr. Polley, quien solía presentar los banquetes del equipo de natación de Emily, estaba mirando su BlackBerry cerca de una de las ventanas. El Sr. y la Sra. Roland, quienes se mudaron a la vieja casa de los Cavanaugh, estaban sentados en sillas que habían sido instaladas cerca del escenario, con su hija, Chloe, sentada junto a ellos. Emily se sintió mal. El Sr. Roland le había conseguido la beca para la Universidad de Carolina del Norte, pero su comportamiento lascivo le costó a Emily su amistad con Chloe.

Las únicas personas que Emily no veía eran sus amigas. Mientras se daba la vuelta para buscarlas en otra habitación, chocó con alguien del servicio de catering, quien

⁴ B&B: Bed and Breakfast, servicio de algunos hoteles económicos que ofrecen alojamiento y desayuno.



llevaba una bandeja plateada llena de aperitivos. El camarero se fue hacia adelante, pero milagrosamente atrapó la bandeja antes de caer al piso.

—¡Lo siento! —dijo Emily.

—No importa —respondió airoso—. Afortunadamente tengo reflejos rápidos como un rayo. —Entonces, se dio vuelta y volvió a mirar—. ¿Emily?

Emily parpadeó. Mirándola, vestido con un esmoquin de camarero, estaba Isaac Colbert, su ex-novio y el padre de su hija. No lo había visto desde que habían terminado hacía más de un año.

—H-hola. —El corazón de Emily latía. Isaac parecía más alto de lo que recordaba y también más ancho. Su cabello castaño le llegaba hasta su mentón y se asomaba un tatuaje por debajo del cuello. Miró la espiral negra en su piel. ¿Qué habría dicho su sobreprotectora madre por eso? Dado que la Sra. Colbert había cortado la cabeza de Emily de las fotos de ella e Isaac y la llamó puta, Emily no pudo imaginarse lo emocionada que estaría de que su hijo se hubiera tatuado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

Isaac hizo un gesto hacia el logotipo del bolsillo de su camisa. COLBERT CATERING.

55

—La compañía de mi padre es proveedora de refrescos. Es un admirador de Tom Marin. —Entonces, se quedó quieto y miró a Emily de arriba a abajo—. Te ves... diferente. ¿Bajaste de peso?

—Lo dudo. Me parece que me quedé con algunos kilos desde que estuve... —Se detuvo a sí misma antes de decir *embarazada* y casi se tragó la lengua. ¿Qué le *pasaba*?

Casi llamó unas cuantas veces a Isaac para confesárselo mientras estaba embarazada, Isaac había sido maravilloso antes de que pasaran esas cosas con su madre. Solían hablar durante horas y había sido tan comprensivo cuando le dijo que había salido con chicas en el pasado. Entonces, una tarde de invierno, se desvistieron lentamente en el dormitorio de él. Fue tan dulce por querer que su primera vez fuera significativa.

Pero cada vez que levantaba el teléfono para llamarlo, no sabía cómo darle la noticia. “¡Hola! ¡Tengo una historia para ti!” O, “Oye, ¿recuerdas esa vez que nos acostamos?” ¿Y qué habría dicho Isaac? ¿Habría querido también dar a la bebé en adopción, o habría querido criarla juntos? Emily no se podía imaginar haciendo algo así, amaba a los niños, pero no estaba lista para uno propio. Pensándolo bien, Isaac podría no haberle creído. O se habría puesto muy, muy enojado por no habérselo dicho antes. Era algo, lo había decidido, de lo que tenía que hacerse cargo sí misma. Así que revisó



perfiles online de parejas adoptivas. Cuando llegó a la cuenta de dos personas felices y sonrientes que decía *Amorosa pareja casada durante ocho años con muchas ganas de ser mami y papi*, se detuvo. Charles y Lizzie Baker decían ser almas gemelas, iban a viajes en kayak los fines de semana, leían el mismo libro al mismo tiempo para poder comentarlo durante el postre y estaban arreglando su vieja casa en Wessex. *Siempre le diremos a tu hijo que él o ella fue dado en adopción por amor*, decía el perfil. Algo en eso tocó el corazón de Emily.

Ahora, Isaac puso la bandeja en una mesa cercana y puso su mano en el brazo de ella.

—Quise llamar tantas veces. Me enteré de las cosas terribles por las que pasaste.

—¿Qué? —Emily sintió como su rostro se decoloraba.

—El regreso de Alison DiLaurentis —dijo Isaac—. Te recuerdo hablando de Ali, de cuanto significaba para ti. ¿Estás bien?

El corazón de Emily volvió lentamente a su ritmo normal. Por supuesto, Alison.

—Supongo —respondió temblorosamente—. Y, um, ¿cómo estás? ¿La banda sigue junta? ¿Y qué es *eso*? —Apuntó a su tatuaje. Lo que fuera para cambiar de tema.

56

Isaac abrió su boca para hablar, pero un tipo alto y mayor con uniforme de camarero lo tocó en el hombro y le dijo que lo necesitaban en la labor de preparación.

—Debo irme —le dijo a Emily, mirando hacia la puerta. Luego se detuvo y volvió a mirarla cara a cara—. ¿Te gustaría después de la reunión nos pusiéramos al día, quizás?

Por un momento, Emily consideró aceptar. Pero luego pensó en lo tensa que estaría todo el tiempo, el secreto abultado en su interior como un globo muy lleno de agua.

—Emm, en realidad ya tengo planes. —Mintió—. Lo siento.

La cara de Isaac se entristeció.

—Oh. Bueno, quizás en otro momento.

Siguió al otro camarero entre la multitud. Emily se dio la vuelta y fue en dirección opuesta, sintiéndose como si apenas acabara de escaparse de algo terrible, pero también triste y arrepentida por haber rechazado a Isaac.

—¿Emily?



Emily se dio vuelta a la izquierda. Hanna estaba junto a ella, usando un vestido ajustado, a rayas y fornidos tacones. El Sr. Marin estaba a su lado, parecía un senador con su roja corbata.

—Hola —dijo ella, abrazándolos.

—Gracias por venir. —Hanna sonaba agradecida.

—Estamos felices de tenerte, Emily —dijo el Sr. Marin.

—Estoy feliz de estar aquí —respondió Emily, a pesar de que después de su encuentro con Isaac, lo único que quería hacer era irse a casa.

Luego, el Sr. Marin se giró hacia una mujer que acababa de unirse al grupo. Tenía el pelo rubio-ceniza, postura perfecta y llevaba un impecable traje que se veía como si hubiera costado una pequeña fortuna. Emily la miró y su cuerpo de repente se sintió en llamas. *No*. No podía ser. Emily tenía que estar viendo cosas.

La mujer también se percató de su presencia y dejó de hablar en mitad de una oración.

—¡Oh! —dijo, mientras su rostro se ponía blanco.

La bilis subió por la garganta de Emily. Era Gayle.

El Sr. Marin notó la extraña mirada entre ellas y aclaró su garganta.

—Eh, Emily, esta es la Srta. Riggs, una de mis mayores donantes. Su marido y ella se mudaron recientemente a la región desde Nueva Jersey. Srta. Riggs, esta es la amiga de mi hija, Emily.

Gayle apartó un mechón de su rubio cabello de sus ojos.

—Pensé que tu nombre era Heather —dijo en una controlada y fría voz.

Todas las miradas estaban en ella. Hanna se dio la vuelta y miró a Emily. Dio la impresión como si hubieran pasado diez años antes de que Emily hablara nuevamente.

—Uh, debe haberme confundido con alguien más —dijo. Y luego, sin poder estar allí por un minuto más, se dio la vuelta y corrió tan rápido como pudo hacia la puerta más cercana, la cual guiaba a la bodega. Se encerró adentro y se apoyó en el muro, su corazón latía hasta sus oídos.

Como si fuera planeado, su teléfono sonó. Emily lo buscó, su estómago saltaba por todo el lugar. *Nuevo mensaje de texto*, decía la pantalla.

Hola, mami. ¡Supongo que llegó el fin! —A



Capítulo 9

Ni el infierno tiene la furia de una mujer despechada

Traducido por Dani

Corregido por Verónica y ladypandora

Mientras el Sr. Marin tomaba el escenario en el encuentro del ayuntamiento, sonriendo ante su multitud de adoración, Spencer pasó por la puerta trasera de la sala del banquete hacia un pequeño estacionamiento. Sólo unos cuantos lugares estaban ocupados, tomados por camionetas de último modelo y autos compactos. En la parte de atrás del lugar, junto a un Dumpster verde, lleno de cajas de cartón vacías, Emily saltaba de un pie a otro como si su vestido estuviera en llamas.

La puerta se abrió otra vez y Aria y Hanna salieron. Ambas estaban sosteniendo sus teléfonos y parecían confundidas. Momentos atrás, Emily les envió a todas un enigmático mensaje diciendo que necesitaban hablar y juntarse ahí. Spencer le respondió preguntando si podían hablar adentro, afuera hacía frío, pero Emily respondió ¡NO!

—¿Em? —dijo Aria, caminando por unos raquíticos escalones de metal—. ¿Estás bien?

—Mi padre va a preguntarse dónde estoy. —Hanna se apoyaba fuertemente de la baranda, con cuidado en sus tacones altos—. ¿Qué sucede?

Emily les mostró su teléfono cuando estaban cerca.

—Acabo de recibir esto.

Las chicas leyeron la pantalla. El estómago de Spencer se dio la vuelta mientras encontraba las palabras.

—Espera. ¿A sabe lo del bebé?

Emily asintió, parecía aterrorizada.

—¿Pero cómo es posible? ¿Y por qué A no lo mencionó antes? —preguntó Spencer. Seguía sin poder creer que Emily hubiera tenido un bebé. Antes de terminar la escuela el año anterior, Emily se veía y parecía tan normal, como si nada la molestara. Pero a



mediados de julio, poco después del encuentro de Spencer con la policía por posesión de drogas, Emily llamó a Spencer en pánico, diciéndole que estaba embarazada. Al comienzo, Spencer pensó que era una broma. Una no muy divertida, sin embargo.

—No lo sé —respondió Emily con lágrimas en los ojos—. Quizás porque A lo sabe todo. ¿Alguien más ha recibido un mensaje?

Spencer levantó temblorosamente su mano.

—De hecho, yo sí. Anoche. Iba a contarlo esta noche, y las otras reunieron a su alrededor.

Puso el mensaje en su teléfono y las demás le echaron un vistazo.

¿Crees que tus amigos universitarios te aceptarían en su Eating Club si supieran sobre tu apetito por el asesinato?

Sólo leerlo de nuevo hacía que el corazón de Spencer galopara. Apenas había dormido un poco la noche anterior, repasando las posibilidades de quién podría ser A.

—¿Cómo podría A saber lo de Tabitha y la bebé? —susurró Emily.

Hanna exhaló, su respiración era visible en el aire frío.

—Del mismo modo que A lo sabe todo.

—Mucha gente te vio. —Spencer temblaba en la fina chaqueta que escogió para usar—. Estuviste en Philly todo el verano. A también podría haber estado allí. Quizás así es como A supo de lo mío con Kelsey.

Emily caminaba de arriba a abajo por una línea amarilla medio borrosa que demarcaba un espacio de estacionamiento.

—Tú sabes lo gorda que me puse. No me veía como la chica en la portada de *People*. Pero supongo que alguien puede haberlo averiguado. —Arqueó su espalda y miró las retorcidas ramas de los árboles sobre sus cabezas.

—Esto no es sólo alguien cualquiera —denotó Aria—. Es una persona que está para atraparnos. Alguien que ofendimos. Alguien que quiere venganza.

—¿Pero quién? —dijo Hanna.

Emily dejó de caminar.

—Ustedes ya saben quién creo yo que es A.

Spencer gruñó.



—No lo digas, Em.

—¿Por qué no? —La voz de Emily se quebró—. Tabitha y ella estuvieron juntas en la Reserva. Ali podría haber averiguado que matamos a Tabitha. Quizás quiere venganza por eso, además de todo lo demás que le hicimos.

Spencer suspiró. No podía creer que Emily aún estuviera en esa misión de que Ali estaba viva.

—Ali y Tabitha sí estuvieron en la Reserva al mismo tiempo. Eso no prueba nada. Y por última vez, los huesos de Ali no fueron encontrados en los escombros, pero todas la vimos en la casa justo antes de que explotara.

Una sombra pasó por el rostro de Emily.

—Es sólo que, ¿quién además de Ali podría seguirnos a todas partes, rastrear cada movimiento? —dijo mirando a sus pies—. Y chicas, no van a creer quién está aquí, *Gayle*. ¿Y si A está planeando decirle lo que hice con la bebé? ¿Y si Gayle les habla a todos de mí?

—Espera un minuto. —Hanna frunció el ceño—. ¿Gayle, la mujer que quería a la bebé, está *adentro*?

60

Emily asintió.

—Es esa mujer que me presentó tu padre. La Srta. Riggs.

—Así que por eso te llamó Heather. —Hanna cerró los ojos—. Gayle le prometió a mi padre un montón de dinero para su campaña.

—Bien, ¿no es una hermosa coincidencia? —dijo Spencer sarcásticamente.

Aria se aclaró la garganta.

—Quizás no sea coincidencia.

Todas la miraron. Aria miró a Emily.

—Déjame aclararlo, Em. Acabas de ver a la mujer a la que le prometiste un bebé, la mujer a la que al final estafaste. ¿Cierto?

—Tuve que estafarla —le interrumpió Emily con una mirada atormentada en el rostro—. ¡Tuve que hacer lo que era bueno para la bebé!



—Lo sé, lo sé. —Aria agitó las manos impacientemente—. Sólo sígueme, ¿está bien? Estabas enfermamente preocupada de que Gayle te persiguiera. Y dijiste que Gayle estaba loca. ¿No es por eso que no querías darle el bebé a ella?

Emily arrugó la nariz.

—No veo a lo que quieres llegar.

—¿No es obvio? —exclamó Aria—. Viste a Gayle adentro. Y entonces, diez segundos después, te llega un mensaje de A sobre la bebé. ¡Gayle es A! Quizás averiguó lo que hiciste, ¡lo que hicimos! ¡Y ahora quiere vengarse de todas nosotras por ayudarte a quitarle la bebé!

Emily se puso bizca.

—Eso no tiene sentido. ¿Cómo podría Gayle saber lo del problema de Spencer con las drogas? ¿Cómo podría saber lo que pasó en Jamaica?

—Quizás tiene alguna conexión de Penn y Jamaica —dijo Aria—. Es muy rica. Quizás contrató a un investigador privado. Nunca se sabe.

—¿Pero qué quiere de nosotras? —preguntó Hanna.

61

Todas pensaron por un momento.

—Quizás quiere saber dónde está la bebé —sugirió Aria.

—O quizás Gayle sólo quiere herirte como tú la heriste —dijo Spencer temblando—. ¿Recuerdas esos mensajes que te dejó en el buzón de voz, Em? Sonaba loca. —Cerró sus ojos y recordó la voz chillona de la mujer saliendo del pequeño auricular del teléfono. *Voy a encontrarte*, decía el último. *Voy a perseguirlos a ti y al bebé, y luego lo lamentarás.*

En el interior, la voz de Tom Marin sonaba por el micrófono. Hanna miró hacia la puerta.

—¿A qué te referías cuando dijiste que el hecho de que Gayle sea la mayor donante de mi padre no sea una coincidencia, Aria?

—Piénsalo. —Aria jugaba con uno de sus aretes de plumas—. Si Gayle es A, quizás se involucró en la campaña de tu padre para acercarse a ti. Quizás es parte de su plan maestro.

Hanna cerró los ojos.



—Mi padre dijo que sus fondos son cruciales para la campaña. Si ella por algún motivo los quitara, él no tendría el dinero para poner al aire sus comerciales por todo el estado.

—Quizás eso también sea parte del plan maestro —dijo Spencer sombríamente.

—Chicas, ¿se están escuchando? —Emily parecía molesta—. No *hay modo* de que Gayle sea A. Sí, es horrible que me haya encontrado con ella. Y sí, no sé qué voy a hacer ahora que me ha visto. Pero tenemos que pensar en A *llegando* a Gayle, no en A *siendo* Gayle.

—Creo que necesitamos más hechos —dijo Spencer—. Quizás hay algún modo de que podamos probar si Gayle es A o no. Hanna, si es la mayor donante de tu padre, ¿quizás podrías husmear un poco?

—¿Yo? —Hanna puso su mano en su estómago—. ¿Por qué tengo que hacerlo *yo*?

De repente fueron interrumpidas por un fuerte crujido. La puerta trasera se abrió y Kate sacó su cabeza.

—*Aquí* estás —dijo, sonaba más aliviada que enojada—. He estado buscándote por todas partes. Papá nos quiere en el escenario con él.

62

—Entiendo. —Hanna se fue hacia la puerta. Miró sobre su hombro a las otras, indicando que debían seguirla. Aria y Spencer siguieron en línea, pero Emily se quedó dónde estaba. *No voy a volver a entrar*, decía su terca expresión. *No con Gayle allí*.

Spencer miró arrepentida a Emily antes de volver a entrar al pasillo. La sala estaba aún más llena que antes, todos los asientos estaban ocupados. El Sr. Marin estaba en el escenario respondiendo preguntas y siendo fotografiado con su sonrisa de político. Spencer tomó el brazo de Hanna antes de que se fuera donde su padre.

—¿Quién es Gayle?

Hanna apuntó a una mujer con un traje de tela rojo en la fila frontal.

—Ella.

Spencer miró a la mujer, evaluando su cabello rubio, su rostro delgado y los enormes diamantes en sus dedos. De repente, algo hizo clic. La degustación de pasteles. Gayle había estado unas cuantas mesas más allá, llevando un traje de Chanel. Spencer sintió la mirada de la mujer en su espalda, pero sacó la expresión extraña y engreída de Gayle de su mente, diciéndose que sólo estaba siendo paranoica.



Pero quizás no lo estaba. Quizás Gayle *había* estado mirándola. Porque quizás, sólo quizás, Gayle era A.



Capítulo 10

Comida para el pensamiento

Traducido por Dani

Corregido por Verónica y ladypandora

El miércoles por la tarde, Aria y Noel estaban en un mostrador en el sótano de la Escuela Culinaria de Rosewood, donde tomaban Introducción a la Cocina. Brillantes ollas y sartenes los rodeaban. Ollas y cacerolas brillantes los rodeaban. Especies en polvo esperaban en pequeños y limpios tazones, y un apio medio molido descansaba en su tabla de picar. La habitación olía a caldo de pollo hervido, gas de los quemadores y el picante Trident de canela que Marge, la chica tras ellos, masticaba sin parar.

Todas las miradas estaban sobre Madame Richeau, su instructora. A pesar de que sólo fue cocinera en un crucero durante seis meses en los ochenta, actuaba como si fuera una celebridad chef en el canal de cocina, usando un alto gorro y hablando con un dudoso acento francés.

—La clave para un buen risotto es revolver constantemente —dijo Madame Richeau, insertando una cuchara de madera en una olla y revolviendo lentamente. Pronunciaba las *erres* como *ges*—. Nunca dejen de revolver hasta que el arroz esté cremoso. ¡Es una técnica difícil de dominar! Ahora, ¡revuelvan, revuelvan, revuelvan!

Noel codeó a Aria.

—No estás revolviendo lo suficientemente rápido.

Aria le prestó atención y miró su olla, la cual estaba llena de arroz Arborio y caldo burbujeando.

—Ups —dijo distraídamente, dándole unas buenas revueltas al brebaje.

—¿Prefieres moler? —Noel levantó el cuchillo japonés que trajo de la cocina de sus padres. Él estaba trabajando cortando una cebolla roja para la ensalada—. No quiero que nuestro risotto esté arruinado. Madame podría mandarnos a la guillotina —dijo con una astuta sonrisa.



—Estoy bien —dijo Aria, mirando a su espacio de trabajo—. Además, jamás podría cortar esa cebolla tan bien como tú. —Sorpresivamente, Noel se había vuelto bastante bueno con la clase, especialmente en la parte de moler. Aria siempre se aburría a medio camino y dejaba sus vegetales en grandes trozos poco manejables.

Podía sentir a Noel estudiándola, pero fingió que no lo notaba, revolviendo vigorosamente el risotto. Agradecidamente, Noel se había perdido el encuentro del ayuntamiento la noche anterior porque él y sus amigos de lacrosse tenían una cena de equipo. Y sus horarios no se intersectaron en la escuela los últimos dos días, lo que significaba que no lo vio en los pasillos. Ella también consideró no ir a la clase de cocina, pero entonces Noel preguntaría por qué. ¿Y qué se suponía que iba a decir? ¿Que había visto a su padre apretando tomates en un vestido en Fresh Fields?

Se estremeció, la imagen volvía a su mente. El momento en que notó que la hermana perdida del Sr. Kahn podría ser el mismo Sr. Kahn, se fue de la sección de producción tan rápido como pudo y se escondió tras un estante de pan Francés. Miró al hombre de lejos, rezando para estar equivocada. Quizás era otro tipo con un vestido. Quizás era una mujer muy fea. Pero entonces, el teléfono de la persona sonó.

—¿Hola? —dijo una voz de hombre, una voz de hombre que sonaba como la del Sr. Kahn. Juego terminado.

65

Aria no estaba segura de quién se sentía más avergonzada, si del Sr. Kahn o de ella misma. No podía sacarse la sensación de que todo el asunto era culpa *suya*, lo cual era como se sintió cuando descubrió a Byron besando a Meredith en séptimo grado. Si no hubiera bajado por ese callejón, si no se hubiera dado la vuelta *en ese momento*, nunca habría estado cargando el secreto de su padre, o la agonizante duda de si decírselo o no a Ella. Igualmente, si sólo hubiera ido a Fresh Fields unos momentos después, o se hubiera detenido en el mesón del queso, no sabría algo tan dañino sobre el padre de Noel.

Pero ahora que lo sabía, se moría por saber más. ¿Era algo que el Sr. Kahn hacía habitualmente? *Era* un poco raro, se vistió como un vikingo de las cavernas para la fiesta de Bienvenida a Los Estados Unidos de Klaudia hace un mes y siempre estaba cantando a todo pulmón canciones de ópera y melodías de los espectáculos musicales, borracho en fiestas de recaudación de fondos del comité escolar de Rosewood Day. Pero vestirse como una mujer *¿en público?* ¿No se daba cuenta lo que parecería si alguien lo sorprendía? Y seguramente el matrimonio del Sr. y la Sra. Kahn no era tan sólido como Aria había pensado. ¿Eran una de esas parejas que mostraban apariencias pero secretamente no se amaban para nada? Eso sólo hacía que su corazón se rompiera por Noel aún más. Él idolatraba la fuerte unión de sus padres.



Aria había prometido no más secretos, pero esto era definitivamente algo que Noel no necesitaba saber, ni *querría* saber. Y sólo podía esperar que A nunca se enterara.

Desde el momento en que se despertó el día anterior, Aria siguió esperando a que llegara algún burlesco mensaje de A sobre el Sr. Kahn. Pero milagrosamente, ningún mensaje fue pasado por debajo de su limpiaparabrisas, ni dejado en su casillero, ni llegado a su teléfono. Lo cual significaba una de dos cosas: A estaba esperando el momento perfecto... o A no lo sabía.

Si Gayle era A, quizás Gayle había estado muy ocupada acechando a Spencer y a Emily para hacer tiempo para Aria. No era como si Gayle pudiera estar en todos los lados al mismo tiempo. Y si A no lo sabía, lo mejor que Aria podría hacer era pretender que nunca había visto al Sr. Kahn. Ni siquiera *pensaría* en eso.

—¡Todos, saquen su *beurre* y midan media taza! —cacareó Madame Richeau desde el frente.

—¿Qué era *beurre*, otra vez? —se quejó Noel—. Odio cuando dice cosas en francés.

—Mantequilla. —Aria buscó en el mini refrigerador bajo el mostrador y sacó una barra de Land O'Lakes⁵. Mientras la desenvolvía, su mente deambuló otra vez. ¿Por qué estaba Gayle, una rica y exitosa mujer, perdiendo su tiempo y dinero acechando a cuatro escolares? Nuevamente, *estaba* loca. Aria sólo había visto a Gayle una vez antes e inmediatamente pudo decir que había algo malo en ella.

Había sido poco después de que Emily le admitiera a Aria que estaba embarazada. Aria había quedado con Emily en la ciudad. Planearon visitar minuciosamente el mercado italiano, pero luego Emily preguntó si podían parar para tomar café con Gayle, una extraña y rica mujer que había conocido una semana atrás.

—Se puso en contacto conmigo a través de Derrick —explicó Emily, refiriéndose a su amigo del restaurante—. Él trabaja para ella los fines de semana. Él le pidió más horas de trabajo y me puso a mí como persona de referencia. —Sonrió arrepentida—. Sólo tomará un par de minutos, lo prometo. Y oh, debo advertirte. Es un poco... llorona. Pero parece ser buena.

Aria aceptó y Emily le pidió que usase una peluca y lentes de sol para que Gayle no pudiera reconocerla y conectar que ambas eran las famosas Pretty Little Liars. La única peluca que Aria tenía era una rosada de hacía unos cuantos Halloweens, pero la usó de todos modos.

⁵ Land O'Lakes: Marca de mantequilla.



El café estaba junto a un estudio de yoga y una tienda que hacía piercings en la lengua. Era el tipo de lugar que tenía mesas de madera recuperadas de granjas, veletas clavadas a los muros y un menú escrito a mano en una pizarra de tiza que decía que el desayuno era servido todo el día. Gayle estaba esperándolas en una mesa, una gran pila de panqueques de mora ya estaba en ella. Tan pronto como vio a Emily por el pasillo, empujó el plato a través de la mesa.

—Come. Las moras son buenas para el desarrollo del cerebro del bebé.

—Oh. —Emily se veía atónita—. Qué bonito de tu parte.

—Sólo estoy haciendo lo que es mejor para el bebé —dijo Gayle, su mirada estaba fija en Emily y había una dulce sonrisa en su rostro.

—Lo aprecio. —Emily tomó un bocado de los panqueques y sonrió—. Son realmente buenos.

Gayle aclaró su garganta de forma extraña.

—Perdóname si crees que es un poco apresurado, pero asumo que estás poniendo a tu bebé en adopción. ¿Puedo preguntar si ya has encontrado una familia?

67

Un musculo en la mejilla de Emily tiritaba. Aria buscó bajo la mesa la mano de Emily y la tomó, como diciendo, *si quieres correr de aquí ahora mismo, estoy junto a ti*.

—Uh, sí. Encontré una linda pareja que vive en los suburbios, no es tan lejos de mí.

Gayle parecía hecha polvo.

—Me lo imaginé. Recientemente perdí a un hijo y fue devastador. Mi marido y yo queremos un bebé y he pasado por incontables tratamientos de fertilidad, gastado decenas de miles de dólares, pero no hemos tenido suerte.

—Debe haber sido muy duro para ti —dijo Emily, mientras sus facciones se suavizaban.

Los ojos de Gayle se humedecieron con lágrimas.

—Quiero tanto un bebé mío. Pareces una chica bella, inteligente e integral. Sería un honor criar a tu bebé, pero supongo que no puede ser. —Bajó la cabeza.

—Dios, si hubiera sabido —murmuró Emily, jugueteando con su tenedor—. Lo lamento mucho.



—¿Estás segura de que no puedes cambiar de opinión? —La voz de Gayle se elevó—. Podría hacer que lo valga. A mi marido y a mí no va muy bien y podríamos recompensarte.

Tropecientos mil alarmas estrepitaron en la cabeza de Aria. ¿Esta mujer en serio decía que iba a *pagarle* a Emily por su bebé?

Pero Emily no parecía perturbada. Buscó su vaso de agua y tomó un largo trago, asintiendo para que Gayle continuara.

—El bebé tendría todos los privilegios del mundo —dijo Gayle—. Escuelas privadas. Lecciones de todos los tipos. Increíbles viajes alrededor del mundo. De todo.

Aria miró alrededor a los otros clientes habituales en el café, sorprendida de que nadie hubiera escuchado lo que acababa de ocurrir. ¿No era ilegal? Entonces, Gayle puso un billete de veinte dólares en la mesa y se levantó.

—Piénsalo, Heather. Te llamaré en unos días, o llámame. —Le pasó una tarjeta de negocios a Emily. Un segundo después, estaba saliendo del café, despidiéndose del dueño calvo, que usaba suspensores, detrás del mostrador, como si no acabara de ofrecerle a una extraña comprarle su bebé.

68 Tan pronto como Gayle desapareció por la vereda, Aria suspiró.

—¿Quieres llamar a la policía, o lo hago yo?

Emily parecía sorprendida.

—¿Qué?

Aria la miró fijamente.

—¿Estás drogada? Acaba de ofrecerte dinero por tu bebé.

Emily miró los panqueques.

—Me siento terrible por ella. Es obvio que realmente quiere un bebé. Se ve tan triste.

—¿Te creíste esa historia? —Aria negó con la cabeza. Emily siempre fue la más sensible del grupo, la que salvaba a los pichones cuando la madre los empujaba fuera del nido, o la que trataba de detener a Ali cuando molestaba a alguien muy cruelmente—. Em, la gente normal no entra a los cafés y ofrece comprar los hijos nonatos de adolescentes. Incluso la gente que está desesperada por tener hijos. Hay algo seriamente malo en ella.



Pero Emily estaba mirando melancólicamente su estómago, aparentemente no oía ni una palabra de lo que Aria decía.

—¿No sería lindo tener todo lo que quieras en el mundo? ¿Viajes exóticos? ¿Fantásticos campamentos de verano? La vida del bebé sería increíble.

—El dinero no lo es todo, lo sabes —dijo Aria—. Mira a Spencer. Tiene cada privilegio del mundo y su familia es un desastre. ¿Honestamente podrías decirme que esa mujer sería una cuidadosa y buena madre para criar un bebé?

—Es posible —dijo Emily, con una mirada empática—. Ni siquiera la conocemos.

—¡Exacto! —Aria golpeó su tenedor en la mesa para enfatizar—. Me encantaba como sonaba la primera familia que escogiste, Em. Tienes que conocerlos. Los escogiste por una razón.

—Pero ambos son maestros —protestó Emily—. Ninguno de ellos hace mucho dinero.

—¿Desde cuándo te importa eso?

—¡Desde que me quedé embarazada! —Las mejillas de Emily se sonrojaron. Lo dijo tan fuerte que un par de clientes miraron sorprendidos y luego tímidamente volvieron a sus comidas.

69

Aria hablaba y hablaba, enlistando razón tras razón de por qué Emily no debería prestarle atención a Gayle, pero Emily aún tenía esa rota y lejana mirada en su rostro. No fue sorpresa cuando Emily le dijo unos pocos días después que había aceptado la oferta de Gayle. Tampoco fue sorpresa que sólo unas pocas semanas después, Emily llamara a Aria en pánico, diciendo que había cambiado de opinión y que Aria tenía que ayudarla a salir del enredo de Gayle.

—¡Tu risotto se ha puesto gelatinoso!

Madame Richeau estaba sobre Aria, mirando a la olla con una mirada de aborrecimiento en el rostro. Como era de esperar, el arroz se había vuelto una espesa pasta. Trató de pasar la cuchara por la masa, pero la porquería no se movió.

Madame Richeau movió la cabeza como negando y se fue, murmurando. Toda la clase miraba a Aria con pequeñas sonrisas en sus rostros. Noel miraba a Aria curioso.

—¿Estás segura de que todo va bien? —preguntó.

Una gran presión se sintió tras los ojos de Aria. Consideró decirle a Noel lo que ocurría con el embarazo de Emily... quizás incluso lo de A. Las parejas se lo contaban todo, después de todo. Se suponía que confiaban el uno en el otro, ¿cierto?



Pero luego la imagen del Sr. Kahn en ese vestido salió a flote en su mente otra vez. Se enderezó y le sonrió auto-menospreciativa.

—Lo siento. Estaba pensando en lo que iba a usar en la beneficencia del padre de Hanna el domingo. ¿Crees que debería ir de vintage o comprar algo nuevo?

Noel la estudió por un momento, parecía complicado, luego se encogió de hombros y la abrazó por el hombro.

—Te verás fantástica en lo que sea que uses.

Aria lo abrazó, su interior se sentían tan fangoso y poco apetitoso como el risotto que acababa de arruinar. Era demasiado para el pacto de honestidad. De reojo, vio un pestaño blanco en la ventana. ¿Era eso... un flash de cabello rubio? Pero cuando se separó de Noel y miró de cerca, el pestaño ya se había desvanecido.



Capítulo 11

Trabájalo

Traducido por Dani

Corregido por Verónica y ladypandora

Más tarde esa noche, Hanna pasó por la puerta doble empañada de The Pump, un gimnasio fisicoculturista en el centro comercial King James. El gimnasio olía a sudor, Gatorade derramada y un olor inidentificable pero completamente masculino a testosterona en crecimiento que siempre hacía atorarse a Hanna. Un chico de cabello al cero directamente del casting central de *Jersey Shore*¹ estaba sentado tras el recibidor, bebiendo un batido proteínico y leyendo una revista de fisicoculturismo. Frente a él había un mural gigante de un gorila levantando pesas, sus músculos abdominales estaban bien definidos, sus bíceps abultados. Se suponía que tenía que inspirar a la gente a trabajar más, pero ¿quién quería verse como un gorila?

71

Hanna pagó por un pase diario y entró a la sala principal de ejercicios, la cual consistía en hileras de pesas, líneas de máquinas de empuje de pecho y un gran banco de espejos. Estaba el ensordecedor *clang* de las pesas de metal golpeando las barras de acero. Cuando Hanna miró por el rabillo hacia la esquina, su corazón comenzó a palpar. James Freed y Mason Byers estaban entrenando uno al lado del otro en unas máquinas para hacer flexiones. Junto a ellos, vestido con una vieja camiseta de los Phillies con las mangas cortadas, mirando de forma soñadora algo al otro lado de la habitación, estaba Mike.

Hanna se dio la vuelta y siguió la mirada de Mike hacia un gran salón de clases de ejercicios. Frente a la puerta había un letrero que decía BAILE DE BARRA, 6:30. Un montón de postes de metal habían sido puestos parejamente frente a los espejos. Unas cuantas mujeres de mediana edad vestidas en mallas ajustadas, coquetas minifaldas e inseguros tacones altos estaban de pie alrededor de la sala. Posicionada justo en el centro, balanceándose perfectamente en puntiagudos tacones de stripper, estaba Colleen.

¹ **Jersey Shore:** fue un reality show que se estrenó en MTV el 3 de diciembre de 2009 en Estados Unidos. El programa sigue la vida de ocho participantes que convivirán en la costa de Jersey en el Estado de Estados Unidos de Nueva Jersey.



La nueva novia de Mike rastrilló sus dedos por su cabello. Hoy no se veía tan castaño claro y su cuerpo se veía al mismo tiempo curvo y flexible en unos apretados shorts de spandex y un corpiño amarillo. Cuando Colleen notó el reflejo de Mike, se dio la vuelta, lo saludo y le sopló un beso. Mike le sopló uno de vuelta.

Hanna empuñó sus manos, pensando en ellos dos juntos en la cama.

Entró tormentosamente en el vestidor, dejó su bolso en el suelo y se metió en un peto estampado de tigre, estilo stripper, que encontró en el centro comercial más temprano esa tarde. Después de ponérselo, compró una talla más pequeña de lo normal para máximo escote, se miró en el espejo. Su cabello era abundante y alocado, gracias a toneladas de laca. Tenía el triple de maquillaje del que usaba normalmente, aunque se detuvo antes de ponerse pestañas falsas. Y entonces estaban las pièce de résistance: un par de sandalias plateadas increíblemente altas e increíblemente puntiagudas de Jimmy Choo. Sólo las había usado una vez antes, para la fiesta de graduación del año anterior; Mike había pensado que eran tan sexys que incluso la hizo usarlas para la fiesta de después con sus vaqueros. Hanna se las puso y dio una vuelta. Se veían perfectas. Sólo esperaba poder bailar con ellas.

Su teléfono vibró y lo miró nerviosamente. *Nuevo mensaje de texto.* Afortunadamente, sólo era de Kate, preguntándole si le gustaría ayudarla a repartir folletos sobre una carrera de 10 kilómetros alrededor de Rosewood el sábado por la mañana. *Claro,* respondió Hanna, tratando de ignorar sus manos temblorosas mientras escribía. Ahora que Spencer y Emily habían recibido nuevos mensajes de A, había estado esperando todo el día por el de ella.

¿Podía Gayle ser A? Hanna no había conocido a la mujer en el verano. Sólo escuchó sobre ella cuando Emily la contactó poco después de su cesárea, pero los mensajes que Gayle había dejado la noche que sacaron a Emily y a la bebé del hospital se habían quedado con ella. No eran los mensajes de voz desesperados, sollozantes que la mayoría de la gente dejaría si pensaran que podrían no recibir el bebé por el que habían esperado y rezado, eran duros y enfurecidos. Gayle no era el tipo de persona con la que te cruzabas y ahora estaba hasta las rodillas en la campaña del Sr. Marin.

Esa mañana en el desayuno, Hanna se sentó junto a su padre en la mesa.

—¿Cómo conoces a Gayle? ¿Son viejos amigos?

El Sr. Marin continuó poniéndole mantequilla a su tostada.

—De hecho, no la conocía hasta hace como una semana. Ella me llamó para decir que recientemente se había mudado a Pennsylvania y que realmente le había gustado mi plataforma. La cantidad de dinero que prometió es asombrosa.



—¿No hiciste una comprobación de antecedentes? ¿Qué pasa si es, no sé, una devota de Satán? —La cara de Hanna se sentía caliente. *¿O una persona loca que está acosando a tu hija?*

Su padre la miró con curiosidad.

—El marido de Gayle acaba de hacer una donación considerable a Princeton para construir un laboratorio de investigación del cáncer. No conozco muchos devotos de Satán que harían *eso*.

Desanimada, Hanna subió las escaleras y buscó en google el nombre de Gayle, pero no apareció nada incriminatorio. Era una influencia en incontables organizaciones benéficas en Nueva Jersey y había participado en una competición de adiestramiento en el Show de Caballos Devon diez años atrás. Pensándolo bien, *¿qué podría salir?* No era como si Gayle mantuviera un blog sobre cómo estaba torturando sistemáticamente a cuatro chicas de secundaria haciéndose llamar A.

La puerta del vestuario se abrió y una musculosa y sudada mujer entró. Hanna puso su bolso en un casillero, giró la combinación de la cerradura y se dirigió al salón de fitness. Mason y James detuvieron sus flexiones cuando pasó. Codearon a Mike. Hanna pretendió no notar cuando él se dio la vuelta y miró, moviendo sus caderas de un lado a otro y rezando que su trasero se viera estupendo.

73

—¡Bienvenida! —Una mujer en unas cortísimas mallas negras y calzas, y un flequillo alto de los ochenta saludó a Hanna cuando entró por la puerta—. Eres nueva, ¿verdad? Soy Trixie. —La instructora hizo un gesto hacia un poste libre en el centro de la sala, justo al lado de Colleen—. Ese poste tiene tu nombre en él.

Hanna caminó hacia él y le sonrió a Colleen.

—¡Oh, hola! —gorjeó con una voz simulada de sorpresa, como si su encuentro fuera completamente accidental y Hanna no hubiera planeado esto estratégicamente desde el momento en que oyó a los chicos hablando sobre esto en los vestuarios del colegio.

—¿Hanna? —Colleen miró a Hanna de arriba abajo—. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué divertido! No sabía que bailabas en la barra.

—No es como si fuera difícil —suspiró Hanna, invocando a su Ali interior. Revisó su reflejo en el espejo. Sus caderas eran más delgadas que las de Colleen, pero Colleen tenía pechos más grandes.

—Bueno, te encantará esta clase —dijo Colleen—. Por supuesto, si bailas en la barra todo el tiempo, probablemente lo encontrarás realmente fácil. Apuesto a que eres *muy* buena. —Se acercó—. Y estamos bien con Mike, ¿cierto?



Hanna no estaba segura de si Colleen estaba siendo dulce de verdad o por diplomacia, así que inclinó su nariz en el aire.

—Claro —dijo frescamente—. Mike era demasiado trabajo para mí. Había mucha presión de verme como una camarera de Hooters². Y siempre está mirando otras chicas en las fiestas, me volvía loca—. Sonrió con lástima a Colleen—. Pero estoy segura de que eso no te lo hace a *ti*, sin embargo.

Colleen abrió la boca para hablar, se veía tan preocupada que Hanna se preguntó si se había pasado un poquito de la raya. Justo entonces la canción “Hot Stuff” sonó en los altavoces. Trixie caminó al frente de la clase, puso su pierna alrededor del poste, levantó su trasero en el aire e hizo un giro medio-obsceno, medio Cirque de Soleil.

—¡Muy bien, todas! —Habló en un manos libres—. ¡Comencemos con los agaches bajos!

Dobló sus rodillas hacia los lados y bajó hasta el suelo. La clase siguió, moviéndose al ritmo de la música. Hanna echó un vistazo a Colleen, sus agaches eran bajos, balanceados y perfectos. Colleen la miró y le sonrió. *¡Lo estás haciendo genial!* articuló. Hanna luchó con la necesidad de poner los ojos en blanco. *¿Podría ser más nauseabundantemente positiva?*

74

Trixie las guió en una serie de giros de cuello, levantamientos de hombros y provocativos movimientos de caderas. Luego, probó una serie de movimientos de baile que incluían girar alrededor del poste como Gene Kelly en *Singin' in the Rain*. Hanna se mantuvo bien, su corazón latía fuertemente y la más pequeña cantidad de sudor se acumulaba en su frente. Sudor *sexy*, por supuesto.

La siguiente vez que Hanna miró por encima de su hombro, los chicos estaban sentados en las alfombras fuera del salón, mirando a las chicas como perros famélicos. Impulsada por su presencia, se soltó el cabello y lo dejó tras su espalda, contoneando su trasero ante ellos. James Freed se estremeció visiblemente. Mason silbó. Colleen notó a los chicos e hizo un sexy movimiento. Los chicos se codearon entre sí apreciativamente.

Colleen guiñó conspirativamente a Hanna.

—No pueden tener demasiado de nosotras, ¿eh?

Hanna quería golpearla. ¿No se daba cuenta de que estaban compitiendo?

² **Hooters:** nombre comercial propiedad de dos cadenas de restaurantes estadounidenses: Hooters of America, Inc., establecida en Atlanta, Georgia, y Hooters, Inc., con sede en Clearwater, Florida. Hooters se enfoca a la clientela masculina contando con personal femenino como camareras con muy poca ropa.



—Sólo las estudiantes avanzadas en este próximo movimiento —anunció Trixie mientras la megafonía pasaba a una seductora canción de Adele. Caminó hacia el poste, envolvió sus brazos y piernas alrededor de él y lo escaló como un mono—. ¡Usen sus muslos para sujetarse del poste, chicas!

Colleen procedió a contonearse en el poste. Soltó una mano, arqueó su espalda y se colgó de cabeza por un momento. Los chicos aplaudieron.

Hanna apretó sus dientes. ¿Tan difícil podría ser ese paso? Tomó el poste y comenzó a escalar. Pudo mantenerse por un momento, pero luego sus muslos cedieron y comenzó a deslizarse hasta el suelo. Se hundió más y más hasta que su trasero besó el suelo. Su reflejo en el espejo se veía ridículo.

—Buen intento, Hanna —dijo Colleen—. Ese paso es *muy* difícil.

Hanna se sacudió el polvo del trasero y luego miró a las otras chicas en la sala, todas haciendo el amor con sus postes. De repente dejaron de verse como strippers, sólo rechonchas mujeres de mediana edad haciéndose las tontas. Ésta era la más idiota clase de fitness que alguna vez había tomado. Había un modo mucho más fácil de tener la atención de los chicos.

75

Se giró hacia la ventana y miró a los chicos. Cuando estuvo segura de que la estaban mirando a ella, casualmente tiró su pequeña camiseta con estampado de leopardo, exponiendo la parte más alta de su sostén rojo con tirantes de blonda.

Por las miradas en los rostros de los chicos, sabía que lo vieron. Sus mandíbulas cayeron. James sonreía. Mason fingía que iba a desmayarse, Mike ni siquiera sonreía, pero no podía quitar sus ojos de ella. Era suficiente para Hanna, salió de la clase, agitando sus caderas al ritmo del strip-club.

—¿No te quedas? —dijo James, con voz de decepción.

—Tengo que dejar algo para la imaginación, ¿no? —dijo Hanna coquetamente. Podía asegurar sin darse la vuelta que Mike aún la miraba. También sabía que Colleen la estaba mirando en el espejo, probablemente un poco confundida. Pero fuera como fuera. Sabía lo que Su Ali diría si aún estuviera viva: Todo es justo en el amor y en el baile de la barra.



Capítulo 12

Palabras de sabiduría

Traducido por Dani

Corregido por Verónica y ladypandora

Esa noche, Emily estaba de pie en el pasillo de Holy Trinity, la iglesia a la que su familia asistía. Un grupo de globos de cartulina con salmos y versos de la biblia estaban pegados en los muros. Un gran mensajero de oro se estiraba desde una orilla del pasillo hasta la otra. El aire olía como a mezcla de incienso, café pasado y pegamento iris, y el viento silbaba ruidosamente bajo la puerta. Años atrás, Ali le había dicho que el viento silbando eran los lamentos de las personas enterradas en el cementerio de atrás. A veces, Emily aún creía que era verdad.

Una puerta al final del pasillo se abrió y un canoso hombre se asomó. Era el Padre Fleming, el sacerdote más viejo y dulce de la iglesia. Sonrió.

76

—¡Emily! ¡Entra, entra!

Por un segundo, Emily consideró darse la vuelta y volver a su auto. Quizás éste era un gran error. El día anterior, cuando volvió del entrenamiento de natación, su madre la hizo sentar en la mesa de la cocina y le dijo que ella y su padre estaban considerando posponer su viaje a Texas.

—¿Por qué? —preguntó Emily—. ¡Lo han planeado por meses!

—Es que no pareces tú misma —dijo la Sra. Fields, doblando y desdoblando un pañuelo de tela una y otra vez—. Estoy preocupada por ti. Pensé que con la beca a la Universidad de Carolina del Norte darías la vuelta a la esquina y dejarías todo atrás. Pero aún pesa en tu mente, ¿cierto?

Sin advertencia, lágrimas llenaron los ojos de Emily. Por supuesto que aún todo le pesaba, nada había cambiado. Incluso peor, la mujer que había querido a su bebé la había encontrado. Y si A no le contaba a todos lo de su embarazo, Gayle probablemente sí lo haría. ¿Y luego qué pasaría? ¿Emily aún tendría una casa donde vivir? ¿Sus padres volverían a hablarle?

Puso su rostro en sus manos y murmuró que todo era muy difícil. La Sra. Fields le dio palmaditas en el hombro.



—Está bien, cariño. —Lo cual hizo a Emily sentir aún peor. Emily no se merecía la compasión de su madre.

—Tengo una idea. —La Sra. Fields levantó el teléfono inalámbrico—. ¿Por qué no hablas con el Padre Fleming en la iglesia?

Emily hizo una cara, pensando en el Padre Fleming. Lo había conocido desde siempre. Había escuchado su primera confesión cuando tenía siete años, diciéndole que no llamase a Seth Cardiff morsa en el patio de la escuela. Pero, ¿admitir a un sacerdote que había tenido sexo premarital? Parecía muy malo.

La cosa era que, la Sra. Fields no tomaría un no como respuesta, de hecho, ya había concertado la cita con el Padre Fleming para el día siguiente sin preguntarle primero a Emily. Emily cedió, sólo para asegurarles a sus padres que estaba bien que fueran a Texas como tenían planeado. Se habían ido al aeropuerto esa mañana, aunque la Sra. Fields había dejado una lista de un millar de contactos de emergencia en la mesa de la cocina y habló con muchos vecinos para que echaran un vistazo a Emily mientras ellos no estuvieran.

Pero ahora estaba aquí, dirigiéndose a la oficina del Padre Fleming. Antes de darse cuenta, estaba colgando su abrigo en el colgador con forma de una mano levantando el pulgar en la parte de atrás de la puerta y mirando alrededor de la habitación. La decoración la tomó por sorpresa. Una cabeza de cerámica de Curly⁶ de Los Tres Chiflados miraba maliciosamente en el borde de la ventana. El santurrón predicador de *Los Simpsons* hacía un puchero con los labios arrugados desde el costado de una lámpara de cuello de ganso. Había montones de textos religiosos en las repisas, pero también los misterios de Agatha Christie y los thriller de Tom Clancy. En el escritorio había dos pequeñas muñecas de la preocupación de Guatemala hechas a mano.

El Padre Fleming notó que las miraba.

—Se supone que las pones bajo tu almohada y te ayudan a dormir.

—Lo sé. También tengo algunas. —Emily no pudo ocultar la sorpresa en su voz. No pensaba que los sacerdotes fueran supersticiosos—. ¿Le funcionan?

—No realmente. ¿Y a ti?

Emily negó con la cabeza. Había comprado seis muñecas de la preocupación en una tienda en Hollis poco después de lo que pasó en Jamaica, esperando que ponerlas bajo

⁶ **Curly Howard:** nacido como Jerome Lester Jerry Horwitz (Brooklyn, 22 de octubre de 1903 - San Gabriel, 18 de enero de 1952) fue un comediante y actor norteamericano el más famoso de Los Tres Chiflados, grupo que integró con sus hermanos Moe, Shemp y su amigo Larry.



su almohada la ayudara a calmarse por la noche. Pero los mismos pensamientos aún aparecían en su mente.

El Padre Fleming se sentó en la silla de cuero tras su escritorio y juntó sus manos.

—Entonces. ¿Qué puedo hacer por ti, Emily?

Emily miró su esmalte de uñas verde muy salido.

—Estoy bien en realidad. Mi madre sólo estaba preocupada por mi nivel de estrés. No es un gran problema.

El Padre Fleming asintió con compasión.

—Bueno, si quieres hablar, estoy aquí para escuchar. Y lo que sea que digas no saldrá de esta habitación.

Una de las cejas de Emily se levantó.

—No le dirá a mi madre... ¿nada?

—Por supuesto que no.

78

Emily corrió su lengua por sus dientes, su secreto de repente se sentía como una úlcera en su interior.

—Tuve un bebé —soltó—. Este verano. Nadie en mi familia lo supo excepto mi hermana. —Sólo decirlo en voz alta en un lugar tan sagrado la hizo sentir como el demonio.

Cuando escabulló una mirada hacia el Padre Fleming, seguía teniendo la misma expresión serena.

—¿Tus padres no tienen ni idea?

Emily asintió.

—Me escondí en la ciudad por el verano para que ellos no se enteraran.

El Padre Fleming puso sus dedos en el cuello de su camisa.

—¿Qué pasó con el bebé?

—La di en adopción.

—¿Conociste a la familia?

—Sí. Eran simpáticos. Todo fue muy agradable.



Emily miraba fijamente la cruz en el muro tras el escritorio del Padre Fleming nerviosamente esperando que no se saliera de su base y la atravesara por mentirosa. Su bebé estaba con los Bakers, pero las cosas habían salido lo *opuesto* de agradables.

Después de que Gayle se juntara con Emily y Aria en el café, Emily no pudo sacar la oferta de Gayle de su mente. Los Baker parecían tan especiales, pero lo que Gayle dijo en la mesa también era especial. Aria había regañado a Emily por estar tan preocupada por el dinero de Gayle, pero no quería que este bebé creciera del modo en que ella creció, escuchando a su madre agonizar por el dinero cada navidad, perdiéndose una salida a terreno a Washington D.C. porque su padre estaba trabajando, ser forzada a mantenerse en un deporte que ya no le interesaba porque era su único billete a la universidad. Emily quería decir que el dinero no le importaba, pero ya que siempre había tenido que *pensar* en el dinero, definitivamente sí le importaba.

Dos días después, después de su turno en el restaurante, Emily llamó a Gayle y le dijo que quería conversar más. Aceptaron juntarse en una cafetería cerca de Temple esa misma noche. Un poco antes de las 8, Emily acortó por un pequeño parque en Philadelphia y una mano salió de la oscuridad y acarició su estómago.

—Heather —dijo una voz y Emily gritó. Una figura se acercó a la luz y Emily no podía estar más sorprendida de ver el rostro sonriente de Gayle—. ¿Q-qué estás haciendo aquí? —jadeó. Gayle se encogió de hombros.

—La noche está tan agradable, pensé que podíamos conversar afuera. Parece que *alguien* está asustadiza —dijo riéndose.

Emily debería haberse dado la vuelta y haberse ido, pero en vez de eso dijo que quizás sí *estaba* siendo asustadiza. Quizás Gayle simplemente era juguetona. Así que aceptó la taza de café descafeinado de Gayle y se quedó.

—¿Por qué quieres *mi* bebé? —preguntó—. ¿Por qué no vas a una agencia de adopciones?

Gayle palmeó el asiento junto a ella y Emily se sentó en el banco.

—La espera con una agencia de adopciones es muy lenta —dijo—. Y sospechamos que las madres potenciales no nos escogerían a mí y a mi marido por lo que ocurrió con nuestra hija.

Emily levantó una ceja.

—¿Qué le *pasó*?



Una distante e incómoda mirada se mostró en el rostro de Gayle. Su mano izquierda amasaba su muslo.

—Tuvo problemas —dijo tranquilamente—. Estuvo en un accidente cuando era más joven y nunca se recuperó.

—Un... ¿accidente?

De repente Gayle puso su cabeza en sus manos.

—Mi marido y yo nos morimos por ser padres otra vez —dijo con urgencia—. Por favor, déjanos tener al bebé. Podemos darte cincuenta mil dólares en efectivo por tu problema.

Emily sintió un impacto de sorpresa.

—¿Cincuenta mil dólares? —repitió. Eso podía pagar los cuatro años de universidad. No tendría que nadar para la beca cada año. Podía tomarse un año sabático y viajar por el mundo. O podía donarlo a caridad, para otros bebés que no tenían la oportunidad como éste.

—Quizás podamos arreglar algo —dijo Emily tranquilamente.

80

El rostro de Gayle tiritaba. Le salió un hurra de alegría y envolvió apretadamente a Emily.

—No te arrepentirás —dijo.

Luego saltó, habló nerviosamente de que se encontrarían en unos cuantos días y se fue. La oscuridad se tragó completamente a Gayle. Sólo su risa permanecía, una fantasmal risa que hizo eco por los árboles. Emily se quedó sentada en el banco unos cuantos minutos más, mirando la larga y brillante fila del tráfico en la autopista 76 a la distancia. No se había quedado con un sentimiento de comodidad, como había esperado. En vez de eso, se sentía... *rara*. ¿Qué acababa de hacer?

Una única nota de órgano hizo eco en el pasillo de la iglesia. El Padre Fleming levantó un pisapapeles de jade en su escritorio y lo puso de vuelta.

—Me puedo imaginar el peso que ha sido esto para ti. Pero suena como que hiciste lo correcto, entregarle la niña a una familia que realmente la quería.

—Ajá. —La garganta de Emily picaba, una señal segura de que estaba a punto de llorar.

—Debe haber sido difícil entregarla —continuó el Padre Fleming—. Pero siempre estarás en su corazón y ella siempre en el tuyo. Ahora, ¿y el padre?



Emily se sobresaltó.

—¿Qué pasa con él?

—¿Sabe algo sobre esto?

—Oh Dios mío, no. —El rostro de Emily se sentía caliente—. Rompimos mucho antes de que supiera que estaba... ya sabe. Embarazada. —Se preguntó lo que el Padre pensaría si supiera que el padre era Isaac, uno de sus feligreses. La banda de Isaac había tocado en unas cuantas funciones de la iglesia.

El Padre Fleming juntó sus manos.

—¿No crees que se merece saberlo?

—No. De ningún modo. —Emily negó intensamente con la cabeza—. Me odiaría por siempre.

—No puedes saberlo. —Levantó un bolígrafo, sacó y guardó la punta—. E incluso si se enoja contigo, te sentirás mejor si dices la verdad.

Hablaron por un rato más sobre cómo Emily había podido tener un bebé por sí misma, cómo había sido su recuperación y sus planes para la universidad. Justo cuando el que tocaba el órgano comenzó una larga y lenta variación de *Canon en D*, el iPhone del Padre Fleming sonó. Le sonrió amablemente.

—Me temo que debo dejarte ir ahora, Emily. Tengo una junta con el consejo de administración de la iglesia como en diez minutos. ¿Crees que estarás bien?

Emily se encogió de hombros.

—Supongo.

Se levantó, dio palmaditas en el hombro de Emily y la guió hacia la puerta. A medio camino del pasillo, se dio la vuelta y la miró.

—No es necesario que lo diga, pero todo lo que me has dicho queda entre nosotros —dijo suavemente—. Aun así, sé que harás lo correcto.

Emily asintió mudamente, preguntándose qué *era* lo correcto. Consideró a Isaac otra vez. Fue tan bueno en la junta del ayuntamiento del padre de Hanna. Quizás el Padre Fleming tenía razón. Quizás se lo debía. También era su bebé.

Con el corazón latiendo fuertemente, Emily sacó su teléfono y escribió un nuevo mensaje a Isaac.



Sara Shepard

Stunning
A PRETTY LITTLE LIARS NOVEL

Tengo que hablar de algo contigo. ¿Podemos vernos mañana?

Antes de poder cambiar de opinión, presionó ENVIAR.

Bookzinga

Traducciones asdf



Capítulo 13

Ring, ring, es la Verdadera Ali

Traducido por Dani

Corregido por Verónica y ladypandora

U nas cuantas horas más tarde, Aria estaba sentada en la cocina de la casa de Byron y Meredith, su laptop estaba en la mesa frente a ella. Un mensaje privado de Emily apareció en la pantalla. *¿Alguna novedad?*

Obviamente Emily quería saber si Aria había obtenido algún mensaje de A. No, respondió Aria. *Aún no me ha llegado nada.* Esperaba seguir así. En lo que respectaba a Aria, no sabía nada interesante sobre el Sr. Kahn. A no tenía nuevas razones para atormentarla. El secreto se mantendría guardado por siempre.

¿Sigue en pie lo del sábado? escribió Emily a continuación.

83

Le tomó un momento a Aria recordar que Emily quería que fueran al puertas abiertas de la propiedad en Ship Lane. *Sin duda.*

La puerta frontal se cerró fuertemente y luego vino el sonido de las llaves cayendo sobre un bol y Meredith arrullando suavemente a Lola. Meredith entró a la cocina y tomó una botella de agua del refrigerador. Estaba vestida con pantalones stretch y un blusón blanco y ancho, una alfombra de yoga estaba atrapada bajo su brazo. Su oscuro cabello estaba en una cola de caballo, sus mejillas estaban enrojecidas y se veía muy relajada. Lola estaba fijada a su torso en un cargador de bebé, medio adormecida.

—Ugh, estoy muy fuera de forma —se quejó Meredith, poniendo los ojos en blanco—. Quizás volví a enseñar muy pronto. Ni siquiera pude hacer el pino.

—Nunca he podido hacer el pino —dijo Aria, encogiéndose de hombros.

—Podría enseñarte cómo hacerlo si quieres —ofreció Meredith.

—Lo siento, no me interesa tanto el yoga —dijo Aria. Lo último que quería era que Meredith le enseñara algo.

Meredith puso la botella de agua en el mostrador y aclaró su garganta.

—Realmente aprecio que hayas ido a Fresh Fields por mí el otro día.



Aria gruñó, mirando una pintura abstracta de la Bruja Malvada del Oeste de *El Mago de Oz* que Meredith había traído de su viejo apartamento. Si no fuera por la estúpida cena de Meredith, Aria no se habría encontrado con el horrible secreto del Sr. Kahn. No podía evitar culparla un poco.

—Y lo siento... por la razón detrás de la cena. —La voz de Meredith se quebró.

Al comienzo Aria se erizó, pero luego se dio cuenta de que de hecho tenía algo que quería preguntarle a Meredith.

—Cuando tú y mi padre estaban saliendo, ¿se lo contaste a alguien?

Meredith se puso rígida. Después de un momento, ajustó el cargador de bebé para que Lola estuviera más cómoda.

—No —dijo tranquilamente—. No podía. Digo, cuando estábamos juntos al comienzo, tu padre era mi profesor, no quería que lo despidieran. No fue hasta que ustedes se fueron a Islandia y pensé que las cosas se habían terminado que se le dije a mi mamá. Estaba furiosa conmigo. Pensó que era horrible que estuviera enrollándome con un hombre casado.

84

Aria miró al suelo, sorprendida. Había asumido que Meredith había presumido sobre su novio mayor y profesor ante sus amigos, riéndose sobre la familia que estaba destruyendo y de lo idiota que era Ella por no sospechar que había algo ocurriendo.

—Cuando ustedes volvieron de Islandia y tu padre y yo comenzamos a salir otra vez, no me atreví a decirle a mi mamá lo que ocurría —continuó Meredith—. También me preocupé de no decírselo a nadie más, en caso de que ellos le dijeran, o me juzgaran injustamente. Sabía que lo que estaba haciendo estaba mal.

Aria pasó su dedo por un individual de yute, sorprendida otra vez. Meredith se veía tan confiada cuando ella y Byron estaban saliendo en secreto, insistiendo de que no era una rompe hogares porque ella y Byron estaban enamorados. No había esperado que Meredith se preocupara por lo que pensarán los demás.

—¿Así que no le dijiste nada a nadie? ¿En todo el tiempo? —preguntó Aria incrédula.

Lola se movió y Meredith tomó un chupete rosado de la mesa y lo puso en la boca de la bebé.

—Estaba asustada de que el secreto pudiera salir a la luz. Estaba asustada de que tu madre pudiera atraparnos.

—Pero al fin y al cabo ella se iba a enterar —apuntó Aria.



—Lo sé, pero no quería ser quien soltara la noticia. —Meredith presionó sus dedos en su frente—. En realidad no quería destruir la vida de nadie, lo juro. Puede que no se haya notado, pero la pasé muy mal con lo que estábamos haciendo.

Aria cerró los ojos. Quería creer a Meredith, pero no estaba segura de poder.

—¿Sabes? Te vi cuando nos descubriste a Byron y a mí besándonos en su auto —dijo Meredith suavemente—. Vi tu rostro, lo devastada que estabas.

Aria se dio la vuelta, ese horrible recuerdo volvía a su mente.

—Me sentí terrible al respecto. Quería dar una explicación. Pero sabía que no querías hablar conmigo.

—Tienes razón —admitió Aria—. No hubiera querido.

—Y luego comenzaste a aparecer en todas partes —continuó Meredith—. Viniste al estudio de yoga, te reconocí de inmediato. Luego apareciste en mi clase de arte. Me tiraste pintura, ¿recuerdas?

—Ajá —murmuró Aria, mirando al suelo. Había dibujado una *A* escarlata por “adulterio” en el vestido de Meredith. Ahora parecía tan inmaduro.

85

Ninguna de las dos dijo nada por un rato. Meredith volvió a amarrarse el cabello. Aria miraba los bordes irregulares de sus uñas. Lola eructó dormida, el chupete se cayó de su boca. Aria se rio. Meredith también se rio, luego suspiró fuertemente.

—No es divertido guardar secretos —dijo—. Pero a veces tienes que hacerlo para protegerte a ti misma. Y para proteger a la gente a tu alrededor.

Por primera vez, Aria estaba de acuerdo con Meredith. Proteger a alguien era exactamente lo que estaba haciendo al no decirle a Noel lo del travestismo de su padre. Sólo oírlo de esa forma la hizo sentir mucho mejor por su decisión.

Meredith abrió el refrigerador y sacó un biberón para Lola.

—Tengo algo que decirte. Me sentí como basura cuando tu amiga me llamó y me dio un tirón de orejas.

Aria frunció el ceño.

—¿Qué amiga?

—Ya sabes. La amiga con la que estabas el día que nos viste. Alison.

Un escalofrío zumbó en las venas de Aria.



—Espera. ¿Te llamó?

Meredith movió su cabeza.

—Me llamó un poco después de que nos sorprendieran en el auto, algún día de junio. Me hizo todas estas preguntas sobre mí y tu padre, si estábamos enamorados, cuándo comenzamos a salir, si ya lo habíamos hecho. Me hizo sentir horrible —Miró el rostro de Aria—. ¿Tú no la hiciste hacer eso?

—No... —Ali había atormentado constantemente a Aria por Meredith, pero nunca le había dicho a Aria que había llamado a Meredith a sus espaldas. ¿Qué quería lograr Ali? ¿Y por qué había esperado hasta junio para llamarla? Aria y Ali descubrieron a Meredith y a Byron en Abril.

De repente, un horrible pensamiento saltó en su cabeza.

—¿Qué día de junio te llamó Alison?

Meredith golpeó con sus dedos la mesa.

—La mañana del quince. Lo recuerdo porque era el cumpleaños de mi hermano. Pensé que era él llamando, pero era ella.

86

La habitación comenzó a dar vueltas. *Quince de junio*. Ése fue el día de su fiesta de pijamas de final de séptimo grado con Su Ali.

De acuerdo a los eventos ordenados según las cartas, testimonios, documentos públicos y la investigación policial, la hermana secreta de DiLaurentis había sido sacada de La Reserva el día anterior. Una infeliz reunión familiar había ocurrido. Dos gemelas que se odiaban estaban juntas otra vez.

El día de la fiesta, Aria, Spencer, Hanna y Emily habían ido a la habitación de Ali y la descubrieron sentada allí, leyendo lo que parecía su diario de vida con una gran sonrisa en su rostro. Hasta el día de hoy, Aria se preguntaba si había sido Su Ali en ese dormitorio... o su gemela.

—¿Aria? ¿Estás bien?

Aria saltó. Meredith la estaba mirando con sus grandes ojos azules. Aria asintió débilmente, sintiéndose atontada. Ali había llamado a Meredith años atrás, bien, pero puede no haber sido para hacer sentir mal a Meredith. Puede haber sido para sacar información sucia. Y tampoco fue *Su* Ali.

Fue la Verdadera Ali.



Capítulo 14

Poniéndose al día

Traducido por Dani

Corregido por Verónica y ladypandora

87

La noche del jueves, Emily entró a Belissima, el bistró italiano en el centro comercial Devon Crest al otro lado de la ciudad, donde había quedado con Isaac para cenar. El suelo del restaurante estaba hecho de cerámicas de terracota color bronce y los muros estaban pintados para parecer como si fueran parte de una vieja casa de campo desmoronada. Una brillante máquina metálica de café espresso estaba tras el mostrador, había botellas de vino alineadas en repisas alrededor de la gran habitación y el aire olía fuertemente a aceite de oliva y mozzarella. Emily no había estado en este centro comercial desde hacía dos navidades atrás, cuando accedió a ser la Santa del centro. Había venido a este restaurante con Cassie, una de las elfas de Santa y también habían forjado su amistad con Ali.

Su teléfono sonó y cuando miró la pantalla, había una alerta de Google Alert por Tabitha Clark. Un montón de noticias relacionadas con Tabitha que no leyó, era muy doloroso, pero como estaba nerviosa y quería hacer algo con sus manos, miró la pantalla.

La alerta daba un link a un tablón de mensajes del sitio web en memoria de Tabitha Clark. El sitio consistía mayoritariamente en fotos de Tabitha y sus amigas. Un video de la fiesta de graduación mostraba a Tabitha en un vestido de satén morado, su collar dorado destellaba con la luz estroboscópica mientras bailaba con su novio, un lindo chico con cabello castaño un poco largo y claros ojos verdes, con una canción de Christina Aguilera. Había algunos posts de pena y quejas sobre que el resort de The Cliffs debería ser cerrado. Pero el post más reciente llamó la atención de Emily. *El padre de Tabitha debería dirigir una autopsia. No creo que haya muerto por beber mucho.*

Un escalofrío enfermó a Emily. Con todo el drama sobre su bebé y Gayle, se había desenfocado en la otra cosa horrible que A sabía. Cerró sus ojos y vio la foto que A le envió al teléfono de Spencer del cuerpo de Tabitha, retorcido y destrozado en la arena después de que la empujaron por el techo.

—¡Emily! ¡Por aquí!



Isaac estaba sentado en una banqueta en el rincón, con un plato de calamar frito frente a él. Su cabello estaba fuera de su rostro y llevaba una camisa azul que resaltaba sus ojos zafiro.

—¡Hola! —gritó él, haciendo un gesto para que se acercara.

El estómago de Emily se revolvió y guardó el teléfono de vuelta en su cartera. Acto seguido miró la falda de lana verde que había escogido de la parte de atrás de su armario. ¿En serio iba a decirle la verdad a Isaac? Toda la tarde, en vez de prestar atención en Inglés, Cálculo y Biología II, había investigado cómo sacaría el tema. *Así que, ¿te acuerdas de esa vez que tuvimos sexo el año pasado? Bueno, tuvo un, em, efecto secundario.*

Aún peor, Isaac se veía tan *feliz* ahora mismo, como si estuviera muy emocionado de que hubiera llegado. Esto iba a matarlo. Pero tenía que decir algo. Se lo debía. Ciertamente no quería que A se lo dijera primero.

Sus manos temblaron mientras pasaba entre las mesas ocupadas y evitó una camarera con una bandeja de tiramisú. Isaac se medio levantó cuando Emily se acercó.

—Pedí calamar. Espero que te parezca bien. Solía gustarte cuando nosotros... ya sabes. —Sus palabras salieron en un enredo de nervios.

88

—Aún me encanta el calamar. —Emily se deslizó en el blando asiento de cuero.

Isaac tocó el brazo de Emily y enseguida se alejó, quizás preocupado de que fuera muy rápido.

—¿Aún nada?

Emily asintió.

—Tengo una beca para la UNC el próximo año.

—¿UNC? —Isaac sonrió—. Eso es genial. Felicidades.

—Gracias —dijo Emily—. ¿Ya sabes lo que harás tú? —Se inclinó y separó un trozo de calamar del plato. El rebozado estaba perfecto y la salsa para untar estaba espesa y agria.

Isaac se encogió de hombros.

—Me encantaría ir a Juilliard, pero probablemente terminaré en Hollis.

—Nunca se sabe. Eres lo suficientemente talentoso para ir a Juilliard. —Emily pensó en las presentaciones de la banda de Isaac. Su voz era rica y llena, y sonaba como el



cantante principal de Coldplay. Muchas chicas se habían extasiado por él en sus conciertos; Emily había estado atónita cuando la escogió a ella.

Isaac tomó un largo trago de agua con gas.

—Nah. Ni siquiera postulé. Tenía terror de hacer una audición. Probablemente me asustaría en el escenario.

—¿Desde cuándo asustas en el escenario? —preguntó Emily, sorprendida—. ¿Tanto has cambiado desde la última vez que te vi?

—Toneladas. —Isaac apoyó su mentón en sus manos y le sonrió.

—Bueno, quizás sí *has* cambiado. —Emily apuntó al tatuaje en su cuello—. No recuerdo que hayas sido un chico de tatuajes.

Isaac lo miró.

—Me lo hice cuando cumplí dieciocho. Todos en la banda iban a hacerse uno, pero se arrepintieron a último minuto. Fui el único que se lo hizo.

—¿Dolió?

89

—Sí. Pero fui fuerte.

—¿Puedo verlo?

—Claro. —Isaac se bajó el cuello de la camisa aún más abajo, revelando un diseño que parecía como una polilla gigante y abstracta.

—¡Guau! —dijo Emily—. ¡Es enorme!

—Sí. —Isaac se levantó nuevamente el cuello para cubrirlo—. Quería algo con significado.

Emily quería tocar la parte que aún era visible, pero se contuvo. Quizás eso le daría la idea equivocada a Isaac.

—¿Significa algo especial?

—Bueno, siempre me han gustado mucho las polillas. —Isaac sacó otro calamar—. ¿Sabías que pueden ver luz ultravioleta? Y pueden oler a sus parejas a 10 kilómetros de distancia.

—¿En serio? —Emily puso cara de sorpresa.

Isaac asintió.



—Siempre he pensado que las polillas son muy bellas, pero nadie les presta atención del mismo modo que a las mariposas. Son como... olvidadas.

Era algo tan de Isaac, sensible y soñador y un poco ridículo al mismo tiempo. Emily había olvidado eso de él. Había olvidado lo lindo que era, también. Una inesperada ola de deseo nació en ella. Luego una voz en su interior hizo boom, devolviéndola a la realidad. *Tuviste su bebé. Díselo.* Presionó los dientes de su tenedor ligeramente en su palma.

La camarera apareció.

—¿Han tenido la oportunidad de mirar el menú?

Emily bajó la mirada, sintiéndose un poco aliviada de haber sido interrumpidos. Pidió pasta especial e Isaac pidió ternera a la Parmesana. Para cuando la camarera cerró su cuaderno de notas y se alejaba, el sentimiento de desafío había pasado. Así que Emily le hizo unas cuantas preguntas más a Isaac sobre él mismo, qué ocurría en la escuela, en cuantos conciertos había tocado su banda, sus planes para las vacaciones del verano. Luego le contó más sobre la UNC, sobre el Eco Crucero al que iba a ir en unas cuantas semanas y que pensaba trabajar durante el verano. La mayor parte del tiempo, la conversación fue fluida y sin esfuerzos, y antes de que Emily lo notara, sólo quedaban unos cuantos trozos de calamar en el plato. Había olvidado lo fácil que era hablar con Isaac, cómo se reía en todas las partes apropiadas de una historia. Sus manos se desempañaron. Quizás todo estaría bien.

—¿Y cómo está tu familia? —preguntó Isaac cuando la camarera les sirvió su comida.

—Oh, ya sabes. —Emily se encogió de hombros con despreocupación—. Lo de siempre. Mi madre sigue siendo muy activa en la iglesia. Es la mejor amiga del Padre Fleming. Me hizo ir a verlo el otro día.

—¿En serio? ¿Por qué?

Emily puso un poco de pasta en su boca para no tener que hablar. *Cuéntaselo. Se lo debes.* Nuevamente, su boca no pudo formular las palabras.

Debió haber tomado mucho tiempo para responder, porque Isaac aclaró su garganta.

—¿Cómo está tu hermana mayor? ¿Cómo se llamaba... Carolyn?

Un olor fuerte a salsa Alfredo entró por las fosas nasales de Emily, prendiendo su estómago.

—Está... bien.



—¿A dónde fue a la universidad?

—Stanford.

—¿Le gusta?

—Eso creo.

No es como si Emily lo supiera realmente. Después de compartir dormitorio durante casi dieciocho años, Carolyn apenas le hablaba a Emily desde el verano anterior. Emily no sabía a quién acudir cuando supo que estaba embarazada, pero ya que Carolyn iba a pasar el verano en Philly, parecía la mejor opción. Emily pensó que Carolyn se pondría de pie y sería su hermana mayor, y mientras Carolyn sí aceptó que Emily se quedara, nunca dejó que olvidara lo decepcionada y disgustada que estaba. Nunca le preguntó a Emily cómo se sentía. Nunca quiso saber cómo había sido la última ecografía. Nunca quiso preguntar quién era el padre. Cuando Emily supo que tendría que programar una cesárea porque el bebé estaba de nalgas, llamó a Carolyn y se lo dijo de inmediato. Todo lo que Carolyn dijo fue:

—Oí que la recuperación de una cesárea es terrible.

91

Emily no se atrevió a contarle a Carolyn lo del problema para escoger padres adoptivos. Ni le dijo que Gayle le había ofrecido cincuenta mil dólares, ni del día en que fue a la enorme casa de Gayle en Nueva Jersey para buscar el cheque. Gayle la había mirado como si fuera un espécimen en un frasco. Y cuando Emily embolsó el cheque que Gayle le dio, se sintió sucia y terrible.

Carolyn no estuvo allí para ella, pero quizás Isaac habría estado, si sólo le hubiera dado la oportunidad.

Tomó aire.

—Isaac, hay algo sobre lo que tengo que hablar contigo.

Él asintió.

—Sí, lo dijiste en tu mensaje. ¿Qué ocurre?

Emily corrió su tenedor alrededor de su plato, su corazón martilleaba. *Aquí va.*

—Bueno...

—¿Qué haces aquí?

La cabeza de Emily se levantó. De pie sobre ellos, vestida en un traje azul claro de la época de los ochenta, y no de los *geniales* ochenta, estaba la madre de Isaac. La mirada



de la Sra. Colbert iba de Isaac a Emily y de vuelta a Isaac otra vez, su expresión cambiaba de molestia a rabia.

—Me dijiste que ibas a salir a cenar con tus compañeros de banda —chilló la Sra. Colbert, sus cejas estaban juntas—. No... con *ella*.

—Mamá, para —le advirtió Isaac—. Sabía que te volverías loca e irracional si te decía que iba a verme con Emily. Es una buena persona, no sé por qué no puedes verlo. Estamos teniendo una linda cena, poniéndonos al día.

Las mejillas de Emily se enrojecieron mientras sintió una mezcla de placer y culpa. No podía recordar la última vez que alguien había luchado por ella de esa manera.

La Sra. Colbert soltó un suspiro poco halagador.

—Difícilmente creo que sea una buena persona, Isaac.

—¿Qué te hace decir eso? —preguntó Isaac.

La Sra. Colbert no respondió. En vez de eso miró a Emily con una mirada enfática. Era casi como si supiera lo que Emily había hecho. Emily inhaló aire bruscamente. ¿A la habría contactado?

92

Finalmente, la Sra. Colbert alejó su mirada y se dirigió a Isaac.

—Tu padre te está buscando. Uno de los del catering para el evento de esta noche lo abandonó y necesita que lo reemplaces.

—¿Ahora? —preguntó Isaac. Hizo un gesto a su plato—. Estoy en medio de una cena.

—Pídelos para llevar. —La Sra. Colbert se dio la vuelta y se fue hacia la barra, claramente esperando que Isaac la siguiera.

Isaac miró a Emily, sus ojos abiertos y tristes.

—Lo siento. ¿Podemos dejarlo para después? ¿Hacer algo durante la semana?

—Eh, claro —dijo Emily aturdidamente, mirando a la Sra. Colbert mientras escribía algo en su teléfono.

Llamaron a la camarera, quien les trajo la cuenta y un envase de comida para llevar. A continuación, Isaac puso dinero en efectivo en el sobre de la cuenta y se lo pasó de nuevo a la camarera.

—Estabas diciendo algo antes de que nos interrumpieran. —Tocó ligeramente la mano de Emily—. ¿Es importante?



La boca de Emily se secó.

—No importa —dijo tranquilamente.

—¿Estás *segura*? —Isaac se veía preocupado.

Emily asintió.

—Absolutamente. Lo prometo.

Isaac abrazó a Emily. Mientras la apretaba fuertemente, tantas emociones fluyeron en ella. Había olvidado lo suave que era su cabello, la sensación de su ligeramente áspera cara contra su cuello y cómo olía a naranjas recién exprimidas. Sentimientos antiguamente reprimidos despertaron en su interior, esos cosquilleos crecieron.

Se alejó muy pronto.

—Déjame compensártelo. Estoy libre el sábado, podríamos ir a la heladería de Hollis.

—Sus suaves ojos azules se lo rogaban.

Después de un momento, Emily asintió e Isaac la dejó para unirse a su madre en el mostrador. La Sra. Colbert miró despreciablemente a Emily una vez más y entonces salió del restaurante.

93

Emily se hundió en el asiento, el alivio se asentó en ella. Por una vez, estaba agradecida de que la Sra. Colbert los hubiera interrumpido, y de no haberle dicho su secreto a Isaac. Si la Sra. Colbert alguna vez se enteraba, llamaría inmediatamente a los padres de Emily y probablemente le diría a toda la iglesia que Emily era una puta.

E Isaac no querría ir a tomarse un helado contigo si supiera lo que hiciste, susurró una pequeña y egoísta voz en su oído. Pero Emily no podía cambiar el pasado. Lo que estaba hecho, hecho estaba y lo que Isaac no sabía no podía herirlo.

¿Verdad?



Capítulo 15

De honor o arrestada

Traducido por Dani

Corregido por Verónica y Caamille

La tarde del día viernes, Spencer salió de un taxi en la entrada de la Universidad Princeton, se subió el cierre de su chaqueta de cuero, y miró alrededor. Habían estudiantes ajetreados caminando de un lado para otro en abrigos y bufandas lisas de Burberry. Profesores usando lentes con montura metálica y con parches de pana en los codos daban paseos en conjunto, sin duda, teniendo conversaciones con calidad de premio Nobel. Las campanas de la torre del reloj dieron las seis, el sonido rebotando en los adoquines.

Un escalofrío corrió por Spencer. Había estado en Princeton muchas veces para competiciones de debate, salidas a terreno, campamentos de verano, y tours universitarios, pero el campus hoy se sentía muy, muy diferente. Iba a ser una *estudiante* aquí el próximo año. Iba a ser un sueño el salir de Rosewood y tener un comienzo completamente nuevo. Incluso este *fin de semana* se sentía como un nuevo comienzo. Tan pronto como el tren partió de Rosewood, sus hombros se cayeron de sus orejas. A no estaba aquí. Spencer estaba segura... al menos por un rato.

Miró las indicaciones hacia el Eating Club de honor que Harper le envió. Era en la Avenida Prospect, la cual todos en Princeton simplemente llamaban "La Calle." Cuando giró a la izquierda y caminó por el boulevard de tres pisos, su teléfono sonó. *¿Has hecho alguna investigación de ya-sabes-quién?* escribió Hanna.

Ese código era por Gayle. *Nada que haya conducido a alguna parte*, respondió Spencer. Había explorado en internet buscando detalles de Gayle, viendo si había alguna posibilidad de que pudiera ser A. La primera tarea era averiguar si Gayle había estado en Jamaica el año pasado al mismo tiempo que las chicas, quizás, del modo que supusieron que Kelsey había hecho, Gayle había visto lo que habían hecho y entonces, más adelante, después de que Emily la estafó, unió los puntos y los usó contra ellas.

The Cliffs no era el tipo de lugar en el que una elegante mujer de mediana edad se hubiera quedado, pero Spencer llamó a unos cuantos resorts cercanos a The Cliffs, identificándose como la asistente personal de Gayle y preguntando cuándo había



vacacionado Gayle allí. Ninguna de las asociaciones de reservas tenía información alguna sobre Gayle quedándose en ellos, *en ningún momento*. Dispersó su investigación, llamando resorts a diez, quince, incluso cincuenta millas de distancia, pero hasta donde Spencer podía decir, Gayle nunca había *estado* en Jamaica.

Entonces, ¿cómo podría Gayle saber sobre lo que le habían hecho a Tabitha? ¿Cómo podría haber obtenido esa foto de Emily y Tabitha, o de Tabitha tirada retorcida y destrozada en la arena? ¿Habría ido Gayle a Jamaica bajo un nombre falso? ¿Estaba trabajando con alguien más? ¿Había contratado a un investigador privado, como Aria había dicho?

Es más, incluso si Gayle *era* A, el problema con Tabitha aún estaba sin resolver. ¿Por qué había actuado tan *cómo-Ali* en The Cliffs? ¿Habían sido amigas, ella y Ali, cuando estaban en La Reserva, y había estado tratando de vengarse por la muerte de Ali? ¿O era una horrible coincidencia?

Antes de darse cuenta, había llegado a la dirección que Harper le envió. Era una gran casa de ladrillos estilo gótico con unas hermosas ventanas de vidrio emplomado, arbustos podados, y una bandera Americana prominente desde el pórtico frontal. Spencer caminó por el camino de piedras y tocó el timbre de la puerta de enfrente, la cual hizo unos pocos *bongs* impresionantes de las notas iniciales de la Quinta Sinfonía de Beethoven. Se sintieron pasos, y luego la puerta se abrió. Harper apareció, se veía fresca con una camiseta morada con mangas de murciélago, jeans ajustados, y botines de cuero. Una cobija de cachemira azul marino estaba puesta alrededor de sus hombros.

95

—¡Bienvenida! —dijo—. ¡Viniste!

Hiso pasar a Spencer. El recibidor era fresco y olía como a una mezcla de cuero y de perfume de jazmín. Listones rubios de madera atravesaban el cielo, y ventanas con vitrales decoraban los muros. Spencer se podía imaginar a los ganadores del Premio Pulitzer parados junto al ardiente fuego o sentados en las sillas, teniendo conversaciones importantes.

—Esto es impresionante —dijo efusivamente.

—Sí, está bien —dijo Harper con indiferencia—. Tengo que disculparme de antemano. Mi dormitorio arriba es muy frío y algo pequeño.

—No me importa —dijo Spencer rápidamente. Dormiría en el closet de las escobas del club de honor si tenía que hacerlo.

Harper tomó la mano de Spencer.



—Déjame presentarte a los otros.

Guió a Spencer por un largo pasillo iluminado por lámparas cromadas y de vidrio, hacia una habitación más grande y más moderna en la parte de atrás de la casa. Un muro de ventanas daba al bosque tras la propiedad. Otra sostenía una TV de pantalla plana, libreros, una gran estatua de papel maché de la mascota tigre de Princeton. Chicas envueltas en mantas estaban en sofás de gamuza, tocando sus iPads y laptops, leyendo libros, o, en el caso de la única rubia, tocando una guitarra acústica. Spencer estaba casi segura de que la chica Asiática que jugaba con su teléfono había ganado la Orquídea de Oro hace unos años. La chica con los jeans verde-botella junto a la ventana era el vivo retrato de Jessie Pratt, la chica que publicó sus recuerdos de vivir en África con sus abuelos a los dieciséis.

—Chicas, esta es Spencer Hastings —dijo Harper, y todas levantaron las miradas. Apuntó a las chicas alrededor de la sala—. Spencer, ellas son Joanna, Marilyn, Jade, Callie, Willow, Quinn, y Jessie. —Entonces *era* Jessie Pratt. Todas saludaron alegremente—. Spencer es una admitida adelantada —continuó Harper—. La conocí en la cena en la que fui anfitriona, y creo que es natural que se una a nosotras.

—Encantada de conocerte. —Quinn puso a un lado su guitarra acústica y le dio la mano a Spencer. Sus uñas estaban pintadas en un rosado chic—. Cualquier amiga de Harper es amiga de nosotras.

96

—Me gusta tu guitarra —dijo Spencer, asintiendo hacia esta—. Es una Martin, ¿cierto? Quinn levantó sus rubias cejas perfectamente depiladas.

—¿Sabes de guitarras?

Spencer se encogió de hombros. A su papá le gustaban las guitarras, y solía ir a algunas de las exposiciones vintage con él, buscando algunas nuevas para añadir a su colección.

—¿Qué tal eso? —dijo Jessie Pratt, apuntando el libro que Spencer llevaba. Era una copia de *V.* de Thomas Pynchon.

—Oh, es genial —dijo Spencer, a pesar de que ni siquiera entendía el punto de la historia. El escritor apenas usaba puntuaciones.

—Mejor nos vamos. —Harper tomó un sweater del respaldo de uno de los sofás.

—¿A dónde vamos? —preguntó Spencer.

Harper le sonrió enigmáticamente.



—Una fiesta en la casa de este chico, Daniel. Te encantará.

—Genial. —Spencer dejó su bolso junto a la puerta principal, esperó que Harper, Jessie, y Quinn se pusieran sus abrigos y buscaran sus carteras, y las siguió en la fría noche. Caminaron fatigosamente por las veredas nevadas, cuidadosas de no resbalarse en las partes de hielo. La luna estaba allí, y además de unos pocos autos bajando por la avenida principal, el mundo estaba muy tranquilo y en calma. Spencer miró un corpulento SUV estacionado en la cuneta, su motor andando, pero no pudo ver a su conductor a través del vidrio tintado.

Subieron por la vereda de una gran mansión estilo holandesa en la esquina. Se oían bajos rezumbando desde el interior, y sombras pasaban frente a las ventanas iluminadas. Había un montón de autos estacionados en la entrada, y más chicos estaban haciéndose camino hacia el jardín de enfrente. La puerta frontal estaba abierta, y un bello chico con gruesas cejas y el cabello castaño un poco largo estaba parado en la entrada, el comité de bienvenida oficial.

—Saludos, señoritas —dijo en una adulatora voz, bebiendo de un vaso plástico.

—Hola, Daniel. —Harper le sopló un beso—. Ella es Spencer. Será de primer año el próximo otoño.

97

—Ah, sangre nueva. —Daniel miró a Spencer de arriba a abajo—. La apruebo.

Spencer siguió a Harper al interior de la casa. El living estaba lleno, y una canción de 50 Cent sonaba fuertemente. Los chicos bebían escocés; las chicas estaban en vestidos y tacones, y usaban broches de diamante en sus orejas. En el rincón, había gente sentada alrededor de un narguile, con humo azulado flotando alrededor de sus cabezas.

Cuando alguien tomó su brazo y la tiró hacia él, Spencer se dio cuenta de que era un chico lindo, habían tantos de ellos para escoger. Pero luego miró sus ojos medio caídos, sucios dreadlocks, sonrisa torcida, y su camiseta teñida del tour de 1986 de Grateful Dad.

—Spencer, ¿cierto? —La sonrisa del chico se expandió—. Te perdiste un excelente rato la otra noche. El rally de Occupy Philly estuvo buenísimo.

Spencer lo miró bizca.

—¿Disculpa?

—Es Reefer. —El chico levantó sus brazos en un gesto de *¡ta-da!*—. De la cena de Princeton la semana pasada. ¿Recuerdas?



Spencer parpadeó.

—¿Qué haces aquí? —gruñó.

Reefer miró alrededor de la sala.

—Bueno, un profesor me invitó en almorzar. Y luego conocí a Daniel en el comedor, y me dijo sobre la fiesta de esta noche.

Era la cosa más absurda que Spencer alguna vez había escuchado.

—¿Un profesor te invitó?

—Sí, el profesor Dinkins —dijo Reefer, encogiéndose de hombros—. Está en el departamento de física cuántica. Eso estudiaré el próximo año.

¿Física cuántica? Spencer miró otra vez los sucios jeans de Reefer, y sus gastados zapatos. Ni siquiera se veía capaz de usar una lavadora. Y ¿era normal que los profesores invitaran a sus futuros alumnos de primer año a una visita al campus? Nadie de la facultad había invitado a Spencer. ¿Significaba que no era especial?

—Allí estás. —Harper tomó el brazo de Spencer—. ¡Te he estado buscando por todas partes! ¿Quieres acompañarme afuera?

—Por favor —dijo Spencer, aliviada.

—Puedes invitar a Reefer si quiere venir también —susurró Harper.

Spencer miró por sobre su hombro a Reefer. Afortunadamente, ahora estaba hablando con Daniel y no le prestaba atención a ninguna de ellas. Quizás Daniel se daría cuenta lo perdedor que era Reefer y le pediría que se fuera.

—Eh, creo que está ocupado —dijo Spencer, girando hacia Harper—. Vamos.

Harper abrió la puerta de atrás y guió a Spencer por un patio de ladrillos hacia un pequeño gazebo. Muchos chicos estaban sentados alrededor de una hoguera, bebiendo vino. Una pareja se estaba besando cerca de los setos. Harper se acomodó en una banca, sacó un cigarrillo del bolsillo de su chaqueta, y lo prendió. Oloroso humo revoloteó alrededor de su cabeza.

—¿Quieres?

Le tomó unos segundos a Spencer darse cuenta de que era hierba.

—Uh, estoy bien. La marihuana me adormece.

—Vamos. —Harper inhaló—. Está es increíble. Te coloca de lo mejor.



Snap. Una rama se quebró en el bosque. Un zumbido llenó el aire, y luego suaves y ligeros susurros. Spencer miró a su alrededor, nerviosa. Luego de lo que había pasado el verano pasado con Kelsey, lo último que quería hacer era ser pillada con drogas.

—¿En serio crees que deberías hacer eso? —dijo Spencer, mirando la hierba—. Digo, ¿no podrías meterte en problemas?

Harper sacudió un poco de cenizas de la punta.

—¿Quién me va a delatar?

Hubo otro *Snap*. Spencer miró al oscuro bosque, sintiéndose más y más nerviosa.

—Uh, me estoy quedando sin que beber —murmuró, levantando su vaso vacío.

Entró a la casa, sintiéndose aliviada tan pronto como volvió a la sobrecalentada habitación. Rellenó su vaso con vodka con infusión de limón, y entró a la pista de baile. Quinn y Jessie la invitaron a su círculo de baile, y dejó pasar tres canciones sin pensar, tratando de perderse en la música. Un chico de tercero llamado Sam se interpuso, empujando dramáticamente a Spencer. El vodka fluía por sus venas, fogoso y potente.

Cuando vio luces reflejándose en la ventana, pensó que alguien se había estacionado en la calle afuera de la casa. Pero luego, dos policías uniformados abrieron la puerta de enfrente y asomaron sus cabezas. La mayoría de los invitados ocultaron sus bebidas tras sus espaldas. La música paró de golpe.

—¿Qué ocurre aquí? —Uno de los oficiales alumbró con la linterna a la sala.

Todos se dispersaron. Las puertas se cerraron. El otro policía levanto su megáfono.

—Estamos buscando a Harper Essex-Pembroke. —Sonó su voz amortiguada—. ¿Señorita Essex-Pembroke? ¿Está aquí?

Se oyeron murmullos en la multitud. En ese mismo instante Harper apareció por la puerta trasera, su cabello estaba desordenado, y con una mirada de sorpresa en su pálido rostro.

—Y-yo soy Harper. ¿Cuál es el problema?

El policía se acercó y la tomó del brazo.

—Nos llegó una pista anónima de que usted se encuentra en posesión de marihuana, con la intención de vender.

La boca de Harper se abrió.



—¿Q-qué?

—Ésa es una seria ofensa. —La orilla de la boca del policía bajó.

Todos miraron mientras Harper era escoltada por la habitación. Quinn negaba con la cabeza con horror.

—¿Cómo diablos supieron los policías que Harper tenía hierba?

Como si hubiera oído la pregunta de Quinn, Harper se dio vuelta y miró a Spencer.

—Buen trabajo —chilló—. Arruinaste la fiesta para todos, y a ti misma.

Los ojos de Spencer se sobresaltaron.

—¡Yo no dije nada!

Harper la miró incrédula mientras los policías la escoltaron por la puerta. Jessie y Quinn miraron a Spencer.

—¿Tú les *dijiste*? —exclamó Quinn.

—¡Por supuesto que no! —dijo Spencer.

100

Los ojos marrón de Jessie estaban muy abiertos.

—Pero estuviste afuera con ella, ¿o no? Ninguna de *nosotras* lo diría.

—¡No fui yo! —exclamó Spencer—. ¡Lo juro!

Pero sus palabras llegaron a oídos sordos. En segundos, todos en la fiesta la miraban sospechosamente. Spencer salió de la habitación, su rostro ardía. ¿Qué rayos acababa de ocurrir? ¿Cómo de repente ella era culpable?

Bzz.

Sacó su celular. *Un nuevo mensaje de texto de Anónimo.* Miró a su alrededor a los altos árboles y las silentes estrellas. Estaba tan tranquilo afuera, aún sentía claramente como si alguien la estuviera acechando de cerca, esforzándose por no reírse. Tomando aire, miró la pantalla de su teléfono.

Sólo alégrate de que no llamé a la policía por TUS secretos. —A



Capítulo 16

Corriendo por su vida

Traducido por Dani

Corregido por Verónica y Caamille

—¡Todos se ven bien! —dijo Hanna a la estruendosa multitud por la avenida principal en la carrera anual de 10 kilómetros del hospital de Rosewood. Era la mañana del sábado, y una tranquila lluvia caía. El cabello de Hanna se veía como basura y su maquillaje estaba corrido, pero había prometido a su papá que entregaría chapas de Tom Marin y regalos.

—¡Tenga una banana! —le dijo a un delgado anciano que corría jadeando en un impermeable transparente, pasándole una banana con un sticker que decía VOTE POR TOM MARIN en la cáscara—. ¡Vote por Tom Marin! —Les pasó vasos con agua impresos con la frase TOM MARIN a dos mujeres gorditas de mediana edad que estaban caminando la carrera, sosteniendo juntas un paraguas—. ¡Vamos, vamos, vamos!

Kate, quien estaba junto a ella con la capucha de su anorak apretada tensamente, se rió.

—No creo que tus animaciones vayan a hacer que *ellas* se muevan más rápido.

—Probablemente no. —Hanna se rió mientras los gruesos traseros de las mujeres de mediana edad desaparecían por la curva.

—¿Por qué no estás corriendo? —Kate le pasó una banana a medio pelar a una mujer delgada como un galgo inglés con audífonos del iPod en sus oídos—. Recuerdo que mi mamá me hizo animarte el año pasado.

Hanna se encogió de hombros. El año pasado, corrió la carrera con Mike, y lo venció por un par de segundos. Después lo celebraron con un gran bowl de pasta en Spaghetti Heaven y estaban tan inspirados por sus tiempos que se registraron para unas cuantas otras carreras, a las cuales irían este verano. Pero Hanna no había ido a correr ni una vez desde que terminó con Mike.

Miró de reojo a Kate.



—De hecho, la mejor pregunta es por qué no estás *tú* corriendo. —Kate había sido campeona en el equipo de Cross-country en su vieja escuela en Annapolis. Isabel nunca dejaba de hablar de eso.

Kate pasó sus dedos por su cola de caballo.

—Porque Naomi y Riley se registraron primero. La carrera no es suficientemente grande para las tres.

Hanna puso más agua en los vasos, sólo para hacer algo con sus manos.

—¿Todavía están peleadas?

—Sí. —Kate aplaudió fuertemente a los corredores que pasaban—. La pelea es sólo con Naomi. No Riley.

Hanna miró extrañada a Kate, esperando que fuera a explicarse mejor. ¿La pelea seguía siendo sobre ella? ¿Kate era pro-Hanna, o anti-Hanna? Pero entonces el teléfono de Kate sonó, y se refugió bajo el toldo de la tienda de café tras ellas para responder la llamada. Hanna vio más gente pasando. Había chicos de la Universidad de Hollis, sus camisetas pegadas a sus cuerpos. Habían personas del tipo entusiastas súper-atletas usando camisetas deportivas y zapatillas de atletismo. De repente, dos siluetas familiares aparecieron por la curva. El cabello negro-azulado de Mike estaba apelmazado contra su cabeza, y usaba una camiseta blanca manga larga, shorts deportivos sueltos y negros, y Nikes amarillo neón. Su mano derecha estaba firmemente tomada de la de Colleen. Estaban usando atuendos que combinaban, sólo que la camietta blanca de Colleen ahora se traslucía por la lluvia. Dolía ver que el hobby de Mike-y-Hanna era ahora el hobby de Mike-y-Colleen.

Hanna trató de agacharse tras la mesa de agua, pero Colleen la vio y puso una gran sonrisa. *Mierda*. Trotaron hacia ella respirando con dificultad.

—¡Oh mi Dios, Hanna, que dulce que estés regalando agua! —dijo Colleen efusivamente, aceptando un vaso, tragándoselo, y tomando otro—. ¡Gracias!

—¡Bébetelo todo el galón si quieres! —dijo Hanna entre dientes, queriendo meterle el vaso de papel por la garganta. Luego se volvió hacia Mike y le ofreció un vaso de agua también—. ¿Pasándola bien? —dijo en la voz más dulce que pudo forzar, como si no hubieran sentimientos.

—Sí. —Mike se tragó de una vez el agua, luego sacó una banana de la bandeja—. Esta carrera es lo máximo. Amo ver los traseros húmedo de las chicas en spandex.

—*Mike* —lo regañó Colleen, sus cejas estaban arrugadas. Mike bajó la cabeza pidiendo perdón, y Colleen giró los ojos antes de trotar hacia un basurero cercano para botar su



vaso vacío. Hanna levantó una ceja. ¿Colleen no soportaba las bromas sexuales de Mike? ¿Cómo tenían siquiera una conversación?

Mike miró a Hanna con curiosidad.

—Me sorprende que no estés corriendo este año.

Hanna se encogió de hombros.

—Nop, el deber de papá llama. —Le mostró la chapa de VOTE POR TOM MARIN que había puesto en su chaqueta—. Pero recuerdo la del año pasado. Luego de que terminamos nos metimos entre los arbustos y nos besamos, aún usando nuestras medallas.

Los labios de Mike temblaban.

—Eh, sí...

Hanna miró a Colleen. Estaba hablando con uno de los otros voluntarios de Tom Marin junto al basurero.

—Y luego fue la carrera de 10 kilómetros en el Marwyn Trail este verano, cuando hacía tanto calor que nos metimos desnudos a ese estanque a medio camino. ¿Recuerdas esa anciana que casi nos pilló?

103

Las mejillas de Mike se pusieron rojas.

—Hanna, no estoy seguro...

—Deberíamos haberlo hecho ese día, ¿no crees? —lo interrumpió Hanna.

La manzana de adam de Mike se movía de arriba a abajo. Abrió su boca, pero no salieron palabras. Podría haber estado incómodo, pero definitivamente no parecía disgustado. Quizás el sí *quería* tener sexo con ella, después de todo.

Hanna secó una gota de agua de la mejilla de Mike.

—Sabes, mi papá tendrá una fiesta de campaña mañana por la noche —murmuró a su oído—. Deberías venir.

Los labios de Mike se abrieron otra vez. Había un brillo intrigado en sus ojos, y Hanna podía asegurar que estaba considerando decir que sí. Luego una mano agarró su brazo.

—¡Hey, mis dos personas favoritas! ¿De qué hablamos? —preguntó Colleen.

Mike pestañeó fuertemente, luego se enderezó.



—La fiesta de campaña del Sr. Marin —murmuró.

Los ojos de Colleen se iluminaron.

—¡Oh mi Dios! ¡Mike y yo estamos *tan* emocionados por eso!

Hanna miró a Mike, pero estaba evadiendo su mirada a propósito.

—Colleen se compró un vestido muy bonito —dijo.

—*Sí*. —Colleen se embelesó—. Es de la tienda de bebé en King James. ¿La conoces, Hanna?

Hanna se rió.

—Sí. Sólo las putas compran allí.

El rostro de Colleen se arrugó. Las cejas de Mike se levantaron, y luego tomó la mano de su novia y se la llevó a la multitud de corredores.

—Eso no fue muy agradable —dijo sobre su hombro. Y luego se fue.

¿Qué. Rayos? Cuando Hanna contempló tirarles bananas cortadas a la parte de atrás de sus cabezas, una risa burlona se entonó en el aire, y el vello en la parte de atrás de su cuello se paró.

Ping. Miró su teléfono, el cual estaba en el bolsillo de su chaqueta. *Un nuevo mensaje de texto*. Inquietantemente, era de un enredo de letras y números sin sentido.

¿Crees que Colleen es tan inocente como parece? Piénsalo de nuevo. Todos tienen secretos... incluso ella. —A

Hanna miró el texto por mucho tiempo. ¿De qué rayos hablaba A?

—¡Hanna! ¡Allí estás!

Su papá estaba de pie tras ella, afirmando un enorme paraguas a rayas. De pie junto a él había una alta y esbelta mujer vestida con un gorro impermeable, una camiseta de North Face, jeans de pierna recta, y botas peludas. De su brazo colgaba casualmente una cartera de Louis Vuitton, y un celular en su mano, y estaba mirando a Hanna con una sonrisa de superioridad. El estómago de Hanna cayó hasta el suelo por segunda vez en menos de un minuto cuando se dio cuenta de quién era.

Gayle.



—Oh. —Sonó como un graznido—. H-hola. —Hanna miró el celular en la mano de Gayle. La pantalla estaba encendida, como si el teléfono hubiera sido usado recién. ¿Le había enviado ese mensaje a Hanna?

—Hanna, la Sra. Riggs va a ayudarnos a hacer campaña —dijo el Sr. Marin—. ¿No es agradable de su parte?

Gayle movió su mano inapreciativamente.

—Por favor. Cualquier cosa para ayudar con la causa de Tom Marin. —Guardó su teléfono en el bolsillo de su abrigo—. Lo siento por haber llegado tan tarde, Tom. Mi marido y yo estuvimos en Princeton por una cena anoche, para celebrar el nuevo laboratorio para el cáncer que fundó, y acabamos de volver.

—No es problema para nada. —El Sr. Marin miró la multitud de corredores—. Odio hacerte estar de pie en este clima. Si realmente insistes en ayudar, ¿quizás preferirías hacer llamadas en la tienda de café?

—Realmente no es problema —dijo Gayle animadamente—. No me molesta un poco de llovizna. Y además, ¡puedo conocer a tu adorable hija! —Se volvió hacia Hanna, con una sonrisa de mal agüero—. Realmente quería hablar contigo en el encuentro del ayuntamiento, pero desapareciste, Hanna —dijo dulcemente—. Supongo que querías estar con tus amigas, ¿eh?

—Sí, muchos de los amigos de Hanna vinieron al encuentro del ayuntamiento —dijo el Sr. Marin—. Todos han sido de gran apoyo para la campaña.

—Qué lindo. —Sonrió Gayle—. ¿Quién era la chica pelirroja con la que te vi?

Hanna se puso rígida.

—Ah, debes hablar de Emily Fields. —El Sr. Marin saltó antes de que pudiera detenerlo—. Ha sido amiga de Hanna por un largo tiempo.

—Emily Fields. —Gayle pretendió contemplarlo. El Sr. Marin se dio vuelta para recibir una llamada, y Gayle se acercó—. Qué divertido, ella me dijo que se llamaba Heather —añadió susurrando.

Hanna se mordió con fuerza el interior de sus labios, sintiendo la caliente e impaciente mirada de Gayle.

—No sé de qué habla —murmuró.



—Oh, creo que sí sabes. —Gayle miró a la multitud que pasaba—. Creo que sabes exactamente de que hablo. No creas que no sé lo que está ocurriendo. No creas que no lo sé *todo*.

Hanna trató de mantener una expresión neutral, pero se sentía como si pelotas de ping-pong estuvieran rebotando en su estómago. ¿Gayle estaba admitiendo que era A?

Pensó en el final del verano. Justo antes de que Emily tuviera su cesárea, reunió a Hanna y a las otras chicas en el hospital y les explicó que necesitaba que la ayudaran a sacar a la bebé antes de que Gayle pudiera venir y llevársela.

Le puso un pesado envoltorio en las manos a Hanna.

—Necesito que lleves esto a Nueva Jersey y lo pongas en el buzón de Gayle —explicó—. Es el efectivo del cheque que me dio, junto con una carta de disculpas. Sólo ponlas en el buzón y vete. No dejes que te vea. Si se da cuenta de que le devolví el dinero, vendrá temprano al hospital, y nuestro plan estará arruinado.

Hanna no podía decir que no. Esa tarde, luego de que la bebé nació, condujo quince minutos por el puente de Ben Franklin hacia la enorme casa de Gayle. Se dirigió a la calzada, sintiéndose temblorosa y enferma. No quería estar cara-a-cara con una mujer loca. No luego de lo que pasó con la Verdadera Ali.

106

Se doblaba del dolor cuando bajó la ventana y tiró la manija para abrir el buzón. Sus manos temblaban cuando puso el sobre adentro. Un sonido de silbido se sintió en sus oídos. Algo se movió en los árboles junto a la casa. Hanna presionó rápidamente el acelerador, sin bajar la velocidad para abrochar su cinturón hasta estar seguramente fuera del vecindario. ¿Acababa de arruinar la identidad falsa de Emily? ¿Alguien la había visto? ¿La propiedad tendría cámaras de seguridad?

Un grupo de gente junto a Hanna hacía animaciones ruidosamente, devolviendo a Hanna al presente. Su papá aún estaba hablando por teléfono, y Gayle aún estaba tan cerca de Hanna que sus caderas se tocaban. Puso una mano fría como el hielo en el brazo de Hanna.

—Escucha, y escucha bien —susurró con los dientes apretados—. Todo lo que quiero es lo que me pertenece. No creo que eso sea mucho pedir. Y si no se me es dado, puedo, y lo *haré*, ir a grandes distancias para asegurarme de obtenerlo. Puedo jugar sucio, *muy* sucio. Pásale el mensaje a tu amiga. ¿Entendido?

Sus labios se torcieron en una cruel sonrisa, y sus uñas se enterraron en la piel de Hanna. La mandíbula de Hanna temblaba.

—¿Gayle? —El Sr. Marin colgó y apareció junto a ellas.



Gayle inmediatamente soltó el brazo de Hanna. Giró y sonrió brillantemente al padre de Hanna.

—El manager de mi campaña está aquí —dijo el Sr. Marin—. Me encantaría que lo conocieras.

—¡Maravilloso! —dijo Gayle efusivamente. Y así tal cual, se fue.

Hanna fue a una banca cercana, se sentó, y cubrió su rostro con sus manos. Su pulso estaba vibrando tan vigorosamente que podía sentirlo en sus palmas. Las palabras de Gayle se repetían en sus oídos. *Todo lo que quiero es lo que me pertenece. Puedo jugar sucio, muy sucio.* Había tanto que Gayle podía hacer. Exponerlas. Arruinarlas. Enviarlas a la cárcel. Destruir sus vidas. Arruinar la vida de su papá, también.

Buscó en su bolsillo para buscar su teléfono y presionó el botón de marcado rápido para Emily.

—Contesta, *contesta* —susurraba, pero el teléfono sonaba y sonaba. Colgó sin esperar el beep, en vez de eso le escribió un texto a Emily para que la llamara tan pronto como fuera posible. Fue entonces cuando notó un pequeño icono de buzón de entrada en la esquina superior de la pantalla. Otro mensaje había llegado cuando estaba escribiendo.

107

Hanna miró a su alrededor inquietamente. Su padre, Gayle, y el manager de campaña del Sr. Marin estaban de pie cerca de la cafetería, hablando. Gayle pretendía prestar atención, pero sus ojos estaban en su celular. Por medio segundo, miró a Hanna, con una espeluznante sonrisa.

Temblando, Hanna presionó LEER.

¡Mejor hace lo que te dicen! No querrás que la campaña de papi se haga humo. —A



Capítulo 17

¡Sonríe! ¡Te estamos grabando!

Traducido por Dani

Corregido por Verónica y Caamille

La tarde del sábado, Aria estaba en la sala de juegos de los Kahn, una gran parte del sótano, seccionada, finalizada con una mesa de pool, muchas máquinas de pinball, y una gran mesa de póker cubierta con fieltro. Noel, los padres de Noel, y su hermano mayor, Eric, estaban de pie alrededor de la mesa de pool con ella, mirando las bolas en juego. La Sra. Kahn entizó su taco y metió la bola seis en la buchaca de la esquina.

—Sí—dijo remilgadamente la Sra. Kahn, volviendo a enderezarse y soplando la punta del taco como si estuviera echando humo.

108

—Buena esa, querida. —El Sr. Kahn codeó a Noel y a Eric—. Creo que las damas nos están ganando.

Noel hizo un puchero.

—Eso es porque es cinco contra tres.

Aria consideró reclamar, mirando a Klaudia, Naomi Zeigler, y Riley Wolfe, las tercera, cuarta, y quinta miembros del equipo de pool femenino. No habían dado ni un lanzamiento. Aria sabía que sólo estaban allí para hacerla sentir incómoda.

—¿Klaudia? —dijo dulcemente la Sra. Kahn—. ¿Quieres jugar?

—Es bien. —Klaudia miró a Aria—. Estoy esperando una llamada de mi nuevo novio. El escritor quien vive en Nueva York.

—Creo que *tú* lo conoces, Aria —dijo Naomi, y Riley se puso a reír.

Aria sujetó fuertemente el taco de pool, resistiendo la necesidad de lanzarlo contra ellas.

Noel se acercó a Aria, puso su brazo alrededor de ella, y le dio un largo, y apasionado beso. Sintió a las chicas moviéndose incómodas tras ellas, y cuando abrió sus ojos,



Klaudia estaba mirando a otro lado a propósito. Aria puso su mano en la de Noel, agradecida.

—¿Qué hice para merecerte? —susurró.

—Lamento que te estén rechazando. —Noel giró sus ojos en dirección a ellas.

Aria se encogió de hombros.

—Estoy acostumbrada.

Era el turno del Sr. Kahn, y se enrolló las mangas de su camisa azul de Brooks Brothers, se acercó a la mesa, y golpeó la bola blanca con precisión laser. Ésta se fue a la orilla y chocó contra la número seis, enviando dos bolas más a la buchaca.

La Sra. Kahn aplaudió.

—¡Un lanzamiento brillante, querido! Aún tienes el toque mágico.

El Sr. Kahn miró a sus hijos.

—¿Mamá alguna vez les contó que jugué pool por dinero un fin de semana en Monte Carlo?

109

—Te veías tan sexy. —La Sra. Kahn se le acercó, besando la mejilla del Sr. Kahn.

—Oigan, *asqueroso*. —Noel se cubrió los ojos.

El Sr. Kahn tomó las manos de su mujer y comenzó a bailar vals con ella por la habitación.

—Tenemos que practicar para la Gala de Disfraces del Museo de Artes el próximo mes.

—No puedo esperar —dijo la Sra. Kahn—. Es tan adorable disfrazarse, ¿cierto, querido? —Miró a los demás—. Iremos como Marie Antoinette y Louis XVI.

—Seremos una pareja adorable. —El Sr. Kahn bajó a su mujer tanto que su cabeza casi tocó la alfombra—. Disfruto un buen disfraz.

Aria estaba tan sorprendida que casi se tragó su goma de mascar. Pero cuando vio a los Kahn dando vueltas por la sala de juegos, se sintió relajada. Sin importar qué hacía el Sr. Kahn en su tiempo libre, ésta era una pareja que se amaba. Probablemente había una explicación lógica de por qué el Sr. Kahn se había disfrazado como una mujer en Fresh Fields. Quizás estaba metiéndose en el personaje para su disfraz de la Gala del



Museo de Artes, la gente gastaba miles de dólares en ostentosos disfraces para ese evento. O quizás había perdido una apuesta con un compañero de negocios.

Aria tomó la mano de Noel y la apretó fuerte, sintiéndose victoriosa. No había recibido ni un mensaje sobre esto, lo cual significaba que le había ganado a A en el juego de A. Por una vez, *ella* estaba al control de la información, no al revés.

El Sr. y la Sra. Kahn siguieron bailando, y el juego de pool continuó. Los chicos metieron el resto de las bolas, dirigiéndose a la victoria. Después, Noel abrazó a Aria.

—¿Quieres salir de aquí? ¿Escaparnos a ver una película en el Ritz, quizás? —Sus cejas se levantaron sugestivamente. Ir al Ritz era el código de sentarse en la fila de atrás y besarse.

Justo entonces, el Sr. Kahn aplaudió.

—¿Que dicen de ir a una heladería? Hay un lugar nuevo en Yarmouth que me he estado muriendo por probar.

—Ooh, oí que ese lugar era divino. —La Sra. Kahn deslizó los tacos de pool de vuelta a su lugar—. Yo voy.

—Podría ir —dijo Eric.

Naomi hizo una cara.

—Los helados son, como, pura grasa.

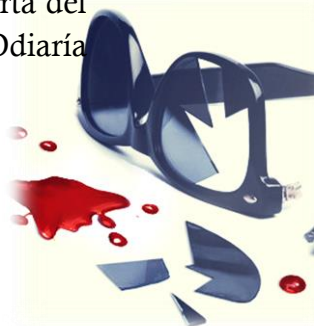
—Yo no gusta cosas que son frías, sólo caliente —dijo Klaudia, poniendo ojos sexys hacia Eric, quien la ignoró. Aparentemente también había captado el mensaje de que Klaudia estaba loca.

Noel miró como disculpándose a Aria, probablemente pensando que quería salir de allí, pero Aria sólo se encogió de hombros. No tenía tiempo para ir al cine con Noel de todos modos, tenía que juntarse con Emily en el puertas abiertas de Bakers en una hora y media.

—Creo que el helado sería genial —dijo al Sr. Kahn.

—Fantástico. —El Sr. Kahn ya estaba a medio camino por las escaleras—. Iré a recogerlo.

—Pero el clima está tan sombrío, sin embargo. —La Sra. Kahn miró por la puerta del sótano que daba al patio, vio la lluvia apozándose en el patio de ladrillos—. Odiaría que condujeras todo el camino hasta Yarmouth.



—No me importa —dijo El Sr. Kahn por sobre su hombro—. ¿Por qué no me dan todos sus órdenes?

Noel, Aria, Eric, y la Sra. Kahn subieron las escaleras tras el Sr. Kahn y esperaron mientras sacaba el menú de una carpeta de cuero de un cajón del gabinete. Eligieron sus sabores, y el Sr. Kahn hizo la llamada. Cuando se estaba poniendo su chaqueta para la lluvia, la Sra. Kahn tocó su brazo.

—¿Quieres que vaya contigo?

El Sr. Kahn la besó suavemente en los labios.

—No tiene sentido que los dos nos empapemos. No tardaré.

Cerró la puerta del frente, y el motor de su auto partió. La Sra. Kahn y Eric desaparecieron en el estudio, y Noel fue al baño, dejando a Aria sola en la cavernosa cocina. La gran casa de repente estaba muy quieta y abrumadora, el único sonido era de la lluvia contra el techo. De repente un trueno sonó, y la habitación se oscureció. Aria gritó.

—¿Noel? —llamó, sintiendo las murallas.

111

En algún lugar a la distancia, alguien, quizás Naomi, se rió. Otro trueno sonó, haciendo temblar las ollas y sartenes colgando sobre la isla. Iluminando la habitación. Por medio segundo, Aria estaba segura de que vio un par de ojos mirándola desde afuera de la ventana trasera. Gritó otra vez.

Luego las luces volvieron con un destello. El refrigerador zumbaba calmadamente, las luces recién vueltas, lanzaron un pacífico brillo amarillo por la habitación, y los ojos de la ventana se habían ido. Cuando Aria miró abajo, vio que su celular, el cual estaba en su bolsillo, estaba parpadeando. Lo tomó y tragó saliva. *Un nuevo mensaje de texto de Anónimo.*

Presionó LEER, temiendo por lo que podría ver.

Era una foto de una mujer de cabello rubio aplicándose lápiz labial color rojo cereza en el asiento de enfrente de su auto. La mujer usaba una camisa azul y un caro reloj de oro, los mismos que el Sr. Kahn había usado durante el juego de pool. Añadiendo el detalle revelador, las cejas frondosas y la boca recta, y *cualquiera* sabría que era él. El reloj en el tablero de su auto decía 1:35, hace tres minutos. La alta águila de metal en el poste en el rincón de la foto era el águila de la reja frontal de los Kahn. Se había puesto la peluca antes de siquiera haber dejado la propiedad.

Aria corrió a la ventana, segura de que había visto a alguien acechando al final de la entrada de autos, pero no había nadie allí. Se formó sudor en su frente. *No.*



—¿Aria? —Noel llamó desde el pasillo—. ¿Estás bien?

Aria dejó caer la cortina y se dio vuelta. Noel estaba caminando hacia ella. Buscó torpemente el botón BORRAR en su teléfono, no queriendo que Noel viera la foto, pero en vez de eso su dedo presionó la flecha derecha, sacando una nota que venía con la foto. Mientras Aria la leía, su corazón se detuvo.

Los secretos son todo un desprestigio. Rompe con tu adorado novio, o esta foto será pública. —A



Capítulo 18

La casa de sus sueños

Traducido por Dani

Corregido por Verónica y Caamille

—¡Bienvenidas al puertas abiertas! —dijo una animada agente inmobiliaria con una melena negra y tiesa mientras acompañaba a Aria y a Emily por la puerta abierta de la casa 204 en Ship Lane. Le pasó en la mano a cada una, una tarjeta de presentación—. Mi nombre es Sandra. ¡Pasen a mirar!

Emily dio vuelta la tarjeta. *Permítame encontrarle la casa de sus sueños*, decía el slogan de Sandra.

—De hecho, me preguntaba si... —Comenzó a decir, pero Sandra ya estaba atendiendo a una nueva pareja que había entrado tras ellas.

113

Sacudiendo su paraguas y sacándose el gorro de su abrigo para la lluvia, Emily entró al recibidor de la casa por la que había estado obsesionada los últimos siete meses. Estaba vacío, y sólo quedaba poco rastro de los Bakers. El aire olía a vela de menta y a Windex. Las murallas estaban pintadas de un azul alegre, y en el closet abierto había un envoltorio plástico azul del *Philadelphia Sentinel*. Había pequeños rasguños en el piso de madera dorada, de garras de perro, y alguien había dejado un adorno de ojo de Dios colgando en la puerta.

Emily miró la línea de metal que separaba el recibidor con piso de cerámica del living con piso de madera, asustada de entrar aún más en la casa. ¿Realmente estaba lista para ver este lugar?

Aria se dio vuelta hacia Emily, como si sintiera su recelo.

—¿Estás bien?

—Ajá —dijo Emily aturdida—. Gracias por reunirte conmigo.

—No es problema. —Aria tenía una mirada preocupada, pero cuando notó que Emily la estaba mirando, rápidamente sonrió otra vez.

—¿Tú estás bien? —preguntó Emily.



La mandíbula de Aria tembló.

—No quiero molestarte con eso. Ya tienes suficientes problemas.

Emily giró sus ojos.

—Vamos. ¿Qué?

Luego de un momento de duda, Aria se acercó, sus aros de plumas rozaban las mejillas de Emily.

—Está bien. Me llegó una nota de A hace como una hora.

La boca de Emily se abrió de golpe.

—¿Qué decía?

Aria juntó sus brillantes labios.

—No importa. Algo estúpido. Pero estaba en la casa de Noel, y A tomó una foto de algo al final de la entrada de Noel. A estuvo *tan cerca*, y no pude ver quién era.

Un escalofrío subió por la espina dorsal de Emily.

114

—¿Recuerdas la nota que recibí en mi auto en el puente cubierto? ¿Ésa de mí con Tabitha? A también estaba muy cerca.

Aria se salió del camino de dos personas más que habían entrado por la puerta de frente.

—¿Cómo es que seguimos perdiendo a A? ¿Y cómo lo hace A para saber siempre dónde estamos?

—Ali siempre sabía dónde estábamos —dijo Emily calmadamente.

Los hombros de Aria se cayeron.

—Em, A *no es* Ali. No hay modo.

Emily cerró los ojos. Estaba tan cansada de tener la misma discusión una y otra vez. Pero no podía explicar por qué estaba convencida de que Ali no estaba muerta, tendría que confesar que había dejado la puerta abierta en la casa incendiada en Poconos.

Aria entró al living. La alfombra azul tenía profundas marcas de donde habían estado los muebles.



—A es Gayle definitivamente, Em. ¿Recuerdas lo extraña que actuaba ese día en la cafetería? Es completamente capaz de perseguirnos.

—Pero no tiene sentido. —Emily miró por sobre su hombro para asegurarse de que una pareja de ancianos que usaban sweaters con rombos no estaba escuchando—. Gayle no tiene conexión con Jamaica. ¿Cómo podría saber lo que hicimos?

—¿Estás segura de que no le dijiste nada a nadie? —preguntó Aria—. ¿Qué hay de ese amigo tuyo, Derrick? Trabajaba para Gayle, ¿cierto? ¿Estás segura de que no se te salió nada sobre Tabitha?

Emily se dio vuelta y miró a Aria.

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo puedes siquiera pensar eso?

Aria levantó las manos en rendición.

—Lo siento. Sólo trato de cubrir todas las bases.

La voz de Sandra se escuchó en la otra habitación, diciéndole a un potencial comprador los metros cuadrados y las renovaciones de la cocina. Emily trató de tragarse su molestia, sabía que Aria no estaba tratando de acusarla de nada. Caminó hasta el living y subió las escaleras al segundo piso. El dormitorio principal era la primera habitación a la derecha.

La habitación estaba pintada de color gris y tenía cortinas de madera en las ventanas. Emily se podía imaginar una cama en una pared, una cómoda en otra. Pero no se podía imaginar a los Bakers viviendo entre esos muros. ¿Serían noctámbulos o mañaneros? ¿Comían galletas y papas fritas en la cama, dejando migas en las sábanas? ¿Cuántas lágrimas habrían acobijado por no poder tener un hijo?

Fue una de las primeras cosas que los Bakers le dijeron a Emily cuando los conoció, habían tratado por cuatro años sin resultados.

—Ambos trabajamos con niños todo el día, y nos encantaría tener los nuestros —dijo la Sra. Baker seriamente—. Siempre hemos querido ser padres. —Los dedos del Sr. Baker apretaban la mano de su esposa fuertemente.

Ahora, Emily caminaba en el perímetro de la habitación, tocando el interruptor de la luz, siguiendo una pequeña trizadura en la pared, y asomando su cabeza en el closet vacío. Se podía imaginar lo encantados que los Bakers habían estado cuando supieron que los había escogido como los padres adoptivos de su bebé. Probablemente se habían tendido en la cama esa noche, soñando con su hijo, fantaseando sobre clases de natación, vacaciones, y el primer día de escuela. Luego se imaginó el shock de los Bakers cuando supieron que Emily había cambiado de opinión. Le preguntó a



Rebecca, la coordinadora de adopción, si les podía pasar el mensaje, había sido muy gallina como para decírselo ella misma a los Bakers.

Rebecca había estado confundida.

—Entonces... ¿te quedas con el bebé? —preguntó.

—Eh, sólo me salió otra alternativa — dijo Emily evasivamente, no quería admitir que había encontrado otros padres adoptivos, o que Gayle le había ofrecido un montón de dinero.

La coordinadora llamó de vuelta un poco más tarde y le dijo a Emily que los Bakers habían sido muy corteses con su decisión.

—Quieren que tu bebé tenga el mejor hogar posible, y si crees que eso es en otro lugar, lo entienden —dijo Rebecca. De cierto modo, eso decepcionó a Emily: Hubiera preferido que se hubieran puesto furiosos con ella. Se lo merecía.

Emily pensó un montón en los Bakers luego de que tomó la decisión de darle el bebé a Gayle, especialmente luego de que Gayle comenzó a llamar a Emily todo el tiempo. Cada vez que el teléfono de Emily sonaba, era Gayle, viendo cómo estaba. Al comienzo, Emily lo dejó pasar, racionalizando el hablar rápido de Gayle, su risa temblorosa, sus preguntas nerviosas. Sólo estaba emocionada, ¿cierto? Trató de justificar por qué no había conocido al marido de Gayle, el potencial padre, aún, Gayle dijo que estaba muy ocupado, pero estaba cien por ciento abordo. Cuando su teléfono comenzó a sonar a cada hora, Emily dejó pasar las llamadas al buzón de voz, la ansiedad crecía más aguda y más amarga en su interior. Algo no estaba bien. Comenzó a buscar medios para salirse de eso. Le temía al día en que tuviera que entregar al bebé.

La gota que derramó el vaso fue dos semanas antes de la cesárea programada de Emily. Derrick le había pedido a Emily un sábado que lo recogiera en la casa de Gayle luego del trabajo; iban a ir al acuario de Camden. Emily no le había dicho a Gayle que iba a ir; estaba muy cansada como para lidiar con ella. Luego de estacionar el auto en la gran entrada, caminó hacia la puerta principal y miró por la ventana. Gayle estaba de pie en el recibidor con su espalda hacia Emily, hablando por teléfono.

—Sí, es cierto. —Estaba diciéndole al receptor—. Tendré un bebé. Lo sé, lo sé, *apenas* he ganado peso, pero supongo que soy una de esas embarazadas afortunadas.

Emily casi se cayó del pórtico. ¿Qué clase de loca persona pretendía que *estaba* embarazada cuando no lo estaba? ¿Iba a tratar de pasar a la bebé de Emily como si fuera suya? Eso le dejó un sabor terrible en la boca. Los Bakers le habían dicho a Emily



que la bebé sabría que había sido adoptada. Incluso le contarían sobre Emily. ¿Acerca de qué *más* Gayle mentiría sobre el bebé?

Huyó de vuelta a su auto, prendió rápido el motor, y condujo lejos, muy enojada para siquiera dejarle un mensaje a Derrick. Todo estaba tan claro en ese momento. No había modo de que Gayle recibiera a su bebé. El dinero no importaba. La vida privilegiada que el bebé podría tener bajo el cuidado de Gayle no importaba. Así que, el día siguiente, llamó a Gayle y le dijo que el doctor le había reprogramado la cesárea para dos días después de lo originalmente planeado. Luego llamó a Aria, Hanna, y Spencer, pidiéndoles su ayuda.

—¿Emily? —dijo Aria ahora—. ¡Em, tienes que venir a ver esto!

Emily siguió la voz de Aria hacia un pequeño dormitorio por el pasillo.

—¡Mira! —dijo Aria, abriendo los brazos.

Emily dio una vuelta. Los muros estaban pintados con líneas verdes y amarillas. En el muro lejano había un mural de un tren de circo, un leo, un tigre, un elefante, y un mono mirando por los vagones. Arriba del mural había una calcomanía que decía Violet, la *o* era una carita feliz, y la *t* tenía una flor en la parte de arriba.

—Era su habitación —susurró Aria.

Los ojos de Emily se llenaron de lágrimas. Recordó a los Bakers diciéndole que habían diseñado un cuarto para el bebé en colores neutrales, dejando un espacio en el muro para un nombre de chico o de chica. Pero no le habían dicho sus opciones a Emily, diciendo que querían ver cómo se veía el bebé antes de hacer la decisión final. El nombre Violet, pensó, era perfecto.

—Es tan bello —susurró Emily, caminando hacia el pequeño asiento de la ventana y acomodándose en almohadón. Aún había marcas de donde habían estado la cuna y el mudador. Cuando los Bakers encontraron al bebé en la entrada, ¿La habrían traído aquí a dormir? No, concluyó Emily. No esa primera noche. Probablemente habían sostenido a la bebé hasta que el sol salió, sorprendidos de que fuera suya. Asustados también. Probablemente hicieron planes para mudarse esa misma noche para evitar preguntas y asegurarse de que no les quitaran a la bebé.

De repente, Emily estaba segura de algo: Los Bakers hicieron todo lo que pudieron por la bebé. Habían desarraigado sus vidas sólo para asegurarse de que podrían quedársela, su felicidad significaba más que su comunidad, su casa. Eso valía más que cualquier cantidad de dinero. Había tomado la decisión correcta al entregarle su hija, *Violet*, a ellos.



—Oye —dijo Aria tiernamente, notando el rostro de Emily con marcas de lágrimas. Puso sus brazos alrededor de Emily y la apretó fuertemente. Emily también la abrazó, y se quedaron de esa forma por muchos minutos. Se sentía feliz y triste al mismo tiempo. Era maravilloso saber que la bebé tenía una casa con tanto amor, pero odiaba no saber a dónde habían ido los Bakers.

Emily se alejó de los brazos de Aria y miró por las escaleras para encontrar a la corredora de propiedades, de repente llena con un propósito. Sandra estaba en la cocina, reordenando papeles en una carpeta.

—Disculpe —dijo. Sandra se dio vuelta, con una sonrisa plástica congelada en su rostro—. La familia que vivía aquí antes. ¿Sabe lo que les pasó?

—Si mal no recuerdo, se fueron en Septiembre, creo. —Sandra pasó por una carpeta de archivos con información sobre la casa—. Sus nombres eran Charles y Lizzie Baker.

—¿Tiene alguna dirección? —preguntó Emily.

Sandra negó con la cabeza.

—¿Eras tú quien me envió un email sobre esto?

—¿Email? —Emily levantó una ceja—. No...

Sandra sacó su BlackBerry y miró la pantalla.

—Qué divertido. Me llegó un email con la misma pregunta. Alguien que también quería saber a dónde habían ido los Baker.

Aria, quien acababa de llegar a la cocina, tosió.

—¿Recuerda quién envió el email?

Sandra miró su BlackBerry.

—Juraba tenerlo aquí, pero quizás lo borré. Era el nombre de una mujer, definitivamente. ¿Quizás comenzaba con G?

—¿Gayle Riggs? —dijo Aria.

El rostro de Sandra se iluminó.

—Sí, ¡creo que ése es! ¿La conocen?

Emily y Aria intercambiaron miradas. Emily nunca le había dicho a Gayle a quién había escogido inicialmente para entregarle el bebé. La agencia de adopciones nunca habría entregado esa información tampoco. ¿Y si de algún modo se había enterado? ¿Y



si A le había dicho? ¿Y si, el corazón de Emily comenzó a latir fuertemente, Gayle estaba tratando de encontrar a la bebé?

De repente, un *ping* sonó desde el interior de la cartera de Aria. Lo sacó y miró su celular.

—Hanna dice que ha estado tratando de contactarte, Em.

Emily buscó en su bolsillo por su celular y miró la pantalla oscura.

—La batería está muerta.

Los ojos de Aria aún estaban en su celular. Presionó un botón y suspiró.

—Mira esto. —Se lo pasó a Emily. *Dile a Em que es urgente, decía el mensaje de Hanna. Creo que Gayle está tras la bebé. Llámame tan pronto como sea posible.*

—Oh Dios mío —susurró Emily.

Otro *ping* sonó cuando un nuevo mensaje llegó al celular de Aria. El remitente era un enredo de letras y números. Aria llevó su mano a su boca. El corazón de Emily latía rápidamente mientras leía las palabras.



Capítulo 19

Hanna, la agente secreta

Traducido por Dani

Corregido por Verónica y Caamille

El asunto con la ropa de diseño militar era, Hanna se dio cuenta, que era realmente fea. Debería haber Louis Vuitton militar, o militar que realmente complementara el tono de piel de una persona. No era como si se estuviera escondiendo en los bosques verdes y marrones, después de todo. Estaba merodeando en el centro comercial King James.

Era un poquito después en la tarde del sábado, y Hanna se acababa de poner su primer, y último, traje de camuflaje para inaugurar la Operación Averiguar Si Colleen Está Escondiendo Algo. Se había comprado el atuendo en la armada/marina de Rosewood, una terrible tienda llena de máscaras de gas, porta granadas, botas de combate poco favorecedoras, y otros artículos que esperaba no volver a ver nunca más, excepto quizás en CNN. También había escogido una mira que tenía rayones (probablemente por alguna terrorífica guerra), lentes de visión nocturna, y un casco de pelotón, sólo en caso de que tuviera que hacer un giro tipo comando, o saltar de un auto en movimiento. Quizás era una exageración comprar todo ese equipamiento para espiar a una chica quien probablemente estaría encantada si supiera que Hanna hubiera tomado tanto interés en ella, pero Hanna pensó que la ayudaría a ponerse de ánimo.

Ahora, estaba agachada tras una gran planta falsa en el medio de la explanada y mirando por los binoculares a Colleen y a Mike entrando a Victoria's Secret. Hanna sintió un momento de duda. ¿Era raro que estuviera haciendo esto? Era como que se estuviera convirtiendo en A. Pero entonces, quizás Gayle tenía razón, quizás Colleen tenía un secreto que no sabía. Todos tenían uno.

Hanna miró su reloj. Le daría otra media hora, decidió, y luego llamaría otra vez a Emily. Por el asunto de Colleen, no era como si ella y Gayle estuvieran en el mismo equipo ni nada, A sólo había tenido una buena idea por una vez. Todo lo que necesitaba hacer era descubrir algún vergonzoso secreto de Colleen para alejar a Mike de ella para siempre y devolverla a tontolandia, a donde pertenecía.



Había un solo problema: hasta ahora, Colleen parecía un libro abierto. Hanna había mirado el auto de Colleen en el estacionamiento, pero lo mantenía limpio y aburrido. Había seguido a la pareja a Otter, la mejor boutique en el centro comercial, y miraba como la vendedora favorita de Hanna le mostraba a Colleen un nuevo modelo de jeans de James que acaba de llegar, jeans que se suponía que *Hanna* vería primero. *Traidora*.

Ahora, Colleen se acercó a la vendedora de Victoria's Secret y le explicó que estaba buscando nueva lencería.

—¿Qué talla eres? —le preguntó la asistente. Hanna había aprendido a leer los labios cuando estaba en quinto grado, mayormente para descifrar las tensas peleas de sus padres a través de la puerta de vidrio del patio de atrás. Colleen le dio la respuesta, y la boca de Hanna se abrió de golpe. Los pechos de Colleen eran aún más grandes de lo que había pensado.

Mientras la vendedora buscó algunos estilos que le podrían gustar a Colleen, Mike se acercó a una mesa de sostenes de satén, sostuvo uno enorme y rosado en su pecho, y comenzó a hacer poses exageradas. Hanna se rió. Mike solía hacer eso todo el tiempo cuando ellos iban de compras juntos, y eso nunca fallaba para hacerla reír. Pero cuando Colleen lo vio, frunció el ceño en desaprobación. Mike hizo un puchero y dejó de vuelta el sostén en la mesa, se veía como un cachorrito regañado.

121

El celular de Hanna sonó fuertemente, y frenéticamente tocó su bolsillo para silenciarlo. La foto de Aria aparecía en la pantalla.

—¿Te pusiste en contacto con Emily? —susurró Hanna en el auricular.

—Estoy con Emily, y añadí a Spencer también. —La voz de Aria hizo eco en el auricular—. Estamos muy asustadas. Me llegó un texto hoy. A *definitivamente* está tras el bebé de Emily.

Hanna se hundió más en los arbustos.

—Tenemos que probar que Gayle es A. Pero, ¿cómo lo hacemos sin ir a la policía?

—Gayle está loca —explicó Aria—. Tal como Kelsey. Los policías no creeran nada de lo que diga.

—Sí, pero tiene *dinero* —le recordó Hanna—. Y es una adulta. Eso le añade más peso, ¿no crees?

—Chicas, no estoy tan segura de que Gayle sea A. —La voz de Spencer sonó lejana—. Me llegó una nota anoche, y estoy en Princeton. ¿Cómo podría Gayle estar en dos lugares a la vez?



Hanna miró un grupo de chicos de Rosewood Day pasar.

—Quizás si *puede*. En la carrera de esta mañana, Gayle se disculpó por llegar tarde, diciendo que acababa de volver de Princeton. Su marido acababa de donar algún laboratorio para el cáncer.

Spencer hizo un pequeño sonido en la parte de atrás de su garganta.

—¿Creen que me siguió hasta mi fiesta? ¿No habría notado a alguien como ella en un grupo de chicos?

—Probablemente se haya estado escondiendo en los arbustos — dijo Hanna.

—Eso aún no prueba que Gayle sea A —protestó Emily—. Pero lo importante es que de cualquier modo, está tras el bebé. ¿Cómo vamos a averiguar a dónde fueron los Bakers? Tenemos que advertirles.

—La corredora de propiedades no tenía la información de dónde se habían mudado — añadió Aria, sonaba abatida—. Podrían estar en cualquier parte.

—De hecho, puede que pueda encontrarlos. —Hanna movió el teléfono a su otra oreja—. La campaña de mi papá tiene información de registro de los votantes de personas en toda Pennsylvania. Si se quedaron en el estado, probablemente pueda encontrar su nueva dirección.

—¿En serio? —Emily sonaba esperanzada—. ¿Qué tan pronto puedes hacer eso?

—Buscaré cuando llegue a casa —prometió Hanna—. Pero puede tomar unos días.

—Aún creo que Gayle es A —dijo Aria—. ¿Pero cómo podemos probarlo?

Hubo una pausa en la línea.

—Bueno, A nos está siguiendo a todas, ¿cierto? —dijo Spencer luego de un momento—. Quizás una de nosotras podría tratar de pillarla en el acto.

—O una de nosotras podría tratar de robarle su celular —dijo Hanna.

—Eso sería genial, pero deberíamos conocer su agenda y aparecernos donde sea que esté. —Aria sonaba desalentada.

—Yo sé dónde va a estar. —Hanna pasó su lengua por sus dientes—. La fiesta de campaña de mi papá es mañana. Quizás podríamos averiguar un modo de pillar su celular y mirar sus mensajes de texto. De todo modos, ustedes van a estar ahí, ¿cierto?

Emily gimió.



—No quiero volver a ver a Gayle.

—Vamos a mantenerte a salvo —le aseguró Hanna—. Pero si Gayle quiere confrontarte, podríamos robarle su celular mientras esté ocupada. Entonces, probaremos que es A.

—Pero podría *no* ser A. —Emily se quejó.

—Míralo de esta forma —dijo Aria con gentileza—. Incluso si no es A, quizás hay algo en su celular sobre su búsqueda del bebé. Quizás A le dio algún tip o algo. Quieres saber qué trama, ¿cierto?

Emily aceptó, y las chicas prometieron estar atentas de cualquiera que las siguiera y ponerse en contacto tan pronto como tuvieran otro mensaje de A. Luego de colgar, Hanna separó dos hojas de la planta y miró hacia a Victoria's Secret. Mike y Colleen ya no estaban allí. *Mierda*.

Luego los espió caminando de la mano hacia la salida. Saliendo de las plantas, y ganando extrañas miradas de los transeúntes, los siguió hacia el estacionamiento. Se detuvieron junto al auto de Colleen y hablaron. Hanna se escondió tras un VW Beetle para escuchar.

123

—¿Estás segura de que no puedo ir contigo? —decía Mike.

—Probablemente es mejor que vaya sola —respondió Colleen, su mano estaba en la puerta del conductor.

—*Vamos*. —Mike sacó el flequillo de Colleen de sus ojos—. Apuesto que será realmente hot.

Colleen besó la punta de la nariz de Mike.

—Te lo contaré todo cuando termine, ¿está bien?

Se deslizó al asiento del conductor y prendió el motor. Mike se despidió hasta que había dado vuelta por la curva. Hanna corrió a toda velocidad a su auto, el cual estaba estacionado a sólo unas cuantas plazas de distancia. Necesitaba moverse si iba a seguir a Colleen a su encuentro secreto.

Alcanzó a Colleen en una pequeña salida del centro comercial hacia la ruta 30, luego siguió al auto por una serie de caminos traseros. Centros comerciales dieron lugar a viejas casas victorianas y a los edificios de piedra-y-ladrillos de la escuela de Hollis. Una calle estaba cerrada; había habido un topón entre un Jeep y un viejo Cadillac. Hanna apartó la mirada, los viejos recuerdos de su propio accidente de autos del



verano pasado volvían a ella. No era como si se hubiera quedado para ver las luces de la ambulancia.

Colleen dobló en una calle lateral y se estacionó en paralelo de manera experta en la cuneta. Hanna giró su auto en un callejón, se estacionó retorcidamente, y se escondió en un arbusto justo a tiempo para ver a Colleen caminando por los escalones de una vieja y gran casa en la esquina. Colleen tocó el timbre y se quedó de pie, arreglando su cabello.

La puerta se abrió, y un hombre canoso con pies de cuervo abrió la puerta.

—Que genial verte —dijo, dándole un beso de aire a Colleen.

—Muchas gracias por verme de forma tan imprevista —dijo Colleen.

—Lo que sea para ti, querida. —El tipo puso sus manos en el rostro de Colleen—. Tienes una estructura ósea muy buena. Eres muy natural.

Colleen se rió con timidez.

—Estoy agradecida de que pienses eso.

¿Natural para qué? Hanna empujó una rama fuera del camino. ¿Colleen estaba saliendo paralelamente con Mike y este anciano?

Cuando la puerta se cerró, Hanna fue hacia el pórtico y miró la placa junto al timbre. JEFFREY LABRECQUE, decía. FOTÓGRAFO.

Hanna se rió. Entonces Colleen se iba a tomar fotos profesionales. Sabía cómo iba a salir *eso*, si este Jeffrey era como Patrick, su cutre fotógrafo, adularía a Colleen y la convencería de quitarse la camiseta. Los celos de Mike hacia Patrick, y la reacción de Hanna por eso, fue lo que los separó. Podría ser justo lo que arruinaría a Mike y a Colleen también.

Hanna miró por la ventana, viendo al fotógrafo ubicando un montón de luces alrededor de una pantalla negra. Le hizo un gesto a Colleen para que se sentara en un taburete, luego se puso tras su cámara. El flash prendía una y otra vez, Colleen giraba sus rodillas de ese modo y haciendo esas caras variando de eufórica a intensa a pensativa a taciturna. Luego de unos minutos, Jeffrey Labrecque caminó hacia Colleen y le dijo algo que Hanna no pudo oír. Se alejó, y Colleen se sacó su cardigán. Hanna se inclinó. Probablemente éste era el momento en que iba a posar en su sostén negro de encaje.

Pero cuando Jeffrey se alejó, Colleen aún tenía la camiseta puesta. Sonrió para la cámara, se veía íntegra y dulce. En minutos, la sesión fotográfica había acabado, y



Colleen se levantó del taburete, le pasó un cheque al fotógrafo, y despidieron con la mano.

—Increíble —articuló Hanna. Todo fue tan malditamente puro que toda la viñeta podría haber tenido una aureola sobre ella.

Colleen se dirigió a la puerta frontal, y Hanna se alejó del pórtico antes de que Colleen la viera. Cuando dio la vuelta a la esquina, casi se golpeó con un sedán negro resoplando por la cuneta. Las ventanas tenían tinte, pero pudo ver un par de ojos mirando por la ventana ligeramente abierta del asiento de atrás. Antes de poder ver quién era, el auto se alejó. Hanna se dio vuelta y miró al auto alejándose, pero ya estaba muy lejos como para que viera la patente.

Beep.

El teléfono de Hanna brillaba al fondo de su cartera. Las palabras de un nuevo texto la asaltaron tan pronto como miró la pantalla.

Estás cerca, Hanna. Sigue buscando. —A



Capítulo 20

Una olla de oro

Traducido por Dani

Corregido por Verónica y Caamille

Esa misma tarde, Spencer dejó el sórdido Motel 6 en las afueras del campus de la Universidad de Princeton, donde se había estado quedando desde el desastre de la fiesta de la noche anterior, y se dirigió hacia la estación del tren. La lluvia se había abatido y el sol había salido, haciendo que las aceras brillaran y el aire oliera a flores frescas. Las personas guardaban sus paraguas y se quitaban los gorros de sus chaquetas. Un par de jugadores de Ultimate Frisbee salieron de la residencial y continuaron sus juegos. Cualquiera otro día, Spencer hubiera tomado la oportunidad de sentarse en una de las bancas y simplemente mirar el esplendor que era la Universidad de Princeton. Pero hoy, sólo se sentía exhausta.

126

Partiendo casi inmediatamente después de que la policía se llevó a Harper de la fiesta, Spencer le envió un mensaje a Harper con muchas y abundantes disculpas, pero Harper no había respondido. Tampoco lo hicieron Quinn o Jessie ni nadie más cuyos números se había conseguido antes del gran arresto de drogas. Spencer sabía que quedarse en la casa Ivy, o cualquier otro lugar en el campus, no era una opción, así que googleó moteles locales en el área y se fue a una habitación del Motel 6 casi a media noche. Todo lo que quería era poder dormir y olvidar todo lo que había ocurrido, pero se mantuvo despierta casi toda la noche por la música tecno que venía de la librería de adultos junto al motel. Su cabello estaba grasoso por el shampoo del motel, su piel picaba por las sabanas de algodón barato, y su cabeza daba vueltas por lo terrible que era haber arruinado sus oportunidades de entrar al Ivy.

Estaba lista para irse a casa

Un grupo de adultos en atuendos de negocios pasaron, se veían honorables e importantes. Hanna dijo que Gayle había estado en el campus de Princeton. Era obvio que Gayle la había espiado la otra noche y había llamado a los policías delatando a Harper. Spencer entendía que esta mujer estaba enojada porque Emily no le había dado el bebé, pero ¿qué lunática iba a tales extremos de meterse con chicas de la mitad de su edad?



Spencer vio a una rubia sentada en una banca, y Spencer paró de golpe. Allí, leyendo una novela de D.H. Lawrence y sosteniendo un café de Starbucks, estaba Harper.

—Oh —dijo Spencer—. ¡H-hola!

Harper levantó la mirada y frunció el ceño. Volvió a su libro sin decir una palabra.

—He estado tratando de contactarte. —Spencer se apresuró hacia la banca, dejando caer su bolso a sus pies—. ¿Estás bien?

Harper cambió de página.

—Si querías meterme en problemas, no estás de suerte. Los policías no pudieron encontrar hierba conmigo. Me dejaron ir con una advertencia.

—¡Yo no quería meterte en problemas! —gritó Spencer—. ¿Por qué haría algo así?

—Eras la única persona en la fiesta a quien no conozco muy, muy bien, y te veías bastante incómoda conmigo fumando. —Harper aún no dejaba de mirar el libro.

Una bandada de palomas aterrizó cerca de ellas, peleándose por migas de pizza. Spencer deseaba poder contarle a Harper sobre A, pero A provocaría un caos si lo hacía.

—Tengo algunos cadáveres en mi closet, así que estoy algo inquieta por si me pillan otra vez —admitió en voz baja—. Pero nunca te delataría.

Harper finalmente miró a Spencer.

—¿Qué ocurrió?

Spencer levantó un hombro.

—Una amiga y yo tomábamos drogas de estudio el verano pasado. Nos pillaron.

Los ojos de Harper se expandieron.

—¿Te metiste en problemas?

—Me dejaron ir con una advertencia. —Spencer miró su bolso. No había motivo para hablar sobre lo de Kelsey ahora—. Me asusté mucho. Pero prometo que no te delaté. Por favor dame otra oportunidad.

Harper marcó la página con un marcador con borla y cerró fuertemente el texto. Miró a Spencer por un momento como si estuviera tratando de ordenar sus pensamientos.



—Sabes, *sí* quiero que me agrades, Spencer —dijo—. Si quieres compensarlo, hay un almuerzo mañana al que puedes venir. Pero hay una misión: tienes que traer un plato.

Spencer parpadeó.

—¿Tengo que cocinar algo? ¿Dónde se supone que encuentre una cocina?

—Ése es asunto tuyo. —Harper metió el libro en su cartera y se paró—. Todos tienen que traer un plato. Es una *olla común*.

—Muy bien —dijo Spencer—. Se me ocurrirá algo.

Las orillas de la boca de Harper lentamente se volvieron una sonrisa.

—Te veo en la Casa Ivy mañana a las doce en punto. ¡Adiós!

Se fue por la acera, sus caderas se balanceaban y su cartera rebotaba en su trasero. Spencer cambió su peso de un pie al otro confundida. ¿Una olla común? ¿En serio? Eso sonaba como algo que Nana Hastings hubiera hecho para la liga femenina de la que una vez fue presidenta. Incluso el término *olla común* sonaba extrañamente como de los 1950's, evocando imágenes de brillantes ensaladas de macarrones en Tecnicolor y moldes de gelatina.

128

Las palabras chocaban en su cabeza otra vez. *Olla Común*. Harper le había guiñado el ojo como si tuviera doble significado. Spencer se rió en voz alta, algo hizo clic. Era una olla común, *literalmente*. Harper quería que cocinara *hierba* en un plato. Era la oportunidad de Spencer para probar que no era una policía del narcotráfico.

Las campanas del reloj dieron la hora, y las palomas se fueron de la vereda de una vez. Spencer se hundió en la banca, pensando mucho. A pesar de que odiaba la idea de comprar drogas otra vez, estaba desesperada por recuperar la simpatía de Harper, y entrar al Ivy. Sólo, ¿cómo iba a conseguir hierba? No conocía a nadie allí a pesar de la gente a la que había visto en la fiesta, y ellos probablemente no la ayudarían.

Se enderezó, golpeada por un relámpago de brillantez. *Reefer*. Él vivía cerca de Princeton ¿o no? Rápidamente buscó en su cartera el trozo de papel que le dio en la cena de Princeton. Agradecidamente, estaba arrugado en un bolsillo. *Qué largo y extraño viaje ha sido*, decía la nota.

Dímelo a mí, pensó Spencer. Luego mantuvo la respiración como entrando a una habitación con olor asqueroso y marcó su número, esperando que no estuviera cometiendo un grave error.



—Sabía que ibas a llamar —dijo Reefer abriendo la puerta de una gran casa colonial en un vecindario a unas cuantas millas del campus de Princeton. Estaba vestido con una camiseta extra grande de Bob Marley, jeans anchos con un parche de una hoja de marihuana en la rodilla, y las mismas zapatillas de cáñamo que había usado en la cena en Striped Bass. Su largo cabello estaba guardado en uno de esos horribles gorros Jamaicanos de colores brillantes que cada drogo que Spencer había conocido amaba usar, pero al menos se había afeitado la barba de chivo. Se veía un millón de veces mejor sin ella, no era que pensara que era lindo ni nada.

—Aprecio que te tomes el tiempo de verme —dijo Spencer remilgadamente, estirando su cárdigan.

—Mi casa es su casa⁷. —Reefer prácticamente estaba salivando cuando la escoltó al interior.

Los tacones de Spencer sonaban en el recibidor. El living era largo y angosto con una alfombra beige, sofás y sillas de cuero. Volúmenes antiguos de lo *Libros de la Enciclopedia Mundial* de los ochenta estaban ordenados en las repisas, y un harpa dorada estaba en un rincón. Junto al living estaba la cocina, la cual tenía murales de pared en espiral psicodélico y un frasco de galletas con forma de una lechuga con mirada maliciosa. Spencer se preguntó si Reefer pasaba el rato aquí cuando estaba drogado.

Sintió el aire. Extrañamente, la casa no olía a marihuana, sino que a velas de canela y enjuague bucal de menta. ¿Y si Reefer no fumaba en casa? O aún peor, ¿y si era de esos chicos que sólo *pretendía* que estaba drogado todo el tiempo pero en realidad le tenían miedo a esas cosas?

—Entonces, ¿qué puedo hacer por ti? —preguntó Reefer.

Spencer puso sus manos en sus caderas, de repente estaba insegura. Había comprado drogas el verano pasado, pero eso involucraba contraseñas secretas y tratos en callejones traseros. Dudaba que comprar hierba fuera igual. Decidió ser directa y precisa.

—Me preguntaba si podría comprar un poco de marihuana de ti.

Los ojos de Reefer se iluminaron.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que fumabas! ¡Por supuesto que puedes! ¡Incluso podemos fumar juntos si quieres!

⁷ **Mi casa es su casa:** En el original en español.



Bueno, eso respondía su pregunta.

—Gracias —dijo Spencer, sintiéndose aliviada—. Pero no es para mí. Es para esta olla común auspiciada por el Eating Club de honor. Básicamente, quieren que todos lleven un plato que tenga hierba cocinada en él. Así que necesito un poco... y una receta. Es realmente importante.

Reefer levantó una ceja.

—¿Tiene algo que ver con que pusiste a esa chica en problemas en la fiesta de anoche?

Los hombros de Spencer se pusieron tensos.

—¡No la metí en problemas! Pero sí, es por eso. Harper es una gran influencia en Ivy, y quiero asegurarme de entrar.

Reefer tocó una cuerda del harpa.

—¿Ivy da fiestas de hierba? No sabía que eran tan geniales.

¿Qué sabes? pensó Spencer, molesta.

—Bueno, ¿tienes hierba para mí o no?

—Por supuesto. Por aquí.

Caminó por las escaleras hasta el segundo piso. Pasaron un pequeño baño de temática náutica y un dormitorio de invitados que tenía mucho equipamiento de ejercicios y finalmente entraron al dormitorio de Reefer. Era brillante y grande, con una cama tamaño Queen, estantes blancos, y una silla Eames blanca y un otomán. Spencer se había esperado un oloroso estudio de drogas con posters de ilusiones ópticas en los muros, pero éste se veía como un dormitorio sacado de un hotel boutique en Nueva York. Por supuesto, probablemente él no lo había decorado.

—Así que estás luchando para entrar al Ivy, ¿eh? —Reefer caminó hacia el closet al fondo de la habitación.

Spencer resopló.

—Eh, *Sí*. ¿Acaso no todos lo hacen?

Reefer se encogió de hombros.

—Nah. Es un poco aburrido para mí.

—¿Una organización que apoya una olla común de hierba es *aburrido*?



—Simplemente no me gustan las organizaciones. —Reefer puso *organizaciones* entre comillas con los dedos—. No me gusta ser puesto en una categoría, ¿sabes? Es muy opresivo.

Spencer explotó de la risa.

—Mira quién habla.

Reefer la miraba en blanco, apoyándose en el bureau.

—Sólo digo que, ¿no estás *tú* mismo poniéndote en una categoría? —Spencer movió sus manos de arriba a abajo apuntando el cuerpo de Reefer—. ¿Qué hay sobre toda la onda Rastafari que andas trayendo?

Media sonrisa se formó en la cara de Reefer.

—¿Cómo sabes que no soy más que sólo esto? No deberías juzgar un libro por su portada. —Luego se dio vuelta hacia su closet—. ¿Por qué te importa tanto entrar al Ivy, de todas formas? No te vez como el tipo de chica que tendría problemas haciendo amigos.

Spencer se resintió.

131

—Eh, ¿porque ser parte de un Eating Club es un gran honor?

—¿Lo es? ¿Quién lo dice?

Spencer arrugó su nariz. ¿En qué planeta vivía este tipo?

—Mira, ¿puedo simplemente ver la hierba?

—Por supuesto. —Reefer abrió las puertas de su closet y se hizo a un lado. Adentro había un gabinete alto y de plástico transparente con al menos treinta cajones. Cada cajón estaba etiquetado con cosas como Aurora Boreal y Mota de Poder. Adentro, Spencer pudo ver un pequeño bulto color verde grisáceo que se veía como una mezcla entre un montón de musgo y un dreadlock en cada uno de los cajones.

—Wow —susurró Spencer. Se había imaginado que Reefer tendría sus provisiones en calcetines sucios bajo su cama, o enrollada en un montón de periódicos socialistas. El organizador estaba completamente limpio, y en cada cajón había la misma cantidad de hierba, como si hubiera sido compulsivamente pesado en una pesa. Al lado izquierdo de los gabinetes había variaciones de hierba como Americano, Hermana de Buda, y Caramella. Al lado derecho, al fondo, había una variedad llamada Yumboldt, Spencer asumió que no había ninguna marihuana que comenzara con Z. Estaba en orden



alfabético. Spencer sonrió por dentro. Si ella fuera una amante de la marihuana, probablemente organizaría sus provisiones de esta forma.

—¿Todo esto es tuyo? —preguntó.

—Ajá. —Reefer parecía orgulloso de sí mismo—. La mayoría la planté usando hibridización y técnicas de recombinación genética. Es completamente orgánico también.

—¿Eres un traficante? —De repente se sintió nerviosa. ¿Era peligroso estar aquí?

Reefer negó con la cabeza.

—Nah, es más como una colección. No tráfico, excepto a chicas hermosas como tú.

Spencer bajó los ojos. ¿Qué veía Reefer en ella, de todos modos? Una chica que fuera como la Lilith Fair, con las cejas con piercings, perturbadora bohemia parecía más de su tipo.

—¿Qué tipo es buena para cocinar? —preguntó, cambiando el tema.

Reefer abrió un cajón y seleccionó un bulto verdoso.

132 —Ésta es súper delicada y realmente fragante. Huele.

Spencer se alejó de él.

—No es como si fuera vino.

Reefer la miró condescendentemente.

—En algunas culturas, distinguir diferentes tipos de hierba es mucho más refinado que tener un buen paladar para los vinos.

—Supongo que eres el experto. —Spencer acercó el montón de marihuana a su nariz y respiró—. Ugh. —Alejó su cabeza, atacada por el familiar olor a hierba—. Huele a trasero.

—Novata. —Reefer se rió—. Sigue inhalando. Hay mucho más que sólo eso. Es un secreto que está oculto.

Spencer lo miró extrañada, pero luego se encogió de hombros y se movió para volver a inhalar. Luego de superar el rancio, asqueroso olor a marihuana, comenzó a notar otra esencia entre medio. Algo casi... fragante. Miró arriba, sorprendida.

—¿Cáscara de naranja?



—Exacto. —Reefer sonrió—. Es un híbrido de dos diferentes tipos de hierba que tienen características muy frutales. Yo mismo creé la mezcla. —Se dio vuelta y sacó otro capullo y lo puso bajo las fosas nasales de Spencer—. ¿Qué tal éste?

Spencer cerró los ojos y respiró.

—¿Chocolate? —dijo luego de un momento.

Reefer asintió.

—Se llama trozo de chocolate. Tienes una muy buena nariz.

—Si sólo hubiera una carrera de inhalar hierba —bromeó Spencer. Pero profundamente, no podía evitar sentirse complacida. Le gustaba cuando alguien notaba que era buena en algo.

Se atrevió a sonreírle a Reefer, y él le sonrió de vuelta. Por un momento, se veía lindo. Sus ojos eran de un color dorado encantador. Si sólo se deshiciera de esas estúpidas ropas, sería hermoso.

Luego Spencer bajó las orillas de sus labios, sorprendida por sus pensamientos. El humo de la hierba probablemente le estaba llegando.

133

—¿Así que se puede poner esto en brownies? —preguntó.

Reefer aclaró su garganta y se alejó.

—Sí. Tengo una gran receta que te puedo prestar también. —Sacó una carpeta de un librero organizado, extrajo un fichero, y se lo pasó a ella. *Mágicos y Misteriosos Brownies* decía el encabezado.

Spencer puso la tarjeta en su bolsillo.

—¿Cuánto te debo?

Reefer movió la mano.

—Nada. Como te dije, no soy un traficante.

—Quiero darte *algo*.

Reefer pensó un momento.

—Puedes responderme algo. ¿Por qué quieres ser parte de la Ivy?

Spencer se erizó.



—¿Por qué te importa?

Reefer se encogió de hombros.

—Simplemente no entiendo los Eating Clubs. Parece que la mayoría de la gente se siente bien consigo mismas, pero ¿realmente necesitas de un estúpido club para saber que eres genial?

La cara de Spencer se calentó.

—¡Por supuesto que no! Y si le preguntas a alguien que pertenezca a ellos, estoy segura de que eso no es el por qué *ellos son* parte tampoco.

Reefer resopló.

—Por favor. Oí a esas chicas Ivy en la fiesta. Mencionaban gente famosa que conocían para darse importancia como locas. Te garantizo que la única razón por la que son parte del club es para impresionar a sus padres o ganarle a sus hermanos o porque les da un grupo de amigos automático. Es tan... *seguro*.

La mente de Spencer daba vueltas.

—Te aseguro que eso *no* es en lo que están pensando. Eso no es en lo que yo pienso tampoco.

—Está bien. —Reefer se cruzó de brazos—. Dime en lo que *estás* pensando entonces.

Spencer abrió su boca para hablar, pero no salieron palabras. De manera irritante, no podía pensar en ni una razón que Reefer podría entender. Aun peor, quizás estaba en lo cierto, quizás ella *sí* quería un grupo de amigos automático. Quizás quería impresionar a sus padres, el Sr. Pennythistle, Amelia, Melissa, y todos en Rosewood Day que no creían en ella. Pero Reefer había hecho sonar como si querer esas cosas fuera superficial y poco audaz. La dejó como una impaciente e insegura pequeña niña que sólo quería hacer felices a mami y a papi, sin pensar por ella misma.

—¿Cuándo lo dejas? —balbuceó, dándole la cara a Reefer—. ¿Qué te hace tan alto y poderoso? ¿Qué hay de Princeton? Sólo admiten a unas cuantas personas mientras rechazan a muchos otros. ¡No tienes problemas en ser parte de *eso*!

—¿Quién dice que no tengo problemas con eso? —dijo Reefer tranquilamente—. Realmente no deberías...

—Juzgar a un libro por su portada, lo entendí —interrumpió Spencer enojada—. Quizás deberías escuchar tu propio consejo. —Buscó en su billetera y sacó dos de



veinte y se los pasó a Reefer por la hierba. Él los miró como si estuvieran cubiertos de ántrax. Luego salió de la casa, golpeando la puerta tras ella.

El aire frío fue una bienvenida para su piel caliente. Su mandíbula dolía de apretarla tan fuertemente. ¿Por qué siquiera se preocupaba de lo que pensaba Reefer? No era como si fueran amigos. Inmóvil, miró a la ventana de su dormitorio. Las persianas no estaban abiertas y Reefer no estaba mirando tristemente, rogando su perdón. *Idiota.*

Girando sus hombros hacia atrás, pisó los escalones y sacó su celular para llamar a la compañía de taxis para que la llevaran de vuelta al motel. Sus ojos lagrimeaban, y retrocedió y olfateó la carcasa de cuero de su celular. Olía como la hierba que Reefer le había dado. Arrugó su nariz, maldiciendo el olor. Ya no olía a dulce y agria cáscara de naranja. Quizás nunca fue así.



Capítulo 21

Una reunión amistosa

Traducido por Dani

Corregido por Verónica y Caamille

La tarde del sábado, Emily se apresuró por la calle en Old Hollis, el distrito comercial junto a la universidad que hospedaba bares, restaurantes, tiendas de blusas funk, y un psíquico quien leía las cartas del tarot. Un letrero de neón con forma de cono de helado colgaba de un toldo más adelante, y su estómago se revolvió de nervios. Estaba camino a juntarse con Isaac otra vez, y a pesar de que su secreto le pesaba mucho, la sensación de mareo que había tenido desde la última vez que lo vio no había cesado.

No podía dejar de pensar en Isaac desde su cena. El modo en que la escuchaba, el modo en que la defendió ante su mamá, se veía mayor, de cierto modo, realmente maduro.

136

—¿Emily?

Miró por la oscura calle. Una silueta en un abrigo azul le estaba haciendo señas desde Snooker's, un bar universitario con banderines de los Eagles y lámparas de Pabst Blue Ribbon. Tenía una muñequera y cabello oscuro en picos. Cuando la volvió a llamar, Emily reconoció su voz inmediatamente. Era Derrick, su amigo más cercano del verano.

—Oh Dios mío —gimió Emily, cruzando la calle. Un conductor tocó la bocina enojado mientras giraba para esquivarla—. ¿Qué estás haciendo aquí? —le dijo alegremente a Derrick.

—Tomando unas clases en Hollis. —Derrick tomó a Emily y la envolvió en un gran abrazo. La miró de arriba abajo—. Hombre, te vez un poco diferente desde la última vez que te vi. ¿Qué te paso? ¡Te desapareciste de la faz de la tierra! Se suponía que íbamos a juntarnos en el verano, pero nunca apareciste. Nunca llamaste tampoco.

Emily se miró las zapatillas, se sentía avergonzada. Había dejado plantado a Derrick el día que escuchó a Gayle diciendo que *ella* era la que estaba embarazada. Había querido llamarlo para justificarse, pero nunca lo hizo. Pensó que lo vería en el



restaurante, pero sus horarios nunca coincidieron. Una semana pasó, luego otra, y de repente se sentía raro llamarlo. Había ocurrido demasiado. Había mucho que explicar.

Derrick se inclinó, mirando con preocupación a Emily.

—¿Cómo salió todo con el bebé?

—*Shhh*. —Emily miró a su alrededor, asustada de que uno de los transeúntes en la calle pudiera oír—. Nadie sabe sobre eso. Especialmente mis padres.

Las cejas de Derrick se levantaron de golpe.

—¿*Aún* no les has dicho?

Emily negó con la cabeza.

—No tenía que hacerlo.

—Así que supongo que no te lo quedaste entonces. —Derrick giró la boca—. Y sé que no se lo diste a Gayle. —Se veía herido—. Sabes, *debería* estar enojado contigo. Me metiste en cosas oscuras con esa mujer.

Emily tembló cuando escuchó el nombre de Gayle.

137

—¿A qué te refieres?

—Como dos semanas después de que me dejaste plantado, me encontró en la terraza de su jardín y me dijo que te arrepentiste. Estaba desquiciada. Pensó que tenía algo que ver, que te ayudé a escapar o algo. Comenzó a lanzarme cosas, una bolsa de semillas para pájaros, un rastrillo, luego una pala. Quebró una ventana, estaba loca. Traté de decirle que no tenía idea de qué estaba hablando, pero no me creyó. —Se mordió su labio—. Nunca la había visto tan... violenta.

Emily se cubrió la boca con las manos. Pensó en la última nota de A, en la cual lo único que hacía era decir que Gayle estaba buscando al bebé. ¿Qué había planeado Gayle para cuando la encontrara? ¿Se la iba a quitar a los Bakers? ¿Y exactamente cuál era el papel que A estaba jugando en todo esto?

Emily sintió una presencia junto a ella y levantó la mirada. De pie al otro lado de Derrick, con una mirada extraña, estaba Isaac.

—H-hola —dijo con cautela. Su mirada pasó de Derrick, a Emily.

—¡Oh! —dijo Emily un poco muy fuerte—. ¡Isaac! ¡Hola! —Apuntó a Derrick—. Éste es mi amigo, Derrick. Derrick, éste es, eh, Isaac.



Los ojos de Derrick se abrieron.

—¿Isaac? —Emily recordó que una noche el verano pasado, le había admitido el nombre de Isaac a Derrick.

—D-deberíamos irnos —dijo Emily, poniéndose entre los dos chicos. Sabía que Derrick no diría nada, pero esto era muy incómodo.

—Deberíamos juntarnos algún día —dijo Derrick, tocando el hombro de Emily—. Te he extrañado.

—Sí —dijo Emily rápidamente, tomando el brazo de Isaac y tirándolo por la calle—. ¡Fue bueno verte, Derrick! ¡Adiós! —Se sintió mal por dejar plantado a Derrick otra vez, pero no se atrevía a darse vuelta.

Pasaron una tienda de juguetes retro, un banco, y un local vacío antes de que Isaac aclarara su garganta.

—¿Quién era él?

—¿Derrick? —dijo Emily inocentemente, entrando a la heladería. Las campanas de la puerta sonaron fuertemente—. Oh, es sólo un amigo que conocí el verano pasado en Philly.

138

Luego miró con firmeza el menú sobre el mesón y comenzó a balbucear.

—¿Qué pedirás? Oí que el de vainilla con cerezas es realmente bueno. O, ¡ohh, mira! ¡Camino Rocosó Orgánico! —Si seguía hablando, pensó, Isaac no podría decir ni una sola palabra.

—Emily.

Lo miró culpablemente. A la luz brillante de la recepción de la heladería, los ojos de Isaac se veían más azules que nunca. Él jugueteó con un brazalete de hilo en su muñeca.

—¿Estás segura de que estás bien? Te ves muy asustada.

—¡Por supuesto que estoy bien! —dijo Emily, consciente de que su voz se oía en un tono agudo y extraño.

—No lo malinterpretes —dijo Isaac—. Pero, ¿ese chico Derrick te hizo algo? Parecía que no podías esperar para alejarte de él.

Emily miró su rostro.



—Oh Dios mío, *no*. —Era tan divertido que comenzó a reír. Si *sólo* eso fuera así de simple.

La fila avanzó, y Emily e Isaac se acercaron un poco más a la caja registradora.

—Me preocupo por ti, eso es todo. No quiero ver que te hagan daño.

Emily mantuvo la mirada fija en las cucharas de helado tras el mostrador, su corazón se rompía por la generosidad de Isaac. *Quería* que se preocupara por ella.

—Es sólo un viejo amigo en quien confié muchas cosas sobre Ali, probablemente eso era lo que sentiste —dijo con la voz entrecortada—. No ocurre nada raro. Lo prometo.

—¿Estás segura? —preguntó Isaac, tomando las manos de Emily.

—Segura. —Miró sus dedos entrelazados. Se veían tan bien juntos. ¿Las manos del bebé se verían como una combinación de la suyas? ¿El bebé tendría la sonrisa de Isaac, las pecas de Emily? Un nudo se formó en su garganta.

—Bien, entonces, en ese caso, hay algo que quería preguntarte —dijo Isaac, se veía serio.

Emily tragó saliva, de repente se preocupó de que pudiera leer sus pensamientos.

—¿Sí?

Isaac la miró a los ojos.

—¿Quieres ir conmigo a la fiesta de recaudación de fondos de Tom Marin mañana? Se oye divertido, y la compañía de mi papá no hará el catering.

—¡Oh! —dijo Emily, sin poder ocultar su sorpresa. Planeaba ir a la recaudación de fondos sola, especialmente ya que sólo iba para ayudar a las chicas a robar el teléfono de Gayle. Llevar a Isaac sería complicado. ¿Y si Gayle decía algo? ¿Y si miraba a Isaac y supiera, de algún modo, que él era el padre?

Pero Isaac la miraba nervioso, como si fuera a destrozarse si le decía que no. Y antes de que pudiera detenerse, lo dijo.

—¡Sí!

—¡Genial! —dijo Isaac aliviado—. Es una cita.

Emily forzó una gran mirada en su rostro. Sentía tantas cosas al mismo tiempo. Asustada, definitivamente. Complacida también, quería ver a Isaac otra vez. Pero



también se odiaba a sí misma por todo lo que no le estaba contando. Estaba jugando un juego muy peligroso.

Era su turno de ordenar, y sea acercaron al mesón. Un motor de motocicleta se oyó, y miró a la calle por la ventana. Allí, al otro lado de la avenida, medio iluminada por el letrero de Neón de la licorería de Hollis, estaba de pie alguien con capucha negra, mirándola. Al comienzo, pensó que podría ser Derrick, pero esta persona era más pequeña, más delgada. Emily se alejó de Isaac y pasó entre las mesas para mirar más de cerca, pero para cuando estaba junto al vidrio, la silueta se había ido.



Capítulo 22

La decisión más difícil de todas

Traducido por Dani

Corregido por Verónica y MaryJane♥

Aria estaba de pie junto a la ventana en la casa de Ella en Rosewood, mirando afuera hacia la oscura calle. Sintió una mano en su hombro y olió el perfume familiar de pachuli de Ella. Su madre usaba una bata de artista salpicada de pintura y palillos chinos en su cabello. Recientemente se había inspirado para una nueva serie de pinturas, y entre su nuevo novio, su trabajo en una galería de arte en Hollis, y su tiempo en el estudio, Aria apenas la veía.

—¿Qué harán Noel y tú esta noche? —preguntó, apoyándose en el sillón orejero que ella y Byron habían comprado en una feria de las pulgas millones de años atrás—. A él es quien estás esperando, ¿cierto?

141

Un nudo se formó en la garganta de Aria. En realidad, estaba esperando que Noel no apareciera para su cita. De ese modo, Aria no tendría que romper con él.

La nota de A la había torturado todo el día, y se había debatido decir algo contra quedarse callada. Si guardaba el secreto, tendría que terminar. Por otro lado, si delataba al papá de Noel, Noel la odiaría y probablemente terminaría con ella de todos modos. ¿Y cómo rayos se había enterado A? ¿Cómo A sabía todo?

Aria no tenía duda de que A delataría el transformismo del Sr. Kahn si no actuaba pronto. Era suficientemente malo que aún se sintiera como que había arruinado su propia familia, no podía arruinar la de Noel también. Aunque ¿podría romper con Noel luego de todo lo que habían pasado? Lo amaba mucho.

Miró a su mamá y respiró con fuerza.

—¿Aún me culpas por lo que pasó entre tú y Byron?

Ella parpadeó fuertemente.

—¿A qué te refieres con *aún*?

—Yo guardé el secreto. Si te hubiera dicho algo, quizás tú podrías haber...



La mamá de Aria se hundió más en el cojín del sillón.

—Cariño, tu papá te puso en una posición horrible. Nunca deberías haber tenido que tomar la decisión de decirlo o no decirlo. Incluso si me lo hubieras dicho antes, no hubiera cambiado nada al final. No es tu culpa. —Puso una mano en el muslo de Aria.

—Lo sé, pero te enojaste tanto conmigo por no decir nada —murmuró Aria. Ella la había echado de la casa, y había tenido que vivir con Sean Ackard, su novio en ese entonces.

Ella meció un cojín tejido entre sus manos.

—No debería haber reaccionado así. Estaba muy ciega, y tenía que descargar mi frustración con alguien. —Levanto la mirada—. Lo siento también, cariño. No deberías obsesionarte con esto. Las cosas pasan. Y ahora todos estamos más felices y más sanos, ¿cierto?

Aria asintió, sintiendo un nudo en su estómago.

—Pero si pudiéramos rehacerlo todo, ¿preferirías que te lo dijera antes?

Ella pensó por un momento, corriendo su dedo sobre su labio inferior.

—Quizás no —dijo—. Creo que necesitaba estar en la oscuridad, al menos por un tiempo más. Necesitaba fortalecerme lo suficiente para saber lo que quería y darme cuenta de que era capaz de vivir por mi cuenta. Mudarnos a Islandia, conocer un nuevo país, eso realmente me ayudó, pero fue por tu padre que fuimos allí. Así que, de hecho, Aria, si hubiera sabido antes, nunca habría tenido esa experiencia. De una forma extraña, agradezco haberme enterado cuando me enteré.

Aria asintió, comprendiendo esto en su mente.

—Así que, ¿dices que si sabes un secreto sobre alguien, pero también sabes que alguien más no está listo para oírlo, deberías guardártelo?

—Supongo que depende. —Ella arrugó su ceja, parecía sospechar—. ¿Por qué? ¿Sabes un secreto sobre alguien?

—No —dijo Aria rápidamente—. Estaba hablando hipotéticamente.

El celular de su mamá sonó, salvando a Aria de tener que dar más explicaciones. Pero luego miró por la ventana y vio el Escalade de Noel estacionado en la cuneta, su estómago se retorció. El consejo de Ella tenía sentido, pero eso significaba que tenía que terminar con Noel.



Tragando saliva, se despidió de Ella, se subió el cierre de su chaqueta de mezclilla, y salió por la puerta. Su corazón se rompió cuando vio la cara sonriente de Noel mirando por la ventana.

—Te ves maravillosa, como siempre —dijo cuando abrió la puerta.

—Gracias —murmuró Aria, a pesar de que estaba usando sus jeans más feos y un gran y gigantesco sweater que era uno de sus primeros proyectos de tejido. Quería verse lo menos atractiva posible para suavizar el golpe.

—¿A dónde quieres ir? —Noel se puso en marcha y se alejó de la cuneta—. ¿A Williams-Sonoma para comprar provisiones? Escuché que la próxima semana haremos bollos huecos.

Aria miraba los postes de luz pasando hasta que su visión se puso borrosa, manteniendo la boca cerrada. Estaba asustada de que si decía algo, se pondría a llorar.

—Está bien, no estás de ánimo para Williams-Sonoma —dijo Noel lentamente, girando el volante—. ¿Qué tal esa cafetería genial que encontramos en Yarmouth? O, oye, podríamos volver a la tienda psíquica junto a la estación de trenes. Donde todo comenzó. —Codeó a Aria juguetonamente. Se refería a cómo se habían unido en una sesión espiritista en la tienda el año pasado.

143

Aria jugaba con el cierre de su chaqueta, deseando que Noel se quedara callado.

—Último esfuerzo —dijo Noel con ánimo—. ¿Qué tal si vamos a Hollis, y sólo nos emborrachamos? Jugamos a los dardos y Beer pong, actuamos como idiotas...

—Noel, no puedo —dijo Aria.

Noel se detuvo en una luz adyacente a un gran centro comercial.

—¿No puedes qué? ¿Tomar? —sonrió—. Vamos. Te vi beber mucho en Islandia.

Aria se sorprendió. Islandia sólo movía más dolorosamente el cuchillo, era otro secreto más que estaba ocultando.

—No, no puedo hacer... *esto*. —Su voz se quebró—. Tú y yo. No está funcionando.

Una sonrisa congelada apareció en la cara de Noel.

—Espera. ¿Qué?

—Hablo en serio. —Miró los números rojos del reloj en el tablero—. Quiero terminar.



La luz se puso verde, y Noel, sin decir una palabra cambió de pista y entró al centro comercial. Era una de esas plazas comerciales monstruosas que contenían un hipermercado de Barnes & Noble, un Target, una tienda de vino del tamaño de una bodega, y un montón de salones exclusivos y boutiques de joyas.

Noel se puso en un sitio para aparcar, apagó el motor, y la miró.

—¿Por qué?

Aria bajó la cabeza.

—No lo sé.

—Tienes que tener *algún* motivo. No es Klaudia ¿O sí? Porque no soporto a esa chica, lo juro.

—No es Klaudia.

Noel corrió sus manos por su frente.

—¿Te gusta alguien más? ¿Ese tipo Ezra?

Aria negó con vigor.

144

—Por supuesto que no.

—¿Entonces *qué*? ¡Dime!

Había una expresión implorante, desesperada en su rostro. Le tomó toda la fuerza de Aria el no estirar sus brazos alrededor de Noel y decirle que no lo decía en serio, pero la nota de A estaba marcada en su mente. No debería ser responsable de arruinar su familia. Necesitaba estar lo más lejos de Noel posible. Era como veneno para él.

—Lo siento, pero es algo que debo hacer —suspiró—. Iré mañana a buscar las cosas que dejé en tu casa. —Luego buscó la manija de la puerta y bajó sus piernas al pavimento. El aire frío asaltó sus sentidos. El aroma de pizza horneada entró por sus fosas nasales revolviendo su estómago.

—Aria. —Noel se acercó y la agarró del brazo—. Por favor. No te vayas.

Aria evitó las lágrimas, mirando en blanco los carritos de supermercado.

—No hay nada más que decir —dijo con voz muerta. Luego salió del auto, cerró la puerta, y comenzó a caminar ciegamente hacia la tienda más cercana, Babies ‘R’ Us. Noel la llamó una y otra vez, pero siguió caminando, mirando sus botas, inhalando y



exhalando, y asegurándose de que no la atropellaran. Finalmente, el motor del Escalade prendió y el SUV retrocedió y se fue rápidamente por la salida.

Beep.

El teléfono de Aria sonó desde el fondo de su cartera. La pantalla estaba encendida cuando lo sacó. Había llegado un nuevo mensaje.

Gloria, Aria. Sin dolor, no hay ganancia, ¿cierto? ¡Mwah! —A

Aria tiró su teléfono de vuelta a su cartera, con fuerza. *Tú ganas, A*, pensó, pestañeando entre lágrimas. *Tú ganas cada maldita vez.*

Estaba en la cuneta de Babies 'R' Us ahora. Un mostrador de carritos ocupaba toda la ventana, y la tienda estaba decorada con banners de bebés felices y sonrientes. Mujeres embarazadas paseaban por los pasillos, comprando mamaderas, bodies, y pañales. Toda la felicidad que veía se sentía como una patada en el estómago. Sintió ganas de lanzar un carrito de compras a la ventana y mirar el vidrio estallar en dichoso escenario.

Las puertas automáticas se abrieron, y una mujer con un abrigo de lana negro que parecía costoso sacó un carro lleno de bolsas de compras por la rampla. Se veía tan alegre como las otras, pero había algo en su expresión que se veía un poco presionado. Aria entrecerró los ojos con fuerza, su pulso se aceleró.

Era Gayle. ¿Pero qué estaba haciendo aquí? ¿Juntando cosas para cuando raptara el bebé de Emily?

Sin cambiar el paso, Gayle miró a Aria. Sus cejas se levantaron, y guiñó un ojo, se veía complacida con ella misma. Probablemente porque había sido quien escribió el mensaje demandando que Aria y Noel terminaran. Probablemente porque vio a Aria con su rostro con marcas de lágrimas y entendió por lo que Aria había pasado.

Porque era A y estaba tirando las cuerdas.



Capítulo 23

Damas que almuerzan

Traducido por Dani

Corregido por Verónica y MaryJane♥

Spencer tocó el timbre en la casa Ivy, luego se devolvió y examinó su reflejo en el vidrio junto a la puerta. Era la tarde del domingo, unos pocos minutos después de la hora que Harper le había dicho que llegara para la comida, y estaba lista. Se las había arreglado para secar su cabello con el secador de mala calidad en el motel y se maquilló en el espejo roto. La plancha había trabajado en quitar las arrugas del vestido que se compró y, lo más importante, estaba sosteniendo tres sartenes de empalagosos brownies de hierba chocolate en sus manos.

La puerta se abrió, y Harper, usando un vestido punteado y tacones altos de cuero, le sonrió con frescura.

146

—Hola, Spencer. Lo conseguiste.

—Sí, y traje brownies. —Spencer ofreció las sartenes de aluminio—. Doble chocolate. —Con un toque de hierba, quería añadir.

Harper parecía complacida.

—Los brownies son perfectos. Entra.

Spencer se imaginó que la olla común *sólo* estaría llena con postres, brownies de marihuana, específicamente. Pero cuando Harper la guió hasta una enorme cocina con tecnología de punta, completa con una enorme cocina de ocho quemadores marca Wolf, un refrigerador masivo, y una isla más grande que la mesa del comedor de los Hastings, había toda clase de platos. Cacerolas de Quínoa, Quiche, Ziti horneados, con vapor saliendo de la bandeja. Había un gran bowl lleno de un líquido rojizo con trozos de manzana flotando. Una bandeja de queso con Brie, Manchego, y Stilton.

Suspiró ante la variedad. ¿Cómo se la habían arreglado todos para meter drogas en todo eso? Había sido una lucha para Spencer simplemente *hornear* los brownies; el horno en la cocina del motel había sido un regalo caído del cielo. Le rogó al tipo en el escritorio del turno de noche para que la dejara usarlo, mezclando la masa en su balde



de hielo y desmigajando la hierba a último minuto. Se quedó dormida en el sofá de cuero falso en el lobby mientras se estaban cocinando, despertándose sólo cuando el timbre sonó. No tenía idea de si estarían buenos o no, pero no importaba, lo había conseguido.

Las palabras de reprimenda de Reefer se repetían en su cabeza *¿Realmente necesitas de un estúpido club para saber que eres genial?* Pero probablemente él había dicho todas esas cosas menospreciativas sobre el Ivy porque sabía que nunca entraría a algo tan prestigioso. *Perdedor.*

—Los platos y el servicio están por allí. —Harper le hizo señas hacia una mesa.

Spencer rondó la comida, sorprendida de que cada cosa contuviera una sustancia ilegal. No quería comer nada. Murmuró algo sobre no tener hambre y siguió a Harper hacia la sala.

La sala estaba llena con chicos bien-vestidos con corbatas y kakis, y chicas en vestidos. Sonaba música clásica de fondo, y una mesera estaba paseando alrededor con copas de mimosa. Spencer escuchó conversaciones sobre un compositor de quien nunca había oído nada, lo innato versus lo adquirido, política extranjera en Afganistán, y vacaciones en San Barts. *Esto* era por lo que quería pertenecer al Ivy, todos hablaban en unas voces adultas tan inteligentes e informadas sobre temas sofisticados. A la mierda Reefer y su actitud moralista.

Harper se había incorporado a Quinn y a Jessie. Las chicas miraron sorprendidas a Spencer, pero luego le sonrieron con cautela y le dijeron hola cordialmente. Todas se sentaron en un sofá de cuero y continuaron su conversación sobre una chica llamada Patricia; aparentemente, su novio la había embarazado en el receso.

—¿Va a quedarse con el bebé? —preguntó Harper, sacando un bocado de ensalada de macarrones.

Jessie se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero está aterrorizada de decirles a sus padres. Sabe que se enojarán mucho.

Quinn negó con la cabeza en compasión.

—Los míos también lo harían.

Era desconcertante que las chicas estuvieran hablando sobre un tema que era tan cercano al corazón de Spencer. Mirando objetivamente la situación de Emily, *fue* una locura que Emily hubiera escondido su embarazo de casi todos a quienes conocía. Fue



aún más loco que hubiera sacado a la bebé del hospital y la hubiera dejado en la entrada de alguien. Aún peor, A, Gayle, había averiguado exactamente lo que había ocurrido. ¿Iba Gayle a contarlo? No sólo sobre eso, ¿pero sobre todo lo *demás* que habían hecho?

Miró a su plato vacío, deseando que tuviera algo que hacer con sus manos.

—Spencer, quedaron muy ricos —dijo Harper, apuntando un brownie que había cortado de una de las sartenes de Spencer—. Prueba.

Acercó el brownie a la boca de Spencer, pero Spencer retrocedió.

—Estoy bien.

—¿Por qué? ¡Están increíbles!

Quinn entrecerró los ojos.

—¿A menos que seas anti-azúcar también?

Las chicas la miraron tan curiosamente que Spencer comenzó a sentirse insegura. Se preguntó si era un *requerimiento* comerse la comida, como un rito de paso de Ivy. Quizás no tenía elección.

—Gracias —dijo, aceptando un bocado. Harper estaba en lo correcto: el brownie estaba empalagoso y delicioso, y Spencer ni siquiera podía sentir la marihuana. Su estómago rugió en respuesta; no había comido desde la noche anterior. Un pequeño brownie no haría daño, ¿o sí?

—Está bien, me convenciste —dijo Spencer, levantándose de su asiento para sacar un pedazo de brownie para ella.

Cuando volvió, ya se había comido casi todo el brownie al momento en que se sentó, las chicas estaban hablando sobre que querían hacer una película para entrar al Concurso de Películas de los Estudiantes de Princeton.

—Quiero hacer una sobre los trompos, tal como Charles y Ray Eames lo hicieron —dijo Quinn.

—Estaba pensando en hacer una película sobre Bethany. ¿Recuerdan que les conté sobre ella? ¿La chica muy gorda que se sienta frente a mí en Introducción a la Psicología? —Jessie rodó los ojos—. Se podría llamar *Chica que Come Donuts*.

Spencer tomó un mordisco de brownie y deseó ser suficientemente valiente para decirle a Jessie que no era exactamente una sílfide. Por alguna razón, la palabra *sílfide*



de repente le pareció divertida. Las grandes pecas en las mejillas de Jessie también eran algo divertidas. Jessie la miró de forma extraña.

—¿Qué?

—Eh, no lo sé —dijo Spencer, sacando otro pedazo del brownie. Unas cuantas migajas cayeron a su regazo, recordándole popó de jerbo. Comenzó a reírse otra vez.

Harper se levantó, mirando a Spencer como diciendo *eres una rara sin esperanzas*.

—Voy a buscar otro brownie. Chicas, ¿alguien quiere?

—Saca uno por mí —dijo Quinn. Jessie asintió también.

Los brownies. Eso era por qué Spencer encontraba todo tan divertido. Sólo había fumado marihuana dos veces antes, ambas en las fiestas de la casa de Noel Khan, pero las sensaciones familiares volvieron rápidamente. Su pulso bajó. Sus tendencias usualmente obsesivas pasaron a segundo plano. Se inclinó hacia atrás y sonrió a los bellos chicos a su alrededor, asombrándose ante sus vestidos de colores brillantes y corbatas de seda. Sus párpados se sintieron pesados, y sus extremidades se relajaron en el sofá.

149

De repente, se despertó. Una pareja estaba besándose al otro lado de la habitación, las manos de cada uno estaban completamente encima del otro, sus lenguas se agitaban. Otra pareja se estaba besando junto al piano de cola. Estaban tan concentrados que se apoyaron en las teclas, un campaneó de sonidos se escuchó. Había una masa de chicos mirando un gabinete de vidrio de loza de porcelana en el rincón, remarcando lo impresionantes que eran los diseños de los platos. Quinn estaba de pie junto a la entrada, contando una historia de cuando su ama de llaves siempre decía *acruzar* en vez de *cruzar* con una voz arrogante de la-gente-del-aseo-es-tan-baja. Los ojos de Jessie estaban vidriosos y rojos, y estaba contoneando sus uñas frente a su rostro como si fueran asombrosas.

Spencer se rascó los ojos. ¿Cuánto tiempo había estado ida?

—¡Nudista! —gritó alguien, y un chico con una boina de Princeton y nada más, corrió por la sala, con un brownie a medio comer en su mano. Un par de chicos se quitaron la ropa y lo siguieron por el pasillo.

Harper apareció sobre Spencer y la levantó.

—Únete, ¡dormilona!

Spencer se sacó su vestido de algodón torpemente, se sentía desnuda en su ropa interior. Siguió la fila de estudiantes por la biblioteca, el comedor, y luego la cocina,



una bandeja de nachos estaba de cabeza en la mesa, y, por alguna razón, un rollo de papel higiénico estaba enredado en el candelabro sobre la isla. Su bandeja de brownies estaba casi vacía. Spencer sacó el último trozo y se lo metió a la boca.

Cuando volvieron a la sala, aún más chicos estaban besándose, y un grupo estaba jugando una versión de Twister nudista, usando la gran alfombra en el centro de la habitación como tablero. Spencer volvió a hundirse en el sofá.

—¿Soy yo, o esta fiesta de repente se puso bien loca? —le preguntó a Harper.

—¿No es genial? —Los ojos de Harper brillaban—. Todos se están volando, ¿cierto?

Uh, ¿no es ésa la idea? Spencer quiso decir, pero Harper ya se había dado vuelta y estaba mirando la ventana.

—Hey, ¿sabes que quiero hacer? —dijo emocionadamente—. ¡Hacerme un vestido de cortinas tal como Scarlett O'Hara lo hizo en *Lo que el viento se llevó*!

Brincó a la orilla de la ventana y arrancó las cortinas de los fierros antes de que alguien pudiera detenerla. Luego, sacando un abrecartas de un escritorio cercano, rompió la tela en largas tiras. Spencer se medio se rió, medio se apenó. Probablemente esas eran valiosas cortinas antiguas.

150

Quinn sacó su celular.

—Esto es genial. ¡Debería ser nuestra película para el festival!

—¡Y quiero que todas nosotras seamos las estrellas! —dijo Harper efusivamente, tropezándose en las sílabas. Miró a Spencer—. ¿Puedes grabarnos con tu celular?

—Está bien —dijo Spencer. Buscó la función de video en su iPhone y comenzó a grabar. Harper tiró aún más las cortinas y sacó el relleno de los cojines del sofá de cuero, parecía loca.

—¡Sí! —Daniel, el chico que había dado la fiesta el viernes, tomó una franja de la tela de la cortina y la envolvió alrededor de su cuerpo desnudo, había sido parte del desfile nudista, como una toga. Unos cuantos otros chicos los imitaron, y todos marcharon en un círculo gritando:

—¡To-ga! ¡To-ga! ¡To-ga!

Mientras pasaban desfilando, Spencer vio de reojo a un chico con cabello largo oscuro. ¿Era *Phineas*? No lo había visto desde antes de su encuentro con la ley en Penn el año pasado. Pero cuando parpadeó, se había desvanecido, como si nunca hubiera estado



allí. Presionó sus dedos en su frente e hizo muchos círculos lentamente. Estaba *tan* drogada.

Spencer le dio la espalda a Harper. Aparentemente se había aburrido de arruinar las cortinas y ahora estaba tirada en la alfombra con las piernas en el aire.

—Me siento tan... *viva* —dijo. Luego miró a Spencer—. Hey. Tengo algo que decirte. ¿Conoces a ese chico, Raif, Reefer? Está enamorado de ti.

Spencer gruñó.

—Qué perdedor, ¿Cómo entró a Princeton, de todos modos? ¿Es tradición académica?

Los ojos de Harper se ampliaron.

—¿No lo sabes?

—¿Saber qué?

Harper puso sus dedos en su boca y rió.

—Spencer, Reefer es, como, *un genio*. Como Einstein.

Spencer se rió.

—Eh, no lo creo.

—No, hablo en serio. —De repente, Harper parecía completamente sobria—. Obtuvo una beca completa. Inventó un proceso químico que, como que, convierte plantas en energía renovable realmente barata. Recibió una subvención MacArthur Genius.

Spencer resopló.

—Em, ¿estamos hablando de la misma persona?

La expresión de Harper aún estaba seria. Spencer se apoyó hacia atrás en sus codos y dejó que eso se procesara. Reefer era... ¿inteligente? ¿*Ridículamente* inteligente? Pensó sobre lo que le dijo ayer en su casa. *No juzgues a un libro por su portada*. Comenzó a reír. La risa se vino de golpe y comenzaron a salir lágrimas de sus ojos y apenas podía respirar.

Harper comenzó a reír también.

—¿Qué es tan divertido?

Spencer negó con la cabeza, ni siquiera segura.



—Me he comido muchos brownies de hierba, creo. Soy fácil de embriagar.

Harper frunció el ceño.

—¿Brownies de hierba? ¿Dónde?

Los músculos en la boca de Spencer se sentían pegajosos y sueltos. Estudió muy cuidadosamente a Harper, preguntándose si esto también era una alucinación.

—Cociné hierba en los brownies que traje —dijo en una voz de ¿no-es-obvio?

La boca de Harper formó una O.

—No te *creo* —susurró, dándole esos cinco a Spencer—. Ésa es la mejor idea de todos los *tiempos*. —Comenzó a reírse de verdad—. ¡Por eso me siento tan alegre! ¡Y yo pensé que alguien había aliñado el ponche con absenta!

Spencer se rió nerviosamente.

—Bueno, no es *necesariamente* por mis brownies, ¿o sí? —Harper había comido todos los tipos de platos, después de todo. Quién sabía lo que *los* demás habían cocinado en los platos.

152

Cuando notó la mirada confundida en el rostro de Harper, todo se puso de cabeza. Quizás ninguno de esos otros platos tenía sustancias ilegales en su interior. ¿Y si eran los brownies de Spencer los que estaban poniendo tan locos a todos?

Miró a su alrededor. En un rincón había una chica alimentando a otra con un bocado de algo empalagoso que parecía brownie. Dos chicos junto a la ventana comían brownies como si fueran su última comida. Los brownies estaban por todas partes. En platos dejados en mesas. En las manos de la gente mientras tragaban ponche. En las mejillas y bajo las uñas y entre las fibras de la alfombra. Una bandeja a medio comer sobre la mesa. Otra se balanceaba en el radiador. Spencer miró a la cocina. Sus tres bandejas de brownies aún estaban allí, con el fondo un poco arañado. ¿Alguien *más* había traído brownies o ella había traído cinco en vez de tres? Su mente se sentía tan dispersa ahora que no podía pensar claramente.

Su piel cosquilleaba. Harper parecía emocionada por la broma del brownie-de-hierba. Pero era una cosa si sus brownies eran una de muchas comidas ilegales en la fiesta, y otra si eran la única poción secreta que hizo que todos actuaran como locos.

Las paredes se sentían como si estuvieran acercándose.

—Ya vuelvo —le murmuró a Harper, parándose. Esquivó un grupo de chicos haciendo ángeles de nieve en la alfombra y a un par de chicos en duelo con espadas antiguas



sacadas de ganchos en la pared y tomó su abrigo de una pila cerca de la cocina. Frente a ella había una puerta pesada que guiaba al patio; pasó por ella y se quedó de pie en el fresco aire de final de invierno. Para su sorpresa, sólo una delgada línea de luz solar brillaba entre los árboles. Debieron pasar horas desde que llegó.

Spencer salió del patio, tomando profundas bocanadas de frío aire. Los edificios de la Universidad brillaban en el horizonte. Una cartelera se veía en cielo, sosteniendo una foto de un bebé recién nacido y las palabras ESCOJA EL HOSPITAL DE PRINCETON PARA SUS MOMENTOS MÁS VALIOSOS.

Hizo que Spencer pensara en el día que se reunió con Emily en el hospital para su cesárea. Para cuando llegó ahí, aún desconcertada por la noticia de Emily, Aria y Hanna estaban de pie a su lado. La mandíbula de Spencer se abrió de golpe cuando divisó la barriga hinchada de Emily. Su corazón subió de ritmo cuando vio la borrosa imagen del bebe en el monitor junto a la cama de Emily. Era *real*.

—¿Emily? —Una enfermera había dicho, asomando la cabeza por la puerta—. Están listos para que vayas. Es tiempo de que tengas tu bebé.

No había duda de que Spencer y las otras estarían allí para la cirugía de Emily. Se vistieron con batas azules y siguieron la camilla hacia una sala de operaciones. Emily estaba aterrorizada, pero las tres le sostuvieron sus manos todo el tiempo, diciéndole que era fuerte e impresionante. Spencer no tuvo las agallas para mirar sobre la cortina para ver a la obstetra cortar el abdomen de Emily, pero en minutos, gritó feliz.

—¡Una saludable niñita!

El doctor levantó una criatura pequeña, perfecta, sobre la cortina. Tenía piel roja y arrugada, enanos ojos cerrados, y una gran boca mientras gritaba. Los ojos de todas se llenaron de lágrimas. Era impresionante y triste, todo a la vez. Apretaron con fuerza las manos de Emily, agradecidas de haber podido compartir esto con ella.

Afortunadamente, el bebé no necesitó ir a la Unidad de Cuidados Intensivos Neonatal, lo que significaba que las chicas podían seguir con su plan de escabullir a la mamá y al bebé afuera del hospital esa misma noche. A media noche, cuando había cambio de turno de enfermeras, las chicas ayudaron a Emily a bajarse de la cama y a ponerse su ropa. Vistieron a la bebé tan tranquilamente como pudieron y salieron de puntillas de la sala de Emily. La sala de maternidad estaba silenciosa y tranquila. Había enfermeras cuidando recién nacidos en la sala de bebés. Cuando una doctora dio vuelta a la esquina, Spencer la distrajo preguntándole como llegar a la cafetería. Las otras llevaron a Emily y a la bebé al ascensor. Una vez que todas estuvieron en el primer piso, nadie las miró dos veces.



Se desplazaron hasta el estacionamiento, las luces de Philadelphia centelleaba a su alrededor. Pero mientras se subían al auto de Aria, un revuelo de actividad tras una de las vigas de concreto captó la mirada de Spencer. Los nervios invadieron su estómago. ¿Era ilegal sacar un bebé del hospital antes de que fuese dado de alta? Se quedó de pie por un momento, esperando que quien sea que fuera se revelara, pero nadie lo hizo. Se imaginó que sólo estaba cansada, aunque ahora no estaba tan segura. Quizás A había estado allí. Quizás A lo había visto todo.

Snap.

Spencer volvió al presente con un sobresalto. Árboles oscuros la rodeaban. Las ramas rasgaban su piel. La corteza de los árboles daba vueltas psicodélicamente; las estrellas estaban gigantes y brillantes en el cielo, como una pintura de Van Gogh. ¿Qué rayos tenía esa marihuana?

Había un sonido de alguien caminando entre las hojas. Spencer se rascó los ojos.

—¿Hola? ¿Quién está allí?

No hubo respuesta. El crujido se hacía más y más fuerte. Spencer parpadeaba, buscando el camino de vuelta a la casa Ivy, pero su visión estaba distorsionada y borrosa.

154

—¿Hola? —gritó otra vez.

Una mano tocó su hombro, y gritó. Agitó sus brazos, tratando de ver quién era, pero sus sentidos estaban muy confusos, la noche muy oscura. Sus piernas cedieron, y se sintió cayendo, cayendo, cayendo. Lo último que recordaba haber visto fue una silueta oscura de pie junto a ella, mirándola. Quizás quería herirla. Quizás quería deshacerse de ella para siempre.

Y entonces todo se puso negro.



Capítulo 24

Hanna hace su juego A

Traducido por Dani

Corregido por Verónica y MaryJane♥

Hanna sabía que debería estar en la estrecha limosina con su padre, Isabel, y Kate, dirigiéndose al baile de recaudación de fondos, y no balanceándose en sus plataformas con tacones de cuatro pulgadas marca Louboutin afuera de la conocida casa Victoriana en Old Hollis que era hogar del estudio de fotos de Jeffrey Lebrecque. Pero allí estaba, le gustara o no. Lista para pillar a Colleen de una vez por todas.

La luz del pórtico estaba prendida, dando una luz dorada a la cara profesionalmente maquillada de Hanna. La ventana de la sala frontal estaba iluminada también, lo que significaba que el fotógrafo estaba en casa. Justo antes de que Hanna subiera por los escalones, su celular sonó. Era Richard, uno de los asistentes de campaña de su papá. *Sólo quería hacerte saber que la base de datos del registro de los electores está respaldada*, escribió.

Perfecto, respondió Hanna. Eso significaba que podía buscar a dónde se habían mudado los Bakers. El sitio estaba de baja, y había tenido que recurrir a preguntarle a Richard, pero no se atrevía a preguntarle que buscara a la familia él mismo.

Luego, girando hacia atrás sus hombros, tocó el timbre. Hubo pasos, y luego la puerta se abrió y el mismo hombre canoso que había visto el día anterior respondió.

—¿Hola? —Jeffrey Lebrecque miró a Hanna de arriba a abajo desde los grandes rizos en su cabello hasta su vestido de raso azul marino hasta el tapado de visón falso que tenía sobre sus hombros que había escogido para el baile. Había un llamativo anillo de oro en el dedo meñique de Jeffrey, y tenía los dos primeros botones de su camisa desabrochados, exponiendo un poco de vello pectoral. *Ick*.

—¡Hola! —dijo Hanna animadamente—. ¿Es usted el Sr. Lebrecque?

—Correcto. —El hombre arrugó sus cejas—. ¿Tenemos una cita?



—De hecho, estoy aquí para retirar las fotos de Colleen Bebris —dijo Hanna en su voz más inocente, abanicando sus pestañas—. Soy su mejor amiga, y me pidió que lo hiciera. Se tuvo que quedar para una clase de ejercicios. Es una bailarina del caño, ¿lo sabía?

El fotógrafo frunció el ceño.

—No estoy seguro de que pueda hacer eso. La Srta. Bebris no dijo que alguien más iba a recogerlas. Quizás deba llamarla. —Llevó su mano al bolsillo de su camisa y sacó un celular.

—¡No es necesario! —dijo Hanna rápidamente, sacando su propio celular y mostrándole un texto en la pantalla—. ¿Ve? —El emisor era Colleen Bebris, y el texto le preguntaba a Hanna si podía recoger sus fotos. Por supuesto que no era *realmente* de Colleen, Hanna sólo usó el celular de su mamá para enviar el mensaje, temporalmente cambiando la información de contacto de su mamá al nombre de Colleen.

Jeffrey Lebrecque leyó el mensaje, y sus cejas que parecían cuncunas mientras se juntaron.

—Hay también un asunto de dinero.

156

—Oh, me dijo que lo pagara y luego me lo devolvería —dijo Hanna, orgullosa de haber pensado en traer su caja de zapatos con dinero en efectivo de emergencia antes de salir.

El fotógrafo miró a Hanna, y por un momento, tuvo miedo de que fuera a decirle mentirosa. ¿Acaso Mona-como-A y la Verdadera Ali-como-A se preocupaban de ser pilladas cuando merodeaban, robaban, y mentían para sacar información top-secret de Hanna y las otras? ¿Era malo que estuviera haciendo esto? No era como si estuviera arruinando la vida de Colleen. Todo lo que quería era a su novio de vuelta.

—Sígueme —dijo el Sr. Lebrecque, dándose vuelta y dirigiéndose por el pasillo hasta su estudio. Había diapositivas e impresiones cubriendo un escritorio de trabajo, un monitor Apple de pantalla grande brillaba en un rincón. Un gato blanco y peludo paseaba flojamente por la habitación, y uno tricolor se acicalaba a sí mismo en la ventana. El lugar olía a una mezcla de polvo y arena higiénica de gatos y parecía escaso de una forma que Hanna no podía evitar notar. Miró a su alrededor en búsqueda de señales delatadoras de que este tipo estuviera corriendo una operación de porno-internet encubierta, aunque no estaba segura de qué debería estar buscando. ¿Revistas *Playboy*? ¿Persianas que evitaran que pasara la luz por completo? ¿Botellas de cristal como las que bebían en los videos de hip-hop?



El Sr. Lebreque fue a una mesa al fondo de la habitación, repasó por una pila de sobres, y sacó uno.

—Recogí estas de la impresión hoy. Dile a Colleen que las imprimí todas, tal como quería, pero si quiere más copias le costará un extra. —Presionó unos números en una calculadora—. Así que... serían \$450 dólares.

Hanna apretó sus dientes. ¿No podía Colleen haber escogido un fotógrafo un poco más barato? De mala gana, cambió el dinero por el sobre de fotos y le dijo adiós al fotógrafo, escurriéndose afuera del apartamento tan rápido como pudo. Sus ojos comenzaban a picar por todo ese pelo de gato.

Su celular sonó cuando salió al pórtico, pero sólo era su padre, él, Isabel y Kate estaban en el sitio del evento, y se preguntaba dónde estaba Hanna. *Llego pronto*, escribió Hanna antes de guardar su celular en su cartera y emocionadamente abrió el sobre. Se preguntó si las variadas A's alguna vez se habían sentido así también cuando ponían sus manos en valiosa evidencia. *Había* algo satisfactorio en esto.

Miró el montón de fotos bajo la luz de la calle. La primera era de Colleen con la cara fresca y oh-muy-dulce, como una actriz en un show de Disney Channel. Las siguientes tomas eran más o menos lo mismo, sólo que con expresiones faciales ligeramente diferentes y diferentes ángulos de cámara. Hanna pasó por las fotos, mirando a Colleen que parecía eufórica, luego pensativa, luego estudiosa. Antes de darse cuenta, Hanna estaba mirando la última foto, una toma de Colleen guiñándole a la cámara por sobre su hombro. Las hojeó una vez más sólo para asegurarse de que no hubiera faltado ninguna, pero no le había faltado.

Eran exactamente las mismas tomas que había visto por la ventana el día anterior. Nada de una sesión de fotos previa, nada que se hubiera perdido. Todas eran perfectamente autorizadas y profesionales, y lo peor, Colleen se veía realmente bien en varias de ellas, mucho más fotogénica de lo que era Hanna. Hanna pateó el poste de la luz. ¿Por qué diablos A le había dicho que siguiera esta estúpida pista? ¿Sólo para molestarla? ¿Para qué perdiera dinero? Debería haber sabido que A iba a arruinarla, no a ayudarla.

Alguien tosió al otro lado de la calle, y Hanna miró rápidamente. Sólo era una pareja de universitarios tomados de la mano caminando por la vereda, pero igual se sintió nerviosa. Caminó hacia su Prius, sus tobillos ya dolían, abrió la puerta del auto, y lanzó el sobre tan fuerte que rebotó en la puerta y cayó al piso. Gruñendo, se subió al asiento del conductor y alcanzó el sobre, pero lo tomó del borde equivocado y todas las fotos se esparcieron por la alfombra.



—Maldición. —Hanna se inclinó y metió las fotos de vuelta al ligeramente-muy-pequeño sobre una vez más. Sus dedos rasparon algo tras la última foto. No se sentía brillante, como las fotos, sino que más como una pieza de papel de computador.

Sacó el papel del sobre y lo sostuvo a la luz. *Colleen Evelina Bebris*, decía en el título en una fuente sencilla, enlistando su dirección, e-mail, nombre de Twitter, y blog. Abajo de eso había algo que parecía una lista. *Experiencia dramática*, decía en negrita. Había descripciones de varias obras de escuela en la que Colleen había estado, culminando con su papel en *Macbeth* la semana pasada. Era un currículum, probablemente para cuando Colleen iba a audiciones. *Aburrido*.

Entonces, algo al final captó su mirada. *Experiencia comercial*, decía un encabezado. Sólo había una entrada debajo. *Visiem Labak, Letonia*, decía. *Papel principal en comercial letón para un importante suplemento dietético*. Según el currículo, el comercial había salido el año pasado en la estación de TV más popular de Letonia.

Rebuscando en su cartera, Hanna tomó su celular y escribió *Visiem Labak* en Google. *Todo mejor*, decía una traducción. Un montón de lo que asumía que eran sitios Letones también aparecieron en la pantalla, y unos cuantos mostraban una persona sonriendo comiendo yogurt. Un link a YouTube apareció al final de la primera página de búsqueda. *Comercial de Visiem Labak*, decía. Allí había una toma fija del rostro de Colleen.

Hanna hizo clic en el enlace. El comercial comenzaba con tres chicas sentadas alrededor de una mesa en un café, bebiendo café y riendo. Luego la cámara se enfocó en Colleen, quien dijo algo en un idioma que Hanna ni siquiera podía comenzar a descifrar, luego se aferró con fuerza de su estómago miserablemente. Las otras chicas le pasaron un vaso de yogurt, el cual Colleen comenzaba a comer con gusto. Luego Colleen entraba al baño del café bar, poniendo un letrero que seguramente decía OCUPADO en idioma Letón. Música alegre sonaba, había una voz en letón, y Colleen salía del baño con apariencia victoriosa. Levantó un vaso de yogurt y sonrió maniáticamente. El comercial terminaba con otra toma del yogurt.

—Oh. *Dios*. Mío —susurró Hanna. Esto era tal como esos estúpidos comerciales donde Jamie Lee Curtis les daba Activia a mujeres hinchadas y constipadas. Y allí estaba Colleen, haciendo de la chica Letona que necesitaba un yogurt laxante para que la regularizara otra vez. Sin *duda* no había presumido al respecto. Hanna supuso que no le había contado a nadie.

—*Sí* —susurró, poniendo el currículum y el sobre en la guantera. Luego de todo esto, le cobraría a Colleen por las fotos, si aún las quería. No era como si Hanna todavía las necesitara. Esas fotos no contaban una historia. Pero cierto video sí.



Capítulo 25

Secretos, abierto y cerrado

Traducido por Dani

Corregido por Daniela y MaryJane♥

Estaba anocheciendo, Aria se detuvo en el camino circular de la entrada a la casa de Noel y apagó el motor. La casa estaba a oscuras, con sólo una de las luces del pórtico iluminado. Revisó el texto en su teléfono otra vez. *Ven a las seis*, Noel había dicho, y eran las seis en punto.

Salió del auto y se dirigió hacia la puerta, con cuidado de no caer en sus tacones altos. Después de esto iría al baile de recaudación de fondos del Sr. Marin, un evento que ella y Noel se suponía asistirían juntos. Obviamente, eso fue cancelado. Aria no sabía si Noel estaba planeando ir de todas maneras. Una gran cantidad de chicos de Rosewood Day estarían allí, después de todo.

159

Sonaron pasos desde el interior después de que sonara la campana. Noel abrió la puerta tranquilamente, sin mirarla a los ojos. Aria se quedó casi sin aliento por su apariencia. Tenía la cara hinchada y roja, con los ojos inyectados en sangre. Su cabello parecía que no había sido lavado por la mañana, y tenía la mirada agotada, los párpados pesados de alguien que no había dormido.

—Tengo todas tus cosas —dijo Noel inexpresivo, volviéndose y dirigiéndose hacia el estudio. Aria lo siguió. La casa estaba inusualmente tranquila y quieta, sin los televisores a todo volumen o la música sonando o Patrice tarareando alegremente en la cocina.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó.

Noel olfateó, caminando rígidamente hacia una caja de cartón que estaba ubicada en el sofá.

—Mi mamá fue a esa recaudación de fondos. Mi papá está... en alguna parte. —Él la miró—. ¿Por qué te importa, de todos modos?

Aria se estremeció. Era raro ver a Noel enojado, sobre todo con ella.



—Sólo estaba intentando conversar —dijo tímidamente. Cogió la caja y la levantó en sus brazos—. Voy a irme, ¿de acuerdo?

—Eso es probablemente una buena idea —gruñó Noel.

Pero luego tosió torpemente. Aria se dio la vuelta y encontró su mirada. Lo miró fijamente durante un largo rato, tratando de transmitir que la ruptura era la única forma en que podía hacer las cosas bien.

Noel miró hacia otro lado.

—Te acompaño afuera —dijo, dirigiéndose abajo. Mantuvo la puerta abierta para ella y Aria murmuró adiós y se escabulló. Cuando salió del porche, la caja se deslizó de sus manos y se derramó en el camino de ladrillos. Se apresuró a recoger los CD's derramados, libros y camisetas, y luego sintió una mano en su brazo.

—Aquí. —Noel se inclinó, suavizando su voz—. Yo lo recojo.

Aria le permitió recoger sus cosas y cargarlas de nuevo en la caja. Cuando se levantó, vio que algo se movía en la parte trasera de la propiedad de los Kahn. Alguien estaba merodeando por la casa de huéspedes. Al principio, temía que fuera A, pero luego un haz de luz calló en el alto peinado de la figura rubia, vestido de volantes y tacones.

160

La figura se volvió a la luz, revelando su rostro. Aria se puso tensa. No era la señora Kahn... era el padre de Noel. Disfrazado. En *casa*.

Aria abrió la boca antes de que pudiera detenerse y, como en cámara lenta, vio la cabeza de Noel girar en la dirección en la que estaba mirando.

—¡No! —gritó, lanzándose delante de Noel para obstruir su visión.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Noel.

—Um, estaba... —Aria miró por encima del hombro. El Sr. Kahn se había ido—. Yo, um, creí ver un murciélago por tu cabeza.

Noel la miró como si estuviera loca. Unos largos y tensos segundos pasaron. Encogiéndose de hombros, ayudó a poner las cosas de Aria en la parte trasera de su auto y luego se volvió hacia la casa. Al mismo tiempo, la puerta se abrió. El Sr. Kahn había conseguido pasar a través de la casa y de la puerta principal, y ahora estaba en el pórtico con su lápiz labial y en vestido. Se quedó boquiabierto viendo a Noel, y luego a Aria. La sangre se drenó de su rostro.

—P-Papá —tartamudeó Noel.



—Oh —graznó, con una voz ronca y profunda—. Yo-yo pensaba que no había nadie en casa.

El Sr. Kahn se dio media vuelta y se dirigió hacia la casa. Aria se cubrió el rostro con las manos. Pero, sorprendentemente, Noel no hizo ningún ruido en absoluto. No había gritos de asombro, no se volvió violentamente loco, *nada*. Lo miró fijamente a través de sus dedos. En lugar de mirar a la puerta principal, que el Sr. Kahn acababa de pasar, estaba mirándola a ella.

—Tú me cerraste el camino —dijo—. Estabas tratando de impedirme ver a mi papá, ¿no es así?

Aria cambió su peso.

—Bueno, sí.

Noel la estudió por un largo tiempo. Sus ojos se abrieron.

—Lo *sabías*, ¿no? Quiero decir, antes de ahora. Sabías que mi papá se viste de... *eso*. Y pensaste que no lo *sabía*. Lo ocultaste de mí.

Aria sintió que el calor se metió en sus mejillas.

161

—¡No fue así! —exclamó. Luego dio un paso atrás—. Espera. ¿Lo sabías?

—Bueno, sí. Lo he sabido por años. —Los ojos de Noel ardieron—. ¿Por cuánto tiempo lo has sabido *tú*?

El mentón de Aria tembló.

—Sólo unos pocos días. Vi a tu padre en Fresh Fields la semana pasada. Tenía miedo de decírtelo.

—¿Así que decidiste romper conmigo en su lugar? —La boca de Noel se estrechó, y sus ojos se veían salvajes—. ¿O hay *otra* razón misteriosa por la que lo hiciste?

—¡Por supuesto que no! —protestó Aria—. ¡Por favor, cálmate! Podemos hablar de esto, ¿cierto?

De repente, se llenó de esperanza. Tal vez había algo positivo en esto. Si Noel ya sabía de su padre, si esto no era una gran revelación arruinadora, estremecedora, A no tenía nada contra ella. Era sólo un engaño.

—He cambiado de opinión. Estaba confundida. Quiero permanecer junto a ti.

Noel soltó una carcajada siniestra, del tipo que Aria no había oído nunca.



—Ese tren ya ha salido de la estación. Sabía que tenías algo en mente, Aria. Te lo pregunté un millón de veces, y me dijiste que estabas bien. Hace apenas unos días te rogué que fueras honesta conmigo acerca de todo, ¿y en cambio mentiste?

—¡Tú mentiste, también! —dijo Aria, agarrándose a un clavo ardiendo—. ¡Nunca me dijiste que tu padre... *tú* sabes!

Los ojos de Noel se estrecharon, como si no le gustara especialmente este cambio de rumbo.

—Nunca me lo preguntaste. Y, para que conste, te lo *iba* a decir. Simplemente no quería hacerlo cuando estuviéramos en mi casa, y últimamente has parecido estar tan distraída, y... —Se detuvo, su boca se abrió de golpe—. ¿Crees que es *extraño*? ¿Por *eso* es que rompiste conmigo?

—¡Noel, no! —gritó Aria, agarrando sus manos.

Noel se alejó de ella, con una horrible expresión de ira en su rostro.

—Y yo que pensaba que eras de mente abierta. —Se dio la vuelta y volvió a entrar, cerrando la puerta con tanta fuerza que la casa se sacudió. Luego siguió un silencio horrible.

162

Aria se miró las manos temblorosas, cuestionando si lo que acababa de ocurrir era real. Esperó que Noel volviera, pero no lo hizo. ¿Cómo había sucedido esto? Pensó que había hecho lo correcto, cuando sólo había hecho las cosas un millón de veces peor.

Y entonces, cayó en la cuenta: tal vez A había *querido* que las cosas salieran de esta manera. Tal vez A había sabido que el travestismo del Sr. Kahn era un secreto a voces desde el principio, pero la llevó a creer que iba a destruir la familia de Noel. Después de todo, lo único peor que A arruinando una relación, era Aria saboteándola por cuenta propia.



Capítulo 26

Sobredosis. No, no lo hizo.

Traducido por Eve

Corregido por Daniela y MaryJane♥

— *S*pencer. ¡Psst! ¡Spencer!

Spencer abrió los ojos. Estaba acostada en un pequeño catre en medio de una habitación que olía a antiséptico. Sus extremidades se sentían soldadas al colchón, y estaba segura de que alguien había metido una antorcha por su garganta. Mientras su visión se aclaraba, vio a una muchacha bonita con el cabello rubio y los ojos grandes de pie a los pies de la cama. Llevaba un vestido amarillo y familiar, tenía una sonrisa de complicidad en su rostro.

Spencer se levantó de golpe, reconociéndola al instante.

163

—¿Tabitha?

Tabitha extendió los brazos.

—Es bueno verte de nuevo. ¿Cómo te sientes?

Spencer se tocó la frente. Se sentía húmeda, como si estuviera cubierta de sudor, o de sangre.

—No muy bien. ¿Dónde estoy?

Tabitha rió.

—¿No te acuerdas de lo que pasó?

Spencer trató de pensar, pero su mente era un profundo agujero negro.

—No me acuerdo de nada.

Los tacones de Tabitha se oyeron en el frío y duro suelo mientras se acercaba a Spencer. Su piel olía como el mismo jabón de vainilla que Ali solía utilizar.



—Estás aquí por lo que hiciste —susurró, su aliento se sintió caliente en la cara de Spencer—. Lo que *todas* ustedes hicieron. Ella me dijo que pagarían por esto, y tenía razón.

—¿Qué quieres decir con *ella*? ¿Quién?

Tabitha fingió cerrar con cierre sus labios y tiró la llave.

—Juré que no lo diría.

—¿Qué me pasó? —Spencer trató de mover sus piernas bajo las sábanas, pero estaban atados abajo con correas de cuero grueso—. ¿Dónde estoy?

Tabitha rodó los ojos.

—¿Tengo que explicártelo todo? Pensé que eras inteligente. Entraste en Princeton, después de todo. No es que vayas a ir allí ahora.

Los ojos de Spencer se abrieron.

—¿P-por qué no?

La sonrisa de Tabitha estaba torcida y extraña.

164

—Porque estás *muerta*. —Y entonces, se inclinó y tocó los ojos de Spencer, como para cerrarlos—. ¡Di adiós!

Spencer gritó y luchó por mantener los ojos abiertos, dando patadas contra las ataduras de cuero. Cuando abrió los ojos de nuevo, estaba en una habitación diferente. Las paredes eran de color verde, no rosa. Un soporte de suero y un montón de máquinas estaban zumbando junto a su cama, midiendo su presión arterial y el pulso. Justo a su alcance había una mesa pequeña y una bandeja que contenía una jarra de plástico amarillo, su teléfono celular, y tres pastillas blancas y redondas. Cuando Spencer miró el vestido de algodón que llevaba, tenía impreso las palabras PROPIEDAD DEL HOSPITAL GENERAL DE PRINCETON.

La voz de Tabitha resonó en la mente de Spencer. *Es por lo que hiciste. Lo que todas ustedes hicieron. Ella me dijo que pagarían por esto, y tenía razón.* ¿Era Tabitha hablando sobre Gayle? Pero, ¿cómo ella y Gayle se conocían entre sí? ¿O se refería a la Verdadera Ali?

Más importante aún, ¿qué demonios estaba haciendo en un hospital? Lo único que recordaba era que estaba vagando en el patio trasero de la casa Ivy y escucho algo en el bosque. Había habido pasos... alguien la había agarrado... ¿y luego qué?



Su monitor chirrió. Como si fuera una señal, una enfermera usando ropa quirúrgica y una cinta de toalla para la cabeza entró en la habitación.

—Ah, te despertaste. —La enfermera miró a las máquinas, a continuación, alumbró los ojos de Spencer con una linterna—. Tu nombre es Spencer Hastings, ¿verdad? Tu licencia de conducir dice que eres de Pennsylvania. ¿Sabes qué día es hoy?

Spencer parpadeó. Todo estaba avanzando demasiado rápido.

—Um, ¿domingo?

—Correcto. —La enfermera escribió algo en la tabla sujetapapeles que sostenía.

—¿Qué me pasó? —chilló Spencer.

La enfermera colocó un brazalete de presión sanguínea en el brazo de Spencer.

—Tuviste una sobredosis de una peligrosa mezcla de drogas. Hemos tenido que lavarte tu estómago hace una hora.

—¿Qué? —Spencer se sentó en la cama—. ¡Eso es imposible!

La enfermera suspiró.

165

—Bueno, tu sangre dio positivo para marihuana, Ritalin, y LSD. El análisis toxicológico de los otros veintiséis niños en la misma fiesta también dio positivo por esas sustancias, pero me siguen diciendo que no consumieron drogas tampoco. —Ella giró los ojos—. Deseo que uno de ustedes lo hubiera admitido cuando te trajimos, eso habría hecho nuestras vidas mucho más fácil.

Spencer se lamió los labios, que estaban tan secos que dolían. ¿Más gente de la fiesta estaba aquí?

—¿Están todos bien?

—Todo el mundo está bien, pero pasamos un gran susto. —La enfermera escribió algo en su tabla sujetapapeles, y luego palmeó la pierna de Spencer—. Ahora descansa, ¿de acuerdo? Tu cuerpo ha pasado por mucho.

La puerta se cerró, y Spencer estaba sola una vez más. Se dio vueltas en la cama, asegurándose de que sus piernas no estaban atadas a la cama como en su sueño. ¿Cómo entraron todas esas otras drogas en su sistema? No sólo en el de ella, ¿sino en el de veintiséis otros chicos también?

Spencer cerró los ojos y pensó en el extraño libertinaje que había tenido lugar en la olla común. Pensó en los muchos chicos que se habían emparejado y desaparecido



escaleras arriba. Excelentes estudiantes se habían despojado de sus ropas y corrido desnudos por la casa. Harper había empezado a destrozar el lugar, y otros la habían seguido. Incluso Spencer había hecho cosas que normalmente no harían. Toda la experiencia fue tan... desquiciada. Bizarra.

—Oh Dios mío —exclamó Spencer, una grieta repentinamente crujió en su cerebro. ¿Podría haber sido a causa de sus brownies? Eran lo único que había comido. Se imaginó a Reefer ofreciéndole un enorme montón de marihuana, diciendo que era muy suave y perfecto para hornear. Le había sonreído, como si fuera completamente inocente y honesto, y luego dijo todo eso del club Ivy. Tal vez ésta era su idea de la desobediencia civil. Se las agarraba con esas viejas instituciones por ser tan serias, aburridas y excluyentes.

Spencer se torció el cuerpo para alcanzar el teléfono celular en la mesita y marcó el número de teléfono de Reefer. Sonó un par de veces, y luego Reefer contestó, dejando escapar un cauteloso hola.

—Casi nos mataste —gruñó.

—Um, ¿perdón? —dijo Reefer.

—¡Estamos todos en el hospital a causa tuya! ¿Realmente odias tanto al club Ivy?

Hubo una pausa en la línea.

—¿De qué estás hablando? —Reefer parecía confundido.

—Estoy hablando del LSD y Ritalin que estaban en tu hierba *suave* —dijo Spencer a través de sus dientes, notando que su pulso en la pantalla estaba elevándose—. La echaste para jodernos, ¿verdad?

—¡Espera, espera, espera! —interrumpió Reefer—. No *hago* esas cosas. Y sin duda no las mezclaría con mi marihuana. Te di la cosa más suave que tenía, Spencer. Lo juro.

Spencer frunció el ceño. Reefer parecía sorprendido por la acusación. ¿Estaba diciendo la verdad? ¿Podría alguien más haber manipulado los brownies? Sin embargo, la comida en la fiesta estaba a la vista, habría sido difícil que alguien espolvoreara sigilosamente diversos venenos en el plato de brownie. Y Spencer no había dejado la marihuana o los brownies fuera de su vista desde que los había horneado la noche anterior.

Abrió mucho los ojos. En realidad, los *había* dejado fuera de su vista, se había dormido mientras se estaban horneando. ¿Era posible que alguien se pudiera haber colado en el motel en ese mismo momento y sabotado su plato? También habían más sartenes en



la fiesta de los que recordaba haber llevado, ¿habrían ingresado más brownies a nombre de ella?

—¿Spencer? —dijo la voz de Reefer través de la línea.

—Eh, te llamo después —dijo Spencer con voz ronca, y luego colgó. De repente, hacía tanto frío en la habitación que su piel se desató en piel de gallina.

Su teléfono celular, que aún tenía en la mano, hizo un sonido. Miró la pantalla. Sus signos vitales en el monitor se dispararon de nuevo. *Nuevo mensaje de Anónimo.*

Hablando de malos viajes, ¿eh? Eso es lo que te pasa por dejar tus golosinas de la olla común desatendidas. —A



Capítulo 27

Archivos de una asechadora

Traducido por Eve

Corregido por Daniela y MaryJane♥

—¿*E*stás *seguro* de que no hay nada que podamos hacer para ayudar? —le preguntó Hanna a su padre mientras él se arreglaba la corbata en el vestíbulo del Museo Gemológico Hollis, el sitio de la fiesta de recaudación de fondos. Era un enorme y hermoso espacio con suelos de mármol, paredes de mosaicos, y toneladas de vitrinas llenas de diamantes de valor incalculable, rubíes, zafiros, esmeraldas, meteoritos, y geodas. El lugar estaba impecable y precioso, con manteles blancos en las dos docenas de mesas dispuestas alrededor de la habitación, ramos enormes de flores por todas partes, y una silenciosa zona de subasta con un huevo de Fabergé, un abrigo vintage Louis Vuitton hecho de cibelina, y un alquiler de bote de tres meses de duración alrededor del mundo.

168

—Sí, Tom, *por favor* déjanos hacer algo. —Kate, vestida con un vestido de color berenjena y tacones de terciopelo negro, comenzó también a acicalarse frente al espejo.

El Sr. Marín le sonrió a las chicas.

—Ustedes dos han hecho tanto. —Pensó por un momento, luego levantó un dedo—. *Podrían* entretener a la Sra. Riggs mostrándole el lugar. Solías venir a este museo todo el tiempo, ¿no es así, Hanna? Le podrías mostrar los mostradores.

Hanna reprimió una mueca. Era cierto que solía ir al museo con Ali en sexto grado, pero jugar a la guía turística con Gayle era casi la última cosa que quería hacer. Pero le daría una oportunidad de robar el teléfono de Gayle y demostrar que era A. Ahora, había incluso más de una razón para ello: Spencer había llamado en el camino, diciéndole a Hanna que estaba en el hospital, A la había drogado a ella y a un montón de chicos en Princeton, y si podían demostrar que A era Gayle y Gayle había alterado los brownies, podrían dejarla por mucho tiempo en la cárcel.

—¿Así que va a venir? —Hanna trató de sonar indiferente.



—Por supuesto. —El Sr. Marin miró su Rolex—. De hecho, me sorprende que todavía no esté aquí. Sé que quiere hablar contigo Hanna, antes de que comiencen las festividades.

—¿Sobre qué? —graznó Hanna. La idea de tiempo a solas con Gayle sonaba aterradora.

—Me sorprendió a mí también. —El Sr. Marin levantó una ceja—. Una de sus obras de caridad es ayudar a conseguir que los adolescentes participen en actividades de la comunidad. Dijo algo acerca de cómo está realmente impresionada por tu participación en la campaña, sobre todo la organización de ese flash mob. Creo que quiere exprimírte información.

El estómago de Hanna se revolvió. Estaba segura de que exprimir sus ideas de la campaña no era todo lo que Gayle quería hacer. Había conocido a Liam en el flash mob y A, Gayle, lo sabía.

Echó hacia atrás los hombros, respiró hondo y miró a su teléfono otra vez. *Plan de ataque*, Aria les había escrito un e-mail a ella y a Emily. *Hanna, distraes a Gayle hablando sobre la campaña. Si eso no funciona, Emily, tu caminas por donde está Gayle y la miras directamente a los ojos. Cuando no esté prestando atención, iré a escondidas y agarro su teléfono. Nos reunimos en mi auto, comprobamos sus mensajes, y descargamos todo a nuestros teléfonos.*

169

Hanna sólo podía esperar que fuera así de fácil.

Las puertas se abrieron y la gente comenzó a llegar. Hanna pegó su sonrisa de yo-soy-hija-de-un-político en su rostro y saludó a los VIP's. Rupert Millington, quien siempre estaba en las páginas de sociedad, debido a que sus bisabuelos una vez fueron dueños de la mitad de Rosewood, se acercó y estrechó la mano del Sr. Marín. Fletch Huxley, el alcalde de Rosewood, le dio un beso en la mejilla a Hanna. Un grupo de damas de grupos locales de beneficencia y clubes de equitación tiraron besos de aire y abrazos falsos. Miró a su alrededor para buscar a Gayle, pero todavía no había llegado. Ni Aria ni Emily habían llegado tampoco. Entonces, deslizándose a través de las puertas dobles como si fuera de la realeza, estaba un muchacho que se le hacía familiar, de pelo negro con un esmoquin ajustado y una niña en un vestido moleestamente bonito color rosa bebé que no se veía de puta en lo más mínimo. Eran Mike y Colleen, enfrascados en medio de una conversación.

El corazón de Hanna comenzó a latir con fuerza. Había algo más que tenía que hacer esta noche. Se agachó detrás de una columna para escuchar.

—No sé qué puede haber pasado con esas fotos —estaba diciendo Colleen—. El fotógrafo dijo que alguien las recogió por mí, ¡pero eso es imposible!



Hanna se mordió el interior de la mejilla. Realmente no quería aceptar el hecho de que había robado las fotos de Colleen. Tal vez podría simplemente devolverlas anónimamente y apuntarse el dinero que había pagado por ellas como si fuera el precio que tenía que pagar para conseguir a Mike de vuelta.

En el momento justo, Mike volvió la cabeza y vio a Hanna detrás de la columna. Hanna miró hacia otro lado, pero Colleen también la vio, y suspiró feliz.

—¡Besito, besito! —dijo extasiada, corriendo y besando a Hanna en ambas mejillas antes de que Hanna pudiera detenerla—. Esto es *tan* increíble. ¡Muchas gracias por invitarme!

Hanna olfateó.

—No te invité —dijo, las palabras eran como bilis en su boca.

El rostro de Colleen cayó. Mike dio una mirada fulminante a Hanna, luego se encogió de hombros y se fue hacia un grupo de chicos del equipo de fútbol, que sin duda habían colado sus ginger ale con vodka en el frasco de alguien.

Colleen vio a Mike irse, luego se volvió de nuevo hacia Hanna. Sus ojos se abrieron un poco.

170

—Uh, ¿Hanna? —Ella se inclinó hacia delante—. Tienes algo pegado a tu zapato.

La cabeza de Hanna miró hacia debajo de un golpe. Un pedazo largo de papel higiénico estaba pegado en el talón de su tacón. El calor se disparó a través de su cuerpo. ¿Cuánto tiempo había estado allí? ¿De verdad había saludado al alcalde de Rosewood así? ¿Mike lo había visto?

Hanna se agachó y tiró el trozo de papel higiénico, que estaba asquerosamente empapado, y lo sacó de su pie. Cuando levantó la vista de nuevo, Colleen se había unido a Mike en una mesa con sus amigos. Se sentía más furiosa que nunca.

A medida que la habitación se llenaba y el volumen aumentaba, Hanna caminó por un pasillo que mostraba una tira de ágata de Brasil y cogió su teléfono. Sacó el comercial de yogurt y lo miró de nuevo, sonriendo a la cara estreñida de Colleen. *Invaluable*. Luego puso copiar y pegar el enlace en un nuevo texto y seleccionó a todos en su libreta de direcciones de Rosewood Day como receptores.

Una vez que terminó, el dedo de Hanna rondaba el botón ENVIAR. Miró a la sala, viendo como la banda se instalaba y los asistentes congraciaban la fiesta. Colleen y Mike estaban sentados en una mesa con los amigos de lacrosse de Mike. Mike estaba enfrascado en una conversación con el portero, que Hanna siempre había llamado Frankenstein por su cabeza cuadrada. Colleen estaba sentado junto a él, bebiendo su



agua con gas, se veía un poco perdida. *La pequeña actriz perfecta no sabe cómo socializar, pensó con satisfacción. Supongo que la popularidad instantánea es un poco más difícil de lo que parece, ¿no?*

Pero, de repente, la expresión de pez fuera del agua de Colleen desencadenó un recuerdo. Hanna se vio a sí misma y a Mona sentadas en la mejor mesa en la cafetería. Colleen se acercó y preguntó si podía unírseles, y las dos se echaron a reír.

—No nos sentamos con chicas que usan zapatos Hobbit —dijo Mona, apuntando a los Mary Janes de punta cuadrada en los pies de Colleen.

Y Hanna canturreó.

—El círculo de la vida. —Porque Colleen había llevado una lonchera del *Rey León* hasta octavo grado.

Por una fracción de segundo, el dolor fue evidente en su rostro, pero luego se encogió de hombros y canturreó.

—¡Está bien! Bueno, ¡tengan un almuerzo divertido, chicas! —Mona y Hanna se habían echado a reír cuando se alejó.

171

La cosa era, no mucho antes Hanna se había reído de Mona cuando ella estaba en la pandilla de Ali. Y no mucho antes de *eso*, la Verdadera Ali se había reído de Hanna. Por la forma en que sus rollos de grasa se salían por sobre sus jeans. Porque no podía hacer una voltereta en gimnasia. Hanna recordó cuán humillada y avergonzada se había sentido. Y, sin embargo, cuando le tocó el turno de llevar la corona de la Abeja Reina, había molestado a la gente tan poco esforzadamente, como si nunca hubiera estado en el otro lado.

La popularidad había convertido a Ali, Mona y Hanna en perras implacables. Pero no había afectado a Colleen en lo absoluto, incluso saliendo con Mike, seguía siendo exactamente la misma chica de antes. Y ahora Hanna estaba siendo atormentada por la peor perra popular de todas, A. ¿Realmente Hanna quería hacerle eso a alguien más?

Su teléfono sonó de repente, estridente y ruidoso en la sala tranquila. Un nuevo mensaje texto apareció en la pantalla. Frunciendo el ceño, Hanna salió del texto que estaba planeando escribir y abrió el nuevo. El remitente era una serie de letras y números mezclados.

Vamos, Hanna. Envía el video. Tú sabes que lo deseas.



El estómago de Hanna se sintió como si estuviera en llamas. ¿Quería hacerlo? Echaba de menos a Mike desesperadamente. Quería que él fuera *su* cita aquí, no la de Colleen, y que ellos fueran a correr, colarse al cine y jugar por horas y horas Gran Turismo, como lo hacían antes. Pero, ¿podría vivir consigo misma si la única forma en que lo lograría sería enviando a todos el video? Le recordó lo que sentía cuando llevaba un par de zapatos o una pulsera que había robado en tiendas: Fue increíble tener una pulsera Tiffany alrededor de su muñeca, pero algo en ella la hacía sentir un poco sucia también. Colleen podrá haber sido molesta, pero no se merecía su propio A.

Hanna volvió al texto con el enlace de vídeo, respiró hondo, y pulsó BORRAR. Haciendo eso se sentía muy limpiador. Casi... bueno. Como si hubiera ganado por mucho a A en el juego de A.

Una risita aguda se arremolinaba en una de las esquinas, y se dio vuelta. Pasos resonaron tras ella. De repente, Naomi Zeigler y Riley Wolfe caminaron hasta Hanna, sus teléfonos en sus manos.

—Te has superado a ti misma en esta ocasión, Hanna —rió Naomi.

—Bien hecho —agregó Riley, empujando un mechón de pelo de color rojo brillante detrás de su oreja.

172

—¿De qué están hablando? —espetó Hanna.

—Ese video. —Naomi agitó su teléfono hacia adelante y atrás—. No tiene precio.

El estómago de Hanna se desplomó a sus pies. ¿Video? ¿Naomi se refería a lo que ella creía? ¡Pero Hanna había borrado el texto! ¿Habría A enviado el video de todas formas y *dicho* que era de Hanna?

—No fui yo —dijo.

Riley le dio una mirada de loco.

—Uh, estoy segurísima de que se *parece* a ti.

Acercó su teléfono celular a la cara de Hanna. Hanna se quedó mirándolo, esperando para ver Colleen en el comercial de yogurth Letón, pero una imagen de ella apareció en lugar de eso. La primera parte del video era Hanna en la clase de baile del caño. Su top revelador se levantaba y sus shorts se bajaban, haciendo gala de una tira de su ropa interior de encaje. Sus caderas se veían enormes a medida que hacía círculos y giros, y cuando trató de subir ese poste se veía como un mono loco. La cámara captó una toma desafortunada de su entrepierna cuando cayó al suelo.

—¿Qué? —susurró Hanna.



El video seguía. La siguiente parte mostraba a Hanna acechando entre los arbustos en el centro comercial King James, mirando a Victoria's Secret con binoculares. El camuflaje hacía que su piel luciera de color rojo y con manchas y la cintura mucho más grande de lo que realmente era. Y cuando salió de entre los arbustos, tenía un par de hojas en su trasero. La cámara se acercó a ellos mientras seguía a Mike y Colleen por el vestíbulo.

Hanna miró a las chicas, su corazón latía más rápido.

—No entiendo.

—Haciendo un poco de espionaje, ¿o no, Hanna? —Rió Naomi.

El video continuaba. El siguiente fue un clip de Colleen entrando en el estudio del fotógrafo, Hanna escondida detrás de ella, se veía desesperada y ridícula. Y luego mostró a Hanna apenas unas horas antes, retirando las fotos de Colleen, mirándolas con enojo, y tirándolas en la guantera. El cuadro final fue un mensaje en negrita y rojo. *¡Hanna Marin, acosadora desesperada!*

—Oh Dios mío. —Su estómago se hundió.

Naomi se rió.

173

—Siempre pensé que eras una perdedora al salir con un hombre más joven, pero ¿espíarlo después de que te dejó? Eso es nuevo nivel de bajo, incluso para ti. Y ahora todo el mundo lo sabe.

—¿Todo el mundo? —graznó Hanna.

Miró al salón y obtuvo su respuesta. Un grupo de chicos de Rosewood Day miraban asombrado a sus teléfonos, y luego levantaron la cabeza en masa y miraron boquiabiertos hacia Hanna.

—¡Te ves sexy en camuflaje, Hanna! —dijo Seth Cardiff.

—¡Hey, Mike, tienes una admiradora secreta! —rió Mason Byers.

Mike. Hanna lo encontró a él y a Colleen cerca de la ventana, mirando a su teléfono. Hanna podría señalar el momento exacto en que Colleen llegó a la parte en el video donde Hanna robó sus fotos. Se tapó la boca con la mano y luego miró a Hanna con una mirada traicionada en su rostro. La cabeza de Mike se levantó de golpe y también la miró, con los ojos ardiendo. Colleen volvió y huyó hacia el vestíbulo. Mike la siguió.



Hanna dio unos pasos torcidos hacia atrás, casi tropezando con una larga cortina que separaba la sala principal de un pequeño pasillo. ¿Cómo había sucedido esto? ¿Quién había estado siguiéndola? ¿Quién envió el video a todo el mundo?

Por supuesto: A. *Ésta* fue una de la razones por la que la animó a espiar a Colleen: sacárselo en cara y asegurarse de que perdiera a Mike para siempre.



Capítulo 28

El tiempo se acaba

Traducido por Eve

Corregido por Daniela y MaryJane♥

—Todos salieron ¿eh? —dijo Isaac cuando él y Emily entraron en el Museo Gemológico Hollis.

—En serio —susurró Emily, mirando a su alrededor. Nunca antes había ido a una fiesta de recaudación de fondos políticos, pero ésta era increíble, mucho *mejor* que la fiesta de graduación. Toneladas de globos blancos llenaban el techo arqueado. Una banda en vivo estaba tocando una canción de jazz, y unas pocas parejas en esmoquin y vestido bailaban lento. Emily nunca había visto tantos diamantes, y no estaba hablando sólo de los que estaban tras las vitrinas. Un ladrón de joyas tendría un día de lujo con sólo sacar anillos de los dedos de las mujeres ricas en esta fiesta.

175

Ali había traído a este lugar a Emily, Spencer, Hanna y Aria. A veces habían pasado tardes enteras en el museo, fantaseando acerca de cómo debía ser llevar enormes diamantes en fiestas elegantes.

—Cuando sea mayor, voy a tener un anillo de compromiso tan grande como ése —dijo Ali, que apuntaba a la piedra de diez quilates en la vitrina—. Nadie me detendrá. —Emily se preguntó si se refería a la *Verdadera* Ali. Probablemente había asumido que se quedaría con la vida encantadora de su hermana para siempre.

—Este lugar es precioso —murmuró Emily.

—Pero *tú eres* lo más precioso aquí —dijo Isaac, apretando la mano de Emily.

Emily le dio a Isaac una sonrisa temblorosa, tratando de admirar su apuesto esmoquin, pelo peinado hacia atrás, y los zapatos brillantes. Pero no podía disfrutar estar aquí realmente. El vestido largo negro con abalorios en el escote, se sentía apretado alrededor de sus costillas, y sus pies se tambaleaban en los zapatos de tacón alto que había encontrado en el fondo de su armario. Prácticamente había dibujado una línea roja desordenada a lo largo de su rostro cuando se aplicaba el lápiz de labios, las manos le temblaban tanto.



La idea de encontrarse cara a cara con Gayle la aterrizzaba. Gayle les diría a todos acerca de su embarazo... y entonces Isaac lo sabría. Él le había preguntado por qué habían salido tres veces ahora y Emily no había dicho nada. Él la odiaría, y le diría a su madre, a sus padres, a todo el mundo.

Sabía que ir a la gala era parte del plan para obtener el celular de Gayle y determinar si era A o no, pero tan pronto como Isaac había aparecido en la puerta de Emily, ella había sentido como si fuera un gran error. Isaac hacía preguntas que no sabía cómo responder.

Escaneó la multitud, en busca de sus amigas, era importante que Aria y Hanna estuvieran aquí, también, de lo contrario el plan no iba a funcionar. Un grupo de chicos se reían de algo en sus teléfonos. Mason Byers y Lanie Iler se reían de un plato de pasta. Sean Ackard estaba hablando animadamente con Nanette Ulster de la Quaker School. Una rubia alta en un vestido rojo de aspecto caro salió del baño. Emily se puso rígida, súbitamente alerta. *¿Gayle?*

Agarró la manga del esmoquin de Isaac y lo condujo de nuevo al vestíbulo. Se detuvieron bajo un pedazo gigante de cuarzo rosa que estaba suspendido desde el techo, y Emily contuvo el aliento. Por mucho que se había preparado para este momento, el estar ante una posibilidad real, la aterrizzaba.

176

—¿Qué está pasando? —preguntó Isaac, confundido.

—Um, sólo quería... —Emily miró a la mujer de rojo de nuevo, ella aceptó un cóctel de un camarero que pasaba y se volvió hacia ellos. Su rostro tenía líneas de expresión y su nariz era delgada y puntiaguda, no era pequeña y redonda como la de Gayle. *Oops.*

Por supuesto, eso podría significar que Gayle estaba caminando por la puerta principal en este momento, y ellos sería lo primero que vería.

—He cambiado de idea. Vamos a bailar. —Emily tiró de Isaac a la sala principal de nuevo, casi atropello a un grupo de arrogantes mujeres con botones VOTE POR TOM.

Isaac se rió nerviosamente mientras se tambaleaba detrás de ella.

—¿Estás bien?

—¡Por supuesto! —Emily sabía que debía parecer loca. Envolvió sus brazos alrededor de Isaac y comenzó a bailar un lento vals con la canción de Sinatra que la banda tocaba. La pista de baile tenía una buena vista de cada mesa, el bar y la silenciosa zona de subasta. Miles de personas que reconocía de las fiestas de los Marin estaban de pie por ahí, charlando. Varios fotógrafos rodeaban la sala, tomando fotos.

Isaac giró a Emily.



—Es divertido ser un invitado en lugar del catering.

—¿Cómo convenciste a tu mamá de dejarte venir conmigo, de todas formas? —preguntó Emily distraídamente.

—De hecho le dije la verdad. Ella se está acostumbrando a la idea de nosotros juntos de nuevo, aunque no lo creas.

Emily *no podía* creerlo, pero no tenía tiempo para pensar en ello. Su mirada se desvió desde la entrada frontal hasta la salida de emergencia hasta un pequeño rincón junto a los baños. La madre de Noel Kahn se deslizó a través de su campo de visión, llevaba una tiara. El padre de Hanna era el centro de atención en la esquina, hablando con un grupo de empresarios que parecían tener mucho dinero.

—Te he echado mucho de menos —continuó Isaac.

Emily se echó hacia atrás, sintiéndose mal. Isaac merecía toda su atención. Se sentía bien estar envuelta en sus brazos, pero estaba tan asustada por que en cualquier momento, el delicado castillo de naipes que era su vida iba a caerse.

No podía dejar de analizar a la multitud de nuevo. El Sr. Marin se levantó y cruzó la habitación hacia alguien que acababa de emerger de una entrada lateral. Emily estiró el cuello para ver, pero su vista estaba bloqueada.

177

—Entonces, ¿qué dices? —preguntó Isaac.

Emily parpadeó estúpidamente. Isaac había estado hablando todo este tiempo y no había oído ni una palabra.

—¿Qué cosa?

Isaac se pasó la lengua por los labios.

—Quería saber si estamos saliendo otra vez.

La boca de Emily se abrió, pero las palabras no salieron. A pesar de su distracción, a pesar del hecho de que estaba ocultándole algo enorme a Isaac, las palabras fueron bienvenidas.

—Sólo hay una cosa —interrumpió Isaac antes de que Emily tuviera la oportunidad de hablar—. Algo te está molestando. Algo que piensas que no puedes hablar. Pero si *puedes*, Emily. Sea lo que sea, estoy aquí para ti. Si es algo con ese chico que vimos en Hollis el otro día, no tengas miedo de contarme.

Emily cerró los ojos.



—No tiene nada que ver con Derrick.

—¿Pero *si* se trata de algo?

Las trompetas que sonaban en el escenario estaban empezando a provocar dolor en la cabeza de Emily.

—No es nada.

—Pareces tan estresada. —La voz de Isaac estaba rogando—. Sólo quiero ayudar.

Emily se concentró en los pasos del baile, retrasando su respuesta. Se preocupaba y quería hacer todo mejor, lo que la hacía sentirse aliviada y terrible a la vez. Quería que a él le gustara ella. Quería que él quisiera volver con ella. Pero, ¿qué es lo que *ella* quería para sí misma?

—Terminar fue un gran error, Emily —dijo Isaac, mirando profundamente a los ojos de Emily—. Quiero volver a empezar. ¿Qué piensas?

—Yo... —comenzó Emily, pero luego notó otra figura rubia en el centro de la pista de baile. Era de la altura y contextura adecuada, y el Sr. Marín estaba hablando con ella con alegría y gracia. Emily se agachó, su corazón latió rápido otra vez—. Oh Dios mío —susurró.

178

Agarró a Isaac una vez más, lo sacó fuera de la pista de baile, y se escapó por la esquina hacia una pequeña alcoba que tenía una variedad de meteoritos tras un vidrio. Isaac cruzó los brazos sobre su pecho, parecía estar hartándose.

—¿Vas a dejarme saber lo que pasa contigo esta noche?

La mujer hablando con el Sr. Marín se volvió ligeramente. Sólo unos pocos grados más y podría ver a Emily e Isaac. Pensando rápidamente, agarró los lados de la cara de Isaac y plantó sus labios directamente sobre él. Los ojos de Isaac se abrieron por un momento, pero luego se cerraron, y la besó apasionadamente. Emily sintió su pulso golpeando fuertemente en sus dedos y los labios. El beso se sintió bien, pero sabía que era sólo un medio para un fin. Se sentía como la peor persona del mundo.

Isaac se apartó por un momento y sonrió torcidamente.

—¿Así que supongo que eso es un sí?

Emily tragó saliva, sintiendo como si acabara de hacer algo que no podía deshacer. No estaba actuando como ella misma en lo absoluto. Miró de nuevo al salón de baile. La mujer que había estado hablando con el Sr. Marín se había ido.

Beep.



Su teléfono estaba brillando a través de la tela de delgada de su cartera plateada. Emily lo miró con horror.

—Parece que tienes un texto —dijo Isaac, sonando relajado y feliz.

Un nudo se formó en la garganta de Emily. Sacó el teléfono y echó un vistazo a la pantalla. La sangre se le heló.

—Isaac, tengo que irme —susurró.

—¿Irte? —La mirada en el rostro contento de Isaac desapareció—. ¿Qué estás diciendo?

Emily caminó agitadamente de nuevo hacia el salón de baile. El Sr. Marin seguía hablando con la mujer, y aunque Emily estaba casi segura de que era Gayle, su cara seguía del otro lado. Emily miró a su alrededor al resto de la habitación. Estaba aún más lleno de gente que hace unos segundos. ¿Dónde diablos estaba Hanna? ¿Por qué no veía a Aria? No había tiempo que perder.

—¿Emily? —Sintió una mano en su manga. Isaac la estaba mirando, su boca en línea recta—. ¿Quién te envió el mensaje?

La banda terminó su canción, y todos en la pista de baile aplaudieron. Emily miró la cara preocupada de Isaac. Sabía lo que parecía al irse sin explicar. Pero no sabía qué otra cosa hacer.

—Lo siento —susurró, y luego se dio media vuelta y huyó a través de la pista de baile.

—¡Emily! —Isaac la llamó, pero Emily siguió su camino, zigzagueando entre la multitud hasta llegar al vestíbulo. Buscó dentro de su cartera, sacó su teléfono celular, y leyó la horrible nota una vez más. La sola observación de las palabras hizo que su estómago se revolviera. Esto no podía estar pasando.

Tengo tu bebé. Si quieres que esté segura, ven a Avenida Mockingbird 56. ¡Tic-tac! —A



Capítulo 29

Las amigas no dejan a sus amigas ir solas

Traducido por Eve

Corregido por Daniela y La BoHeMiK

Aria condujo por la entrada al Museo Gemológico⁸, se arregló el cabello, y comprobó su maquillaje en el espejo retrovisor. Hizo un buen trabajo limpiando el desorden que habían dejado sus lágrimas después de la discusión con Noel, pero aún parecía estresada y cansada. Por otra parte, no tenía a nadie a quien impresionar en esta fiesta.

Después de que estacionó el auto, sacó su teléfono y escribió un mensaje de texto a Noel. *Por favor, déjame explicarte*, escribió. *Todo lo que sucedió... estaba fuera de mi control. Alguien me obligó a romper contigo. Alguien me está amenazando y controla mi vida.*

180

Luego, rápidamente pulso BORRAR. El mensaje decía demasiado. No podía decirle a Noel acerca de A.

Tragando un sollozo, cerró la puerta y se dirigió hacia la entrada, que estaba iluminada a cada lado por lámparas Japonesas. Una ráfaga de viento arreció, haciendo rodar una lata vacía de Coca-Cola en la acera. Aria escuchó un susurro y se dio la vuelta, mirando la hilera de autos aparcados.

Después de unos segundos mirando a la nada, sin detectar ningún movimiento, siguió adelante. Unos chicos se encontraban agrupados junto a los setos frontales, estaban mirando algo en sus teléfonos celulares.

—Muy desesperada. —Sonrió Riley.

—Es una perdedora, ¿no? —Klaudia se estremeció en su microscópico vestido de strapless negro.

Aria miró a la pantalla del teléfono celular encima del hombro de Riley. Había una foto de Hanna, llevaba uniforme militar y estaba escondiéndose en los arbustos de plástico en el vestíbulo del centro comercial. Aria no tenía idea de lo que se trataba,

⁸ **Gemología:** es la profesión multidisciplinar que sirve para identificar, analizar y evaluar piedras preciosas.



pero antes de que pudiera hacer cualquier pregunta, Emily salió desesperada por las puertas dobles, le agarró del hombro y tiró de ella hacia el otro lado de la acera.

—Gracias a Dios te encontré —dijo Emily, su voz llena de miedo—. Necesito tu auto.

—¿Qué pasó? —preguntó Aria—. ¿Ya conseguiste el teléfono de Gayle?

—No, pero esto es mucho más importante.

Emily colocó su teléfono frente a la cara de Aria.

Tengo a tu bebé, decía la pantalla. Aria puso una mano sobre su boca.

—¿Crees que es cierto?

—No voy a esperar para averiguarlo. —Emily se dirigió hacia el estacionamiento, y luego se dio cuenta de que Hanna estaba caminando por la puerta con una mirada de vergüenza en su rostro. Le hizo señas—. Tienes que ver esto.

Hanna se veía dolida, como si no tuviera ganas de lidiar con nada en ese momento, pero se acercó e inspeccionó el texto. El color desapareció de su rostro.

—*Mierda*. ¿Cómo pudo suceder esto?

181

—No lo sé. Pero tengo que salvarla. —Los ojos de Emily se movían de ida y vuelta—. Si Ali la tiene, ¿quién sabe lo que va a hacerle?

—Em, no es Ali quien tiene a Violet —susurró Aria—. ¿No lo ves? Es Gayle. La vi entrar anoche en Babies “R” Us con una enorme y extraña sonrisa en su rostro. Se estaba preparando para cuando encontrar a tu bebé.

Emily frunció el ceño, luego miró al descomunal museo detrás de ellas.

—¿Pero no está Gayle aquí? Hanna, pensé que la vi hablando con tu padre.

Hanna se mordió el labio.

—En realidad, no la he visto en toda la noche.

—Por supuesto que no está aquí —dijo Aria—. ¡Está en esa casa de la Avenida Mockingbird! —Miró a Hanna—. Estás de acuerdo conmigo, ¿verdad? ¿Crees que es Gayle?

Una mirada confusa cruzó la cara de Hanna.

—*Creo* que sí. Pero, ¿por qué Gayle nos diría que tiene a Violet si quiere mantenerla para sí misma? Suena como una trampa.



—¡No me importa! —Emily agarró las llaves del auto de Aria de sus manos—. ¡Es la vida de mi hija de la que estamos hablando! ¡Lo siento, Aria, pero voy a ir a la casa, incluso si tengo que ir sola!

Aria apretó la mandíbula.

—No vamos a dejarte ir sola.

—¿No vamos? —chilló Hanna.

Aria le lanzó una mirada a Hanna.

—Por supuesto que no. —Tomó de vuelta las llaves del auto que tenía Emily, cruzó el estacionamiento, y se deslizó en el asiento del conductor—. Ven, Em. Vamos. Tú también, Hanna.

Las chicas subieron al auto y cerraron las puertas. Aria se quitó los zapatos de tacón alto, aceleró el motor, y prendió el calefactor. Mientras se retiraba del estacionamiento, miró hacia atrás, viendo una luna perfectamente redonda y extrañamente amarilla que se reflejaba en las ventanas del museo. Y allí, junto al reflejo de la luna, había una silueta de una persona. Mirando. Tal vez incluso riéndose de lo tontas que eran.

Aria respiró profundamente, el cabello de la nuca se le erizó. Pero cuando miró a la ventana de nuevo, sólo la luna estaba allí, llena y brillante, llenando la extensión del vidrio.



Capítulo 30

La chica en la foto

Traducido por Eve

Corregido por Verónica y La BoHeMiK

Veinticinco minutos y tres vueltas equivocadas más tarde, las chicas llegaron a la Avenida Mockingbird, una calle que giraba hacia el otro lado del monte Kale.

—Wow —murmuró Hanna, mirando a través de la niebla que se había dispersado fuertemente. Cada finca era una parcela enorme de terreno. Con sinuosas calzadas que llevaban hacia los castillos de imitación, suburbios franceses, mansiones estilo Tudor, y los edificios que parecían un cruce entre el Capitolio y una obra maestra de Frank Gehry⁹. Los Ferraris se veían en los caminos de entrada. Pistas de tenis brillaban en los patios traseros. Hanna adoraba las casas de lujo como la de Noel, Spencer, y hasta el nuevo lugar de su papá, pero la gente que vivía en este barrio tenía tanto dinero, que no sabían qué hacer con él y no les importaba hacer alarde de ello.

183

El siguiente buzón llevaba el número 56 en letras góticas, y Aria codujo lentamente por el largo camino. Altos e imponentes árboles hacían una cortina sobre la carretera, creando un tenebroso túnel. Pasaron junto a un enorme garaje de seis autos y un establo de caballos, y luego llegaron a la casa, una imponente mansión con columnas y grandes ventanas de arco. Estaban colocadas un poco dispersas en el lugar, probablemente en ángulo de modo que consiguiera el mejor sol de la mañana. No había ni una sola luz encendida en las ventanas.

—Eh, ¿y ahora qué? —susurró Hanna, Aria apagó el motor.

—Vamos. —Emily abrió la puerta del auto y corrió por el camino principal. Hanna y Aria fueron tras ella. Cuando Hanna escuchó un sonido susurrante, su corazón empezó a latir con fuerza. ¿Qué pasa si A les había llevado directamente a una trampa?

—¿Dónde crees que esté Spencer? —dijo Emily por encima del hombro—. No ha respondido a mis textos. —Le habían enviado mensajes a Spencer sobre lo que estaba pasando y le exigieron que se reuniera aquí con ellas.

⁹ **Frank Gehry:** es un arquitecto asentado en Estados Unidos, ganador del Premio Pritzker, reconocido por los innovadores y peculiares formas de los edificios que diseña.



—Tal vez se tomó un tiempo para salir del hospital —susurró Hanna.

—O tal vez se perdió como lo hicimos nosotras. —Aria subió al porche y se quedó mirando la puerta—. ¿Qué se supone debemos hacer, tocar? Decir: “¡Hola A, estamos aquí!” —Miró a Hanna—. Hazlo tú.

Los ojos de Hanna se hincharon.

—¡De ninguna manera!

—Yo lo *haré*. —Emily tocó la puerta, y se abrió con un chirrido que sonaba exactamente igual que una entrada a la casa embrujada. Hanna se estremeció. ¿Qué tipo de persona deja su puerta abierta en el medio de la noche?

Emily se abrió paso entre ellas y entró en el vestíbulo.

—¿Hola? —gritó.

Hanna la siguió. El vestíbulo olía raro, a removedor de esmalte de uñas. Sólo una lámpara sobre una mesa de la consola se encendió, mostrando una escalera doble, una impresionante lámpara tipo araña de cristal, una pared llena de cuadros negros y blancos con ondulantes dunas de arena, cráneos de animales y buitres de aspecto poseído. Pesadas cortinas colgaban de las ventanas de la habitación de la derecha, alfombras de lana gruesa decoraban los pisos. La puerta del ropero estaba abierta, y había varias chaquetas en sus perchas. El lugar tenía una quietud de museo, como si se tratara de un escenario de película, no la casa de alguien.

—¿Hola? —dijo Emily de nuevo.

No hubo respuesta. Emily miró escaleras arriba. Aria vagó hacia la cocina. Hanna levantó un conejo de piedra en la mesa junto a la puerta y lo colocó de nuevo. Era tan tranquilo, que empezó a oír ruidos que podrían no haber estado allí. Un trago nervioso. Un ligero roce. Junto con un crujido.

—Algo no se siente bien —susurró Emily repentinamente, empujando un mechón de su cabello detrás de la oreja—. ¿Dónde está Violet?

—Te dije que era una mala idea —susurró Hanna.

—Chicas. —La voz de Aria era tan delgada como un alambre apretado. Estaba de pie junto a una mesa en la sala de estar, con un sobre en su mano—. Miren esto.

Hanna miró las palabras. En la esquina superior izquierda estaba un logotipo para Pennsylvania Electric Power. En el centro estaba la dirección, 56 Mockingbird Lane. Entonces, su mirada se posó en el nombre del destinatario.



—Oh Dios mío —susurró Hanna. *Gayle Riggs*.

Aria dejó el sobre abajo, con los ojos muy abiertos.

—Chicas, ésta es la *casa* de Gayle. Se los *dije*.

Emily parpadeó rápidamente.

—¿Qué significa esto?

—Esto significa que deberíamos largarnos de aquí —espetó Hanna—. Gayle no tiene a tu bebé. Acaba de utilizar esto contra nosotras porque quiere hacernos daño.

Caminó hacia la puerta, mirando cada sombra, cada grieta oscura. Una escultura de un árbol de sauce parecía viva y peligrosa. El perchero le recordaba a un loco anciano encorvado. Había una serie de fotografías que se alineaban en la pared como dientes torcidos en una boca voraz. En la penumbra, pudo distinguir una foto de la boda de Gayle y su marido. Junto a ésta, estaba una foto de los dos durante las vacaciones, y después un retrato de la familia de Gayle, su esposo y una niña rubia sonriente. Tal vez se trataba de la hija de Gayle sobre la cual le había hablado a Emily, la que dijo que había perdido. Hanna entrecerró los ojos, tratando de ver qué aspecto tenía, pero la imagen era demasiado pequeña y las características muy difíciles de distinguir.

185

Hasta que miró la foto junto a él, en un marco de madera de ocho por diez. Fue un disparo en su cabeza, la foto de escuela de una adolescente rubia muy linda. Tan pronto como Hanna vio sus ojos azules y una desviada sonrisa astuta, el sabor metálico llenó su boca. Reconocería esa sonrisa en cualquier lugar.

Hanna se detuvo en seco.

—Oh Dios mío. —Señaló con un dedo tembloroso la imagen. Emily se acercó y siguió su mirada, y luego se dejó caer, con las rodillas débiles.

—¿Ésa es...? —susurró Emily.

Aria sólo dejó escapar un grito de terror.

Hanna tomó la foto de la estantería. Esto explicaba todo. Como Gayle lo sabía todo y por qué no sólo quería que sufrieran... sino *matarlas*.

—¿Tabitha es su hija? —La voz de Emily se sacudió incontrolablemente.

—¿Cómo no lo sabías? —exigió Hanna—. ¿Nunca te encontraste con el marido? ¿No le preguntaste por el nombre de su hija? ¿No has descubierto lo que pasó con ella?

Aturdida, Emily negó con la cabeza.



—Nunca conocí al marido y no habría importado de todos modos, ya que no sabíamos cómo era hasta que se encontró el cuerpo de Tabitha. Además Gayle usa el apellido Riggs, no Clark. Nunca me dijo los detalles de lo que le sucedió a su hija, sólo dijo que desapareció. ¡Y no encontré nada de esto en una búsqueda de Google!

Hanna pasó las manos a lo largo de su rostro.

—¿Por qué no se nos ocurrió? —Apenas podía pronunciar las palabras, ya que respiraba con tanta fuerza.

Emily se mordió el labio.

—Tal vez *no* lo sabe a ciencia cierta. Tal vez ésta es su manera de acercarse a nosotras y hacernos confesar. Está tratando de volvernos locas, a ver si nos hace decir la verdad.

—Em, entonces, ¿*todavía* crees que Ali es A? —espetó Aria.

Emily miró aterrorizada.

—Supongo que no.

Todos se volvieron y miraron la fotografía de nuevo. Por una fracción de segundo, parecía que Tabitha les estaba guiñando el ojo a ellas. ¡*Atrapadas!* Era la misma expresión que Ali solía tener cuando presionaba a las chicas para que hicieran algo que no querían hacer.

Y luego, claro como el día, llegó un desesperado lamento. Las chicas se voltearon. Hanna agarró la mano de Aria y Aria tomó la de Emily. El llanto persistía, cada vez más fuerte y más urgente.

—Un bebé —susurró Hanna.

—¡Violet! —gritó Emily.

Se lanzó por el pasillo, corriendo a ciegas hacia el sonido. Aria corrió tras ella y Hanna les seguía de cerca, con el corazón palpitando. Pasaron una oficina, un tocador, y una enorme cocina de mármol, impecablemente limpia que olía a limones frescos. El sonido parecía proceder de más allá de un conjunto de puertas francesas en el otro lado de la isla. Emily giró la cerradura y empujándola abrió una de las puertas.

Caminaron hacia un patio de ladrillo macizo. La niebla se había vuelto aún más densa, ya que habían estado en el interior. Los gritos resonaron maullando a través del aire, pero no había señales de un bebé en ningún lugar.

—¿Violet? —Emily se giró, con lágrimas en los ojos.



De repente, el ruido cesó. El silencio era ensordecedor. Hanna miró a sus amigas, la niebla se dispersaba alrededor de sus rostros. Pensó lo peor: ¿El bebé estaba *muerto*?

Snap.

Hanna se irguió, mirando el garaje y los árboles a través de la niebla. A pesar de que no podía ver nada, sintió una presencia. Entonces, lo oyó: pasos.

—Chicas. —Su voz temblaba.

—Tal vez es sólo Spencer —dijo Emily con valentía. La pantalla de su teléfono brillaba en la oscuridad—. Me envió un mensaje de que ya estaba aquí.

—Entonces, ¿dónde está su auto? —Aria hizo un gesto hacia el camino de entrada. Además del Subaru de Aria, no había ningún otro vehículo allí.

Emily se mordió el labio.

—Tal vez lo aparcó en la parte inferior de la colina y está caminando hacia arriba.

Hanna cruzó el patio hacia el camino de entrada.

—Alguien está aquí, y no se trata sólo de Spencer. Tenemos que advertirle.

187

Estaba a medio camino de pasar el garaje cuando escuchó el sonido de algo metálico, tal vez las llaves del auto, cayendo en el asfalto. Se quedó inmóvil y miró a su alrededor, pero lo único que podía ver era la niebla. Hubo unos pasos seguidos, y luego tensos susurros, una conversación de ida y vuelta que no pudo oír. Finalmente, hubo una explosión tan fuerte que Hanna se hizo daño con los dientes.

Se dio la vuelta y miró a sus amigas. Se quedaron paralizadas en el patio. Luego se dio la vuelta y miró el camino otra vez. Cuando vio una figura borrosa tirada y extendida cerca de unos macizos de flores, gritó. Quienquiera que fuera llevaba un abrigo pesado con una capucha que cubría su rostro, la única parte que Hanna podía ver era una mano, pequeña y delicada.

—¿Es Spencer? —chilló Aria.

Hanna pasó a tientas a través de la niebla hacia la figura. Las lágrimas corrían por sus mejillas sin control. ¿Spencer tiene una chaqueta así? ¿Se colocaba botas de cuero puntiagudas? De repente, Hanna se detuvo. ¿El asesino estaba cerca? ¿Eran las siguientes?

—¿Spencer? —Emily se colocó detrás de Hanna—. Spencer. —Miró a Hanna con horror—. ¿Crees que es ella...?



Hanna alcanzó a tocar la capucha, pero luego retiró la mano. Estaba aterrorizada de lo que iba a ver. El rostro de Spencer, ¿estaría congelada en un grito? ¿La mitad del cerebro de Spencer recogido dentro de la capucha?

Un auto pasó en la carretera y los faros iluminaron momentáneamente sus cuerpos. Cuando los rayos rebotaron en la figura sobre el suelo, Hanna notó que algo no estaba bien. Los pocos mechones de cabello asomándose por debajo de la capucha eran más pálidos que los de Spencer. La mano parecía venosa y mayor. Había un enorme anillo de diamantes en el dedo anular.

—¿Quién es? —susurró Aria.

Hanna, apoyándose en un aliento, retiró la capucha de la figura. Aria gritó. Emily se cubrió los ojos. Y así mientras el sonido de las sirenas llenaba el aire, Hanna miró hacia abajo. Los dos ojos cerrados y los labios tan entreabiertos. Parecía como si la persona estuviera durmiendo, salvo por la horrible herida justo por encima de la sien derecha. Miró todo el rostro, y entonces, se dio cuenta. Se dejó caer de rodillas, sintiéndose aliviada, horrorizada y confundida a la vez.

La figura en la tierra no era Spencer. Era Gayle.



Capítulo 31

Se descubre la verdad

Traducido por Eve

Corregido por Verónica y La BoHeMiK

Emily se quedó mirando las características inertes de Gayle, su piel pálida, y la sangre que se filtraba fuera de su cabeza. Un ruido estridente sonaba en sus oídos, y le tomó unos segundos darse cuenta de que era el sonido de sus propios gritos. Se dio la vuelta y se agachó, agitada sobre la hierba.

El sonido de las sirenas rugió más cerca, y un auto ronroneo por el camino. Era Spencer. Cerró la puerta y dio unos pasos hacia ellas, con una expresión confusa en su rostro. Entonces, vio la figura de Gayle en el suelo y se detuvo en seco. Su rostro registró una serie de emociones en una fracción de segundo, sorpresa, horror y miedo.

189

—Oh Dios mío —gritó—. ¿Esa es...?

—Gayle —dijo Emily con voz ronca y temblorosa.

Spencer miró como si estuviera a punto de vomitar.

—¿Qué pasó?

—No estamos seguras. —Las lágrimas corrían por el rostro de Aria—. Salimos al patio, porque oímos un bebé llorando, había toda esta niebla, oímos pasos, luego algo que sonó como un disparo, y después...

Patrullas de la policía aparecieron en la calle, y las chicas se congelaron. Los vehículos aceleraron en el camino de entrada y se detuvieron con un chirrido detrás del auto de Spencer. La boca de Hanna se abrió. Spencer instintivamente levantó las manos en señal de rendición. Emily dio un gran paso hacia lejos del cuerpo de Gayle.

Las puertas de los autos se abrieron y salieron cuatro policías. Dos de ellos acudieron al cuerpo caído y pidieron refuerzos, mientras que los otros dos se acercaron a Emily y sus amigas.

—¿Qué demonios está pasando aquí?



Emily miró al policía que había hablado. Tenía rubio y puntiagudo cabello, cicatrices de acné, y llevaba una brillante insignia dorada de teniente que decía *Lowry*.

—¡No hemos hecho esto!

—¡Podemos explicarlo! —gritó Aria al mismo tiempo.

Lowry se dio la vuelta y miró hacia la oscuridad más allá de los autos de policía.

—¿Dónde está la persona que llamó para que viniéramos hasta aquí?

—Estoy aquí —respondió una voz.

Otra figura emergió entre la niebla. Emily presumió sería un vecino, pero luego se dio cuenta de que el tipo vestía de negro, zapatos brillantes y el pelo castaño largo hasta los hombros. El estómago cayó a sus pies. Era Isaac.

—¿Q-qué estás haciendo aquí? —balbució Emily.

Isaac se quedó mirándola.

—Te seguí. Estaba preocupado por ti. Entonces, oí el disparo, así que llamé a la policía.

190

La cabeza de Emily giró.

—¡No tenías derecho a seguirme! Esto es privado.

—Si me hubieras dicho lo que estaba pasando no tendría que... —La voz de Isaac se quebró—. ¡Tenía miedo de que estuvieras en problemas! —Su mirada se posó en el cuerpo de Gayle, y su boca se tambaleó.

Lowry tomó el comunicador portátil de su cinturón, comprobó los refuerzos y la ambulancia. Luego miró a las chicas.

—¿Saben ustedes quién es esta mujer?

—Su nombre es Gayle Riggs —dijo Aria en voz baja.

Lowry la miró, masticando duramente su goma.

—¿Estaban tratando de robarle?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Emily—. ¡Sólo estábamos... aquí! ¡Alguien hizo esto! —miró a Isaac—. Dile que no haría algo así.

Isaac movió su mandíbula.



—Bueno, en realidad no vi lo que pasó. La niebla era muy espesa. Pero Emily *no haría* algo como esto, oficiales. No es una asesina.

El tipo que estaba sosteniendo a Spencer resopló.

—La gente puede sorprenderte.

Lowry mordió el chicle y miró a Emily.

—¿Quieres explicar lo que *estaban* haciendo aquí?

Emily miró con aire de culpabilidad a Isaac. Las luces giratorias de la parte superior del auto de policía emitieron luces azules y rojas en su rostro. Todavía la estaba mirando con amorosa preocupación.

—Es personal.

Lowry la miró molesto.

—Si ustedes no pueden explicar por qué están aquí, vamos a tener que llevarlas a la estación como sospechosas.

191

Sus amigas se quedaron sin aliento a su lado. El estómago de Emily se apretó. ¿En serio, podría permitir que sean acusadas de un crimen que no cometieron, sólo para mantener su secreto? Se aclaró la garganta.

—Estoy aquí porque pensé que mi bebé estaba en peligro. Pensé que había sido secuestrada. No sabíamos que Gayle Riggs vivía aquí. Nos mandaron un mensaje de que el bebé estaba en esta dirección.

Los ojos de Isaac se desorbitaron.

—¿Qué bebé?

Bajando los ojos, Emily tomó una respiración más profunda.

—Tuve un bebé este verano —dijo las palabras muy rápidamente.

Isaac la miró atónito.

—¿En serio?

Asintió con la cabeza.

—Es tuya, Isaac.

Por un momento, todo el mundo se quedó quieto. Isaac arrugó su rostro.



—Eh... ¿qué?

—Es cierto. —La voz de Emily tembló—. Me enteré varios meses después de que nos separáramos. Me escondí en Filadelfia el verano pasado y opté por dar al bebé en adopción. Conocí a Gayle, y estaba interesada en adoptar al bebé, pero decidí que quería dar al bebé a otra persona. Después, Gayle hizo amenazas que sonaban como si pudiera tratar de robar el bebé de la nueva familia. Así que cuando me dieron el dato de que el bebé estaba aquí, arrastré mis amigas a esto para ver si era cierto. —Emily pensó que era lo más cercano a la verdad—. Y realmente nos pareció que *estaba* aquí, oímos un bebé llorando. Pero entonces... se detuvo. Sin embargo, no hicimos nada para lastimar a Gayle —añadió—, no castiguen a mis amigas. Es por mí que están aquí.

Cuando terminó, su garganta estaba en carne viva y se sentía como si acabara de nadar el Canal Inglés. La expresión de Isaac se transformó de la incredulidad a la confusión y luego hacia la ira, todo en cuestión de unos pocos segundos.

—Una... *bebé* —chilló, con la voz quebrada—. ¿Una niña?

—Sí. —Emily sintió lágrimas en sus ojos.

Isaac pasó la mano por la parte superior de su cabeza.

—Increíble. —Dio un paso hacia la derecha, y luego se tambaleó vacilantemente hacia la izquierda. De repente, se dio la vuelta, tambaleándose hacia los otros dos policías de postura rígida. Emily dio un paso adelante para ir tras él, pero Hanna le tocó la parte baja de su espalda.

—Déjalo solo —susurró.

Segundos más tarde, más autos de policía, una ambulancia y un camión de bomberos rugían por el camino. Los policías saltaron de los vehículos y establecieron un perímetro alrededor de la escena del crimen. Un detective con una chaqueta gris sacó una cámara y tomó fotos de la figura sin vida de Gayle. Un hombre con un abrigo que decía FORENSE en la parte posterior examinó el cuerpo, asegurándose de que estaba muerta. Los perros de la policía ladraban en su correa, con la saliva goteando de sus mandíbulas. Las sirenas sonaban sin cesar, dando a Emily un dolor de cabeza.

El policía junto a Aria, un tipo corpulento y calvo, se volvió hacia Emily.

—¿De verdad esperas que creamos tu historia? —le preguntó.

—Es la verdad. —Emily se sentía derrotada—. Puedes consultar mi expediente médico del Hospital Jefferson.



—¿Por qué no viniste a la policía cuando la Sra. Riggs supuestamente hizo estas amenazas?

Emily miró a sus amigas. Spencer se aclaró la garganta.

—Ella no quería que sus padres supieran que estaba embarazada —dijo—. Pensó que podía manejar las cosas por sí misma.

—¿Y este mensaje que recibió, diciendo que el bebé estaba aquí? ¿Quién lo escribió?

El estómago de Emily se revolvió. Lo último que quería hacer era decirle a la policía acerca de A.

—Creo que fue un engaño. Alguien estaba jugando con nosotras.

—¿Por qué la Sra. Riggs está muerta? —espetó Lowry.

—No tengo idea —susurró Emily.

—¿Así que usted no sabe de dónde salió esto? —Lowry señaló algo en el suelo.

Emily siguió su dedo. Tendido al lado del codo de Gayle estaba un arma negra. Se mezclaba con el oscuro pavimento. Dio un saltó alejándose, como si se tratara de una serpiente de cascabel.

193

—Oh Dios mío.

—Oímos cuando se marchaba —dijo Aria.

—¿Vieron quién le disparó? —preguntó Lowry.

Todo el mundo intercambió una mirada de impotencia.

—La niebla era muy espesa —dijo Emily—. Lo único que escuchamos fueron pasos.

—Vi a alguien correr delante de mi auto. —Ofreció Spencer—, pero no le vi el rostro.

Lowry agarró la pistola con los dedos enguantados, lo colocó en una bolsa de plástico, y se lo entregó a uno de los detectives. El hombre tocó algo en un ordenador portátil. Emily se estremeció al lado de sus amigas, tratando de expresar lo que pensaba sin hablar. *¿Cómo había sucedido esto? ¿Y quién mató a Gayle? ¿Era completamente ajeno a nosotras o al bebé?*

O bien, Emily pensó con un escalofrío, ¿y si el asesino estaba *completamente* relacionado? ¿Era posible que Gayle *no fuera* A? ¿Era posible que *A* hubiera matado a Gayle?



Pero, ¿por qué?

Después de unos minutos de tortura, el detective volvió a las chicas.

—Está bien. El arma estaba registrada a nombre de Gayle Riggs. Según los registros, no había sido robada. Quien disparó debe haberla tomado de su casa.

El policía que sostenía a Aria señaló con su dedo hacia la oscuridad.

—Isaac vio que las chicas entraron a la casa. ¿Coincidencia?

—Sí —dijo Aria débilmente—. Fue otra persona.

Lowry miró el cuerpo de Gayle en el suelo, que ahora estaba cubierto con una sábana.

—Veremos las huellas dactilares en el arma. Los resultados deben de tomar algunas horas. —Luego miró a las chicas—. Hasta entonces, las cuatro vienen con nosotros.



Capítulo 32

Hora de la confesión

Traducido por Eve

Corregido por Verónica y La BoHeMiK

La última vez que Spencer había estado en la comisaría de policía de Rosewood fue hace un año atrás cuando Darren Wilden las trajo a ella y a sus amigas, la policía las había acusado de ayudar a escapar a Ian Tomas que estaba en custodia policial, así como de ser cómplices en el asesinato de Ali. El recinto había cambiado desde entonces, después de haber conseguido una nueva capa de pintura, nuevas ventanas en la fachada, una máquina de café de lujo que también hacía capuchino y chocolate caliente, y una sala de interrogatorios marginalmente mejor. En vez de la golpeada mesa de madera pintada por todas partes, había una nueva mesa brillante de metal.

195

No es que nada de eso hiciera que Spencer se sintiera más cómoda de estar allí.

Ella y sus amigas se sentaron en silencio alrededor de la mesa. Hanna se mordía la uña del dedo pulgar, que todavía estaba manchada de tinta de huellas dactilares. Aria seguía llorando, el maquillaje le caía a rayas por sus mejillas. Emily se estaba chupando el labio tan duro que parecía que podría desaparecerlo. Spencer se levantó de un salto y se puso a dar vueltas por la habitación, el roer que sentía en su estómago era demasiado insoportable. ¿Y si eran acusadas del asesinato de Gayle? ¿Y si las encierran de por vida?

Dejó de caminar.

—Chicas, quizás deberíamos decirles que A nos envió el mensaje para que fuéramos a la casa de Gayle. De todos modos probablemente van a preguntar acerca de eso.

Los ojos de Aria se abrieron.

—Sabes que no podemos hacer eso. A nos descubriría.

Spencer se volvió a sentar en la silla.

—¿Pero y si A es el asesino de Gayle?



Hanna frunció el ceño.

—Pero pensé que Gayle era A.

—¿En serio? —Spencer la miró—. ¿Después de lo que acabamos de presenciar?

—Eso no parece probable. —Emily se inclinó sobre sus codos—. ¿Qué pasa si planearon todo esto? ¿Atraernos a Mockingbird Drive? Es posible que no hubiera ningún bebé en la casa. Tal vez fue una grabación.

Aria entrecerró los ojos.

—Pero, ¿por qué matar a Gayle?

—Tal vez para culparnos a nosotras. —Spencer pensó por un momento—. O tal vez A pretendía llegar a nosotras primero, pero Gayle se puso en el camino. ¿No se suponía que tenía que estar en la recaudación de fondos?

Cerró los ojos y pensó en esos aterradores segundos cuando había salido por el camino de Mockingbird Lane. Una figura se había quedado en la parte delantera del auto, y luego se lanzó a través de la calle hacia el bosque. Vestía todo de negro y tenía una capucha ceñida. Spencer no había sido capaz de decir si era un chico o una chica.

196

Hanna se aclaró la garganta.

—Pero Gayle es la mamá de Tabitha. Fue a robar a Violet. Se encontraba en Princeton cuando Spencer también lo estaba, se infiltró en la campaña de mi papá y me amenazó en la carrera. Tiene mucho sentido que ella sea A.

—Estoy de acuerdo —dijo Aria.

—Entonces, ¿por qué Gayle está muerta? —exigió Spencer.

La puerta se abrió, y todas se levantaron. Lowry atravesó la sala e hizo un movimiento para que las chicas se movieran. Había una expresión cansada en su rostro, y sostenía una taza de café humeante en la mano.

—Bueno, ninguna de las huellas en el arma coincide con las de ustedes.

Spencer se levantó bruscamente.

—¿De quién eran las huellas que estaban en el arma?

—De la Sra. Riggs. —Lowry le dio un sorbo a su café—. Y un conjunto de impresiones del que no tenemos constancia. Podrían ser de su marido. Acaba de llegar de Nueva York, y los quiero a todos juntos para hablar.



Spencer intercambió una mirada de terror con las chicas. El esposo de Gayle era el *padre* de Tabitha.

Antes de que pudiera decir una palabra, un hombre alto y delgado, entró en la habitación. Spencer lo reconoció por las noticias acerca de Tabitha, el padre dolido que haría cualquier cosa por tener a su hija de vuelta. Sus ojos estaban teñidos de rojo, y la expresión en su rostro era como si acabara de ser alcanzado por un rayo. Cruzó los brazos, aterrorizada de que él supiera lo que le habían hecho a su hija, pero el Sr. Clark parecía demasiado catatónico para notarlo.

Lowry dobló sus manos sobre el respaldo de una silla vacía.

—Sr. Clark, me gustaría aclarar la historia de la Srta. Fields, nos habló acerca de su esposa. —Miró a Emily, y luego al padre de Tabitha—. Le pido disculpas de que tengamos que hacer esto tan pronto después de su muerte, es importante para nuestra investigación.

Repitió lo que Emily le había contado acerca de Gayle, de querer adoptar a su bebé este verano, y terminando en que Emily estaba preocupada de que Gayle le hubiera robado el bebé esta noche, además de que oyó un bebé llorando en el porche trasero. El Sr. Clark contempló a Emily, mirándola sorprendido.

197

—Nunca me dijo sobre el deseo de adoptar un bebé el verano pasado —dijo débilmente.

Spencer lo miró fijamente, sin poder creer lo que estaba oyendo. ¿Cómo podría Gayle no haberle dicho a su marido?

—Dijo que usted lo sabía —dijo Emily. Spencer se sorprendió por su capacidad de hablar, si en este momento fuera ella la interrogada, probablemente se escondería debajo de la mesa—. Dijo que iba a ponerlo usted en el teléfono, pero nunca lo hizo.

—Probablemente porque le dije claramente que no quería adoptar. —El Sr. Clark se frotó la parte superior de la cabeza—. Entonces, ¿qué pasó? ¿Por qué no le diste el bebé?

Emily balanceó la garganta.

—Elegí a otra familia. Eso es todo.

El Sr. Clark parpadeó rápidamente.

—¿Fue porque nunca hablaste conmigo? ¿Era porque pensabas que no éramos un buen partido?



—Es difícil de explicar —murmuró Emily, mirando sus zapatos de tacón.

Los ojos del Sr. Clark estaban vacíos y huecos mientras miraba hacia la pared detrás de las chicas.

—A veces Gayle metía ideas en su cabeza que no podía dejar de lado. Podía ser muy decidida, incluso terca, para conseguir lo que quería.

Se sonó la nariz.

—Sin embargo, te aseguro, que no secuestramos niños. No le habíamos dicho a nadie, pero Gayle acababa de tomar una prueba de embarazo la semana pasada. Fue positivo, y estaba feliz. —Él negó con la cabeza—. Habíamos trabajado muy duro para que quedara embarazada. Ésta fue nuestra quinta ronda de tratamientos de fertilidad. Habíamos pasado por tanto dolor. —Sus hombros empezaron a temblar—. Esto no puede estar pasando. Primero Tabitha, ahora Gayle.

Tabitha. El sólo escuchar su nombre era una tortura. Spencer se acercó y tomó la mano de Emily. Hanna y Aria parecían que iban a explotar.

Emily cambió de postura.

198

—Lo siento mucho por su hija. Eso debe haber sido muy difícil para ustedes como padres.

Las cejas del Sr. Clark bajaron y se volvió hacia ellas.

—Bueno, Gayle era la madrastra de Tabitha. Fue duro para ella, por supuesto, sobre todo porque tenían algunos... problemas. Tabitha tenía problemas de comportamiento. Gayle había insistido en enviar lejos a Tabitha, y finalmente cedi.

Spencer intercambió una secreta mirada de sorpresa con Emily y las demás. *¿Madrastra?* Eso explicaría por qué nunca estuvo en las noticias y tenía un apellido diferente.

El Sr. Clark puso su cabeza entre las manos.

—No debería haber cedido a la presión de Gayle para enviar a Tabitha lejos. Y también cometí tantos errores con Gayle. No debería de haberla molestado acerca de todas las tarjetas que estaba usando, ni todo el dinero que gastaba en fiestas. No debería de haberle gritado por el dinero que desapareció el verano pasado. Sólo quiero volver. *Necesito* que vuelva.



Dejó escapar un gemido. Lowry se levantó, echó a las chicas fuera de la habitación y después las saco. Una vez que estuvieron lo suficientemente lejos, se puso las manos en los bolsillos y tintinearón las monedas sueltas.

—No creo que tengamos que hacerle más preguntas sobre el secuestro de su bebé, Srta. Fields. Además acabo de recibir un mensaje de la policía que continúa con la búsqueda en la casa. No encontraron ninguna pista, y desde luego no encontraron ningún bebé.

La garganta de Emily se balanceaba mientras tragaba.

—Está bien —dijo en voz baja.

Lowry frunció el ceño.

—¿Incluso como una broma, sabes quién podría haberles enviado a la casa de la Sra. Riggs?

Emily lanzó una mirada nerviosa a las otras, luego negó con la cabeza.

—No lo sé. Pero no creo que tenga que ver con el asesinato de Gayle. Somos las Pretty Little Liars. La gente nos envía mensajes falsos todo el tiempo, y esto sólo era una terrible coincidencia.

199

Sus labios temblaban. Spencer podía decir que odiaba mentir. Casi saltó a decirle al policía todo lo relacionado con A, pero luego se contuvo.

Lowry dejó escapar un suspiro frustrado de, *por qué estoy perdiendo el tiempo*.

—Chicas tienen la libertad de irse. Pero no crean que estarán fuera de la investigación. Ustedes estaban en la propiedad de otra persona sin permiso, y son testigos de un asesinato. Si hay algo que no me están diciendo, como sobre quién envió este texto, será mejor que lo digan. Y ya que son menores de dieciocho años, voy a tener que llamar a sus padres acerca de esto.

Emily se estremeció.

—¿Y qué les van a decir?

Lowry la miró fijamente.

—Que estaban invadiendo una casa. Que fueron testigo de un asesinato. Personalmente, Srta. Fields, creo que deberías decirles toda la verdad. Pero no puedo tomar esa decisión por ti.

Con eso, abrió la puerta y dejó que Spencer y las demás salieran. El reloj digital fuera del banco al otro lado de la calle, decía que era casi las tres de la mañana. No había ni



un auto en la Avenida Lancaster. Spencer se colocó el abrigo alrededor de ella y miró profundamente a sus amigas.

—Está bien. ¿Acaban de escuchar lo que me *pareció* oír?

—También estoy teniendo un tiempo difícil de creer —susurró Hanna.

—Fue por eso que la vi en Babies “R” Us —murmuró Aria—. Pensé que se estaba preparando para *tu* bebé, Em, pero debe de haber estado comprando para su propio bebé.

—Pero me amenazó —dijo Hanna en un hilo de voz.

Spencer se tocó los labios pensativamente.

—¿Qué fue exactamente lo que dijo?

—Que quería lo que le debían. Es decir el bebé.

—¿Qué pasa si Gayle no estaba hablando sobre el bebé? ¿Y si estaba hablando sobre el *dinero*? —Spencer hizo un gesto en dirección a la estación de policía—. El Sr. Clark acaba de decir que Gayle perdió algo de dinero durante el verano. ¿Y si era el dinero que le dio a Emily para el bebé?

200

—Le devolví ese dinero —protestó Hanna.

—Lo pusiste en el buzón de Gayle. Alguien podría fácilmente haberlo robado —señaló Spencer—. ¿Qué pasa si Gayle pensó que Emily la estafó? ¿Y si había estado enojada todo el tiempo porque pensó que tomaste su dinero y huiste? —Ella parpadeó con fuerza, las piezas del rompecabezas repentinamente se unían, juntándose de una manera diferente—. Podría tener sentido. ¿Qué pasa si A robó el dinero del buzón de Gayle para hacerla enojar, lo que haría que ella fuera hacia nosotras? ¿Qué pasa si A se aprovechó de la situación y sospechábamos de alguien inocente, al igual que lo que ocurrió con Kelsey?

—Pero... —Aria se mordió la uña—. La *mamá* de Tabitha era Gayle.

—*Madrastra* —corrigió Spencer—. Parecía que no había ningún amor entre ellas, tampoco.

—Tal como dijiste Spencer, A nos podría haber atraído a la casa de Gayle tratando de atraparnos —dijo Emily—. Quizás A no había esperado que Gayle estuviera allí esa noche. Se suponía que debía de estar en la gala. Pero luego se fue. Tal vez tomó a A por sorpresa. Y entonces, A la mató.



Spencer asintió con la cabeza, pensando en lo mismo. ¿Gayle, inadvertidamente, les había salvado la vida? Si no hubiera estado en la casa, ¿a quién habría matado A en su lugar?

Aria y Hanna se miraron, pero no dijeron nada. Siguió un largo silencio. Un solitario Honda Civic rodó a través de un semáforo sin esperar a que la luz cambiara a verde. Un letrero de neón parpadeaba en la avenida.

—¿Crees que es cierto? —La piel de Hanna estaba pálida—. ¿Crees que nos equivocamos *otra vez*?

Spencer se estremeció, mirando hacia la distancia.

—Tal vez —susurró.

Y otra persona había muerto a causa de ello.



Capítulo 33

El confidente de Aria

Traducido por Eve

Corregido por Verónica y La BoHeMiK

A la mañana siguiente, Aria se sentó con las piernas cruzadas en el piso de la sala en la casa de su papá, tratando de meditar. *Deja de lado todo tu estrés*, dijo una voz suave a través de sus auriculares. *Inhale y exhale e imagine todo lentamente flotando lejos...*

Sin embargo, era más fácil decirlo que hacerlo, porque la pálida imagen de Gayle con el rostro desangrado seguía saltando en la mente de Aria. Las noticias no habían hablado de otra cosa más que del asesinato de Gayle en toda la mañana, y todo el mundo estaba histérico ya que otro asesino en Rosewood podría estar en libertad. Milagrosamente, Aria y las otras chicas no fueron mencionadas en la historia. Ayer por la noche, cuando el papá de Spencer descubrió que las chicas habían sido llevadas a la comisaría para ser interrogadas sobre el asesinato de Gayle, de inmediato había dejado su apartamento en Filadelfia, conducido a Rosewood, y tuvo una larga conversación con el teniente Lowry, que pasó a ser el hijo de uno de sus mejores amigos. Porque no había ninguna evidencia de que las chicas hubieran *hecho* algo, además de que habían pasado por mucho escrutinio de los medios el año pasado, y porque el Sr. Clark no estaba presentando cargos por allanamiento, los policías habían acordado no revelar los nombres de las chicas a la prensa.

Hubo mucha especulación en la prensa sobre quién podría ser el asesino de Gayle, alguien que estaba detrás de su dinero, un enemigo de su marido o el socio de un negocio que se echó a perder. Nadie había imaginado que las Pretty Little Liars estaban involucradas.

La idea de que A *no era* Gayle y que A les había tendido una trampa en la casa de Gayle, aterrizaba a Aria, de quién fuera que se tratara, era diabólico y brillante. Y en todo caso, todavía no sabían qué había pasado con el bebé de Emily. Ninguna de ellas había recibido un mensaje de A desde que apareció en el buzón de entrada de Emily en la fiesta, así que tal vez todo el asunto, incluyendo el llanto del bebé, fue un engaño. Una buena cosa había sucedido: temprano por la mañana, Aria recibió un texto de Hanna, diciendo que finalmente había rastreado la dirección de la familia que había



adoptado a Violet, utilizando los registros de votantes de su papá. *Viven en Chestnut Hill*, decía el texto. *Em quiere pasar por la casa, y quiere que vayamos con ella*. Ellas organizaron una salida para llegar hasta allí en la noche. Hanna añadió que le había pedido prestado el auto a Kate, pues podría ser bueno para que la gente no lo asociaran con ninguna de ellas. Aria entendía a Hanna sin tener que explicar: un auto irreconocible significa que será menos probable que A las siguiera. Si A estaba en libertad y no tenía problemas para matar a las personas, entonces, no podían correr el riesgo de conducirla directamente hacia Violet.

Ahora muévase en posición de perro mirando hacia abajo, dijo la voz melodiosa de los auriculares de Aria.

Aria puso sus manos en la alfombra y señaló con el culo al aire. Oyó pasos y miró hacia arriba. Meredith se apoyó en el marco de la puerta, con los dedos cruzados en un delantal alrededor de su cintura.

—Pensé que habías dicho que no estabas en el yoga.

Aria se sentó rápidamente, sintiéndose culpable.

—Eh... —Se interrumpió, incapaz de encontrar una excusa apropiada.

203 Meredith se sentó en el borde del sofá y sacudió los flecos de una de las almohadas.

—Fue muy agradable hablar contigo acerca de esta cosa entre tu papá y yo el otro día.

La boca de Aria se movió.

—Eh, sí —murmuró, sin saber si lo decía en serio.

—Nunca he sido capaz de decirle a nadie acerca de cómo eran las cosas de difíciles — continuó Meredith—. Me doy cuenta de que no eras la persona adecuada, y entiendo que probablemente no importaba si las cosas eran difíciles para mí o no. Pero sí sé que te hice daño. Y quiero que sepas que nunca quise hacerlo. No quise separar tu familia. Me siento muy mal por eso todos los días.

—Piensa en cómo *yo* me sentía —dijo Aria, sintiendo una oleada de ira—. *Yo* sentí que iba a romper a mi familia si no guardaba el secreto. Pero también me sentí como si estuviera traicionando a mi mamá por no decir nada.

—Lo sé —dijo Meredith con seriedad—. Y lo siento por eso. Pero después de que las cosas fueron descubiertas, ¿te sentiste mejor?

Aria arqueó la espalda, examinando la luz colgante del techo de madera.



—Fue horrible esconderlo. La anticipación de ser descubierto era incluso peor a que las personas supieran la verdad. Supongo que me sentiré mejor con el tiempo.

Meredith hizo girar en su dedo el anillo de compromiso que Byron le había dado.

—¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Me preguntabas todo eso porque tenías curiosidad sobre mí, o era porque se trataba de tu propio secreto? ¿Algo que no querías decirle a nadie?

La cabeza de Aria se levantó bruscamente, y por un momento, temió que A le hubiera mandado un mensaje a Meredith, diciéndole todo. Pero la expresión de Meredith era inocente, incluso de cuidado. Como si le importara lo que le pasaba a Aria. Por un momento la sentía casi como, bueno, no una madre exactamente, pero si más familiar.

—Algo así —murmuró Aria en su pecho.

—¿Estás bien?

Aria se encogió de hombros, sin responder.

Meredith suspiró, luego tocó la rodilla de Aria.

—Lo siento mucho. Los secretos te pueden comer vivo. Te descomponen el alma. Siempre es mejor tener las cosas al descubierto.

204

Aria asintió con la cabeza, deseando que Meredith se lo hubiera dicho hace unos días, en lugar de decir tonterías sobre cómo guardar secretos, ya que, a veces, era lo mejor para los demás. *No más secretos*, Noel le había dicho a Aria la semana pasada. Por supuesto que tenía derecho a estar furioso con ella, le había guardado algo enorme, algo que merecía saber. ¿Cómo podía esperar tener una relación real con él si ella no compartía sus sentimientos más íntimos, esas cosas que hacían mejorar o romper a una pareja? Eso era lo que quería Noel. Eso era también lo que quería Aria, con él.

De repente, se abrió una puerta en su mente. Miró su reloj. Noel probablemente no había ido a la escuela todavía. Con un poco de suerte, lo podría alcanzar... y tratar de arreglar las cosas.

Sonaron fuertes pasos que revelaron la presencia de Noel desde el otro lado de la puerta principal.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo bruscamente cuando abrió y vio a Aria.

Ella jugueteó con la bufanda de mohair que tenía alrededor de su cuello.



—Vine a pedir disculpas y a dar explicaciones.

Noel se alejó.

—Ahorra tu aliento.

Estaba a punto de cerrarle la puerta, pero Aria la agarró.

—Escúchame, ¿de acuerdo? Lo siento, no te dije lo que pasó con tu papá. Tenía miedo de lo que le haría a tu familia. Odiaba la idea de estar juntos y saber un secreto sobre ti, así que pensé que sería mejor si estábamos separados.

El teléfono de la familia Kahns sonó dentro de la casa, dejando escapar un par de estridentes repiques.

—Noel, ¿puedes contestarlo? —pidió la Sra. Kahn. Pero la mirada de Noel quedó en Aria. No dijo nada, sólo la miró.

—Estaba tratando de protegerte —continuó Aria, llenando el silencio—. Ya le había hecho daño a mi familia a causa de un secreto. No quería hacerle eso a tu familia, también. Me preocupo más por ti de lo que me preocupo por nosotros Si eso tiene algún sentido. Y sabía que la familia lo es todo para ti. Es por eso que lo hice.

205

Cerró la boca, con el corazón acelerado. A pesar de que no era toda la verdad, era lo más cerca que podía llegar sin decirle sobre A. Porque no había manera de que pudiera hacer eso, no si A estaba libre, y menos si andaba tan dispuesto a asesinar a las personaas. Aria amaba demasiado a Noel como para ponerlo en peligro.

Hubo una larga pausa. Noel miró a sus pies, aparentemente sopesando sus emociones. Aria contuvo su nervioso estómago. ¿Y si le cerraba la puerta en la cara? ¿Y si no le importaba?

Pero, de repente, Noel estiró los brazos.

—La cosa es, Aria, que me preocupo más por *nosotros* de lo que lo hago por *mí*. No importa lo que tengas que decirme, sólo tienes que decirlo, ¿de acuerdo?

Aria cayó sobre él y se abrazaron durante mucho tiempo. Por la forma en que sus brazos la rodearon fuertemente a su alrededor, como si no quisiera dejarla ir, estaba claro que la había perdonado.

—Lo siento mucho —le susurró al oído.



—Lo sé —dijo Noel—. Yo también lo siento. *Yo* debería haberte contado lo de mi papá en lugar de dejar que lo descubrieras por ti misma. También escondí algo. —Él se alejó y le tocó la punta de la nariz—. ¿Me puedes perdonar?

—Por supuesto —dijo Aria, abrazándolo con más fuerza. Nunca se había sentido tan conectada a Noel, *a cualquier persona*, en toda su vida. Pero mientras acariciaba su nariz en su pecho, escuchó algo a través del patio y levantó la vista. Sonaba como si alguien estuviera aclarándose la garganta. Examinó los árboles por una señal de vida. Las ventanas de la casa estaban cerradas. Un pájaro sentado en la valla, subía y bajaba la cola.

No hay nadie aquí, se dijo, y trató de tragarse el miedo lo mejor que pudo. Pero se atascó en su garganta, dejándole un mal sabor en la boca.

A estaba aún por ahí, después de todo. Y era muy posible que estuviera escuchando de cerca. Pero A había tomado mucho de ella. Y no conseguiría a Noel, también.



Capítulo 34

Los efectos secundarios de un acechamiento sorpresa

Traducido por Eve

Corregido por Verónica y La BoHeMiK

207

Más tarde ese lunes por la mañana, Hanna se dirigió al estacionamiento de Rosewood Day. Las nubes se cernían pesadas y bajas en el cielo, haciendo coincidir su estado de ánimo. Kate, quien viajaba a su lado, había puesto la radio en las noticias de WKYW. El presentador de noticias local estaba recapitulando el trágico asesinato de Gayle. “La Sra. Riggs fue una gran benefactora del Museo de Arte de Filadelfia, el acuario de Camden, y Big Brothers Big Sisters de Nueva Jersey”, decía el periodista, la barra de noticias resonaba en el fondo. “Le echaremos mucho de menos. El funeral es mañana por la mañana, y se espera que la muchedumbre se registre para asistir. A la Sra. Riggs le sobrevive su esposo, a pesar de que recientemente perdió una hijastra, Tabitha...”

Hanna apagó la radio abruptamente.

—Esto es tan horrible —murmuró Kate, observando su manicura—. ¿Realmente no viste quién la mató?

—*Shh* —susurró Hanna, a pesar de que eran las únicas personas en el auto. Cuando salió de la estación de policía la noche anterior, había llamado a su papá y le dijo gran parte de la historia que estaba dispuesta a explicar. Que se había ido en una búsqueda inútil con Emily, que no sabía que era la casa de Gayle, y que se sorprendió al encontrar a Gayle muerta en el camino de entrada. Naturalmente, su padre se había horrorizado, y llamó a su jefe de campaña y secretario de prensa para el asesoramiento sobre la mejor manera de hacer girar la noticia. Kate había estado al tanto de la conversación, pero en lugar de mirar a Hanna como si fuera un fenómeno de la naturaleza o una loca asesina, fue simpática.

—Eso debe de haber sido horrible —le había dicho con una mirada de preocupación en su rostro.

Por suerte, el papá de Spencer había encontrado una forma de mantener controlado al Departamento de Policía de Rosewood para que no le dijeran a la prensa que las chicas estaban en la propiedad de Gayle, y también, todos los que conocían el secreto



juraron no hablar. Pero el padre de Hanna todavía le dio un severo sermón en la intimidad de su dormitorio.

—Aquellas fotos sobre las que me hablaste son bastante malas —dijo con los dientes apretados—. ¿Qué estabas haciendo, allanamiento? ¡Podrías haber conseguido que te mataran!

Hanna odiaba ver a su papá decepcionado de ella y más o menos prometió no salir de la casa hasta que las elecciones terminaran. Pero cuando su papá la presionó sobre lo que estaba haciendo en la propiedad de Gayle, para empezar, buscó una excusa. No había manera de que pudiera decirle sobre el bebé de Emily o A.

Hanna se detuvo en un espacio del estacionamiento y salió del auto. Caminó hacia la entrada lateral, y Kate se dirigió hacia el ala de arte, donde estaba su aula. Algunos chicos hicieron una pausa para mirar a Hanna como si estuviera en llamas.

—Perdedora —murmuró Devon Arliss, lanzando los engranajes de su equipo de esquí en la parte posterior de su auto. Kirsten Cullen dejó de enviar mensajes de texto en su teléfono y se echó a reír. Phi Templeton y Chassey Bledsoe, cada una se dieron codazos en la loma donde estaban tendidos todos los fumadores, y Lanie Iler y Mason Byers se detuvieron el tiempo suficiente para susurrar “*Psicópata acosadora*” en voz lo suficientemente alta para que lo escuchara. Hanna creía que con un asesinato local, se olvidarían del video, pero supuso mal.

208

La tortura tampoco se detuvo cuando llegó a los pasillos. Todo el mundo sentado en la entrada de la cafetería de la escuela, levantaron la cabeza y susurraron sobre el video que todos habían recibido la noche anterior. Incluso algunos profesores la miraron con las cejas levantadas. Hanna bajó la cabeza y corrió hacia su casillero tan rápido como pudo, pero las risas desagradables se sentían como agujones en su piel. Su nariz comenzó a temblar, pero *no* podía dejar que nadie la viera llorar. Ser la perdedora de la escuela ya era bastante malo.

Abrió bruscamente su casillero y sacó un puñado de libros sin mirarlos para ver si eran los adecuados para alguna de sus clases. Entonces, una figura familiar en el extremo del pasillo le llamó la atención. Mike estaba de pie junto a Colleen, con su mano en el hombro de ella. Hanna se dio la vuelta, dispuesta a desaparecer. No podía hacerles frente y ver sus sonrientes rostros en este momento.

Cerró los ojos, contó hasta diez, y luego comprobó el pasillo otra vez. Todavía estaban allí de pie. Pero cuando Hanna miró más de cerca, vio lágrimas en los ojos de Colleen. Mike le tendía sus manos. Luego bajó la cabeza, palmeó el brazo de Colleen, y se dirigió por el pasillo. Directo. Hacia. Hanna.



Mierda. Hanna azotó su casillero de golpe y empujó sus libros en su mochila lo más rápido que pudo. La mirada de Mike estaba en ella mientras zigzagueaba alrededor de un grupo de estudiantes de primer año, unos tontos en frente de una de las salas de química. Estaba claro que iba a pagar por espiar a Colleen y por robar sus fotos. Por una parte, Hanna realmente no quería enfrentarse a él, pero por otro lado, sabía que se lo merecía. ¿No iba *ella* a querer gritarle a la Nueva A, si es que alguna vez se encontraban cara a cara?

—Hanna —dijo Mike cuando se acercó.

—Lo siento —le espetó—. Soy la más grande imbécil, y nunca debí haber seguido a Colleen. Tengo sus fotos. Puede tenerlas de regreso, y voy a pagar por ellas.

Hanna se preparó, pero luego sintió la inesperada sensación de la mano de Mike deslizándose en la de ella. Había una expresión en su rostro que no podía leer.

—Estoy seguro de que a Colleen le gustara saber eso, Hanna. Pero, en realidad, creo que lo que hiciste fue algo... increíble.

Al principio, Hanna pensó que la música clásica que se bombeaba a través de los altavoces del pasillo estaba jugando con su cerebro.

209

—¿Perdón?

Los ojos de Mike brillaron.

—Has seguido a Colleen porque querías ver qué tenía ella que no tenías tú, ¿verdad? ¿Por qué salía con ella en vez de hacerlo contigo?

Hanna se mordió el interior de la mejilla.

—Bueno, un *poco*...

—Me querías de regreso, *demasiado*. —Mike se enganchó la mochila más alto en su hombro—. Nadie me ha gustado tanto.

—A Colleen le gustas mucho —murmuró Hanna.

Mike miró por encima de su hombro a los estudiantes que estaban en los pasillos.

—Lo sé. Me siento mal. Pero... ella no es para mí. —Él se acercó más—. Tú lo eres.

Un músculo en la mandíbula de Hanna se movió. Olía la familiar esencia de pino de Mike, un aroma ahumado. Siempre le tomaba el pelo por oler como a un hotel de esquí. Lo había extrañado tanto.



Pero luego hizo una mueca.

—Así que espera. ¿Duermes con Colleen, y luego rompes con ella una semana después? Es una gran mierda lo que estás haciendo, Mike.

Él le dio una mirada de loco.

—¿Quién te dio la idea de que Colleen y yo estábamos durmiendo juntos? Sé que soy un semental y todo, pero sólo habíamos estado saliendo durante un par de semanas.

—Pero Mason y James... les oí decir... —Hanna se pasó la lengua por los dientes—. Espera. ¿Es sólo una cosa de hombres? ¿Los chicos simplemente asumen que todo el mundo lo está haciendo con sus novias?

Mike se encogió de hombros.

—Eso creo. —Él le dio una sonrisa dulce y vulnerable—. Hanna, ¿honestamente? Me estoy reservando para ti.

Fuegos artificiales se dispararon en la cabeza de Hanna.

—Bueno, es tu día de suerte —murmuró—. También me estoy reservando para ti. ¿Recuerdas lo que te dije sobre el Camino Marwyn? Soy tu juego si tú lo eres.

210

Mike se inclinó nuevamente hacia ella, y Hanna saboreó cada segundo de su beso. Entonces, Mike se apartó y acercó a Hanna a su lado.

—Por lo tanto, Srta. Acosadora. ¿De todos modos, qué has sacado de Colleen? ¿Algo bueno?

La música entre las clases se detuvo, y cuando Hanna miró a su alrededor, se dio cuenta de que la mayoría de los estudiantes habían entrado a los salones. Se lamió los labios, considerando lo que había descubierto, pero de repente, no importaba tanto. Exponer un secreto sólo era importante cuando se sentía amenazada por alguien, cuando se sentía insegura o tenían algo que deseaba, o tenía miedo, y Colleen no iba a hacerla sentir eso nunca más. Ella no era como A, quien buscaba venganza.

—Nah, nada bueno en absoluto —dijo, tomando la mano de Mike y tirando de él por el pasillo. Sentía la liberación de que ya no ser la A de Colleen.

Lo único que faltaba para que todo fuera perfecto era que *su* A también desapareciera.



Capítulo 35

Cualquier club que no quiere a Spencer como miembro...

Traducido por Eve

Corregido por Verónica y La BoHeMiK

Esa tarde, Spencer se sentó en la mesa de la cocina con sus padres. Su papá miraba fijamente su teléfono, y su madre bebía a sorbos un té helado. Se parecía casi a los viejos tiempos, cuando sus padres todavía estaban juntos. Pero el Sr. Pennythistle también estaba allí y se apoyaba contra la isla de la cocina, con los brazos se cruzaban sobre su pecho.

—No puedo agradecerte lo suficiente por lo que has hecho, Peter —dijo la mamá de Spencer, retorciendo un pañuelo entre las manos—. Lo último que necesita esta familia es otro escándalo.

211

—Me alegro de haber podido ayudar —dijo el Sr. Hastings—. Quería protegernos a todos, y la mancha de Spencer en Princeton. —Entonces, le dio una mirada severa—. Todavía no entiendo en lo que estabas pensando. Alguien tenía un *arma*, Spencer. ¿Qué pasa si te hubieran atrapado en el fuego cruzado?

—¿No has tenido suficiente? —La Sra. Hastings intervino—. ¿Qué tenemos que hacer, encerrarte en tu cuarto hasta que te vayas a la universidad para que no te metas en más problemas?

—He dicho que lo siento —murmuró Spencer. Había dicho la misma frase tres veces.

El timbre sonó, la Sra. Hastings se sorprendió tanto que casi dejó caer su taza.

—¿Quién puede *ser*? —se quejó.

—Yo voy. —Spencer se levantó del asiento, cerró la cremallera de su sudadera, y caminó hacia la puerta, rogando que no fuera ese policía con más preguntas. Una cabeza rubia se movía de un lado a otro detrás de la ventana. Spencer se detuvo en seco. Ésa era... ¿Harper?

Abrió la puerta. El aire frío se arremolinaba en la sala. Harper tenía el abrigo abotonado hasta el cuello, y la punta de la nariz de color rojo brillante. También tenía los ojos rojos, como si hubiera estado llorando sin parar. Las comisuras de sus labios



hicieron un gesto de rechazo, y durante unos largos segundos, no dijo ni una palabra, sólo la miraba.

—Eh, ¿por qué no estás en Princeton? —dijo Spencer con cautela.

Los ojos de Harper ardieron.

—Porqué estoy en probatoria académica. Por *tu* culpa.

Spencer miró por encima del hombro para asegurarse de que su mamá no estaba escuchando.

—¿Qué quieres decir?

Harper se hundió en una cadera.

—¿No es obvio? El comité disciplinario me culpó por hacer una fiesta con drogas. — Una siniestra mirada cubría su rostro—. Sin embargo, es curioso. Recuerdo que me dijiste acerca de traer unos brownies que tenían algunos ingredientes especiales en ellos. De hecho, parecías muy orgullosa de ti misma.

Spencer levantó las manos en un gesto de *Wow*.

212 —¡No mezqué con el ácido! ¡Fue otra persona!

Un resoplido grotesco salió de la boca de Harper.

—*Correcto*. Vas a caer. Voy a asegurarme de que no seas bienvenida en Princeton el próximo año.

El estómago de Spencer se torció en nudos. El ir a Princeton parecía que iba a ser un increíble nuevo comienzo, un escape de Rosewood, y había estado tan emocionada por su amistad con Harper y las otras chicas. Pero mientras A estuviera en su vida, nunca sería capaz de seguir adelante. A la seguiría dondequiera que fuera. Los mensajes de texto, las fotos y los videos, todavía llegarían rápida y furiosamente, incluso si se iba a la China. Incluso si se iba a la Luna.

Videos. De repente, una luz se encendió en su cabeza.

—No te vayas todavía. Tengo algo que deberías ver.

Spencer entró en el vestíbulo y encontró a su iPhone en su bolso. Luego marchó triunfalmente hacia la puerta abierta. Harper estaba de pie en el porche, mirándola molesta.



Spencer empujó el teléfono en la cara de Harper y pulso REPRODUCIR. El video de Harper destrozando la casa Ivy apareció a la vista. Primero arrancó las cortinas de las paredes y las cortó. A continuación, sacó el relleno de las almohadas. Golpeó los libros de las estanterías, rompió un jarrón y decoró un cuadro con rímel.

El rostro de Harper se retorció.

—No se trata de mí.

Spencer se burló.

—Buen intento. —Agarro el teléfono de Harper antes de que pueda eliminar el video—. No quiero hacer esto, pero si dices algo de mí, yo diré de ti. Dudo que Ivy vea con buenos ojos el vandalismo. Y no tienes ninguna prueba sólida sobre mis brownies mezclados con algo, sólo lo que te dije cuando estábamos arriba. Yo, en cambio, tengo un video. Podrías estar en una peor situación de lo que ya estás.

La mirada de confianza en el rostro de Harper se desvaneció. Abrió y cerró la boca un par de veces, y su rostro se puso morado.

—Bien —escupió finalmente—. Pero no te *atrevas* a pensar que te estás ganando a Ivy. Puedo estar en libertad condicional, pero todavía tengo poder allí. Y voy a hacer que se mantenga lejos, muy lejos de ti.

213

—No me importa —dijo Spencer, tratando de sonar tan indiferente como pudo a pesar de que las palabras de Harper le hacían daño—. De todos modos, no me agradan ninguno de ustedes.

Luego cerró la puerta en la cara de Harper, sintiendo las lágrimas en los ojos. Todo se sentía tan jodido y mal; el perfecto plan para su vida se había caído a pedazos. Se suponía que debía de disfrutar estar en Ivy, que iba a ser su conexión a un futuro increíble. Las chicas y los chicos de Ivy se suponían que fueran sus amigos instantáneamente, la gente siempre la conocería. Ahora, la única persona en Princeton que hablaría con ella era Reefer.

Cambió de postura. Pero tal vez eso no sería tan malo. Pensó acerca de cómo había estado tontamente con Reefer en la cena de Princeton. Lo emocionado que había estado cuando la hizo oler la hierba que había hecho por sí mismo. No tuvo que darse aires con él. No tuvo que comprometer sus principios para ganárselo.

Reefer era la persona más agradable que había conocido en Princeton hasta ahora. Si fuera realmente honesta, esos chicos de Ivy eran una especie de... perros. Y estirados. Y superficiales. ¿De verdad quería pasar el tiempo con ellos?



Spencer se limpió una lágrima y caminó hacia la cocina, sintiéndose extrañamente contenta. Iba a estar bien por su cuenta. Quizás Reefer tenía razón acerca de que los Eating Clubs era estúpido y elitistas. No es que Reefer tuviera razón en todo. Y no es que eso significara que a ella le gustaba.

Al pasar por la vieja oficina de su papá, sonrió para sí misma. Bueno, tal vez le gustaba Reefer *un poco*. Por lo menos le debía una disculpa. Y quién sabe, tal vez también incluso lo acompañaría a una reunión de Occupy Philly o algo así. Sólo para ser amable.



Capítulo 36

Sana y salva

Traducido por Eve

Corregido por Verónica y Caamille

— *E*stá bien, el GPS dice 500 metros más hasta la salida. —Emily miró hacia la consola en el desconocido Audi sedán—. ¡Gira aquí, gira aquí!

—Em, lo vi venir desde hace un kilómetro. —Hanna condujo el auto desde la autopista hasta la salida marcada como CHESTNUT HILL y Emily le dio una sonrisa preocupada—. ¿Estás bien?

Emily se deslizó en su asiento y se pellizcó la piel alrededor de su dedo pulgar. Esto era un par de horas más tarde de la noche del lunes, y todas se habían amontonado en el auto de la hermanastra de Hanna para ir a la nueva casa de los Baker. De más estaba decir que, Emily estaba nerviosa. ¿Y si llegaban allí y los Baker se habían trasladado de nuevo? ¿Y si llegaban allí y la bebé se había ido?

Era lo peor que Emily podía pensar. A todavía podría tener a Violet. Todavía podía estar viviendo una pesadilla.

¿Podría A ser la Verdadera Ali, después de todo? ¿Ella había establecido a Gayle para que se pareciera al villano, robando el dinero del buzón de Gayle, enviando mensajes de texto a Spencer cuando estaba en Princeton, tal vez incluso dirigiendo a Gayle en la campaña del papá de Hanna? ¿La Verdadera Ali había atraído a las chicas a casa de Gayle con la esperanza de hacerles daño? ¿Ali realmente tenía tan poco respeto por la vida humana?

Por supuesto que sí, dijo una pequeña voz en la cabeza de Emily. De repente, su sangre comenzó a hervir. Ésta no era una trágica historia de una niña a la cual Emily podría rescatar, era la historia de una perra psicópata que quería obtener de Emily cualquier cosa que necesitara, incluso si eso significa perjudicar a una niña inocente. Si la Verdadera Ali era A, entonces Emily haría todo lo que pudiera para detenerla.

Fue una revelación extraña. Por un lado, Emily se sentía vacía por dentro, como si alguien le hubiera robado un órgano vital. Por otro lado, de repente se sintió lúcida y firme, como si se hubiera conseguido LASIK y pudiera ver todo de la manera por



primera vez. Sin embargo, esto la hacía sentirse aún peor por dejar a la Verdadera en libertad. Tal vez se había traído todo esto a sí misma.

El semáforo se puso en verde, y Hanna pasó un Barnes & Noble y un Starbucks. El telefono de Emily sonó, y saltó. Era un mensaje de texto de Isaac que le había llegado. *He pensado algunas cosas, y quiero hablar*, decía.

Emily se quedó mirando las palabras a medida que el auto se detenía en una señal de pare. ¿Era un buen mensaje... o uno malo? El Isaac enojado, la expresión de disgusto en la casa de Gayle se había quedado con ella. *Tenía* que estar molesto, ¿cierto? ¿Se lo había dicho a su mamá? ¿Y si la Sra. Colbert ya se lo había dicho a todo el mundo? ¿Iba a ser la vergüenza de Rosewood en pocos días, horas?

De cualquier manera, iba a salir tarde o temprano. La policía ya se había contactado con los padres de Emily en Texas, diciéndoles que había sido testigo de un asesinato. El primer vuelo que pudieron conseguir era mañana por la mañana, y estarían de vuelta para el momento en que Emily regresará del funeral de Gayle. A pesar de que la policía no había revelado el secreto de Emily, sus padres le harían preguntas. Tal vez sería mejor si este secreto se supiera. Tenía que ser ella la que les dijera. Lo único que podía esperar era que le creyeran que ellas no la habían asesinado.

216

—Em, este lugar es adorable —murmuró Aria. Emily miró por la ventana. Iban por la Calle Principal en Chestnut Hill. Estaba lleno de panaderías de moda, pintorescos restaurantes, tiendas de antigüedades y boutiques de muebles de lujo. Una enorme biblioteca con un gran display para niños en la ventana estaba a la izquierda, varias iglesias de piedra estaban a la derecha, y las calles laterales tenían hermosas casas antiguas restauradas con camionetas y columpios en ellas. Las familias caminaban con cochecitos y perros por las aceras. Los niños corrían alrededor de un campo de béisbol.

Una sonrisa de esperanza cruzó el rostro de Emily. Este lugar *parecía* agradable.

—Gire a la derecha, y usted habrá llegado a su destino —anunció el GPS. Hanna puso los intermitentes y se detuvo en una plaza de estacionamiento en la calle. Las chicas se bajaron y empezaron a caminar por la acera, mirando a cada una de las antiguas casas a su paso.

—Ahí está —dijo Aria a mitad de la manzana, señalando una casa al otro lado de la calle—. Número 86.

Emily tragó saliva y se atrevió a mirar. La casa en cuestión tenía un apartadero blanco, persianas negras, y un porche grande. Había una regadera verde en la escalera, narcisos asomándose en los macizos de flores, y una guirnalda de frutas en la puerta.

—Es muy bonito, Em —susurró Spencer—. Mejor que el antiguo lugar, incluso.



Y entonces, Emily vio algo que hizo saltar su corazón. Allí, a través de la cerca del carril en el patio trasero, había un garaje. La puerta se había abierto, revelando dos botes de basura de plástico, una bicicleta de diez velocidades, y un cochecito en funcionamiento. Había una piscina para niños en forma de rana apoyada contra la pared. Emily se llevó las manos a la boca, sintiendo las lágrimas llegar a sus ojos. *Cosas de niños*. ¿Podría su bebé todavía estar aquí?

Como una respuesta cósmica, la puerta de la entrada de la casa se abrió. Emily gritó y se agachó detrás de Spencer. Un hombre familiar, delgado y cabello rubio salió primero.

—¿La tienes? —le dijo a alguien detrás de él.

—Ajá —dijo una voz de mujer.

Emily miró sobre el hombro de Spencer, justo a tiempo para ver a Lizzie Baker, pasar hacia el porche y cerrar la puerta. Lizzie lucía fresca y alegre, vestida con pantalones negros de yoga y zapatillas de deporte Nike. En sus brazos tenía una sonriente niña de siete meses con mejillas sonrosadas y ojos brillantes, en un vestido de pana de color rosa y negro Mary Janes. Hizo un gesto con un sonajero en su mano y soltó un fuerte coo. Su cabello tenía exactamente el mismo tono rubio-rojizo de Emily.

217

—Oh Dios mío —dijo Emily, con lágrimas en los ojos. Era su bebé. Violet. Luciendo hermosa y feliz, y mejor de lo que imaginaba.

—Em. —Fue todo lo que Aria dijo. Spencer agarró el brazo de Emily y se lo apretó. Hanna se apoyó en el hombro de Emily y dejó escapar un feliz sniff.

Violet estaba segura, ¡segura! Era lo único que importaba. Podía manejar a sus padres. Podía manejar a Isaac. Podía manejar a todos los demás en Rosewood, también. Todo iba a estar bien, bueno, no tan bien, pero manejable. Si algo le había sucedido a la bebé, nunca se lo habría perdonado a sí misma.

Se dio vuelta hacia las demás.

—Estoy bien ahora —susurró—. Vamonos antes de que nos vean.

Se movieron para irse, cuando de repente, la Sra. Baker se detuvo, notando a Emily. Instintivamente, sostuvo a Violet un poco más fuerte. Su marido se volvió para ver lo que su esposa estaba mirando, luego palideció también. Tragando saliva, Emily levantó la mano tentativamente y la movió como diciendo yo-no-significo-ningun-daño. Después de un momento, los Baker le devolvieron el saludo. Luego, se dijeron algunas cosas que Emily no pudo oír. Después de un momento, la Sra. Baker, cruzó la calle en dirección a Emily, con Violet en sus brazos.



—¿Qué está haciendo? —exclamó Emily, presa del pánico. Cuando levantó la vista, Spencer, Aria, Hanna se alejaban—. ¡No se vayan!

—Vas a estar bien. —La alentó Spencer, correteando alrededor de la esquina.

Emily se dio la vuelta y vio cómo la Sra. Baker subía a la acera y a Violet enganchada en su cadera. Las dos se miraron por un latido. Emily no tenía ni idea de lo que la Sra. Baker podría decirle. *¿Cómo te atreves? ¿Lárgate de aquí?*

—Wow —exclamó la Sra. Baker—. Heather. Hola.

—Es Emily, en realidad —dijo Emily—. Emily Fields.

La Sra. Baker se rió nerviosamente.

—Lo sé. Te vi en un viejo ejemplar de *People* en el consultorio del pediatra. No podía creer que no me hubiese dado cuenta que eras tú. —Luego, tomó la mano de Violet y la movió—. Supongo que sabes quién es. La llamamos Violet.

—Hola, Violet. —Emily casi no podía pronunciar las palabras—. Se ve maravillosa. ¿Es... feliz?

La Sra. Baker empujó un mechón de cabello detrás de su oreja.

—Bueno, no puede hablar todavía, pero creemos que lo es. Estamos contentos, también. —Había una mirada tímida en su rostro.

—Se mudaron —señaló Emily.

La Sra. Baker asintió.

—Sí. Poco después de, bueno, ya sabes. Pensamos que la gente podría hacer preguntas. Decidimos que era mejor si nos trasladábamos a algún lugar donde nadie nos conociera. —Cuando levantó la cabeza y miró a Emily de nuevo, había lágrimas en sus ojos, también—. No sabemos por qué cambiaste de idea, pero no podemos agradecerte lo suficiente. Esperamos que lo sepas.

Se sentía como si le hubiese inyectado a Emily luz solar. Se enjugó una lágrima, mirando de nuevo a Violet, quien tenía una pegajosa sonrisa.

—No puedo agradecerles a *ustedes* lo suficiente.

Un doble *beep* de desbloqueo de auto sonó a través de la calle, y la Sra. Baker se dio la vuelta y señaló a su marido, que estaba cargando un SUV Honda.



—Le voy a decir a todos acerca de la bebé —exclamó Emily—. Pero nunca les voy a hablar de ustedes.

La Sra. Baker asintió.

—Vamos a mantener el secreto, también.

Se dieron una mirada significativa. Había muchas otras cosas que Emily quería preguntar acerca de Violet, pero tal vez no era el lugar para saberlas. Había renunciado al derecho a ser madre de Violet. Todo lo que podía esperar era que los Baker le dieran a su hija la mejor vida posible. Todo el dinero del mundo no podría haberle dado una mejor vida a Violet que la que los Baker le estaban dando.

Emily besó la parte superior de la cabeza de Violet.

—Manténganla a salvo, ¿de acuerdo? Manténganla segura todas las noches. Nunca la dejen fuera de su vista.

—Por supuesto que lo haremos —dijo Lizzie.

—Bien —dijo Emily. Y entonces, se dio la vuelta y caminó torpemente lo más rápido que pudo para alcanzar a las chicas, con miedo de que si no se alejaba rápidamente, nunca sería capaz de dejar a Violet de nuevo. Miró hacia atrás una vez, viendo como Lizzie hacía que Violet de nuevo le diera un saludo. Un sollozo le subió a la garganta. Pensó en la amenaza de A que estaba en algún lugar cercano, a la espera de robar a Violet. No podía soportar esa idea.

Tragando saliva, se quedó mirando el tráfico de la carretera principal. *Si el siguiente auto que pasa es azul, Violet va a estar bien, pensó. Si es rojo, algo horrible le va a pasar.*

Oyó un gruñido de un motor y cerró los ojos, con miedo de ver lo que el futuro pudiera depararle. Nunca se había preocupado tanto por algo en su vida. Justo cuando un auto pasaba abrió sus ojos y vio un adorno del capó de Mercedes. Dejó escapar un largo suspiro, con lágrimas en sus ojos una vez más.

El auto era azul.



Capítulo 37

Un extraño en la multitud

Traducido por Eve

Corregido por Verónica y Caamille

El Rosewood Abbey era un antiguo edificio de piedra en el centro de la ciudad con preciosos mosaicos de cristal en las ventanas, un campanario, y jardines impecablemente cuidados. Los vestidos de duelo llenaban el césped, dándole a Aria una extraña sensación de déjà vu. La última vez que había estado allí fue para el funeral de Ali, un año y medio atrás. Y ahora, en este soleado martes por la mañana, estaba allí para celebrar otra muerte: la de Gayle.

Emily y Spencer, que viajaron con ella, miraron fijamente la silenciosa iglesia mientras se detenían en el aparcamiento. Todas habían ido como un favor hacia Hanna, su papá la estaba obligando a ir porque Gayle había significado mucho en su campaña, y ella estaba demasiado asustada para ir sola.

El Prius de Hanna estaba junto al de ellas. Hanna apagó el motor, salió y saludó a las demás. Entonces, miró a su alrededor con un escalofrío, su mirada se estrechó en el árbol de sauce llorón al lado del camino de entrada.

—Eso no trae buenos recuerdos —dijo con voz premonitoria.

Aria sabía exactamente lo que quería decir. Fue bajo ese sauce que recibieron la nota de amenaza de la primera A. *Todavía estoy aquí, perras, y lo sé todo.*

Ahora estaban en la misma posición. La Nueva A todavía estaba aquí. La Nueva A lo sabe todo. Y ninguno de ellas sabe dónde ni cuándo será el próximo golpe de A.

El auditorium del Abbey estaba incluso más lleno que el césped con el aire húmedo, cargado con los cuerpos y el nivel de ruido ensordecedor. El padre de Hanna estaba junto a la puerta, hablando con un reportero. Un grupo de personas del Club Rotary de Rosewood conversaban cerca de la fuente de agua bendita. Naomi Zeigler y sus padres se quedaron en silencio en una esquina, mirando el programa. Aria se preguntó cómo la familia de Naomi conoció a Gayle.



El sacerdote llevó a todo el mundo dentro de la sala. Al final del largo pasillo estaba un ataúd de caoba cerrado, cubierto con enormes ramos de flores. El Sr. Clark estaba de pie junto a él, con las manos cruzadas y con la cabeza agachada. Parecía que no había dormido desde la noche en que lo habían visto en la estación de policía, había círculos morados debajo de sus ojos, su piel se veía pálida y escamosa, y su cabello necesitaba ser peinado. De vez en cuando, se estremecía, como si estuviera asustado. Y mientras Aria entrecerraba los ojos, juró haber visto que sus labios se movían muy ligeramente, como si estuviera hablando consigo mismo.

Hanna se inclinó hacia Aria.

—Mi papá me dijo que la policía cree que el asesino de Gayle es un tipo que ha estado irrumpiendo en el vecindario de Gayle. Lo tienen para interrogarlo. ¿Y si lo condenan?

Spencer se encogió de hombros.

—Es mejor ese tipo que nosotras.

Los ojos de Emily se agrandaron.

—¿Cómo puedes decir eso? Fue horrible cuando pensaban que lo nosotras hicimos, pero no podemos dejar que alguien más cargue con la culpa.

221

Spencer levantó una ceja mientras se deslizaba en el banco.

—¿Quién sabe? Tal vez la persona que está irrumpiendo en las casas *es* A.

—O tal vez la persona que irrumpe en las casas *asesinó* a Gayle, tal vez este relacionado con A —sugirió Aria. Pero incluso mientras lo decía, no parecía muy convencida. Todas las demás tampoco lo parecían.

Spencer cruzó las piernas, se alisó la falda negra, y se quedó mirando al frente. Después de una pausa, Aria se sentó en el banco junto a ella, y la siguieron las otras chicas.

La música del órgano se detuvo, y las pesadas puertas se cerraron con un *clonk*. La gente se removía en sus asientos. Aria estiró el cuello por encima de las cabezas en frente de ella. El Sr. Clark dio un paso hacia el podio y ajustó el micrófono. Cuando se aclaró la garganta, un grito de retroalimentación resonó por la habitación, e hizo una mueca. Luego, hubo una pausa terriblemente larga. El Sr. Clark miró hacia el mar de gente, con la boca temblorosa. Hubo unas cuantas toses corteses, luego varios codazos de preocupación. Al mismo tiempo, el Sr. Clark no se movió.

El estómago de Aria saltó. Era terrible ver a este hombre tan destrozado, sobre todo por algo de lo que podrían haber sido *ellas* las causantes. ¿Qué pasa si A había matado



Gayle sólo a causa de ellas? Eso significaba que habían arruinado su vida, no una vez, con Tabitha, eran dos veces. Y Aria era incluso más culpable, pues habían sus manos las que habían empujado a Tabitha de ese techo. Se quedó mirándolas, horrorizada por lo que había hecho de nuevo. Sus dedos comenzaron a temblar.

Finalmente, el Sr. Clark se aclaró la garganta.

—Nunca pensé que tendría que hacer esto dos veces en un año —dijo, con la voz quebrada. Agarró con fuerza un pañuelo en su puño—. Es suficientemente desgarrador perder a una hija, pero cuando pierdes a tu esposa también, tu mundo comienza a desmoronarse. —Sorbió y se limpió la nariz—. Muchos de ustedes sabían que Gayle era una filántropa increíble. Pero yo sabía la otra parte de ella, también. Los lados que la hacían tan especial y única...

Luego pasó a decir cómo Gayle había rescatado unos perros que había visto, como se compadeció de una familia pobre que conocieron mientras tuvieron unas vacaciones en Curaçao y que pagó para que les construyeran una casa nueva, y se ofreció a cocinar en todos los comedores para Acción de Gracias. Divagando con cada una de las anécdotas, sin sentido muchas veces, pero hizo parecer que Gayle absolutamente no era A. A tenía tanta pericia para convencerlas de lo contrario.

222

El Sr. Clark continuó con sus elogios, de vez en cuando hacía una pausa para mirar hacia el espacio o para secarse las lágrimas. Cuando Aria escuchó la palabra “asesinato” se levantó, repentinamente alerta.

—Por mucho que no quiero dar atención al asesino de mi esposa durante su día, tengo que decir algo al respecto —prosiguió el Sr. Clark con voz grave—. Quién quiera que seas, por la razón que sea que hayas hecho esto, te encontraré. Al igual que voy a encontrar a la persona que mató a mi hija.

La multitud estalló en murmullos. Aria parpadeó con fuerza, las palabras le tomaron unos segundos para hundirse en ella. Miró a sus amigas. *¿Qué ha dicho?* articuló. Su cabeza empezó a dar vueltas. *Esto no puede estar sucediendo.*

El Sr. Clark hizo un movimiento para que todo el mundo se calmara.

—Esto va a salir, por lo que bien podría decirles a todos. Le hicieron una autopsia a los restos de Tabitha. Su causa de muerte no ha sido consumo de alcohol. Fue asesinada.

Todo el mundo empezó a hablar más fuerte. La parte posterior de la garganta de Aria se apretó tanto que casi no podía respirar. Sus amigas estaban mirándola fijamente, de la misma manera, aturdidas.



Un fuerte *buzz* sonó desde el teléfono de Aria. Medio segundo después, el teléfono de Emily se iluminó, al igual que el de Hanna y el de Spencer. Aria miró a las otras con perplejidad, y luego miró hacia abajo a su teléfono. La garganta se le cerró y su estómago se sintió de pronto en llamas. *Un nuevo mensaje de texto*, decía la pantalla.

Aria lo abrió. Su visión momentáneamente se puso en blanco.

Así es, perras, papi está detrás de ustedes. ¿Cuánto tiempo creen que les va a tomar a la policía darse cuenta de que estaban en ambas escenas del crimen? —A

—Oh Dios mío —susurró Spencer. Giró la cabeza y miró a su alrededor—. Chicas, ¿A está...?

—¿... *aquí*? —terminó Hanna.

Aria miró hacia la iglesia llena de gente de la escuela, de la ciudad, de su pasado. Una risa aguda se esparció en espiral en el aire y en ese mismo momento, una figura salió por la puerta de atrás, cerrando de un portazo.



Epílogo

¿Qué sucede después...

Traducido por Dani y PaolaS

Corregido por Caamille

No te encanta cuándo una historia termina con una explosión? Y esos no son los únicos fuegos artificiales que tengo guardados para las mentirosas. Se están preparando para una semana en el Caribe con otros estudiantes de toda Pennsylvania, ¡y conmigo! Voy a estar manejando el periscopio, observando a Spencer, Aria, Emily y Hanna dirigiéndose hacia nada muy bueno.

Vamos a empezar con Spencer. Tenía tan *altas* las esperanzas de entrar en el club más exclusivo de Princeton. Pero después del brownie babyhanalia, parece que el único Eating Club al que se unirá es a la línea de comida en el Eco Crucero. Crucemos los dedos para que no se vaya por la borda...

224

Aria está lista para dejar el drama-Kahn en su espejo retrovisor y acurrucarse con Noel en la parte posterior de la cubierta. Pero mientras Aria puede verse mejor en bikini que el Sr. Kahn, al menos, él lleva su corazón bajo su manga. Noel la perdonó esta vez, pero cuando descubra que Aria sigue guardando secretos, ¿querrá seguir con ella?

En cuanto a la pobre y pequeña Emily, ahora que el gato, o más bien, la *bebé*, está fuera de la bolsa, todo el infierno se desatara en la Casa de los Fields. ¿El crucero será la perfecta escapada de todo el drama bebé-mamá? ¿O regresar a la escena que causó el crimen de Tabitha hará que Emily se ahogue en sus penas?

Y Hanna podría haber parecido una ballena varada en su clase de pole dance, pero recuperó a Mike. Ahora bien, si sólo el resto de la escuela olvidara su período como la última y, *ejem*, más patética, acosadora de Rosewood. Pero hay cosas que nunca se olvidan, o perdonan. Como, por ejemplo, esa cosa horrible que hizo el verano pasado. La chica puede atacar y correr, pero no puede ocultarse. Especialmente en mar abierto.

Será mejor que las mentirosas disfruten de la marea baja, mientras puedan. He oído que hay tiburones en el Caribe, y que siempre pueden oler la sangre...

¡Eleven Anclas!

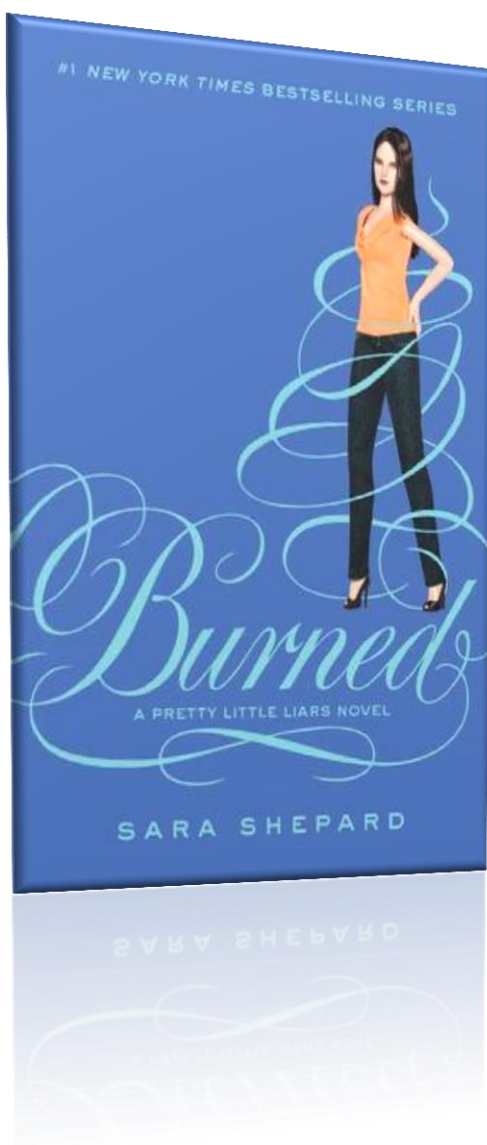
—A



Próximamente

Burned

225



Con las vacaciones de primavera, y las pequeñas lindas mentirosas están cambiando Rosewood por un crucero de vacaciones. Ellas no quieren nada más que navegar en la puesta de sol tropical y dejar sus problemas detrás en una semana inolvidable. Pero donde Emily, Aria, Spencer y Hanna van, A va, también. Desde bucear hasta broncearse en la terraza, A está allí, absorbiendo todos sus nuevos secretos.

Emily está besando a un polizón. Aria tiene un compañero de búsqueda que está un poco demasiado interesada en su botín. Spencer va por la borda tratando de aterrizar en un nuevo chico. Y una explosión, o más bien, un choque, del pasado de Hanna podría significar aguas turbulentas delante de todos.

Las mentirosas aprietan mejor sus chalecos salvavidas. Una perfecta tormenta se está acercando, y si no son cuidadosas, A las enterrará en el mar...

Pretty Little Liars #12

Sobre la autora



Sara Shepard

Sara Shepard es la autora de la serie bestseller # 1 del New York Times *Pretty Little Liars*. Se graduó en la Universidad de Nueva York y tiene un MFA de la Universidad de Brooklyn.

Sara ha vivido en Nueva York, Philadelphia, Pittsburgh y Arizona, donde está ambientada la serie *The Lying Game*.



Créditos

Staff de Traducción

Dani

Eve

PaolaS

Staff de Corrección

Daniela

Eve

La BoHeMiK

Maju

Verónica

MaryJane♥

Sara

Caamille

Nanis

Ladypandora

Recopilación y Revisión

Caamille

Diseño

Gabrock



¡Visitarnos!

Traducciones asdf

Bookzinga!
books, friends and fun
www.bookzinga.activoforo.mx

